



Gustavo Martín Garzo
La ofrenda





GUSTAVO MARTÍN GARZO

La ofrenda

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero 2018

© Gustavo Martín Garzo, 2018

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Imagen de portada: Julie Adams en *La mujer y el monstruo*, 1954.

Conversión a formato digital: Maria Garcia

ISBN: 978-84-17355-11-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Como propietario de esta obra grande y delicada, estoy indefenso frente a cualquier ataque serio. La dicha de poseerla me ha ablandado, la delicadeza de la obra me ha hecho delicado a mí, sus lesiones me duelen como si fueran mías.

FRANZ KAFKA,
La construcción

1

La Construcción

No es bueno que los árboles crezcan solos, rodeados de sombras; es necesario que tengan guardianes y servidores.

Popol Vuh,
libro sagrado de los mayas

Llegaste a Taboada un día ya remoto de tu vida. Eras muy joven y debías atender a una anciana de frágil salud que te había contratado a través de un despacho de abogados de Madrid. El trabajo estaba muy bien pagado y tu intención era pasarte allí unos meses y ahorrar un poco de dinero, en aquella isla situada en el otro extremo del mundo no tendrías mucho que gastar. Huías de una relación tempestuosa a la que no sabías poner fin. Una de esas relaciones que hacen de la vida de una pareja lo más parecido al infierno en la tierra. Pero ha pasado el tiempo, mucho tiempo, y sabes que nunca volverás. No lo dices con tristeza, pues lo que has vivido en esta isla es tan extraordinario que en ningún otro sitio habrías podido encontrar nada igual. No hablas de felicidad, pues sabes que algo así no existe. Hay una frase que oíste una vez en un bar y que te gusta mucho: «Buscamos la felicidad, pero sin saber dónde, como los borrachos buscan su casa, sabiendo que tienen una».

Digamos que la borracha que tú eras encontró por fin ese hogar que todos buscamos cuando oscurece.

Piensas en esto mientras contemplas uno de los canales que se internan en la casa. Nacen en el estanque y se ramifican por todas las habitaciones de esta parte de la propiedad, donde sólo tú puedes entrar. La humedad es grande, pero te has acostumbrado a ella. Además, él necesita esa humedad, como necesita la oscuridad y ese mundo de raíces, limo y plantas acuáticas en que vive. Durante el día suele estar en la torre. Tú antes ibas allí a menudo, pues aunque la entrada está bajo el agua y hay que acceder a ella buceando, la

parte alta se eleva sobre la superficie y es posible respirar en su interior.

Hace mucho que no nadas, que no te sumerges en la laguna, a causa de los males que te acosan, y es él quien va a verte. Suele hacerlo a la caída de la tarde, cuando todo está quieto y los pájaros se han callado. Es increíble la cantidad de pájaros que hay en la isla. Enloquecen al atardecer y sus cantos y chillidos se mezclan con los gritos lejanos de los monos y los otros animales de la selva. Cuando se hace el silencio, pones música en el tocadiscos y te dispones a esperar. Son tus momentos preferidos. La música le hace abandonar la laguna y entrar en la casa a través de los canales. Sus piezas preferidas son los madrigales de Carlo Gesualdo. La música repetitiva e hipnótica que aquel príncipe maldito escribiera para aliviar el peso de sus pecados prolonga el mundo líquido y de tibias adherencias en que vive tu amigo y no tarda en acudir a su llamada. Sientes entonces sus chapoteos por el canal, su respiración cuando emerge del agua y su andar cauteloso por el salón mientras se acerca a ti, que permaneces sentada dándole la espalda, pues no le gusta que le miren. Y no tarda en acompañar la música con gemidos. No hay nada comparable a esos gemidos. Son la pureza, la inocencia, recuerdan el afecto simple y fácil de los niños y los animales. Pero ¿acaso sabemos qué es la inocencia?

Tu llegada a la isla fue el mes de noviembre de 1963. Recuerdas la fecha exacta porque en esos días el mundo entero estaba conmovido por el asesinato del presidente Kennedy. El viaje fue interminable, un vuelo lleno de escalas que te llevó a Ciudad del Cabo y finalmente a Durban, a orillas del océano Índico. Allí tuviste que esperar cerca de un día hasta que una avioneta fuera en tu busca para llevarte a tu destino. Volasteis dos horas por encima del mar hasta divisar Taboada, una pequeña isla de origen volcánico situada al sur de Madagascar. Grandes pájaros, cuyos nombres desconocías, pasaron como sombras junto a vosotros. Se dirigían a los acantilados donde hacían sus nidos. El piloto era un hombre de unos cincuenta años, que enseguida te tomó bajo su protección. Se lo agradeciste, pues a esas alturas, agotada por el viaje, todo aquello te parecía un completo disparate. Te contó, en perfecto

francés, que la isla había sido descubierta en el siglo XVII por un marino gallego que le había puesto el nombre de su pueblo. Los nativos hablaban una extraña jerga en que se mezclaba el francés con el criollo. Vivían de la pesca y de la caña de azúcar. Le preguntaste si conocía a Rose Hansson, la dama a quien debías cuidar, y te dijo que sí, aunque apenas tenía trato con ella. Contratava sus servicios para que le trajera paquetes y cartas del continente que en alguna ocasión ella iba personalmente a recoger, eso era todo. Los nativos la respetaban, pues sostenía con su dinero un dispensario médico y la escuela del pueblo. Pero también la temían y circulaban muchas historias sobre la inmensa hacienda en que vivía encerrada, y en la que nadie podía entrar. Los nativos la llamaban *La Construcción*. No sé qué ha venido a hacer aquí, añadió, éste no es un buen lugar para una joven.

Estaba atardeciendo y en Taboada no había nadie al aterrizar. El aeropuerto constaba de una nave de madera carcomida por la humedad y de una línea eléctrica que colgaba de una hilera de frágiles postes. La pista era de tierra y estaba cubierta de hojas que la luz del sol teñía de rojo. Un joven negro se acercó al veros descender de la avioneta. Era el encargado de llevarte a la hacienda de Rose Hansson. Tenías el estómago revuelto y te habrías tomado con gusto algo caliente, pero el joven tomó las maletas y te pidió que le siguieras. Lo hiciste sin protestar, pues era altamente improbable que pudieras hallar por allí algo parecido a un café. En los postes de la electricidad estaban posados decenas de pájaros negros. Agitaban levemente las cabezas y emitían pequeños ruidos, como si se estuvieran diciendo cosas en su lenguaje de pájaros. Pasasteis a su lado sin que interrumpieran su delicada cháchara. No llores, no llores, ibas repitiéndote porque en ti no había nada, sólo un vacío que había crecido sin parar desde el inicio del viaje. El coche era un todoterreno de color oliva que parecía sacado de una de esas viejas películas de safaris de hombres blancos por las llanuras africanas. ¿Qué lugar era aquél, qué te había hecho recorrer más de nueve mil kilómetros para llegar hasta allí? Aún resonaban en tus oídos las palabras de aquel piloto: Éste no es un buen lugar para una joven.

Todo había empezado un año antes por un anuncio en el periódico donde se solicitaban los servicios de una enfermera española para cuidar a una anciana. El trabajo exigía viajar a una isla remota, situada al este de Madagascar. Recortaste el anuncio, que incluía el número de teléfono de un despacho de abogados de Madrid, porque ya habían empezado tus problemas con Gonzalo y fantaseabas con la idea de refugiarte en un lugar remoto donde no te pudiera encontrar. Pero el recorte quedó olvidado en las páginas de un libro y sólo un año después, ya en plena crisis amorosa, una tarde de desdicha –a esas edades todos los amores son desdichados–, lo volviste a encontrar. Acababas de estar con una amiga hablando de tu relación con Gonzalo y de tu deseo de romper con él, y a tu regreso a casa, al ver el recorte sobre la mesa, decidiste llamar a aquel número.

Te atendió uno de los socios del despacho. Era un hombre amable, con una voz sosegada y viril que no pareció extrañarse de que tu llamada se produjera varios meses después de la publicación del anuncio. Te preguntó si sabías que el trabajo te obligaría a desplazarte al otro extremo del mundo y le dijiste que sí. También quiso saber si tenías experiencia en atender a personas ancianas y volviste a contestarle afirmativamente. Luego te explicó que ellos eran los representantes legales de Rose Hansson, la anciana que requería tus servicios, y que en caso de interesarte el trabajo se encargarían de redactar el contrato y de realizar las gestiones del viaje. El contrato te obligaría a permanecer un mínimo de seis meses en la casa, pasados los cuales podrías decidir si querías continuar o no. Todo aquello era muy raro, y pensaste en esas historias de jóvenes incautas que caen en manos de oscuras mafias que las obligan a prostituirse, pero la curiosidad te hizo no colgar el teléfono y seguir escuchando.

El sueldo era tres veces superior al que ganabas en el hospital, y todos los gastos, desde el viaje hasta el alojamiento y la manutención, estaban pagados, por lo que en un año podrías regresar con más dinero del que habías tenido nunca. La misteriosa dama, siguió contándote aquel hombre, residía en una mansión situada en las orillas de uno de los lagos volcánicos de la isla. Había vivido allí con su marido, un conocido científico, y a su muerte, en vez de regresar a Europa, había decidido permanecer donde había sido feliz. Ésa fue

la expresión que utilizó, que en aquel lugar había sido feliz, como si todo lo supiera de la misteriosa dama que representaba. Finalmente, te pidió que les enviaras una carta con una fotografía reciente, un pequeño currículum y una breve descripción de por qué te interesaba el trabajo.

Colgaste el teléfono decidida a no volver a pensar en todo aquello, pero esa noche no pudiste dormir. Te levantaste a beber agua. La luz dorada de las farolas de la calle entraba por las ventanas y te detuviste a contemplar tu casa. Apenas te habías ocupado de ella en esas últimas semanas y, sucia y llena de polvo, era la imagen de la infelicidad. Sabías reconocerla pues llevabas meses sintiéndote infeliz. Y volviste a pensar en aquel trabajo y en qué podías perder si lo aceptabas. Tenías veintitrés años, ¿qué sabías tú del mundo?, ¿por qué pensabas que en él ya no había lugares para ti? Esa misma mañana, antes de ir a trabajar al hospital, te dirigiste a correos para enviar la fotografía y el currículum con tu corta vida profesional que los abogados te habían pedido. Al llegar al punto en que debías justificar la razón que te llevaba a solicitar el trabajo estuviste tentada de escribir: salir de aquí es lo único que quiero.

Sí, porque aquella ciudad se había transformado en un infierno a causa del hombre del que te habías enamorado. Era médico y trabajaba en el mismo hospital que tú. Pero tras unos meses de impaciencias del corazón, todo lo que habíais construido juntos se había esfumado. Y no sabías cómo abandonar las ruinas que quedaban. «Bienaventurados los mansos de corazón porque ellos heredarán la tierra», ¿qué significaba una frase así? Tú de la tierra sólo heredabas la tristeza. Tras dos meses sin veros, Gonzalo se presentó una noche en tu piso completamente borracho para pedirte que te casaras con él. Le dijiste que si había perdido la cabeza y con mucha paciencia lograste convencerlo de que se fuera a su casa. Pero quién sabe lo que podía pasar si volvía a pedirte. Era como si te hubiera dado a beber un filtro que anulaba tu voluntad y todo lo que te pidiera se lo tuvieras que dar. No te reconocías a ti misma. Tal era el problema de entregar a alguien tu corazón: nunca sabías lo que te ibas a encontrar en él cuando te lo devolviera.

De niña habías sido una persona sensata, mucho más madura de lo que

correspondía a tu edad. No habías dado problemas en el colegio y sacaste excelentes notas en la carrera, pero tu nivel de madurez disminuía a medida que pasaban los años. Nunca te has llevado bien con el tiempo. Un amigo de juventud, una tarde de confidencias, te dijo que tu problema era que siempre andabas a la búsqueda del padre que no habías tenido. ¿Era eso lo que habías buscado en Gonzalo, un padre que te protegiera? En tal caso erraste por completo y lo que hiciste fue meter en casa a un asesino. Y hay asesinos que aman a sus víctimas. Son los peores, no hay forma de escapar de ellos.

No habías tenido padre porque fuiste el fruto no deseado de una relación juvenil de tu madre. Sucedió en un viaje que hizo con unas amigas. Se acostó con un italiano y se quedó embarazada. No volvió a ver al chico, del que apenas conocía su nombre, pero sus padres eran muy católicos y se negaron a que abortara. Y ella aceptó. Esto cambió su vida, pues nunca te quiso, o lo hizo de una manera hosca y resentida, como suelen querer los seres que son desgraciados. Habías llegado a su vida sin que ella lo hubiera pedido y nunca te lo perdonó. Tu infancia siempre estuvo llena de reproches, de culpas inabordables, de una dulzura feroz. Recuerdas que ese amigo al que tanto le gustaba psicoanalizarte te dijo una tarde que, debido a esos conflictos tempranos, habías tenido que elegir muy pronto entre convertirte en un demonio o en volverte una santa. Y que habías elegido lo segundo. Pero no, tú no eras una santa. Sólo uno de tantos seres heridos que buscan una redención. Pero ¿acaso hay redención?

Pensabas en esto mientras Bardamu, que así se llamaba el joven que te había ido a buscar al aeropuerto, conducía el todoterreno por una carretera que se internaba en la selva. La oscuridad descendió de golpe sobre la tierra. En aquel lugar no parecía existir el crepúsculo, y el paso del día a la noche era repentino como la muerte. El coche era muy viejo y sus luces apenas iluminaban el asfalto, que las raíces de los árboles habían reventado en varios sitios. En la parte trasera del coche había algo suelto que hacía un ruido extraño al entorchocar con la carrocería. Parecía un pájaro batiendo las alas.

La oscuridad no duró mucho tiempo porque enseguida visteis una orla de

luz plateada y, finalmente, apareció en el cielo una luna llena magnífica. Bardamu conducía cómicamente inclinado sobre el volante, como un niño que se hubiera llevado a escondidas el coche de sus padres y aprovechara la noche para fugarse. Habías tratado sin demasiado éxito de comunicarte con él, ya que hablaba un francés deformado por el habla original de la isla, que te resultaba casi incomprensible. En el aeropuerto te había entregado una nota del administrador de la hacienda en que te daba la bienvenida a la isla. Se llamaba José Ferreira y te decía que esa noche dormirías en La terre blanche, el hotel que había en el pueblo, y que tendrías los días siguientes para descansar y conocer los alrededores. Bardamu estaría a tu entera disposición con el coche hasta que miss Hansson te recibiera el jueves por la mañana. Era domingo por la noche y no entendías por qué se te había hecho viajar con tanta prisa si tendrías que esperar tres días más para empezar tu trabajo. Los árboles unían sus ramas por encima de vosotros formando un denso túnel que cubría la carretera. Las ramas estaban llenas de pequeñas luces, como una lluvia de estrellas. Eran luciérnagas. Nunca habías visto tantas ni tan brillantes. Habías leído que su luz era una llamada de los machos para aparearse, y envidiaste secretamente a las hembras que respondían a esa llamada. ¿Qué sería acercarse a un cuerpo que desprendiera una luz así?

Abandonasteis la impenetrable masa vegetal para tomar un sendero que discurría junto al acantilado, y desde allí descendisteis a una profunda depresión. Había sido rellenada con enormes bloques de piedra, con arcos abiertos en el fondo para la conducción de agua. La carretera era una hermosa obra de ingeniería. Tras cruzar un puente de piedra, os adentrasteis en un bosquecillo de árboles plateados como nunca habías visto antes. Un arroyo se precipitaba entre las rocas, y el agua al caer se transformaba en una neblina que se perdía entre la vegetación como olas de vapor ondulado por el viento. Aquella tierra se había formado con lava descompuesta que con el paso del tiempo se había convertido en un receptáculo de semillas depositadas por el viento y los pájaros. Visteis cabañas y pequeñas huertas salpicadas de palmeras. Los cocos entre las ramas semejaban cabezas humanas. Y visteis por fin las luces de Ucanha, vuestro destino. Era la pequeña capital de la isla, situada a orillas de un lago redondo, hundido en la tierra como una poza.

Bardamu te señaló una mansión. Estaba separada del resto del pueblo, rodeada por un denso jardín y un muro de piedra. En su fachada asimétrica se mezclaban la madera y el ladrillo. Tenía un aspecto inquietante, como si guardara la memoria de oscuras historias de otro tiempo. Bardamu te dijo algo que no entendiste bien, pero pronunció por dos veces el nombre de Rose Hansson, y supiste que era allí donde vivía la dama que te acababa de contratar.

El pueblo estaba en una amplia ensenada y recorristeis su calle principal sin cruzaros con nadie. Al acercaros al lago, y junto a un pequeño muelle de madera donde estaban las barcas, amontonadas como conchas, visteis un pequeño local con las luces encendidas. Había varios hombres bebiendo en el exterior. Todos eran negros menos uno. Volvieron la cabeza atraídos por el ruido del motor. Parecían un grupo de animales disfrutando del descanso, estirando perezosos sus extremidades y sus cuerpos para buscar la postura del sueño. El hotel estaba situado en lo alto, sobre unas rocas que colgaban sobre la laguna. Era mucho más confortable de lo que habías imaginado y monsieur Pauvel, su dueño, se expresó al recibirte en un perfecto francés. Te preguntó si querías algo de cena y le dijiste que no, pues tenías revuelto el estómago a causa del traqueteo del coche. Bardamu te acompañó con las maletas hasta la habitación. Antes de irse, se quedó mirando los muebles con una expresión de desconcierto, como si viera cosas que tú no veías.

La habitación era pequeña, pero estaba arreglada con gusto y tenía un baño con ducha, lo que agradeciste. Las ventanas del cuarto daban al lago y lo estuviste contemplando mientras fumabas. La luna llena se reflejaba en el agua como la corola blanca de una flor. Aún perduraba en ti la inquietud que te había producido la misteriosa mansión. Su extraña silueta, tan ajena al lugar que la rodeaba, el alto muro de piedra que la aislaba, su orgullosa soledad. La mansión debía de datar como mínimo de finales del siglo XIX, por lo que Rose Hansson, por muy mayor que fuera, no podía ser quien había ordenado construirla. ¿Quién lo había hecho? Rose Hansson poseía una gran fortuna, ¿por qué estando enferma permanecía en aquel lugar alejada de todos en vez de regresar a su patria, donde habría podido contar con todas las atenciones que requería su delicado estado de salud?

Ya en la cama, mientras el sueño te iba invadiendo, volviste a rememorar las extrañas circunstancias que habían rodeado tu viaje. Pensaste en el recorte que habías guardado sin saber por qué, y en los acontecimientos que tuvieron lugar tras tu llamada a los abogados. Porque apenas habían pasado unos días de aquello cuando te pasó algo en la piscina donde ibas a nadar. Siempre te ha gustado nadar, y siendo una niña llegaste a participar con éxito en competiciones nacionales. Tenías un gran futuro como deportista, y todos te animaban a que continuaras, pero al llegar la adolescencia te aburríste de los tediosos entrenamientos y decidiste cambiar las aguas cloradas de las piscinas por las más excitantes de las promesas y caricias de los chicos. Tras tu ruptura con Gonzalo, recuperaste esa vieja costumbre y cada día acudías a nadar. Lo hacías tarde, cuando la piscina estaba vacía. Te gustaba nadar sola, que nada perturbara un ritual que cumplías repitiendo hasta el agotamiento los mismos gestos, recorriendo la misma distancia hasta que tu cuerpo parecía confundirse con el agua que te envolvía y tus pesares desaparecían. La laguna del olvido, eso fue aquella piscina para ti.

Y una de esas tardes, al salir de la piscina, sorprendiste a la encargada discutiendo con un hombre que andaba por las instalaciones vestido de calle. El hombre se alejó a toda prisa al sentirse descubierto y a través de las grandes cristaleras que os separaban de la calle le viste perderse entre los árboles. Caminaba muy recto, llevando con delicadeza una cámara de fotos en las manos, como si guardara en ella un líquido misterioso y temiera que se pudiera derramar. La encargada fue a verte al vestuario y te dijo que tuvieras cuidado, que había sorprendido a aquel hombre haciéndote fotografías mientras nadabas.

Al llegar a casa, te faltó tiempo para coger el teléfono y llamar a Gonzalo, pues ¿quién sino él podía encargarse a alguien que te espíara? Gonzalo lo negó todo, pero estabas acostumbrada a sus mentiras y le dijiste que te dejara en paz, que se olvidara de ti. Deseabas escapar de aquella ciudad, que otras personas y otros lugares se hicieran reales mientras lo que habías vivido esos meses se transformaba en un sueño. Dos o tres días después recibiste una llamada del despacho de abogados para decirte que habían estudiado tu solicitud y que el trabajo era tuyo. Debías viajar en un par de días a Madrid

para firmar el contrato y recibir las últimas instrucciones y, si estabas de acuerdo, como esperaban, saldrías para la isla en una semana. Aquellas prisas te desconcertaron. Llevaban semanas sin dar señales de vida y de pronto te llamaban para decirte que debías viajar de un día para otro a una isla que estaba en el otro extremo del mundo.

Y reparaste en lo raro que era que esa llamada se hubiera producido sólo unos días después del episodio con el fotógrafo. ¿Eran ellos quienes le habían encargado espiarte? En ese caso, ¿para qué? Estabas muy nerviosa y la idea de haber sido injusta con Gonzalo, culpándole de algo de lo que no era responsable, te hacía sentirte mal. Te había hecho sufrir, se había mostrado desconsiderado y hasta cruel, pero eso no te daba derecho a ser injusta con él, al fin y al cabo os habíais amado, no importa que de una manera atroz. Y recordaste cuánto te preocupabas por él los primeros meses de conocerlo. Te despertabas en plena noche y te preguntabas si estaría bien, si habría apagado el gas, si en caso de estar de viaje no se dormiría conduciendo y tendría un accidente. De muy joven, cuando un chico te gustaba, estas preocupaciones te impedían vivir y si tardabas en verle te daba por pensar si no habría desaparecido del mundo, o si acaso cuando volvierais a encontraros no te reconocería. Con Gonzalo te había pasado lo mismo y aún seguías recordando la tarde en que te había dicho: Ven a vivir conmigo y sé mi amor.

Al salir de la piscina te quedaste contemplando el agua que aún temblaba por tus movimientos. Habías leído una novela en la que una mujer iba a nadar y, agobiada por sus penas, pensaba que lo hacía en una piscina de lágrimas. Y te pareció que la piscina a la que ibas cada tarde también estaba formada con las lágrimas que habías vertido en esos últimos meses.

Esa misma noche, llamaste a una amiga y le pediste que hablara con su novio, que era abogado, para que se informara de si el despacho de Madrid era de fiar. No le explicaste por qué se lo pedías, pero cuando os visteis al día siguiente te hizo contárselo todo. El despacho era muy conocido en Madrid y ofrecía todas las garantías, pero tu amiga te aconsejó no firmar el contrato. Aquel trabajo te obligaría a viajar al otro extremo del mundo sin saber nada de la persona que te había contratado, y en caso de necesitar ayuda no tendrías a quien recurrir. Y aquí quién me ayuda, estuviste a punto de decirle.

La acompañaste a casa y de regreso a la tuya estuviste pensando en tu vida. Tenías el alma enferma, como si hubieras sido víctima de una maldición. Las calles estaban vacías y hurgando en las bolsas de basura viste a una mujer de edad. Te sorprendió lo bien vestida que iba y que no se avergonzara de que la vieras así. Incluso se volvió hacia ti con una sonrisa de complicidad, como si te dijera: Hay que vivir, ¿verdad? Tomaste el camino de la playa. La gente llevaba miles de años diciendo que el mundo estaba fatal, pero eso no les impedía seguir viviendo. El paseo estaba lleno de tamarindos. Algunos eran jóvenes pero otros llevaban años allí, aguantando las mayores inclemencias. Sin embargo, estaban florecidos. ¿Podías tú ser como ellos?

La terre blanche, ¿por qué el hotel tenía ese nombre? Acababas de ducharte y para acostarte elegiste tu camisón más bonito. No sabías por qué habías metido aquella prenda en la maleta, ¿acaso esperabas tener alguna aventura romántica en aquel lugar? Te quedaste mirando la oscuridad. Las masas de los árboles se mecían suavemente y se oían los gritos de los animales nocturnos. No parecía un lugar adecuado para vivir un romance. Aun así, te pusiste el camisón. Por qué lo haces, te dijiste ante el espejo, si nadie te va a ver. La luna, que momentos antes se había ocultado, asomó entre jirones de nubes iluminando la superficie del lago que brillaba como una pista de baile. Más allá, y a lo largo de la orilla, se distinguían las luces de las casas. Entre las sombras del jardín creíste atisbar una silueta erecta, pero lo que te había parecido una figura humana era sólo oscuridad. Era raro pensar en la de cosas y personas que se dejaban atrás, que permanecían inmóviles en nuestro pasado extraviadas en las criptas del tiempo. No vengáis aquí, les dijiste a las figuras de ese pasado, no tengo nada que daros.

Ya en la cama, mientras tratabas de conciliar el sueño, recordaste algo que te había pasado durante tu escala en Ciudad del Cabo. Esperabas la salida del próximo vuelo, cuando un joven negro, guapo y educado, te ayudó con las maletas. Fuisteis a la cafetería y estuvisteis hablando. Era médico y vivía en Francia, iba a Isla Mauricio. Había pasado allí su infancia y volvía siempre que podía a ver a su familia. Henri, que así se llamaba, no paraba de hablar.

Era de esos hombres que no pueden resistirse a los encantos femeninos, que te miran como si fueras un cucurucho de miel. Y hacía tiempo que nadie te miraba así, lo que te gustó. Habías pedido un café y al ir a coger la taza tiraste el vaso de agua que había a su lado. Ni los objetos inanimados están a salvo de ti, te dijo Henri riéndose.

Luego te contó la triste historia de los dodos, unas aves que vivieron en su isla y que se habían extinguido dos siglos atrás. Ahora formaban parte del escudo nacional. Eran unas aves grandes, rechonchas, un poco mayores que un pavo. Con las alas demasiado pequeñas para volar y con las patas demasiado cortas para correr, se movían y andaban con suma torpeza. Aquella isla no había sido jamás hollada por el hombre, pero un buen día los barcos empezaron a detenerse en sus costas. Y los marineros que bajaban a tierra en busca de agua y alimentos no tenían dificultad para capturar a los torpes dodos. Muchos fueron muertos y llevados a los barcos, donde se los comían con fruición, pues su carne era muy sabrosa. Luego, la isla empezó a poblarse y los nuevos colonos también se comían a los dodos. Y lo mismo hicieron los perros y los cerdos que la gente llevó a la isla. Pero los dodos seguían sin asustarse. Eran muy bondadosos y se acercaban a los nuevos habitantes de la isla y se los quedaban mirando, como si todo lo que hacían les interesara. Y éstos los capturaban sin esfuerzo y no tardaron en acabar con todos.

Oísteis anunciar por los altavoces la salida del vuelo y Henri se despidió de ti. Te dio una tarjeta con su dirección y su teléfono de Francia. Llámame si alguna vez pasas por París. Y añadió, con una sonrisa cautivadora: Al amor hay que despertarlo.

Los dos días que siguieron los dedicaste a conocer la isla. Bardamu te iba a buscar al hotel y os pasabais el día deambulando por los alrededores. El aire era caluroso y húmedo por la salinidad del ambiente, y el sudor enseguida te empapaba la ropa. Sólo había una carretera que mereciera ese nombre, y recorría la isla de este a oeste. El resto eran caminos sin asfaltar por los que no siempre era fácil desplazarse, especialmente cuando llovía y el suelo se

llenaba de barro. El primer día descendisteis por la carretera reluciente a causa de la lluvia de la noche, entre susurrantes muros de caña de azúcar, hasta llegar a un pequeño pueblo con casas de latón y madera, donde se veían grupos de mujeres envueltas en sus saris multicolores, rodeadas de niños, pollos, cerdos y otros animales. Vivían pobremente, pero no parecían infelices sino conformes con lo que tenían. Te preguntaste qué sería vivir allí, ser una de esas mujeres y cuidar de aquellos niños delgadísimos. Qué sería verles crecer en el bosque, dueños de secretos que los niños de las ciudades nunca poseerían.

Un poco más allá os sorprendió una lluvia repentina, tan torrencial que tuvisteis que deteneros hasta que cesó. Tras la lluvia el bosque se llenó de vapor. Cuando os pusisteis de nuevo en marcha apenas veíais nada. La lluvia lo había empapado todo, y de las ramas de los árboles el agua seguía cayendo como si sus hojas se estuvieran disolviendo. Luego, también de forma repentina, el sol se abrió paso y el cielo fue adquiriendo una luminosidad azul pálida y las nubes se volvieron planas y blancas como manteles tendidos a secar. Bardamu dijo algo de su pueblo, y entendiste que no debíais de andar muy lejos de él. Muy pronto viste aparecer sus humildes casas entre huertas y palmeras cocoteras. Todos estaban en la calle pues se celebraba una fiesta de origen hindú, llena de alegres colores. Luego sabrías que hay muchos indios en Taboada. Chinos e indios llegaron a la isla a mediados del siglo XIX, cuando la esclavitud fue abolida y se necesitaba mano de obra para recolectar la caña de azúcar. Habían formado dos círculos para danzar. Las mujeres estaban en el centro y los hombres permanecían estáticos mientras ellas se movían agitando brazos y manos, radiantes en sus vestidos multicolores. En el centro del pueblo había una higuera enorme. Habían cubierto su tronco de flores y telas y los niños corrían a su alrededor mientras sus hojas temblaban como velas negras. Todo el pueblo desprendía una fragancia a frutas y flores.

La madre de Bardamu se empeñó en que os quedarais a comer. Lo hicisteis en el patio, engalanado por tapices trepadores de buganvillas. Comisteis un plato muy sabroso hecho con arroz basmati, especias y carne. Te sentías muy feliz porque, a fuerza de escucharlos, empezabas a entender algo de lo que decían. En Taboada hablan el criollo, una mezcla de francés y

de otros idiomas africanos. El criollo es una lengua menos reflexiva que el francés. Por ejemplo, para decir *comment vas-tu?*, ellos dicen *ki manyére?*, y *je vais bien* lo convierten en *mo byan*. Le preguntaste a Bardamu cómo se decía *je t'aime* y te contestó que *mo content twa*. Quién sabe, te dijiste con tristeza, a lo mejor encuentro a alguien en esta isla que me lo diga al oído. La hermana pequeña y una de las primas de Bardamu fueron en tu busca y te arrastraron divertidas a la playa. La arena era increíblemente blanca y sentiste no haber llevado el traje de baño. Te descalzaste para entrar en el mar, el agua era transparente y estaba casi tan caliente como el agua de la ducha. Se veían en el fondo los arrecifes de coral poblados de infinidad de peces.

Paseasteis entre un grupo de palmeras. No eran como las otras palmeras, sus troncos hinchados en su base les daban aspecto de hombres barrigudos. En lo alto, las hojas brotaban como una fuente de color verde y cuando la brisa las movía se diría que os estaban saludando. En el tronco de una de ellas, las niñas habían construido un pequeño altarcito con pétalos, trozos de cristal y cantos rodados. La familia de Bardamu era católica, pero las niñas jugaban a hacer altarcitos entre las piedras y las raíces de los árboles, a la manera hindú. Te estuvieron ayudando a hacer el tuyo. Lo hicisteis en una roca con piedras, conchas y arena que tomasteis de la playa. Y os arrodillasteis juntas para decir vuestras oraciones. Por favor, le susurraste al dios desconocido del lugar, cuida de todas las vírgenes de esta isla. Las niñas te miraban de reojo sin poder contener la risa y tú te acordaste de algo que habías leído acerca del amor. Decía que hablaba como las hadas en los cuentos. ¿Quieres lo incondicionado?, te decía. Lo tendrás, pero irreconocible.

Visteis un grupo de lagartos. Avanzaron sin temor hasta estar muy cerca de vosotras, como si quisieran saber qué hacíais allí. Su piel era de un sobrio color marrón, pero alcanzada por los rayos del sol se llenaba de reflejos que recordaban el arcoíris que se forma sobre una película de aceite vertida a la orilla de la carretera. Ya de regreso, en el todoterreno, le preguntaste a Bardamu por Rose Hansson, pero él se limitó a encogerse de hombros y a sonreír por toda respuesta. Tuviste la impresión de que fingía no entender lo que le decías para no tener que contestarte.

Aquella zona estaba llena de plantaciones de caña de azúcar. Eran cuadrados casi perfectos que descendían por las laderas de las montañas como un manto de cuadros verdes. Un grupo de monos invadió la carretera haciendo todo tipo de piruetas, como niños locos, y desaparecieron al momento en la espesura del bosquecillo haciéndoos dudar de si los habíais visto de verdad. Luego visteis una bandada de periquitos que también se perdieron entre los árboles como por arte de magia. En aquel mundo no podías descuidarte si querías seguir vivo.

El valle estaba bañado de una luz verde y dorada, y en toda la extensión que se divisaba reinaba la calma. Fuisteis descendiendo hasta la orilla del mar. La lluvia lo había empapado todo. Los charcos resplandecían como espejos, mientras unos pájaros verdes diminutos hacían acrobacias en las copas de los árboles. No tardasteis en ver el mar. Las nubes se amontonaban en el horizonte como una arboleda engalanada de nieve. Os detuvisteis ante una iglesia de tejados rojos. Estaba cerca de la playa, rodeada de mangos y palmeras, y el contraste entre el color blanco de la arena y el rojo de los tejados picudos la hacía parecer el decorado de un teatro. Un sacerdote se acercó a saludaros. Llevaba una sotana blanca y era un hombre alto y vigoroso, de unos cincuenta años de edad. Era el padre Dubois y se presentó dándote la mano. Hablaba un perfecto castellano. Luego sabrías que había estado varios años en Centroamérica, donde había aprendido el idioma. El padre Dubois sabía quién eras tú y que Rose Hansson te estaba esperando. En aquella isla todos estaban al tanto de tu llegada.

Entrasteis en la iglesia. La luz se colaba por las ventanas laterales inundando el templo de claridad. Los bancos para los rezos estaban perfectamente alineados, como los renglones de los cuadernos escolares de caligrafía. En una de las paredes había un cuadro de san Sebastián. Estaba atado al tronco de un árbol y tenía el torso lleno de flechas. Era un muchacho fuerte pero había en él una vulnerabilidad femenina, como si en su interior una muchacha se estuviera quejando. ¿Quieres que recemos juntos?, te preguntó el padre. Antes de que pudieras contestarle, te tomó del brazo y te hizo arrodillarte junto a él en uno de los bancos, y rezó mirando la luz blanca. Tú llevabas tiempo sin ir a la iglesia y su proceder te desconcertó. Habías

sido una niña devota y aún recordabas la intensidad con que habías vivido aquel mundo de velas encendidas, de cabecitas cubiertas con velos, de dulces raptos de amor, pero te habías apartado de todo aquello en la adolescencia.

Te quedaste mirando el cuadro de san Sebastián. Aquél era un mundo de cuerpos heridos, de santas ensimismadas, de pobres muchachas devoradas por la pena. Todas estaban muriendo, ¿cómo podían pensar los creyentes que alguien así les podía ayudar? Tales pensamientos, y el hecho de sentirte tan lejos de cuanto conocías y había sido tu vida, hicieron que tus ojos se llenaran de lágrimas, lo que al padre no le pasó inadvertido. Estás afligida, te susurró, ¿qué has venido a hacer aquí? No pudiste contener el llanto, y las lágrimas, acompañadas de suaves sollozos, corrieron por tus carrillos. El padre te tomó de la mano y, como habría hecho con una niña, te la acarició dulcemente. No hay nadie aquí, te dijo, puedes contarme lo que quieras. Sólo Dios está con nosotros. Yo no creo en Dios, le contestaste, retirando la mano. No era cierto, todavía creías. Aún pensabas que no era posible que hubiéramos venido al mundo para ser desdichados. Dios era el otro nombre del amor. El padre te siguió hasta la puerta y os dirigisteis juntos hasta el coche donde te esperaba Bardamu. Ésta es tu casa, te dijo, puedes venir cuando te sientas sola. Era como si quisiera advertirte de algo que tenía que ver con la isla, con el trabajo que te había llevado hasta allí. Y te acordaste de la frase del piloto, cuando te había dicho que aquél no era un lugar para una joven.

La isla tenía dos volcanes, cuyas laderas estaban cubiertas de vegetación. Las tierras cultivadas y los poblados se concentraban en las tierras bajas. En el océano, parte de la costa occidental estaba circundada por un anillo de arrecifes coralinos, poblado de infinidad de criaturas. Los pescadores de la zona utilizaban como cebos para la pesca de tiburones a perros y gatos vivos.

Al regresar al hotel, estaba anocheciendo. Tras asearte un poco y cambiarte de ropa, bajaste a cenar. Dos grandes ventiladores giraban en el techo del comedor emitiendo un sonido sordo e hipnótico. Las ventanas estaban protegidas por leves bastidores de gasa que impedían el paso a los insectos. El hotel se levantaba en el centro de un espacioso jardín, entre plantaciones

de hibisco, buganvillas y casuarinas, con sus esbeltas y delicadas ramas, y se oía el canto penetrante de las cigarras. Había varias posadas en las ramas más cercanas. Apenas medían tres centímetros de largo, eran de un color verde esmeralda pálido y tenían los ojos dorados.

La luz eléctrica se cortó durante la cena y terminaste con una vela sobre la mesa. Te acordaste de un viaje que habías hecho con Gonzalo al poco de conoceros. Estabais muy enamorados y pasasteis un fin de semana en una playa asturiana. El hotel colgaba sobre las rocas y desde vuestra habitación veíais la playa, solitaria en esas fechas ya que era noviembre. Cuando bajaba la marea, la costa se transformaba en un amplio arenal y se podía cruzar a las playas vecinas. Una de esas tardes la pleamar os sorprendió paseando y cuando quisisteis regresar el agua os cortaba el paso. Cruzasteis como pudisteis y al llegar al hotel estabais completamente empapados. Tú habías pasado mucho miedo, pero Gonzalo estaba excitado por la aventura y se reía sin parar. Le gustaba sentirse tu protector, hacerte ver que a su lado no corrías peligro. Esa noche hicisteis el amor como nunca lo habíais hecho. Fue el momento más bonito que vivisteis juntos. Os habíais duchado al volver de la playa, pero su cuerpo aún estaba salado cuando te besaba, como si acabara de salir del mar.

De regreso a tu habitación, monsieur Pauvel, el dueño del hotel, te entregó un paquete con una nota de Rose Hansson. Te daba la bienvenida a la isla, y te decía que no tardaríais en veros. Mientras tanto, concluía, disfrute de este verano interminable. El paquete contenía un pañuelo de seda con dibujos de aves. No tenías sueño y saliste a pasear al jardín. Desde la terraza se veía el mar y estuviste un rato contemplándolo. Se le oía susurrar seductoramente sobre la arena blanca de la playa. Las nubes se habían retirado del cielo y la luz de la luna plateaba las hojas de los árboles. Oíste un gemido estremecedor. Llegaba de lo más hondo de la selva, cuya densa vegetación se confundía con las sombras de la noche. ¿De dónde venía ese gemido? Parecías estar dentro de un sueño. Atrás habías dejado tu vida real, pero esa vida ¿para qué la querías? Sólo te había dado infelicidad. Sonó una música

lejana. Procedía de un pequeño embarcadero que había en un extremo de la playa. Era el que Bardamu y tú habíais avistado la otra noche al llegar. Había allí una caseta y, en el exterior, tres o cuatro personas permanecían sentadas plácidamente. Desde la distancia semejaban pájaros negros. Fuiste en busca de Bardamu, al que habías visto momentos antes a las puertas del jardín, junto al coche, y le preguntaste si podía llevarte al embarcadero. Pensabas en el hombre blanco que habías visto a tu llegada, y en que tal vez estuviera también allí esa noche y pudieras hablar un rato con él.

No tardasteis en llegar. Dos negros estaban sentados junto al agua y volvieron la cabeza para mirarte. Otro estaba junto a la caseta, y también volvió la cabeza hacia ti. Lo hizo con indolencia, como si no se extrañara de tu presencia en aquel lugar. En el embarcadero sólo había un barco, el resto eran canoas que flotaban lánguidas en el mar. Un hombre joven, de tu raza, estaba en la cubierta del barco cargando cajas de madera, con la ayuda de dos negros. Te acercaste a saludarlo. Iba sin camisa, a causa de la humedad, y su torso brillaba por el sudor. Te tendió la mano desde el barco. Se llamaba Christophe Rabouan y era francés. Te dijo que sabía quién eras, que el piloto que te había traído le había hablado de ti. ¿Sabes qué me dijo?, te preguntó seductor. Negaste con la cabeza. Que te cuidara. Te echaste a reír; en aquella isla todos querían ocuparse de ti. Siempre te habían conmovido los hombres que se volvían protectores y tiernos ante las mujeres, que vivían fascinados por ellas. Se comportaban como si conocieran todos sus secretos, pero qué sabían ellos de lo que había en el corazón de una mujer. Se empeñaban en protegerlas de los peligros del mundo sin darse cuenta de que los verdaderos peligros estaban en ese corazón.

Christophe pidió a uno de los negros que cargaban las cajas que le tendiera la camisa y mientras se la iba poniendo os dirigisteis a la playa. El bar estaba entre un grupo de árboles de flores rojas, llameantes. Había llovido hacía poco y las gotas de agua brillaban en las hojas iluminadas por la luz del local como una lluvia de diminutas estrellas. Era una caseta de madera, con el techo de lata, y sobre la puerta había un cartel con el dibujo de un pelícano al que sus polluelos devoraban el pecho. Recordaba una de esas pulperías centroamericanas donde se venden todo tipo de productos. Te sentaste en el

exterior, junto a la única mesa que había sobre la arena, mientras Christophe entraba en busca de algo de beber. Volvió con dos vasos con agua de coco, milagrosamente fresca, y una botella de ron. Con ron está mejor, dijo añadiendo a tu vaso un poco del ron tostado que se producía en la isla. No tardó en hacerte efecto y mientras te hablaba no dejabas de mirarle. Trataba de seducirte. Sus pestañas eran largas, casi femeninas, y tenía los cabellos rizados. Nadie va a saber lo que hagas aquí, te decía con la mirada. Te contó su historia. Había nacido en Isla Mauricio y era hijo de un francés que trabajaba en una empresa dedicada a la exportación de caña de azúcar, y de una isleña. Recorría las islas con su barco comerciando con diversos productos. A Taboada iba sobre todo a por ron, casi siempre a primeros de mes.

Te tocó hablar a ti. Llevabas mucho tiempo sin hablar con nadie y le contaste que eras enfermera y que habías ido a atender a una señora que estaba enferma. Habías sabido del trabajo por un anuncio en el periódico. La señora que te ha contratado ¿es la que vive en la casa de la laguna?, te preguntó. Asentiste sorprendida con la cabeza. La playa estaba bañada por una luz verde y dorada y oías el rumor del mar. Ten cuidado, añadió con una sonrisa, se cuentan sobre esa casa las cosas más peregrinas. Ibas a preguntarle qué cosas eran ésas, pero ya se había levantado de la mesa y tomándote de la mano te arrastró hasta el embarcadero, donde estaba atracado el barco.

Tenía seis o siete metros de eslora y una cabina acristalada para el puente de mando. Todo estaba muy limpio y las piezas de metal relucían como si las acabaran de limpiar. Te estuvo explicando para qué era cada cosa. Hablaba de su barco como si fuera un compañero de vida. Abajo estaba la bodega y el pequeño camarote donde dormía y pasaba su tiempo, pues el barco le servía también de vivienda. Te sorprendió ver libros en las estanterías. Eran libros de náutica y de ciencias naturales, en los que se hablaba de la fauna y la flora de la zona. Christophe no te había soltado la mano, y tú no le habías pedido que lo hiciera. Llevabas demasiado tiempo sola y se portaba contigo como si tuvieras algo valioso y esperara que se lo dieras. Pero ¿tenías algo que darle? No, no tenías nada para él.

Te habló de las palomas rosadas, que estaban desapareciendo de la isla, y

de los monos, los mayores predadores que existían en la zona. Marchaban en grandes grupos y había muchos que tenían el tamaño de un niño de siete años. Eran como una plaga, y habían invadido la isla atacando cuanto se encontraban a su paso. Regresasteis a cubierta y, sentados en las cajas de botellas, seguisteis bebiendo. Le preguntaste si estaba casado y te dijo que no. Tampoco tenía novia, ni casa. No tener nada, no ser de ningún lugar, ¿era ése el lema de su vida?

Estabas muy borracha y al ir a levantarte tuviste que apoyarte en su pecho para no perder el equilibrio. Vuestras bocas quedaron muy juntas, y percibiste el olor a ron de su aliento. Recordaste un pequeño cuadro que acababas de ver abajo, en su camarote. Sólo contenía una frase: *Pourquoi pas*. Bésame, le dijiste. Lo hizo muy lentamente, tomando tus labios con los suyos, como si fuesen un trozo de fruta. Aquel beso era como seguir bebiendo. Te apoyabas contra su cuerpo y a través de la tela suave del vestido sentiste su erección. Te moviste hasta acomodarla mejor sobre el vientre. Pero cuando trataste de profundizar el beso, la cabeza empezó a darte vueltas. Creo que voy a vomitar, le dijiste. Christophe te ayudó a subir a cubierta e inclinada sobre la barandilla vomitaste en el mar. Te sujetaba por los hombros y al terminar te refugiaste en su pecho. No lo conocías de nada, y sin embargo sólo querías que te siguiera abrazando, sentir su cuerpo pegado al tuyo. Es hora de regresar a tu hotel, te dijo un rato después. Te acompañó hasta el coche. Bardamu se había quedado dormido sobre el volante y ni siquiera os sintió llegar. No ha sido una buena forma de terminar la noche, murmuraste. El ron es muy traicionero, te contestó con una sonrisa. Os volvisteis a besar. Esta vez muy suavemente, como si cada uno temiera que la boca del otro se fuera a desvanecer al tocarla. Luego te acarició el pecho sobre el vestido. Primero uno y luego el otro, ahuecando la mano para amoldarla a tus formas. No deberías quedarte con los dos, te dijo. Te echaste a reír. Era extraña la dulzura, no sabías de dónde venía, por qué llamaba a tu puerta. Su misterio entrañaba sin embargo una promesa de integridad que tú habías perdido.

De vuelta en el hotel, te acordaste de algo que te había pasado con Gonzalo la

primera vez que os acostasteis. Estuvisteis todo un fin de semana haciendo sin descanso el amor, hasta quedar completamente exhaustos. Pero el domingo por la tarde Gonzalo se tuvo que ir, porque tenía guardia en el hospital. Volvió desnudo de la ducha y se vistió frente a ti, que continuabas acostada. Mientras lo hacía, te fijaste en su sexo, en todas las veces que lo habías tenido dentro de ti, en el placer que te había dado. Y pensaste divertida en aquello que decía Freud de las mujeres, que tenían envidia del pene de los hombres. No, no era cierto. Lo bueno no era tenerlo tú, sino que te lo dieran. Que lo tuyo tuvieras que tomarlo de otro cuerpo.

Gonzalo se sentó en la cama, para darte el último beso. Se acababa de lavar los dientes y su boca sabía a dentífrico. Ya en la puerta, te dijo arrogante: Vuelvo a la vida real.

Entonces, lo que habíais hecho ¿qué era?

Antes de subir al cuarto, te entretuviste paseando por el jardín. El sendero estaba lleno de plantas cuyas hojas parecían hacerte señas al acercarte, como manos de color verde. Se podía ver entre ellas el brillante resplandor de unos pulgones de color dorado que volaban por todas partes. Pensabas en Christophe, en el beso del barco. Era la primera vez que habías hecho algo así, besar a un hombre al poco de conocerlo, y te preguntabas en lo que podía haber pensado de ti.

Un lejano recuerdo vino en tu busca. Eras una adolescente y una tarde viste a un muchacho dirigirse a una librería, pero la puerta estaba cerrada y no pudo entrar. Lo seguiste varias calles sin saber por qué. Era como si se dirigiera a una cueva escondida y te pidiera que lo acompañaras. Una invitación a la fuga, a escapar del mundo que conocías. Años después lo hablaste con una amiga que te dijo: Fue romántico porque no sucedió.

¿Por eso habías besado a Christophe?, ¿para que aquel muchacho regresara?

Al día siguiente seguiste visitando la isla. Al pasar junto a la iglesia de

tejados rojos le pediste a Bardamu que se detuviera. No había nadie y la iglesia permanecía abierta. Una virgen negra presidía el pequeño retablo, que estaba adornado con multitud de pájaros de preciosos plumajes. Te acordaste de las letanías que rezabais a la Virgen en el colegio, y recitaste las que recordabas: Causa de nuestra alegría, Torre de marfil, Casa de oro, Puerta de la Alianza, Estrella de la mañana, Salud de los enfermos... Al llegar a «Refugio de los pecadores», volviste a pensar en aquel beso y en la forma en que Christophe te había acariciado el pecho antes de subir al coche. Ya ves, le susurraste complacida a la Virgen, me he portado como una puta.

Por la noche, cuando bajaste a la playa, el barco de Christophe ya no estaba en el embarcadero. Te dijeron que se había ido esa misma mañana. Te sentaste a la misma mesa en que habíais estado juntos la noche anterior. Dos muchachos negros te miraban bajo las palmeras, y se decían cosas al oído. Uno de ellos era el que había ayudado a Christophe a cargar las cajas en el barco, y te preguntaste si os habría visto besaros. Y qué si había sido así, si pensaba que eras una fresca. No buscabas equívocos sino impureza, el espejo del propio yo impuro, una impureza que significase inteligencia de la vida y de sus necesidades.

Al día siguiente, durante el desayuno, fue a verte el administrador de Rose Hansson. Era un hombre grande y obeso que llevaba un pañuelo en la mano para secarse el sudor. Te dijo que miss Hansson quería que esa noche la pasaras ya en la casa. El doctor iría por la mañana y debías estar presente para recibir sus instrucciones. Le preguntaste por la enfermedad de Rose Hansson, pero no te supo contestar. Te dijo que apenas podía moverse, y que permanecía la mayor parte del día en la cama, lo que te obligaría a estar pendiente de ella las veinticuatro horas del día. No todas las enfermeras lo aguantaban, pero en su opinión era un buen trabajo, excelentemente pagado. ¿No todas las enfermeras?, le preguntaste. ¿Quiere decir que ha habido otras antes que yo? Te dijo que sí, pero que no deberías inquietarte. Miss Hansson apenas las molestaba, y éstas podían hacer lo que querían, con la única limitación de permanecer en la casa durante las noches. El problema no era el

trabajo sino el tedio. Pero el tedio no era malo, ya que lo mejor que te podía pasar en la vida era no tener grandes cosas que hacer. Ustedes, las mujeres jóvenes, añadió, están llenas de ilusiones románticas. Pero le aseguro que lo mejor de la vida comienza cuando esas ilusiones terminan. Y añadió: No es el amor lo que debiera preocuparnos, sino el hecho de que tenemos que morir.

El señor Ferreira se despidió después de recordarte que Bardamu iría en tu busca a media tarde para llevarte con miss Hansson y que debías estar preparada para ese momento. Te sugirió que no dejaras de probar el ciervo con caña de azúcar y los palmitos con salsa holandesa, las especialidades del hotel, en ningún sitio las preparaban como allí. Tenías la mañana libre y decidiste bajar andando a la playa. El camino discurría entre plantaciones de hojas de tabaco. Unos pájaros de cola roja se pusieron a gritar. Eran del tamaño de pequeñas gaviotas y tenían unos ojos enternecedores, parecían niños alborotando en el patio de la escuela. Los rayos del sol bañaban el agua y la arena y, entre los árboles, la hierba era verde y suave como un manto. Pasaste junto a unas flores que recordaban a unas bailarinas a punto de empezar a actuar, mientras dos palomas desgranaban en las ramas sus arrullos de amor. No temas, no hagas nada, decían esos arrullos, sólo déjate llevar. Varios lagartos de brillante colorido permanecían en los troncos de las palmeras tomando el sol y unos niños negros jugaban en la playa. Parecían haber emergido del mar y estar a punto de recuperar su forma de pez y de perderse entre las olas. Sentiste envidia al verlos. Tú nunca has sido así, pensaste con desconsuelo.

En el comedor pediste los palmitos que te había aconsejado el señor Ferreira pero sustituiste el ciervo por boquerones de agua dulce. Amabas a los ciervos y no querías cargar con la responsabilidad de que mataran uno por tu causa. Subiste a preparar las maletas. Allí estaba tu ropa, tus zapatos, los productos para el aseo, una cartera con fotografías y papeles viejos. Tu vida cabía en una caja de zapatos. Sólo habías llevado un par de libros y te preguntaste si Rose Hansson tendría una biblioteca y, en ese caso, qué libros habría en sus estantes. A juzgar por lo que te había dicho el señor Ferreira ibas a tener mucho tiempo para leer.

Bardamu y el dueño del hotel te estaban esperando en el vestíbulo. Espero

que venga a visitarnos, te dijo monsieur Pauvel tras ayudarte con las maletas. Le dijiste que lo harías, y le preguntaste por el nombre de aquellos lagartos de brillante colorido que habías visto en la playa. Puede que fueran *phelsumas*, te dijo, su colorido es muy bello. Pero esta isla está llena de lagartos. Y te pidió que dieras recuerdos a miss Hansson. Dígale que echo mucho de menos sus visitas, aquellas partidas de cartas hasta el anochecer. Respiraste con alivio porque la dama de costumbres innombrables era después de todo un ser humano al que le gustaba jugar a las cartas con sus vecinos. Adelante, pensaste, veamos qué sale de todo esto.

La casa de Rose Hansson estaba sólo a unos kilómetros pero el viaje duró mucho más de lo previsto. Pinchasteis en el camino y Bardamu, que no llevaba rueda de repuesto, tuvo que ir en busca de una. Te quedaste en el coche, rezando para que la noche no te sorprendiera antes de su regreso. El sol empezó a hundirse en el horizonte y las criaturas de la selva se lanzaron a una orgía de gritos y amenazas. Un grupo de loros voló por encima de las copas de los árboles en medio de un barullo ensordecedor, y varios monos de brazos larguísimos se escurrieron ágilmente entre las ramas más altas. Emitían gritos que a veces recordaban risas, otras el croar de las ranas y otras insultos y amenazas. Como te quedas aquí, te vas a enterar, te decían. Miraras donde miraras, te parecía ver los huesos de los infortunados que habían sido devorados y te preguntaste llena de aprensión qué iba a ser de ti si Bardamu no regresaba. Pero no tardaste en verle acercarse por el camino con la rueda de repuesto sobre la cabeza. ¿Quién querría pasar la noche en un lugar así? Vida y muerte eran en él la misma cosa.

No tardaste en avistar la laguna. Estaba en el cráter de un volcán y en su orilla estaba la mansión en la que ibas a pasar los próximos meses. Una larga tapia la aislaba de la selva. Tenía un aire de caserón de novela inglesa, con su fachada asimétrica y sus muros de ladrillo y madera. Era el lugar más solitario y triste del mundo, y te preguntaste cómo Rose Hansson podía vivir en él. A su alrededor crecía la selva impenetrable. Oíste un grito estremecedor que venía de esa selva, como si estuvieran desollando un caballo vivo.

Es difícil explicar la impresión que te causó acercarte a la mansión y

llamar a su puerta. Tuviste que hacerlo varias veces antes de percibir ruidos en su interior y los pasos de alguien acercándose. Un negro enorme, de aspecto amenazante, te abrió la puerta y permaneció inmóvil en su umbral, mirándote con desconfianza. Soy Patricia Ayala, le dijiste en francés sobreponiéndote al temor que sentías. Miss Hansson me está esperando. El gigante se apartó lentamente para dejarte pasar. Bardamu te siguió con las maletas, y los dos permanecisteis inmóviles en el vestíbulo, esperando que os dijera lo que teníais que hacer. El vestíbulo estaba decorado con todo tipo de enseres, tapices y objetos africanos. Te sorprendió gratamente que no hubiera colmillos de elefante ni cabezas de animales disecados, como era usual encontrar en las siniestras casas de los colonos europeos. Una escalera conducía al piso superior. Los escalones y la barandilla eran de madera de roble y sobre el rellano había una alta ventana con vidrieras. Siguiendo a aquel gigante, recorristeis el largo pasillo que llevaba a los dormitorios. Un aire frío, de cripta, invadía la escalera y la galería provocándote los más negros pensamientos. Fue un alivio entrar en el que iba a ser tu cuarto y comprobar que estaba amueblado con sencillez, pero todo en estilo moderno. Se componía de una pequeña sala y de un dormitorio, comunicados por un arco. Gracias a las paredes empapeladas y al suelo cubierto de alfombras, te resultó una cálida madriguera. Bardamu dejó las maletas en el suelo y, seguido por la mirada atenta del gigante, abandonó la habitación. Aquel hombre tenía la cabeza rasurada y el cuerpo lleno de tatuajes. Unas extrañas cicatrices bajaban de su mejilla derecha hasta su cuello, para perderse bajo la camisa. Hacían pensar en el ataque de algún animal. Se fue sin decirte nada. Nunca lo oirías hablar. No sabías si porque era mudo o porque no quería hacerlo.

Respiraste aliviada al quedarte sola. Quisiste cerrar la puerta, pero no tenía pestillo, lo que te inquietó. La cama era ancha y estaba cubierta con un mosquitero. Era una cama de matrimonio, pero tú no tenías con quien dormir. Estuviste inspeccionando el cuarto. En una de las paredes colgaban lanzas y dos escudos hechos de piel. Las lanzas estaban colocadas en aspa, y formaban con los escudos una armoniosa composición. Había dos cuadros junto al espejo. Eran dos retratos de indígenas, uno de ellos tocado por un

amplio turbante. Poseían una serena majestad y te sorprendió ver por la firma que era Rose Hansson quien los había pintado. Sobre la chimenea había varias fotografías enmarcadas, en que se veía a dos hombres blancos, vestidos con chaquetas y amplios pantalones de color caqui, junto a una mujer. Estaban en un embarcadero, junto a un pequeño barco, y su actitud era jovial y satisfecha. Remitían al tiempo del feliz idilio de los exploradores europeos con el continente africano.

Las ventanas daban a un jardín en cuyo centro había un inmenso estanque del que salía una red de canales que se perdían en todas las direcciones bajo la densa vegetación. Todo aquello había sido creado por la mano del hombre, pero la vegetación desbordaba las orillas, y la superficie del agua estaba llena de plantas acuáticas. Las raíces de los árboles, en gran parte sumergidas, se ramificaban en todas las direcciones creando una maraña inextricable que había necesitado decenas de años para formarse. Luego sabrías –las ventanas de tu cuarto estaban orientadas al sur y no se veía desde ellas la zona central del estanque– que una estructura de hierro y cristal cubría la parte más cercana a la casa. El estanque era allí inmenso, y en su centro emergía una torre de ladrillo visiblemente inclinada. Sobresalía unos tres metros del agua como el resto de una vieja edificación que hubiera perdido su verticalidad a causa de la humedad.

Aquella casa de estilo inglés en medio de la selva, su extravagante soledad, el inmenso estanque y la red de canales que se extendían por el jardín, parecían la obra de un ser demente, de alguien que se había instalado en el rincón más retirado del mundo para entregarse a algo indefinible. ¿Qué era lo que buscaba? Aún más, ¿qué relación tenía Rose Hansson con ello? ¿Por qué se empeñaba en permanecer en un lugar insano que sólo podía potenciar sus males? El agua del estanque desprendía una leve bruma, que no tardó en extenderse entre los árboles dando al lugar un aire fantasmal. Te quedaste mirando aquel pedazo de selva, preguntándote por los secretos que guardaba. Un ruido sordo y constante, que recordaba el rumor del mar, interrumpió tus pensamientos. Se extendió por el jardín prolongando el misterioso embrujo de la bruma. El ruido se hizo más nítido y no tardaste en darte cuenta de que procedía de lejanos motores. Luego sabrías que lo

causaban las turbinas que renovaban el agua. La laguna Negra estaba del otro lado de la tapia y aquellas grandes turbinas alimentaban con su agua la red de canales interiores. La laguna estaba unida al mar por largas galerías subterráneas, por lo que su agua era salada y estaba expuesta al flujo de las mareas.

Pero estás adelantando los acontecimientos, y en ese momento aún ignorabas estas cosas. Eras como una de esas muchachas de las novelas inglesas que llegan a una oscura mansión para hacer de institutrices, y que pasan estremecidas su primera noche en un lugar del que todo lo desconocen, como la protagonista de *Jane Eyre*, novela que habías leído en tu adolescencia una vez tras otra, como si en ella se guardase el secreto de lo que eran las mujeres, de sus deseos y de sus temores. ¿Aquel misterioso estanque, la torre que había en su centro y que asomaba sobre sus aguas, guardaba secretos así? Todo lo decisivo sucedía en la sombra, decían aquellas novelas.

Oíste ruidos de pasos en el pasillo, pero pasó el tiempo y nadie llamó a la puerta. Fuiste tú quien la abrió. La galería estaba vacía y habían dejado en una mesita junto a la puerta una bandeja con la cena. Contenía un plato de pescado marinado, acompañado de arroz y unas tortitas de harina de trigo. El pescado estaba muy sabroso y comiste con apetito. La cena incluía una botella de vino, y lo bebiste hasta estar un poco borracha. La luz de la luna iluminaba el estanque. Las orillas estaban llenas de plantas acuáticas, cuyas hojas flotaban en la superficie como pequeñas islas verdes. Grandes flores blancas brotaban entre las islas. Los motores estaban apagados, y se oían los sonidos de la selva: el croar de las ranas, repentinos graznidos, sonidos oscuros que no se sabía de dónde venían. Un ciervo se abrió paso entre la vegetación y se acercó a la orilla mordisqueando las hierbas. Te sorprendió que en aquella isla hubiera ciervos como los que había en Europa. Luego sabrías que habían sido importados por los holandeses, que necesitaban algo con que alimentarse durante sus escalas en la zona. El ciervo corrió a esconderse y viste agitarse la superficie del estanque, como si algo acabara de sumergirse en él.

El marido de Rose Hansson, según los abogados que te habían contratado,

había sido un conocido científico. Pero las suaves orillas del estanque, sus ondulados canales, la hierba que alfombraba el suelo, la infinita variedad de árboles y plantas y la presencia de silenciosos animales deambulando en su espesura, no parecían la obra de alguien entregado al estudio de las plantas y la fauna de la zona, sino más bien un capricho. Hablaban de un lugar concebido para acoger las indefinibles demandas del deseo, pues el deseo siempre tiene que ver con la oscuridad. La oscuridad de los sueños, del amor, de todo lo que se desconoce. Miraste por última vez el jardín. Todo en él, los árboles centenarios, la antigüedad de las edificaciones, hablaba de un tiempo muy anterior a la llegada de Rose Hansson y de su marido a la isla. Entonces, ¿quién había construido todo aquello?

Ya en la cama, volviste a pensar en Christophe y en el beso que os habíais dado. ¡Qué hermosos eran esos primeros momentos del amor! Se pensaba que no tendrían consecuencias, que eran como los juegos de los niños y que nada de lo que pasaba en ellos era del todo real. Pero qué equivocados están los que piensan así: los juegos de los niños siempre son peligrosos.

Te dormiste nada más cerrar los ojos, pero algo te despertó poco después. Era el llanto de una niña. Estaba en un cuarto cercano y lloraba pidiendo ayuda, pues alguien la había encerrado. Esa niña eras tú misma y su llanto te había despertado muchas noches de tu vida. Era una pesadilla angustiada. Te levantabas tratando de dar con el lugar donde la tenían encerrada, pero al acercarte el llanto cesaba y te despertabas llena de angustia. Hacía años que no tenías esa pesadilla y te sorprendió que esa noche, la primera que pasabas en aquella mansión, regresara a tu vida.

Tenía que ver con tu desdichada infancia. Apenas te acordabas de esos primeros años. Sólo que tu madre no te quería y que te encerraba en un cuarto cuando recibía en casa a sus amigos. Tú tenías miedo, pero no podías llamarla porque se enfadaba si lo hacías. Te imaginabas entonces que podías meterte dentro de la pared. Apoyabas en ella las manos y te bastaba con presionar un poco para que éstas se hundieran hasta las muñecas. Luego empujabas con todo el cuerpo hasta hundirte en el interior de la pared. Y la

angustia desaparecía. Tu amigo psicoanalista te dijo que aquella pared expresaba tu nostalgia de un lugar seguro, de un útero donde refugiarte, y que la niña que oías llorar en sueños eras tú misma y que ese llanto expresaba tu desamparo. Pero aquella niña no lloraba sólo porque tuviera miedo. Lloraba porque quería algo, porque había visto algo, pero no sabías qué.

Te despertaste por ruidos que venían de tu propio cuarto. Alguien andaba por la salita contigua. Era una de las criadas negras que te habían recibido la noche anterior. No tardó en aparecer la otra. Eran pequeñas y delgadas, casi unas niñas, y vestían uniformes blancos. Te dieron los buenos días en un forzado y gracioso francés, y se acercaron a la cama para ayudarte a levantarte. Una de ellas se agachó para ponerte las zapatillas, mientras la otra te tendía la bata. Se empujaban entre sí como queriendo ser las primeras en ayudarte. No eran gestos serviles, parecían dos niñas peleándose en sus juegos. Te habían preparado el baño, y en vez de dejarte sola se quedaron esperando a que te desnudaras. Les dijiste que se tenían que ir y cerraste la puerta. El agua estaba muy caliente y permaneciste un buen rato adormecida. Al salir, tenías el desayuno en la mesa: huevos revueltos, tortitas de trigo, un pastel muy rico de hojaldre con dulce de guayaba, y un café suave y perfumado. Estabas muerta de hambre y todo lo devoraste. Mientras tanto, las negritas no dejaban de mirarte. Todo les llamaba la atención: tu ropa, cómo te habías peinado, las pulseras que llevabas en las muñecas, la forma en que tomabas los cubiertos y la taza de café. Oyeron cómo alguien abría la puerta y salieron a toda prisa. Allí estaba el gigante de la cicatriz, que te pidió por gestos que lo acompañaras. Estuviste a punto de decirle que la próxima vez llamara a la puerta antes de entrar, pero no te atreviste a hacerlo. Estaba claro que iba a hacer todo lo posible por complicarte la vida.

En el equipaje llevabas el uniforme de enfermera y te preguntaste si debías ponértelo para asistir a tu entrevista. Fuiste al baño a maquillarte y te estuviste mirando. Recordabas cuando en la adolescencia te pasabas horas ante el espejo. No tenías éxito con los chicos y te preguntabas por qué. Se acercaban a ti, te decían cosas amables, pero se alejaban en cuanto te

conocían. En ese tiempo tenías una amiga que te daba consejos. ¿Sabes lo que te pasa?, solía decirte. Que vives tu belleza como una herida y eso asusta a los chicos. Les dices que si se quedan contigo tendrán que sufrir.

Pero esa mañana estabas guapa de verdad. Habías dormido bien y no había en tu rostro huellas de cansancio. Pero tu amiga tenía razón, ser guapa no te había ayudado. Ya ibas a salir cuando decidiste ponerte el uniforme de enfermera. Las gemelas te esperaban en el pasillo y te hicieron gestos para que las siguieras escalera abajo. Se volvían cada poco para mirarte, conteniendo con dificultad la risa. Parecían a punto de saltar por la barandilla y de descender volando hasta el suelo.

El doctor estaba en la biblioteca. Era un hombre de unos sesenta años, sumamente amable, que hizo todo lo posible por tranquilizarte respecto a la tarea que tendrías que desempeñar. Rose Hansson padecía una miopatía muy avanzada. Tenía afectados los músculos que controlaban los pulmones, y se veía obligada a permanecer en la cama o, en el mejor de los casos, en una silla de ruedas. Aquella enfermedad no tenía tratamiento, por lo que los fármacos que se le administraban sólo aspiraban a mejorar sus síntomas, especialmente a mitigar el dolor. Raras veces se quejaba y, lo que era más importante, no había perdido el sentido del humor ni el interés por las cosas. A ver, doctor, qué pasa por el mundo, era invariablemente su primera pregunta cuando la visitaba.

Tocaba maravillosamente el piano, pero había dejado de hacerlo a causa de la degeneración de sus músculos. Se pasaba las horas contemplando el estanque, como si algo misterioso que nadie sino ella conocía la uniera a ese lugar. Alguna vez él le había preguntado por qué continuaba en aquel ambiente tan húmedo e insano. Aquí es justo donde quiero estar, le contestaba con una sonrisa. Las palomas rosadas habían hecho sus nidos en los árboles del jardín y, al atardecer, entraban en la casa para que les diera de comer. Una tarde, tras estar un buen rato los dos en silencio, ella le recitó algo que parecía un poema: «No es bueno que los árboles crezcan solos, rodeados de sombras; es necesario que tengan guardianes y servidores». Nunca supo a qué se refería, ni si acaso ella se consideraba uno de esos guardianes. Tampoco se lo preguntó. Su tarea era curar los cuerpos de sus

pacientes, no juzgar lo que había en sus almas.

Mientras el doctor te hablaba, inspeccionabas la enorme biblioteca donde os encontrabais. Las estanterías llegaban hasta el techo y una galería flotante permitía acceder a los libros más altos por una escalera lateral. Tanto la galería como la barandilla de la escalera estaban decoradas con numerosos motivos tomados de la naturaleza: plantas exóticas, lagartos, flores, aves de grandes picos, peces. La sala estaba dotada de una cúpula acristalada por la que entraba la luz del exterior. En un rincón había una chimenea y, a su lado, un piano. La chimenea era de alabastro y en ella estaban esculpidas numerosas figuras que representaban las distintas etapas de la vida humana, desde el nacimiento hasta la vejez, representada por un anciano calentándose las manos en un imaginario fuego. A sus pies se veía una familia de gatitos que daba al lugar una cálida impresión hogareña. Luego sabrías que la chimenea nunca había sido tal, ya que no tenía tiro, y que era sólo un elemento decorativo. Frente a ella, había un par de sillones con una mesa para tomar té o café. En el otro extremo, una vidriera emplomada enmarcaba una puerta. La luz que la iluminaba desde atrás hacía que pareciera espolvoreada de oro. La puerta se abría a la parte de la casa que lindaba con el jardín y el estanque, y la luz venía del jardín. Era allí donde Rose Hansson tenía sus habitaciones.

Tus ojos vagaron por los lomos de los libros preguntándote si habría entre ellos alguno de tu gusto, pues todo te hacía pensar que ibas a disponer de mucho tiempo para leer. El doctor te dijo que casi todos eran libros científicos, relacionados con la biología y las ciencias naturales. Algunos eran muy valiosos, pues Ramón Berenguer, el marido de Rose Hansson, fue un conocido bibliófilo y había recorrido todas las librerías del mundo en busca de los libros más raros. Había allí primeras ediciones de *El origen de las especies*, de *L'Encyclopédie* de D'Alembert y Diderot, de *Systema Naturae* de Carl von Linneo, o de *Opera* de Galeno. Pero también podía encontrar una importante sección de literatura inglesa, sobre todo del siglo XIX, a la que Rose Hansson era muy aficionada.

Tanto la cúpula, como la biblioteca, la chimenea y los motivos de decoración eran obra de un arquitecto catalán que a mediados del siglo XIX,

por encargo de Ramón Berenguer, se había desplazado a la isla para llevarla a cabo. El jardín y el estanque también eran obra suya. Los materiales se habían traído expresamente de Europa y en la construcción del conjunto se habían empleado siete años completos. Todo aquello te sorprendió. El doctor te estaba hablando de otro siglo y, según eso, y por muy joven que Rose Hansson se hubiera casado, en el momento de tu llegada tendría que superar ampliamente los cien años de edad. ¿O acaso Ramón Berenguer y ella se habían conocido después, cuando la casa y el jardín ya existían? Viste al doctor haciéndote gestos para que te acercaras. Había cogido un libro de uno de los estantes y te lo quería enseñar. Era una edición del *Systema naturae*, de Linneo, con hermosas láminas. Te habló con entusiasmo de él, mientras pasaba las láminas para que las vieras. Aquel libro se hizo extraordinariamente popular y suscitó la admiración de los hombres más grandes de su tiempo. La edición que te estaba mostrando, publicada en 1758, era la décima y en ella las ballenas ya aparecían clasificadas como mamíferos, corrigiendo el error de las anteriores, en que eran consideradas peces. A Linneo le llamaron el segundo Adán, y había sido uno de los hombres más grandes de su tiempo. «Si olvidas el nombre de las cosas –dijo una vez–, desaparece también lo que sabes de ellas.»

Y tras colocar el libro en su estante, el doctor te entregó unas hojas con las indicaciones de todo lo que tenías que hacer. El nombre y las dosis de los medicamentos que debías administrar a la enferma, los ejercicios que tenía que realizar para evitar el anquilosamiento de los músculos, el control de su temperatura y su tensión arterial, el manejo del pulmón de acero que le permitía respirar por las noches. El doctor vivía en Antananarivo, la capital de Madagascar, pero venía cada mes a Taboada y estaríais permanentemente en contacto telefónico, de forma que lo tendrías a tu disposición cuando lo necesitaras. Todo iría bien, no tenías por qué preocuparte. Rose Hansson era una buena enferma y jamás sometía a los demás a la tiranía de sus dolencias. Raras veces se quejaba y, aunque cada vez más mermada por su enfermedad, aún era una conversadora brillante y divertida. Puede que su tiempo hubiera pasado, pero estaba lejos de ser una anciana trasnochada. Sentía una gran simpatía por las mujeres jóvenes y por todos los esfuerzos que éstas

realizaban por ser independientes y libres, y estaba convencido de que ibais a simpatizar. Es cierto que allí no ibas a tener gran cosa que hacer, pero una temporada lejos del mundo a nadie le venía mal. Mirar era más interesante que pensar, y te aseguraba que allí no tendrías tiempo de aburrirte. Aquí todo está vivo, te dijo.

Te quedaste mirando aquel lugar, la profusión de elementos decorativos, pájaros, mariposas, hojas y flores, que desbordaban los estantes y las molduras de la biblioteca, la hermosa combinación de ladrillo y cerámica en los espacios libres de las paredes, las rejas de las ventanas superiores, con motivos inspirados en la naturaleza. Todo parecía existir en continuidad con el jardín y el estanque que habías visto desde tu habitación, como si los árboles y frutos de ese jardín hubieran invadido el interior de la casa. Te imaginaste viviendo en aquel lugar, siendo dueña de sus secretos. Había algo perturbador en él, una oscura amenaza, como si no hubiera sido concebido para la felicidad. Por eso te gustaba. Nunca te habías fiado de la felicidad a causa de la relación tan dolorosa que habías tenido con tu madre. Las hijas y las madres raras veces se llevan bien.

El doctor se dirigió a la chimenea e hizo sonar la campanilla que había sobre la mesa. No tardasteis en oír ruido de pasos, ni en ver aparecer al gigante de la cicatriz. El gigante se llamaba Juma bin Mohamed, y era el responsable de la organización y gestión de la hacienda. El doctor le dijo que tú eras la enfermera que se encargaría de atender a miss Hansson. Le tendiste la mano, pero el gigante rehusó estrechártela, pues como musulmán debía evitar el contacto con la mujer. También eludía mirarte y volvía la cabeza cuando buscabas sus ojos. Y ahora, vayamos a visitar a la enferma, dijo el doctor. Juma abrió la puerta de cristal y os pidió con gestos que le siguierais. Mientras lo hacíais, ibas pensando en la historia de Ramón Berenguer y Rose Hansson, en su empeño en levantar en el otro extremo del mundo aquella misteriosa mansión. Lo que viste a partir de entonces superaba con creces lo que habrías podido imaginar. En el suelo, y formada con pequeñas teselas, se veía la escena de una muchacha acercándose con una lámpara a un joven que

dormía. La luz de la pequeña lámpara iluminaba la espalda del muchacho, que estaba desnudo.

Una nueva puerta os llevó a una sala de misteriosa belleza. Los vitrales de las paredes ascendían hasta el techo, y había numerosas columnas decoradas con rosas rojas y blancas y arcos con mosaicos que imitaban colas de pavos reales. Arriba, una claraboya de cristales dorados recogía la luz. A través de las paredes acristaladas se veía el jardín. Una gran marquesina cubría la parte del estanque más cercana a la casa. El edificio se asentaba sobre una base rectangular, con una estructura metálica que descansaba sobre columnas de hierro que se hundían en el agua. Arcos apuntados sostenían la cubierta de cristal varios metros por encima del agua. Un ancho canal unía esa zona con el cuerpo principal del estanque, donde estaba la torre sumergida. Te quedaste mirando las aguas quietas, los reflejos que el sol de la tarde creaba al atravesar los vitrales, las densas aguas negras, que transmitían un sentimiento de inaccesibilidad.

Regresasteis a la sala de las columnas. Una puerta lateral comunicaba con las otras estancias de la casa. El agua entraba en ellas a través de hondos canales de piedra blanca, que se ramificaban por pasillos y cuartos dando al espacio una cualidad de ensueño. Era como si hubiera dos casas, la que vosotros recorríais y aquella otra que tenía que ver con el agua del estanque y todo lo que en él vivía. Incluso te pareció que algo se movía en el interior de los canales siguiendo vuestros pasos, pero debió de tratarse de una ilusión pues al volverte el agua estaba quieta. Llegasteis a una nueva sala. Allí había otro piano y una pequeña biblioteca. Era la sala de lectura de Rose Hansson. El techo tenía la forma de cielo raso, y destacaba la gran ventana que daba al jardín. Estaba atardeciendo y una leve bruma se desprendía de las aguas dando al lugar un aire mortuario. Recordaste un viaje que hiciste a Irlanda con tus compañeras de curso, y cómo os habían dicho que irlandeses y bretones pensaban que el país de los muertos se hallaba en el interior de los lagos.

El agua de aquel estanque, te explicó el doctor, procedía de la laguna Negra, que a su vez la tomaba del mar a través de cuevas subterráneas. Siendo muy joven cayó en manos de Ramón Berenguer una obra de un

científico llamado René Quinton, un fisiólogo y naturalista francés que estaba convencido de que el agua del mar le había curado de la tuberculosis, y esta vivencia en carne propia lo llevó a la investigación de su composición y sus propiedades. Según él y sus defensores, la composición del agua marina es similar a la del plasma sanguíneo, por lo que inyectarse esa agua era una forma natural de curar cualquier enfermedad. Llegó a ser muy conocido en su tiempo y, según se decía, libró de la muerte a numerosas personas durante la Primera Guerra Mundial. El agua marina tiene cierto poder antiséptico, lo que en una época en la que las enfermedades infecciosas arrasaban con la población, pudo ofrecer resultados apreciables. Sin embargo, esto no quería decir que el agua de mar pudiera curar enfermedades importantes, lo que explica que las curas con agua marina tuvieran buena acogida a principios del siglo XX, pero decayeran rápidamente según se fue imponiendo la teoría microbiana y el uso de antibióticos o vacunas. Pero Ramón Berenguer se dejó convencer por unas teorías que gozaron en su tiempo de un gran prestigio, y éstas fueron la causa de que construyera aquel estanque y su red de canales a orillas de la laguna Negra, de donde tomaban el agua con unas grandes turbinas. Eran aguas vivas, sometidas al flujo de las mareas, con las que Ramón Berenguer buscaba aliviar los problemas respiratorios derivados de la tuberculosis que arrastraba desde su juventud.

Ésta fue a grandes rasgos la explicación con la que el doctor trató de justificar la existencia del estanque y de la insólita red de canales que se adentraba en la casa. ¿Le creíste entonces? Supones que sí, a pesar de que la explicación era bastante extravagante, pero cuando repasas ahora aquellos acontecimientos no sabes si el doctor creía de verdad en lo que te decía, o si sólo trataba de ocultarte las verdaderas razones de tu llegada a la isla.

Empezaba a oscurecer y la poca luz que quedaba se agolpaba en los vitrales, que la suciedad y el salitre habían vuelto casi opacos. Te sorprendió que allí no hubiera luz eléctrica, o que al menos Juma no se decidiera a darla. Sí encendió varias velas. La luz temblorosa de las llamas se reflejaba en el agua, dándole una tonalidad dorada. Te acordaste de un poema persa: «El jardín sin hojas, / ¿quién osa decir que no es bello?». Había allí una belleza así, una belleza que parecía venir de otro tiempo, de un mundo que nada tenía

que ver con el tuyo. ¿Por qué no podía estar en él tu salvación?

El doctor te dijo que Rose Hansson creía que la luz eléctrica favorecía las dolorosas migrañas que padecía, y por eso recurría con frecuencia a aquella iluminación primitiva. Respecto al estanque, ¿qué podía decir? Le había repetido mil veces que la humedad no era sana para nadie y que debía, al menos, desecar los canales interiores, pero ella no le hacía caso, sin duda por ser fiel a aquella fe absurda en el poder terapéutico del agua marina en la que su marido había creído. Por otra parte, no debías preocuparte por las condiciones del agua. Se renovaba constantemente gracias a unas grandes turbinas y a un sistema de vasos comunicantes que la hacían circular de manera imperceptible por los canales. Toda la instalación había sido una obra extraordinaria de ingeniería que, a pesar del tiempo transcurrido, seguía funcionando sin problemas. Aquella agua nada tenía que ver con el agua insana de tantas charcas africanas. No era ningún peligro para la salud y hasta podías bañarte en ella sin ningún problema.

Cruzasteis dos salas más. En esa zona de la casa habían desaparecido las puertas y el acceso a los cuartos era a través de arcos en la pared. Era allí donde miss Hansson guardaba la colección de terracotas de su marido. Había decenas de ellas sobre largos estantes que recorrían las paredes. Figuras de pie con aire autoritario, mujeres cubriéndose los senos con las manos, piernas dobladas, brazos y manos colocadas sobre las rodillas, peinados elaborados con moños o trenzas, adornos compuestos por collares, colgantes, brazaletes, figuras cubiertas de serpientes, cuerpos que daban cobijo a los espíritus, con los ojos y la boca perforados, que hablaban de un mundo en que lo humano aún no estaba separado de los otros reinos de la naturaleza. Seres que guardaban la memoria de oscuros pactos con el mundo, dotados de deseos y facultades que habíamos olvidado hacía tiempo. Su belleza era la de todo lo inferior y deforme, la belleza de cuanto vive en la sombra: el sexo, las pasiones, los sueños.

Y por fin llegasteis a la habitación donde descansaba Rose Hansson. Era una sala inmensa que recordaba la nave central de un templo gótico. El espacio lo definían numerosos arcos enyesados que llegaban hasta el suelo, por lo que tenías la impresión de adentrarte en el costillar de una ballena. El

agua de los canales formaba una amplia charca a la entrada, y la cama de Rose Hansson estaba situada enfrente. En el centro, había dos arcos laterales. Uno de ellos comunicaba con una escalera que descendía a un piso inferior; y el otro lo hacía a un pasillo también lleno de arcos que llevaba a una nueva habitación, ésta mucho más pequeña, y que según descubrirías muy pronto era la habitación de servicio donde tú ibas dormir muchas noches. Junto al agua había un gran cesto lleno de naranjas, semejante a otros que acababas de ver por la casa y cuya presencia a la orilla de los canales había llamado tu atención. También viste un gran cuenco de leche.

Miss Hansson era una mujer extremadamente delgada. No debía de pesar ni cuarenta kilos, pero sus ojos brillaban con intensidad febril. Te recibió recostada sobre varias almohadas, y, tras las presentaciones, le pidió al doctor que os dejara solas un rato. Te tuteó desde el principio. Eres muy guapa, te dijo, e imagino que esta casa te ha debido de parecer un poco sombría. Pero no temas, en ella no corres ningún peligro. Te pidió que te sentaras a su lado y continuó hablando. El doctor te habrá hablado de mis numerosas dolencias y de los cuidados que necesito, pero no le hagas caso. Exagera. Mi única enfermedad es la vejez y prometo no darte la lata. Sobre la mesilla había una bandeja con una botella de *champagne*, y te pidió que le sirvieras una copa y que la acompañaras sirviéndote otra para ti. Brindasteis por la vida que ibais a compartir. Adoro el *champagne*, exclamó, con las ostras es el único vicio que todavía me permito. En la mesa había una figura de terracota. Era la cabeza de una mujer de serena belleza. Rose Hansson te dijo que procedía de Nigeria, y pertenecía a la cultura igbo. La figura tenía los ojos en forma de granos de café y en las comisuras de la boca se observaban las escarificaciones rituales. Su tocado, sencillo y elegante, se elevaba en los laterales y el cabello se recogía en la parte posterior. Miss Hansson te dijo que lo más probable es que formara pareja con otra cabeza de hombre, pues casi todo en esas culturas giraba sobre la dualidad masculino-femenino. Luego te preguntó qué te había hecho abandonar ese país admirable que era España para viajar hasta ese remoto lugar del mundo a cuidar de una anciana.

Le contestaste que te habías cansado de tu trabajo y querías probar algo nuevo. Había en la cara de miss Hansson una expectación luminosa que desmentía su edad. Te habló entonces de la casa, del sueño que había compartido con su marido de encontrar un lugar donde esconderse del mundo para vivir la vida que querían.

Mientras la escuchabas, no podías apartar los ojos de la cabeza de terracota. Pensabas en lo que Rose Hansson te había contado de ese compañero que había sido modelado junto a ella, de lo importante que para esas culturas era el vínculo entre un hombre y una mujer. En ese vínculo estaba la energía que renovaba las cosas. Y recordaste los primeros días de tu vida con Gonzalo. Cuánto te gustaba despertarte y verle dormido a tu lado, cuánto verle afeitarse frente al espejo, o sentirte rodeada por sus brazos. Cuánto amabas sentir su fuerza cuando hacíais el amor. Una niña jugando con serpientes, eso era el amor para ti.

Pero Rose Hansson volvió a interrumpir el curso de tus pensamientos para pedirte que le contaras cosas de tu ciudad, San Sebastián, en la que no había estado nunca, pero de la que su marido, que había vivido un año en ella, guardaba preciosos recuerdos. Le hablaste de su bahía, de los bellos montes que la enmarcaban, de los tamarindos azotados por el viento, de su mar caprichoso y lleno de fuerza. Y te dijo que le hubiera gustado conocerla, comprobar una vez más cuánta belleza había en el mundo. Pero que ya veías cómo estaba ahora. No podía dar dos pasos sin ayuda, ni casi ponerse de pie o conservar el equilibrio. Apenas tenía apetito, por lo que pesaba poco más de 30 kg, y sus piernas se hinchaban como gruesas estacas. Esto último, añadió, era terriblemente impropio y por alguna razón muy vulgar. En conjunto parecía una bruja, un auténtico *memento mori*.

Había un extraño resplandor en su cara. Sus ojos, que aún se maquillaba cuidadosamente con kohl, parecían bañados en luz. Había algo casi inhumano, como de transición, en su fragilidad: como si se estuviera metamorfoseando en un ave. Luego sabrías que en realidad se estaba muriendo de desnutrición, pues apenas comía otra cosa que jugos de fruta y de vegetales, ampollas de jalea real, ostras y galletas.

Te preguntó por tu familia y sin saber muy bien por qué te pusiste a

contarle cosas que nunca contabas. Había seres así, que enseguida inspiraban confianza y movían a las confidencias. Le dijiste que hacía meses que no veías a tu madre, y que apenas tenías trato con ella. Tu padre la había abandonado antes de que tú nacieras, y nunca habías sabido qué era una familia. Habías crecido con el temor a no ser amada. Te contestó que era un temor absurdo, que eras muy guapa y que seguro que no te habían faltado pretendientes. Le dijiste riéndote que todos se iban al poco de conocerte. Los hombres huyen de las mujeres infelices, te contestó. Oísteis ruidos en la puerta, era el doctor que regresaba. Se detuvo ante un cesto de naranjas que había junto a la puerta. Habías visto varios cestos así en otros lugares de la casa, y estuviste a punto de preguntarle para qué eran, pero fue él quien habló. Bueno, ya ha conocido a su joven enfermera, le dijo a miss Hansson, espero que le haya gustado. Pero ahora tengo que irme y me gustaría enseñarle el funcionamiento del pulmón de acero.

Vete, vete con él, te dijo miss Hansson. Una escalera situada en el centro de la sala os llevó al piso inferior, que era, en realidad, un inmenso acuario. Una sala elíptica de observación inmersa en una gran piscina en la que nadaban numerosos peces, visibles a través de los grandes cristales. En el centro estaba el pulmón mecánico que permitía a Rose Hansson respirar. Era un tanque cilíndrico de acero donde permanecía acostada en las crisis agudas de su enfermedad. Porque aquella enfermedad neuromuscular ocasionaba a los pacientes desde dificultades para tragar y hablar, hasta agudos problemas respiratorios. Miss Hansson era sueca, y según el doctor este hecho podía haber favorecido la aparición de la enfermedad, que algunos científicos relacionaban con la carencia de vitamina D, tan propia de países poco soleados. Aquel pulmón de acero la ayudaba a respirar, especialmente cuando debido a las infecciones a que estos pacientes eran tan proclives sus problemas respiratorios se agravaban. De hecho, había sido una neumonía que había estado a punto de causarle la muerte lo que había llevado a Ramón Berenguer a la compra de aquel pulmón de acero, un artilugio mecánico que conoció un importante auge en los años cuarenta, cuando las salas de los hospitales se llenaron de pulmones de acero a causa de los brotes de poliomielitis.

Mientras el doctor hablaba, tú mirabas a los peces que nadaban a vuestro alrededor. El fondo del acuario estaba decorado con objetos relacionados con el mar, desde un cuerno de narval hasta restos de galeones hundidos, y era extraño ver a los peces, algunos de considerable tamaño, yendo y viniendo por las paredes del acuario, como si vivieran en mundos eternamente ajenos entre sí. Y pensaste en los sucesivos aeropuertos por los que habías tenido que pasar en los días anteriores, y en el deambular de los viajeros por pasillos y mostradores sin apenas mirarse, indiferente cada uno a la presencia de los otros, y te preguntaste si éramos tan distintos de aquellos peces. Un reino de sonámbulos, así era el mundo.

Entonces pasó algo que en ese momento no supiste valorar. En apenas unos segundos los peces desaparecieron de la vista para escapar a esconderse entre las rocas y plantas del suelo. El doctor estaba junto al pulmón de acero y te acercaste a él. ¿Qué ha pasado?, le preguntaste, todos los peces se han ido. ¡Ah, los peces!, exclamó. Ninguna vida es más enigmática que la suya. Y tomándote del brazo te condujo hasta el pulmón de acero y se puso a explicarte su funcionamiento. Es una máquina infernal, que gracias a Dios ha dejado de utilizarse, te dijo. Había enfermos que debían permanecer inmovilizados en su interior hasta el final de sus días. ¿Se imagina lo que tuvo que ser una vida así?

Cuando terminó de darte las explicaciones, el doctor te dijo que debíais regresar con Rose Hansson. Él volvería al día siguiente para darte las instrucciones que se referían a los ejercicios de rehabilitación. Se inventaría todo tipo de excusas para no hacerlos, añadió, pero no se deje engatusar. Tales ejercicios eran esenciales para fortalecer los músculos del habla y la respiración, y sin ellos su estado se agravaría.

Los peces seguían sin aparecer, y las paredes de cristal, iluminadas cenitalmente, daban al espacio un aura de irrealidad. ¿Quién había construido aquel inmenso acuario? Algo en él y en las distintas estancias que habíais visitado te hizo sospechar que había algo allí que te estaban ocultando. ¿Sabía el doctor qué era? Pensaste en aquellas novelas inglesas del siglo XIX, donde una joven institutriz llegaba a una mansión que guardaba un oscuro secreto. Pero allí no se trataba de la habitación de una loca, sino que era como si esa

loca se las hubiera arreglado para abandonar su encierro y se hubiera hecho dueña de toda la casa.

Miss Hansson ya no estaba en la cama cuando regresasteis a su habitación. A esas horas solía pedir a Juma, su sirviente, que la llevara a la orilla del estanque, donde permanecía hasta que empezaba a refrescar. Las puertas que daban al jardín estaban abiertas de par en par y ella contemplaba las aguas desde su silla de ruedas. En la orilla había velas encendidas y varias lámparas colgaban de las columnas de la estructura de metal que cubría esa parte del estanque. Los reflejos de las llamas semejaban en el agua leves pétalos de oro. Miraste asombrada ese espacio salpicado de pequeñas luces, como si el tiempo se hubiera detenido en él presa de un sortilegio. Ya lo ve, jovencita, exclamó el doctor, miss Hansson aún sueña con citas románticas. Miss Hansson se echó a reír. La juventud vive de la esperanza, querido doctor, la vejez del recuerdo. Y al decir esto volvió la cabeza para mirarte, y supiste que quería algo de ti, que tu presencia en aquel lugar no tenía que ver con tu profesión de enfermera, sino con algo relacionado con aquel estanque, con las lámparas que lo iluminaban y con el sueño que lo había hecho posible. Como si Rose Hansson te estuviera pidiendo que te hicieras cargo de ese sueño. Pero ¿quién quiere eso: vivir en un sueño que no es suyo?

Cuando el doctor se fue, miss Hansson te contó una historia. Los egipcios estaban convencidos de que su lengua era la lengua de la creación, la única que permitía a los hombres hablar con los dioses. Y para demostrarlo, uno de los faraones decidió encerrar en un palacio situado en un bosque apartado a un grupo de niños recién nacidos. Crecerían sin tener ningún contacto con otros seres humanos y pasados unos años irían a verlos, convencidos de que hablarían aquella lengua que era a la vez la suya y la de sus dioses. Pero pasaron esos años y cuando fueron a ver a los niños todos estaban balando. Se habían olvidado de que los prados que rodeaban el palacio estaban llenos de ovejas y ahora los niños balaban como ellas. Miss Hansson era una niña

cuando un profesor de ciencias les contó esta historia en clase, para explicarles hasta qué punto nuestra vida dependía del entorno en que habíamos crecido. Ese verano se hizo amiga de una niña que tenía su misma edad, y una tarde, al cruzarse las dos con un rebaño de ovejas, ella le contó la historia y al momento su amiga se puso divertida a balar. Las niñas se enamoran unas de otras a esa edad, y miss Hansson se enamoró de su amiga y sólo quería estar a su lado. Y cuando estaban solas jugaban a entenderse en aquella lengua de balidos que sólo ellas conocían. Habían pasado muchos años y ahora se daba cuenta de que nunca había hablado una lengua más hermosa que aquélla.

Te pidió que le sirvieras otra copa de *champagne* y, antes de volver a brindar contigo, te dijo que la llamaras por su nombre de pila, ya que miss Hansson la hacía sentirse una anciana. El *champagne* estaba muy frío, y no tardasteis en terminarlo pues hacía mucho calor. Oíais el canto de las cigarras, el croar de las ranas, el ulular de las aves y otros sonidos de la noche. Eran los animales de la selva, que entraban en el jardín vallado a través de los árboles. Había junto a la orilla un cesto lleno naranjas y te pidió que arrojaras dos al estanque. Se quedaron flotando a unos metros de vosotras como dos pequeños planetas suspendidos en el éter. Era hermosa aquella antigua creencia en un fluido invisible, sin peso, que llenaba todo el espacio. Una sustancia brillante que respiraban los dioses, en contraste con el pesado aire que respiran los mortales.

Tras apurar la copa, Rose te dijo que fueras a por un sobre que había sobre el piano y que lo abrieras, pues era para ti. Tu sorpresa fue mayúscula, estaba lleno de fotografías tuyas. Algunas estaban hechas en el hospital, recorriendo sus pasillos, en la habitación de un enfermo. Otras, paseando por la calle, mirando un escaparate, sentada en una cafetería con una amiga. Pero la mayoría, en la piscina donde ibas a nadar. Recordaste el incidente que ocurrió entonces al sorprender la encargada a un hombre con una cámara en las instalaciones de la piscina y supiste que las fotografías las había hecho él. Era un detective privado que los abogados habían puesto para espiarte. Era extraño verse con los ojos con que te ven los demás. Eras como esos pobres animales de los bosques que, desorientados, terminan deambulando por las

calles de los pueblos, sin reconocer nada de lo que hay a su alrededor. No, ésa no era tu vida.

Pero usted no tiene ningún derecho a hacer algo así, acertaste a decir. Te contestó que hacías bien en enfadarte con ella, y que te pedía perdón. Pero tenías que entenderla: no le quedaba mucho tiempo de vida y no podía arriesgarse a traer hasta allí a alguien que no le gustara. En aquellas fotografías estabas muy guapa, y recordaste cómo en tu adolescencia, cuando tu cuerpo se desarrolló, evitabas arreglarte como hacían tus amigas para no resultar atractiva. La belleza de tu cuerpo te confundía, porque les hacía creer a los chicos que podías darles cosas que en realidad no tenías. ¿Qué harían al descubrir que los engañabas? Me gustaría verte nadar, dijo entonces miss Hansson. ¿Cómo?, le respondiste confusa. Verte nadar en el estanque, como hacías en la piscina de tu ciudad. ¿Ahora?, acertaste a decir. Sí, ahora, por qué no. Juma te llevará a una habitación junto a la mía y allí, sobre la cama, tienes un traje de baño que te servirá.

Juma había permanecido todo ese tiempo en la sombra, y se adelantó para que le vieras. Era como los grandes felinos, no lo sentías llegar. Miss Hansson te dijo que no te preocuparas. Juma era mudo, no podría contar vuestros secretos. No sabías qué hacer. Tu primer impulso al ver aquellas fotografías había sido dejar aquella casa, pero ¿adónde podías ir? Siempre hacías lo que te decían. En el hospital acababas invariablemente haciéndote cargo de los enfermos más latosos y cualquiera podía cambiarte sus guardias. Eres una tonta, te decían tus amigas, todos se aprovechan de ti. Dejabas que lo hicieran porque tenías miedo de perder su amor.

Seguiste a Juma hasta un espacio lleno de columnas. El agua de los canales formaba allí una amplia piscina, y las columnas emergían de su interior. Estaban decoradas con azulejos verdes y dorados y ninguna mantenía la posición erecta, lo que daba al conjunto una cualidad vegetal. Las columnas sostenían en lo alto tres cúpulas entrelazadas con ventanas para captar la luz. Bordeasteis la piscina hasta llegar a una nueva puerta acristalada situada en el fondo. Era la puerta de la que iba a ser tu habitación. Juma se despidió fríamente y allí, sobre la cama, estaba el traje de baño. Era de color blanco, con copas para realzar el pecho. Tenía dos frunces por

delante para estilizar la figura. Había también un pequeño albornoz con el que te cubriste. Rose te miró con aprobación cuando regresaste. Te dijo que te bañarás, que hacía un calor insoportable y que te vendría bien refrescarte. Descendiste por la escalera del estanque hasta que el agua llegó a tu cintura. Entonces reparaste en que las naranjas que habías arrojado al agua habían desaparecido. Pero en ese momento no concediste al hecho mayor importancia y, olvidada de todo, te pusiste a nadar.

En los días siguientes te entregaste por entero a tu nueva vida. La rutina venía bien. Te levantabas temprano y te reunías con las criaditas. Eran muy alegres y hablaban, como el chófer, una mezcla de francés y criollo que poco a poco fuiste entendiendo mejor. Se llamaban Sarabi y Niara. Sarabi era el nombre africano de los espejismos que se ven en el desierto, y Niara significaba «la que tiene buenos propósitos», aunque eso en su caso no estaba nada claro. Hasta bien entrada la mañana no ibas a visitar a Rose, que era así como la llamaban en la casa. Era Juma quien te llevaba con ella. Juma vivía en la zona del estanque y el jardín. Sarabi la llamaba la casa inundada, era muy servicial y siempre estaba pendiente de ti; Niara era taimada y astuta y te engañaba cuando te descuidabas. Una era el día; la otra, la noche con sus animales. Una, la piedra; la otra, el agua de los pozos. Pero era Niara quien te gustaba. Ya se sabe que el corazón pertenece al pueblo de los ratones.

Al principio desayunabas sola en tu dormitorio, pero enseguida lo hiciste en la cocina con tus nuevas amigas. La cocinera se llamaba Odalys y había nacido en Haití. Tenía un ojo de cristal, y os contaba cosas de sus maridos. El último de ellos fue minero en Tau Tona, la ciudad de oro, cerca de Johannesburgo, y murió en el derrumbe de una de las galerías. Cuando lo llevaron a casa, a todos extrañó lo bien que olía su cuerpo, como si les estuviera diciendo que no era tan malo morir. Nadie quería morir, pero Odalys pensaba que vivir era peor. Le molestaba su ojo de cristal, y de vez en cuando se lo extraía de la cuenca para dejarlo sobre la mesa, y era como si desde allí te siguiera mirando.

Tras el desayuno, esperabas en la biblioteca la llegada de Juma. Te

entretenías curioseando los libros. Los abrías azarosamente y leías aquí y allá hasta que dabas con algo que te gustaba, y tratabas de memorizarlo. Lo habías hecho desde pequeña, cuando en casa, para mitigar tu angustia, memorizabas lo primero que caía en tus manos: el prospecto de un medicamento, la composición de un alimento envasado, las noticias que leías en una hoja rota de periódico. En tu casa no había libros, y cuando descubriste la biblioteca del barrio todo cambió para ti. Te pasabas las horas leyendo y si encontrabas frases que te gustaban las repetías en voz baja hasta aprendértelas de memoria. Al salir tenías miedo de que te acusaran de haberlas robado, porque no sabías si eso se podía hacer o no. Los lectores eran ladrones de vidas. Tomaban los sueños, las palabras de los otros y se las llevaban a lugares que sólo a ellos pertenecían. Se alimentaban de esos sueños como hacían los vampiros con la sangre de sus víctimas.

Juma venía en tu busca y entrabais juntos en la zona del estanque. La humedad era allí sofocante y en los días de calor apenas se podía respirar. No parecía el lugar más adecuado para una mujer enferma, pero era el que Rose había elegido para vivir. La pregunta era por qué. «Ya ves que mi vida es la sombra», era la frase de uno de aquellos libros que entonces no dejabas de repetir.

Rose ya estaba levantada cuando llegaste. Las gemelas se habían encargado de vestirla y de llevarla en la silla de ruedas hasta la sala de lectura. Te diste cuenta de que evitaban acercarse al estanque y a los canales, respecto a los que mantenían una actitud abiertamente recelosa. Iban vestidas de rojo y blanco, con graciosos turbantes atados en la cabeza, y volvió a sorprenderte su semejanza. No parecían dos personas sino una sola y su doble silencioso, pues Niara apenas decía nada. Llevaban con ellas una palangana y se arrodillaron ante Rose para lavarle los pies. Al terminar, se despidieron ceremoniosas de vosotras. Había en la orilla del canal una cesta llena de naranjas y Rose te pidió otra vez que arrojaras al estanque dos, que se quedaron flotando en el agua salada. Te habló del mar Muerto. Debido a la densidad en sales minerales los cuerpos flotaban en sus aguas, de forma que podías leer el periódico mientras te bañabas. Era como descubrir que podías respirar bajo el agua. ¿Respirar bajo el agua?, replicaste confusa. Te contestó

que no era tan raro, que los peces lo hacían todo el tiempo. Era como si quisiera decirte algo que no acertabas a entender. El tocadiscos estaba en un pequeño mueble junto a la pared, y te pidió que pusieras de nuevo el disco que estaba sobre el plato. Eran los *Nocturnos* de Chopin.

Ella y su marido se habían conocido escuchando esa música. Él era muy torpe y tímido y en ese primer encuentro ni siquiera se atrevió a levantar los ojos de la mesa. A ella le gustaba más la belleza de esos ojos que los libros que había leído de él. Siempre era así cuando nos enamorábamos, lo que nos gustaba de la otra persona era lo que nos daba la gana conocer, no la verdad. Ella tenía las manos sobre la mesa y su marido se las quedó mirando como esperando algo que no sabía explicar. Miraba sus manos como si fueran su boca, añadió pensativa, y eso hizo que lo amara.

Te habló luego de la música que estabais oyendo. Los *Nocturnos* de Chopin estaban dedicados a la señora Pleyel, que había sido una excelente pianista y esposa de su amigo, el genial fabricante de pianos Camille Pleyel. Fue Camille quien mandó a Chopin uno de sus pianos a Mallorca para que pudiera sobreponerse a las inclemencias del ánimo y del clima durante su desafortunado viaje a Valldemosa en compañía de George Sand y de sus hijos, durante el invierno de 1838. A su regreso a París le regaló dos pianos más. Uno estaba en el salón y otro en su dormitorio. Las dos habitaciones se comunicaban, de modo que si el talento de uno de sus alumnos despertaba el interés de Chopin, éste se ponía a acompañarlo desde el otro piano. Escuchando esa música, te dijo entonces, ¿quién dudaba que se pudiera respirar bajo el agua?

Y se puso a hablarte de los peces, de los arrecifes de coral que rodeaban la isla. Te animó a acercarte a la costa para conocerlos. Bardamu te podía llevar. Bastaba con sumergirse unos metros para quedarse maravillado por el espectáculo inagotable de colores y formas. Era extraño el mundo. Extraño preguntarse por la razón de su infinita variedad. Preguntarse si había alguna razón para que fueran precisamente los seres que había en él y no otros los que habían sido creados. La niebla cubría el agua del estanque, dando al lugar un aire de irrealidad y misterio. Había gente sin fantasía, siguió diciéndote miss Hansson, y éstos eran los peores, porque se mostraban incapaces de

comprender. Sólo aquellos que tenían fantasía eran capaces de ver la verdadera esencia de las cosas, y todas las puertas se abrían para ellos. Y tomando tu mano, te recitó unos versos: «Lo que ahora existe, ya existía; / y lo que ha de existir, existe ya. / Dios hace que la historia se repita».

Era la hora de los ejercicios respiratorios y de fonación, y refunfuñando la llevaste a su cuarto para realizarlos. Al terminar, Rose te pidió que le leyeras uno de los libros que estaban sobre la mesa. Era una recopilación de las cartas de Darwin. Te contó que cuando Darwin comenzó su viaje en el *Beagle* era una persona bastante religiosa, e incluso leía algunos pasajes de la Biblia a la tripulación. Pero todo lo que vio durante la travesía le hizo cambiar. El golpe definitivo fue la muerte de su hija con sólo diez años. Desde entonces, se declaró agnóstico. «Me parece que hay mucha miseria en el mundo», escribió en una carta. «No puedo persuadirme de que un Dios benévolo y omnipotente hubiera creado adrede los icneumónidos con la intención expresa de que comieran desde dentro del cuerpo vivo de las orugas, o de que un gato tenga que jugar con los ratones.» Darwin pensaba, continuó Rose, que Dios sólo era un producto de la fantasía de los seres humanos. Y sin embargo, una parte de nosotros lo necesitaba. Era el otro nombre de la piedad, la belleza y el dolor. El vínculo que nos mantenía unidos a los otros seres de la creación, y aliviaba la soledad de nuestros corazones. Hablaba a nuestra capacidad de alegría y de admiración, a todo lo que era un don en nosotros.

Esa misma noche, cuando ya estabas en tu cuarto, Juma llamó a la puerta para indicarte que miss Hansson requería con urgencia tus servicios. Estaba sufriendo una crisis aguda de asma, y le inyectaste un broncodilatador de acción rápida, con el fin de reducir la inflamación de las vías respiratorias. La crisis no tardó en pasar pero, ante el temor de que pudiera repetirse, decidiste llevarla a la sala del pulmón de acero. Juma la cargó en sus brazos sin esfuerzo, apenas pesaba lo que una niña de diez años, y te ayudó a acomodarla en aquel ingenio, en el que salvo la cabeza y el cuello el resto del cuerpo quedaba herméticamente sellado. La máquina imitaba la acción fisiológica de la respiración bombardeando un flujo de aire que sucesivamente reducía y aumentaba la presión dentro de la cámara. Los pulmones se expandían al disminuir la presión y el aire del exterior ingresaba

en ellos a través de la nariz. Cuando la presión aumentaba, ocurría lo contrario. Rose estaba muy débil y daba muestras de un gran agotamiento. No quería que la dejaras sola esa noche. Es la maldición de Ondina, murmuró. El nombre de aquel mal se refería al mito de Ondina, una ninfa de agua que tuvo un amante mortal infiel. Éste le dijo que cada respiración suya era un testimonio de su amor, y al descubrir su infidelidad Ondina lo castigó a que se olvidara de respirar al dormirse. El muchacho se durmió de puro agotamiento, y su respiración se detuvo para siempre.

La luz del piso superior iluminaba el inmenso acuario que los peces recorrían ensimismados. ¿Dormían los peces? En tal caso lo hacían con los ojos abiertos, pues carecían de párpados. Los tuyos se te cerraban de sueño, y estabas a punto de rendirte cuando oíste algo semejante a un suspiro, que se repitió varias veces. Subiste a ver qué era. Alguien había volcado el cesto de las naranjas, haciéndolas rodar por el suelo, que estaba completamente encharcado. Llamaste a Juma, pues no podías concebir que nadie distinto de él pudiera andar a esas horas por allí, pero no te contestó. Las aguas del aljibe estaban quietas y retrocediste temerosa. La luz de la luna entraba por el óculo situado en lo alto de la cúpula, y las columnas se reflejaban en las aguas negras duplicando el espacio. Todo en aquella casa parecía haber sido construido respondiendo a un misterioso plan que todos conocían menos tú. Y recordaste la prevención con que las gemelas se movían por aquellas salas, y el temor con que cargaban hasta la orilla los cestos de naranjas.

Esa noche la pasaste sentada en la sala del acuario, junto al pulmón donde Rose descansaba. Dormías un rato y volvías a despertarte sobresaltada, tratando inútilmente de oír de nuevo aquel suspiro en la oscuridad. A media noche Rose tenía mucha fiebre y, a pesar de la máquina, respiraba con dificultad. Pensaste en una neumonía y en que su vida corría peligro si no se hacía algo pronto. La fiebre seguía alta por la mañana y llamaste alarmada al doctor, que te dijo que volaría a la isla en unas horas. El estado de Rose se agravó a lo largo del día, pues apenas respondía a los antitérmicos y no conseguías que bajara la fiebre. El doctor llegó al atardecer y le administró

una fuerte dosis de antibióticos, pues tenía en efecto una neumonía. Se quedó contigo esa noche, en que Rose no dejó de delirar. Su gravedad se prolongó varios días, hasta que la fiebre empezó a descender. El doctor dormía en el hotel y regresaba por la mañana a la casa, de donde ya no se movía hasta la noche. Al cuarto o quinto día, la fiebre había desaparecido y la respiración de Rose se regularizó, por lo que supisteis que el peligro había pasado. Juma os sirvió algo de comer en la sala de lectura y, más relajados, el doctor te preguntó cómo estaba siendo tu estancia en aquel lugar. Aprovechaste para contarle que poco antes de que Rose enfermara habías encontrado en uno de los libros una carta manuscrita de Darwin dirigida a Ramón Berenguer. Le agradecía en ella el envío a Londres de uno de sus libros de arquitectura. El doctor quiso verla y tú fuiste a buscarla. La carta decía así:

Muy distinguido señor:

Le doy gracias por el honor que me hace al enviarme su obra; pienso sinceramente que merecería en mayor medida su obsequio si yo entendiera algo más de ese profundo e importante tema. Aunque nuestros estudios sean tan distintos, creo que ambos deseamos ardientemente la difusión del saber y que a la larga eso servirá, con toda seguridad, para aumentar la felicidad del género humano.

Queda, muy distinguido señor, suyo, afectísimo

CHARLES DARWIN

Le hiciste ver que había un problema con las fechas. Ramón Berenguer, según te había contado Rose, había muerto con cuarenta años y la carta estaba fechada en 1862, ¿cómo era posible que hubieran estado casados si hasta principios del nuevo siglo ella no había nacido? El doctor te contestó que quizás el destinatario de la carta fuera otro Ramón Berenguer, tal vez el padre del marido de Rose, y eso explicara el desfase de fechas. Y enseguida cambió de conversación, como si el tema lo incomodara.

Y te habló de Juma y de cómo, a pesar de su aspecto patibulario, Rose confiaba plenamente en él; de los tsonga, la etnia a la que también pertenecían Sarabi y Niara. Pensaban que la sociedad era una unidad total, formada por los vivos y los muertos, y que las personas se relacionaban con

el Ser Supremo a través de los espíritus de los antepasados, presentes en los sueños. Luego habló de sí mismo, de aquel ejercicio errante de la medicina que llevaba practicando desde la licenciatura. No le gustaba trabajar en un hospital, sino ir allá donde lo llamaran. La muerte era lo peor. Cuando cerrabas los ojos a este mundo, a su belleza, a las maravillas de la naturaleza y a la generosidad de Dios, significaba que nunca volverías. Te acordaste de la carta en que Darwin, tras la muerte de su pequeña hija, expresaba sus dudas sobre toda trascendencia, y preguntaste al doctor si creía en Dios. Te dijo que de Dios pensaba lo mismo que del amor, todo era una cuestión de fe. Si creías que existía, así era, porque tu fe y tus acciones traían su presencia a este mundo. El amor no era distinto. Si creías en su poder y vivías respetando su santidad, siempre estaría ahí para servirte. Nos empeñábamos en entender las cosas, pero ¿quién nos decía que el mundo había sido hecho para ser comprendido? Y tras decir esto, añadió que debía irse. Dormiría esa noche en el hotel y al día siguiente, si todo iba bien, regresaría a Antananarivo, donde tenía su consulta.

El doctor volvió por la mañana temprano y tras comprobar la mejoría de Rose ordenó a Juma que la trasladara a su habitación. Lo acompañaste hasta el exterior, donde Bardamu lo esperaba en el coche para llevarle al aeropuerto, desde donde volaría hasta Madagascar. Se despidió de ti con una amplia sonrisa. Y no lo olvide, te dijo al arrancar el coche, la vida es deseo, no significado.

Rose durmió tranquila todo el día. La fiebre había cedido, y al atardecer comió algo y estuvisteis hablando. Estaba más serena y su nivel de conciencia era bueno, aunque apenas se acordaba de lo que había pasado esos días. El pulmón de acero, según ella, borraba los recuerdos. Y buscando tus ojos te preguntó si acaso durante ese tiempo, mientras había estado inconsciente, había sucedido algo de lo que quisieras hablarle. Negaste con la cabeza, mientras pensabas en un sueño que habías tenido al poco de conocer a Gonzalo. Ibas por un bosque y oías una voz lejana llamándote, que te pareció la voz de Gonzalo. Caminabas hasta una cueva, que era de donde

procedía la voz. No te llamaba por el nombre que todos conocían, el que aparecía en tu partida de bautismo, sino por otro que nunca habías oído pronunciar a nadie, pero que te pertenecía de una forma tan íntima que escucharlo te proporcionaba el más vivo placer. Y cuando tratabas de entrar en la cueva, te despertabas.

Y recuerdas que cuando Gonzalo regresó por la mañana lo primero que hiciste fue contarle tu sueño y que más tarde, mientras hacíais el amor, le pediste en tu delirio que volviera a llamarte como lo había hecho en la cueva misteriosa, lo que ante tu insistencia terminó por incomodarlo. Y también recuerdas que, al retirarse de ti, te quedaste mirando su cara aún congestionada por el esfuerzo y tuviste la certeza de que quien te llamaba en el sueño no era él. Ésa fue la primera vez que supiste que vuestro amor no iba a durar, por más que luego te empeñaras en negarlo con todo tipo de mentiras. Y era como si Rose, al preguntarte por lo que había pasado esas noches, te estuviera diciendo que no debías tener miedo, porque ¿acaso nuestro nombre no debemos recibirlo de lo que desconocemos?

Estás agotada, te dijo con una voz muy débil, y ahora tienes que descansar. Te dirigiste a tu cuarto, mientras los versos que Rose te había recitado unos días antes volvían una y otra vez a ti; empezabas a no ser dueña de tus pensamientos. «Lo que ahora existe, ya existía / y lo que ha de existir, existe ya.» En aquella casa todos se expresaban con enigmas.

Tu nuevo cuarto estaba junto al de Rose y aunque te tumbaste en la cama, no lograbas descansar. Hacía mucho calor y estabas demasiado excitada por todo lo sucedido en aquellos días agotadores. De modo que volviste a levantarte y te encaminaste a la sala de las columnas. Todos tus temores de la noche habían desaparecido. La luz del atardecer hacía que los mosaicos brillaran de una forma cautivadora, y la hermosa cúpula, poblada de pájaros y flores, se reflejaba en las aguas quietas como un manto. Te quedaste mirando el conjunto de canales y cisternas por las que el agua no dejaba de correr. ¿Quién había concebido esa obra inexplicable? Y recordaste lo que Rose te había contado del estanque y cómo desde el primer momento te había

animado a que te bañaras en sus aguas. Las fotografías furtivas que había mandado hacerte en la piscina ¿tenían algo que ver con ello? Hablaban de tu amor al agua, y de cómo no concebías pasar un solo día sin ir a la piscina a nadar. Aquel estanque ¿era una invitación a que volvieras a hacerlo allí? E imaginaste la existencia en el estanque de un ser misterioso, mitad hombre mitad pez, que esperaba que una nueva muchacha se adentrara confiada en su mundo. Era a él a quien habías oído suspirar, el que tomaba para sí las naranjas que le arrojaban y el que había dejado en el suelo aquel rastro de humedad. Tal era el secreto de la extraña mansión. Rose contrataba a muchachas que llevaba hasta allí con engaños para entregárselas como ofrendas a aquel ser misterioso. Y volviste a pensar en la extraña pareja que formaban Rose Hansson y Ramón Berenguer y no pudiste menos de sonreír, porque ¿acaso el amor de una mujer por un hombre que había muerto antes de que ella naciera tenía más sentido, para explicar la existencia de aquella mansión, que los disparates que se te ocurrían a ti?

De forma que fuiste en busca de tu traje de baño y te dirigiste al estanque dispuesta a encontrarte con ese ser. Pero las piernas te temblaban al entrar en el agua. Las mujeres siempre se sentían inseguras, en las fiestas, en las entrevistas de trabajo, al entrar en un ascensor, al aparcar el coche, al ir por la calle de noche, pero eso no les impedía hacer las cosas que les gustaban. El agua estaba muy tibia y te bastó nadar unos metros para olvidarte de las preocupaciones. El agua tenía ese efecto sobre ti, era como ese río de las leyendas que hacía perder la memoria a quien lo cruzaba. Ésa era la razón de que en San Sebastián acudieras diariamente a aquella piscina. Te sumergías en sus aguas y nadabas hasta que los pensamientos oscuros se borraban de tu mente. Y eso hiciste esa tarde. Nadaste hasta la alberca principal y siguiendo uno de los canales llegaste al ensanche donde estaba la torre. Era una construcción circular que asomaba unos dos metros sobre la superficie. Te sumergiste en el agua para inspeccionarla. La torre se había inclinado a causa de la humedad, y junto al suelo había una puerta que cedía fácilmente al empujarla, pero a esas alturas el aire en tus pulmones se agotaba y optaste por regresar a la superficie. Seguiste nadando por los canales. Sus orillas estaban pobladas de una espesa vegetación. Uno de los árboles permanecía cubierto

de diminutos pájaros negros, que colgaban de sus ramas como frutos quemados. En las orillas había garzas y grullas. El canal llevaba a una nueva piscina, donde varias cervatillas estaban bebiendo. Al verte se escabulleron al interior del jardín. Dos nuevos canales se abrían más allá. Tomaste uno de ellos, que no tardó en llevarte a una nueva piscina y a otra bifurcación. Aquella inmensa red parecía no terminar nunca, y decidiste regresar por el temor a perderte.

En las semanas siguientes te bañaste en el estanque cada día. Lo hacías al atardecer, muchas veces ya entrada la noche, cuando Rose se retiraba a descansar y te quedabas sola en el jardín. Entonces te sentías libre para moverte a tu antojo por los canales y para bucear alrededor de la torre. Al regresar a la dársena, te quedabas contemplando el jardín. Los árboles susurraban invitándote a acercarte a ellos, y las antorchas arrancaban a la superficie del estanque reflejos dorados. Y, antes de irte, arrojabas al agua dos o tres de aquellas naranjas, que indefectiblemente por la mañana habían desaparecido.

Una tarde le preguntaste a Rose por la razón de que siempre hubiera cestos con naranjas junto a los canales y te contestó que era una vieja costumbre. A su marido le gustaba ofrecérselas como alimento a los peces, y ella seguía haciéndolo para recordarle. Le hablaste entonces de la carta que habías encontrado en el libro de Darwin, y cuánto te había extrañado la fecha en que había sido escrita, y Rose te dijo, como había hecho el doctor, que el destinatario de la carta no era su marido, sino el padre, ya que ambos tenían el mismo nombre.

Unos días después, curioseando en los cajones del armario, hallaste un sobre con viejas fotografías. En una de ellas se veía a una mujer joven en uno de esos pequeños embarcaderos de los ríos. La fotografía tenía una dedicatoria: «A mi querido esposo, Rose». No estaba fechada, pero por la forma en que la mujer iba vestida y por el tipo de barco que se veía a su espalda parecía tomada a principios del siglo XX. Aquella mujer en nada se parecía a la que tú conocías, lo que confirmó tus sospechas de que te estaba

mintiendo.

Esos días, y tras los ejercicios respiratorios, Rose permanecía junto al estanque hasta el atardecer, en que te mandaba el recado de reunirte con ella. Escuchabais discos o te pedía que le leyeras algún libro. A veces te hablaba de su marido, de lo felices que habían sido hasta su temprana muerte en un accidente con su avioneta. Era un hombre culto, de insaciable curiosidad. Amaba la India y consideraba el budismo como la religión más perfecta. Conocía ampliamente la cultura europea y en el momento de su muerte estaba escribiendo un libro sobre la arquitectura civil de Japón. El amor a los mitos y a la ciencia, su pasión por la naturaleza y por la arqueología, ocupaban sus días. Solía decir que había que estar atento a la voz de las cosas y que la verdadera división no era la que hay entre conservadores y revolucionarios, sino entre los autoritarios y los que aman la libertad. Su mayor temor era que la vida pudiera resultar informe.

Luego llegaba tu turno y Rose te pedía que le hablaras de ti, de cómo era tu vida en España y de por qué habías elegido hacerte enfermera. Te preguntó cómo eran los hombres que habías amado y una tarde le hablaste de Gonzalo y de su obsesión enfermiza por el trabajo. Era muy seductor y en el hospital tenía fama de acostarse con todas sus compañeras, a las que no tardaba en abandonar tras conseguir su propósito. Y tú fuiste una más en esa lista interminable. Su madre había muerto cuando él era un niño, y había sido criado por una tía suya autoritaria y distante. Y era como si siempre anduviera buscando el amor de esa madre muerta. Gonzalo no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas al hablarte de ella, y tú te enamoraste de esas lágrimas.

Ésos son los peores, te dijo Rose, los que son como niños abandonados. Las muchachas los buscan pensando que tienen el bálsamo que puede curar las heridas de su corazón, y terminan descubriendo, casi siempre demasiado tarde, que lo que pasa es que no tienen corazón. ¿Sabes lo que decía George Sand?, añadió. Las mujeres se creen ángeles que pueden salvar a todos esos donjuanes. Pero, como el ángel de la leyenda, en vez de salvarlos terminan perdiéndose con ellos.

¿Te habías perdido tú? Esa noche, ya en tu cuarto, pasaste revista a esos primeros tiempos de tu relación con Gonzalo. No te dejaba en paz ni un solo momento. En el hospital, cambiaba sus guardias para que coincidieran con las tuyas; te daba entradas para conciertos y obras de teatro; te hacía pequeños obsequios que no te atrevías a devolverle. No querías intimar con él porque un día, al poco de llegar, le habías visto maltratar a una de las mujeres de la limpieza. Se olvidó uno de los trapos en su despacho y él la reprendió de una forma tan cruel que la hizo llorar delante de todos. Era de esas personas que disfrutaban humillando a los demás, y decidiste apartarte de él. Pero no cesaba de perseguirte y empezasteis a salir juntos. Sólo parecía vivir para complacerte. Acababa de dejarte en casa, tras una cita, y al momento ya te estaba llamando para desearte buenas noches, como si no pudiera vivir ni un momento separado de ti. Era difícil no hacer lo que te pedía, no plegarse a su voluntad. Una vez te regaló, inesperadamente, pues aún no había pasado nada entre vosotros, una pulsera muy cara. Estabais cenando en un restaurante y te hizo cerrar los ojos mientras te la ponía. Era muy bonita y tenía toda la pinta de haberle costado una fortuna. Tú nunca habías tenido algo así y, consciente de los riesgos que corrías al aceptarla, se la quisiste devolver. Pero él se la arregló para que la llevaras puesta al menos el tiempo que ibais a estar juntos esa noche. Las cosas bonitas ¿por qué existirán? Te hacen creer que la vida es mejor de lo que es, que hay reservado en ella un lugar para nuestros sueños, y raras veces es así.

Gonzalo te acompañó a casa en su coche y fue cuando os besasteis por primera vez. Te parecía que, ya que le habías rechazado el regalo, no podías negarle aquel beso y ser la chica que dice a todo que no. Te estabas quitando la pulsera cuando te pidió que la tuvieras contigo esa noche. Le bastaba con esa noche. Al día siguiente se la devolvías en el hospital y quedabais en paz. Insististe en dársela, pero no te hacía caso. Se comportaba como si hubiera oído que sí cuando le decías que no. Como si estuviera mirando dentro de tu alma, como si te conociera de una manera que tú misma no te conocías. Te llevaste la pulsera contigo. No podías dejar de mirarla. Era la pura perfección, un talismán, como una de esas joyas que en los cuentos conceden los deseos a quienes las encuentran. Sabías que no podías quedártela, pero era a la vez

como si algo en ti dijera: ¿Por qué no? Tú no se la pediste, es él quien te la dio.

Dejaste la pulsera en la mesita de noche, para devolvérsela por la mañana, pero cuando ya estabas en el hospital descubriste que te habías olvidado de llevarla. Y Gonzalo no te preguntó por ella. Siendo una estudiante, habías leído un libro de psicología en que se hablaba de esos olvidos. Decía que tenían que ver con deseos ocultos que nos negábamos a reconocer. Pero no quisiste saber cuáles eran esos deseos. Gonzalo estuvo unos días fuera y, a su regreso, te llamó para invitarte a cenar. Y supiste que si ibas con la pulsera a esa cita te acostarías con él. Y aun así, la llevaste contigo y, tras la cena, fuisteis a su casa. Ésa fue la primera vez.

Sin embargo, no te fiabas de él, ni siquiera puedes decir que te gustara. Uno de esos días te encontraste en los pasillos del hospital con la limpiadora a la que Gonzalo había humillado. Siempre que la veías solías detenerte un momento para hablar con ella, pero ese día pasaste a su lado sin mirarla. Tenías miedo de que descubriera que te habías hecho amante del hombre que la había humillado y de que sólo con mirarte adivinara en tu cara el rastro del placer que experimentabas con él. Porque ésa sería a partir de entonces la causa del poder que Gonzalo tendría sobre ti, el gozo que sabía darte. Aquel gozo no tenía que ver con las ideas románticas que las chicas de ese tiempo alimentabais. Gonzalo no era delicado ni cortés en la cama. No te preguntaba lo que te gustaba o querías. Era violento y dominante, y gozaba con tu pasividad. Le gustaba insultar y decir palabras soeces mientras te follaba. Porque él no te hacía el amor, sino que te follaba brutalmente. Y tú gozabas con ello, aunque no quisieras reconocerlo. Era como si se dirigiera a la que tú eras de verdad, no a la que fingías que eras. ¿Acaso no fingen todos?

No se sabe lo que pasa entre las parejas cuando se cierra la puerta de su dormitorio, no se sabe qué hacen cuando se quedan solos. Ni siquiera ellos pueden explicarlo. Una tarde hablaste de esto con Gonzalo. Había pasado algo que no querías que se repitiera, y lo amenazaste con no volver a verle si volvía a comportarse así. Te preguntó si no habías disfrutado con ello, y

tuviste que decirle que sí. Entonces por qué te preocupas, te contestó. No me gusta hacer eso, le dijiste, es como vivir con un ogro. Nadie sabe más de sexo que los ogros, te contestó con una sonrisa de complacencia, por eso las jóvenes quieren acostarse con ellos.

¿Es ésa la razón por la que muchas mujeres no se rebelan contra los hombres que las ofenden? ¿Porque quieren estar con un ogro? ¿Lo querías tú? No, no lo querías, y sin embargo no podías apartarte de él. Después de uno de aquellos encuentros siempre te hacías el propósito de romper con él, de no volver a verle. Pero invariablemente volvías a caer en sus brazos. Teníais un acuerdo. Nadie sabía lo vuestro en el hospital, y cuando os veíais en el trabajo os comportabais como dos compañeros, distantes y educados. Pero bastaba que te presentaras en el hospital con aquella pulsera para que él supiera qué querías. Te arrepentías a la mañana siguiente, pero unos días después volvías a aparecer en el hospital con la pulsera, y él sonreía satisfecho. Era el único que se daba cuenta de la oscuridad que había en ti, y te animaba a adentrarte en ella. Pero ¿por qué ibas?, ¿qué había en esa oscuridad?

Una vez leíste una entrevista a una joven actriz. Hablaba del temor que sentía al empezar un nuevo rodaje, especialmente cuando se trataba de una película cuyo guion le gustaba mucho. Se pasaba los días anteriores casi sin poder dormir, temerosa de que todo aquello en que había puesto tanta ilusión pudiera salir mal. Hablaba sobre todo del rodaje de esa película, del momento en que te encontrabas con el director y los otros actores y actrices sin saber qué iba a pasar. Es, decía, como la primera vez que haces el amor con alguien al que amas profundamente y no sabes cómo va a ir físicamente, si va a funcionar o no. ¿Podía pasar eso, que amaras a alguien y que al acostarte con él descubrieras que algo incomprensible os separaba? ¿Qué significaba que aquello no funcionara?

¡Qué poco sabíamos de nuestros deseos! El cuerpo que teníamos en la oscuridad no era el que veíamos en el espejo. Era un árbol, una colonia de esponjas, un mono insaciable, un pez mudo, una bandada de esas palomas

rosadas que tanto le gustaban a Rose. Por eso te ponías la pulsera. Tú eres la que me haces ir, le decías con una sonrisa triste, como si fuera uno de esos objetos mágicos de las leyendas que roban la voluntad a quienes los llevan. Rompías con Gonzalo y al poco tiempo corrías en su busca, porque sabías que el pez, el mono y el árbol que canta despertaban si él los llamaba. No era cierto, como le contaste a Rose, que fuera Gonzalo quien te pedía que te acostaras con él, eras tú quien lo hacía.

Tras una de aquellas rupturas, conociste a un chico. Era más joven que tú, casi un crío, y trabajaba en la farmacia que había junto a tu casa. Te cayó bien una tarde en que fuiste a comprar unas compresas. Pediste la marca que solías utilizar y él te aconsejó otra que acababa de salir, extendiéndose en pequeños detalles acerca de sus características. Te hizo gracia que hablara con tanta naturalidad de algo que los otros hombres eludían nombrar, cuando no lo veían como una maldición que condenaba a las mujeres. Te acompañó hasta la puerta, donde se despidió con una frase que te hizo reír. ¿Crees en el amor a primera vista o quieres pasarte otra vez por aquí para volver a verme? Y, claro, volviste a la farmacia una semana después. Era listo como un conejo y siempre andaba contando cosas un poco disparatadas. Le gustaba mucho el cine y un día te invitó a ir con él. Durante la película te tomó de la mano y tú le dejaste que lo hiciera.

Unos días después coincidisteis por la calle y estuvisteis tomando algo en una cafetería. Te acompañaba a casa cuando se puso a llover. Os refugiasteis bajo la marquesina del autobús. La luz de las farolas se reflejaba en las calles mojadas, que brillaban como una pista de baile. Y eso fue lo que el chico te pidió, que bailaras con él. Terminasteis empapados bajo la marquesina donde os besasteis por primera vez. Empezasteis a salir juntos. Cuando ibais al cine os poníais en las últimas filas. Te gustaba estar con él, pero había algo que no funcionaba, aunque no supieras qué era. No es fácil después de haber vivido con los ogros regresar con los seres humanos. Un día te recordó que llevabais tres meses saliendo y te invitó a cenar para celebrarlo. Te olvidas de que tengo novio, le dijiste para provocarle, ya que unos días antes te había visto

con Gonzalo en una cafetería. No me importa, te contestó, podemos pedirle que nos lleve el desayuno a la cama. Sabías lo que te estaba pidiendo con aquella cita y te pareció normal que lo hiciera. Te pasaste por un salón de belleza para depilarte, hacerte las uñas y esas otras cosas que hacen las mujeres cuando se preparan para una cita que saben cómo terminará.

Ya compuesta, te detuviste ante el espejo para mirarte por última vez, y algo te dijo que aquello no iba a funcionar. Te gustaba aquel chico tan joven, su simpatía, su vehemencia, el que ya desde el primer día hubiera empezado a hablarte en bromas de vuestra vida en común y de los hijos que ibais a tener. Pero tú no querías eso. No querías una vida así, y tenías miedo sobre todo, como le pasaba a aquella actriz, a acostarte con él y que no te gustara. No querías hacerle daño, que sufriera por una loca como tú. Porque tú estabas loca, como Gonzalo te lo hacía saber una y otra vez. Y era verdad. No quieres pensar en lo que hacíais y que tú misma le pedías, pues Gonzalo te corrompió. A la gente como tú, pensabas, no deberían dejarla suelta por la calle, deberían tenerla encerrada para que no pudiera causar daño a los demás. Estás como una puta cabra, te decía Gonzalo cuando follabais. Y lo extraño es que te gustaba oírsele decir. ¡Qué poco sabemos del deseo, de sus demandas, de las oscuras galerías donde ejerce sus ritos! No, no querías llevar a aquel muchacho a esas galerías. Quería que fueras su novia, pero no podías serlo, no al menos en ese momento. Estaba tu culpa, estaba aquel niño ahogado. Sólo en esas mansiones tenebrosas lo oías llamarte y en eso radicaba el poder de Gonzalo sobre ti.

Estabas a punto de salir cuando sonó el teléfono. Era una amiga que trabajaba contigo en el hospital. Había sido ella la que te dijo que no se te ocurriera acostarte con Gonzalo. Nunca te acuestes con un enfermo terminal, te dijo, no tardará en pedirte que mueras con él. Tu amiga había quedado con dos chicos, y quería que fueras con ellos. Eran dos futbolistas de la Real Sociedad, el equipo de fútbol de la ciudad. Te hizo gracia aquello. No te interesaba el fútbol, pero quienes lo practicaban debían de ser chicos fuertes y sanos, con los que pasar un rato sin complicaciones, y le dijiste que, aunque ya habías quedado, tal vez podrías reunirte con ellos más tarde. A esas alturas ya habías decidido que no te ibas a acostar con tu amigo y al colgar hiciste

algo incomprensible. Regresaste al cuarto, y te pusiste la pulsera que Gonzalo te había regalado. No seas boba, te dijo la pulsera, vete con los futbolistas.

Tu amigo estuvo encantador durante la cena, aunque se le veía nervioso pensando en lo que iba a suceder después. Pero cuando te propuso durante los postres que lo acompañaras a su casa, le contestaste que no te encontrabas bien porque te acababa de venir el periodo y preferías irte a la tuya. Y él te acompañó hasta el portal, sin sospechar ni enfadarse por ello, y tras esperar un rato corriste en dirección a la discoteca donde te estaban esperando. Tu amiga ya estaba muy acaramelada con su futbolista, y el tuyo resultó ser un chico guapo y fuerte que te esperaba como agua de mayo. No se despegaba de ti, y para todo tenía prisa, para beber, para decirte lo primero que se le ocurría, para acariciarte. A cada momento tenías que estar sujetándole las manos. Daba igual lo que le dijeras porque al instante volvía a las andadas. Sólo existía su deseo. Pero el tuyo ¿cuál era? Os pusisteis a bailar. Tenías la mano derecha sobre su hombro y las luces hacían brillar la pulsera, pero cuando trataba de besarte le negabas la boca. Volvisteis a la mesa donde tu amiga y su futbolista ya se estaban besando. Fuisteis juntas al baño para arreglaros un poco. Tu amiga estaba muy guapa y los ojos le brillaban como si te estuviera haciendo señas desde un tejado y te llamara para que la siguieras. Ibais a salir del baño cuando tu amiga te tomó de la mano y te dijo: ¿A que no te quitas las bragas? Le contestaste que sólo si lo hacía ella también. Era como si hubieras perdido el juicio. Volvisteis a la pista y esta vez, cuando el chico te estrechó contra su cuerpo, no te retiraste. La presión de sus manos te guiaba y vuestros muslos se rozaban, separados sólo por el tejido de las ropas. Más que bailar parecía que os desplazabais siguiendo la misma corriente que llevaba a las otras parejas, todas enajenadas, todas flotando a la deriva en el mar del deseo. Sonó una música más lenta y el baile se convirtió en un abrazo interminable. Apoyaste la cabeza en el hombro del chico y sentiste el roce de su boca en tu mejilla. Sus labios eran secos y suaves, y te quedaste inmóvil y en silencio. Querías cosas que no sabías cómo nombrar. Te besó con suavidad, absorbiendo los sonidos que salían de tu garganta. Te besó como si ya estuviera dentro de tu cuerpo. Tu amiga y su futbolista bailaban abrazados muy cerca de vosotros y viste que se estaban

riendo. Cuando se acercaron más, el chico le dijo al tuyo: Dile que te cuente lo que han hecho. Te lo preguntó mientras no dejaba de besarte, y tú le susurraste al oído: Lo tienes que adivinar tú. Toda la noche giró sobre esa adivinanza. También las semanas siguientes, pues tu amiga y tú quedabais con ellos e ibais a San Juan de Luz y a otros pueblecitos franceses cerca de la frontera. Pedíais dos habitaciones y siempre acababais los cuatro en una sola.

Luego te sentías culpable. Culpable de haberte portado tan mal con el chico de la farmacia, culpable de todo lo que pasaba en aquellos cuartos, de la deriva que estaba tomando tu vida. Un día, al pasar junto a la iglesia de Santa María del Coro, decidiste entrar. Las bóvedas estaban llenas de luz y en el retablo destacaba la imagen diminuta de la Virgen. Hacía tiempo que no ibas a la iglesia, y mucho más que no te confesabas. Aquel mundo ya no era el tuyo, por más que siguieras sintiendo cariño hacia él. Buscaste un confesionario apartado donde hubiera un sacerdote joven, pensando que te entendería mejor. Y arrodillada ante una de las rejillas laterales, le empezaste a contar. Al principio te avergonzaba hablar de lo que habías hecho, pero poco a poco empezaste a sentir alivio al hacerlo. El sacerdote te interrumpía de vez en cuando para interesarse por algún detalle, y tú te demorabas todo lo que podías al dárselo. Le hablaste de tu relación con Gonzalo, de lo mal que te habías portado con el chico de la farmacia y de las semanas de lujuria con los futbolistas. No sabes cuánto tiempo estuviste hablando, pero al terminar te quedaste esperando una respuesta que no llegó. Le preguntaste al sacerdote si estaba ahí, pero no contestó. Te levantaste para ver qué pasaba y viste que la puerta del confesionario estaba abierta y que el sacerdote se había ido. Lo había hecho sin hacer ruido, en medio de tu confesión. Al escuchar tus pecados.

Esa tarde se lo contaste a tu amiga, a la que la imagen de ese sacerdote huyendo del confesionario le divirtió mucho. Eso te pasa, te dijo riéndose, por irte a confesar a tu edad. Ibais por la calle y tú la seguías como una ternera. Os detuvisteis ante una tienda de ropa. Había allí un vestido que os gustaba, y entrasteis a verlo. Mientras tu amiga se lo probaba, te preguntaste por qué a las mujeres os gustaba tanto la ropa. Era como si al ponéroslo, todo lo que estaba suelto en vosotras, los pequeños placeres, los sentimientos

hermosos, volviera a encajar y os sintierais de nuevo completas. Un vestido bonito, así te imaginabas vuestra alma.

Todo aquello te dejó muy confusa, y los días siguientes los pasaste en un estado de aturdimiento. Se te olvidaban las cosas, llegabas tarde al trabajo, una tarde te pinchaste al poner una inyección. No eras dueña de tus pensamientos, y tardabas en encontrar las palabras que necesitabas para relacionarte con la gente. Era como si entre tú y el mundo se hubiera producido una fractura que no acertabas a salvar, como si nada de lo que habías vivido fuera real, sólo algo que te hubieras inventado.

De todo esto hablaste con Rose aquella tarde. Claro que no se lo contaste así. Nunca se cuentan las cosas como fueron de verdad, se calla lo más importante. No le dijiste, por ejemplo, que quien buscaba a Gonzalo eras tú, porque te había corrompido. Pero ¿qué es corromper a alguien? ¿Hacerle descubrir cosas que ignora de sí mismo y que se resiste a reconocer como propias? Muchas veces te has preguntado qué haría Cenicienta en la fiesta. Porque ¿y si aquel vestido no fuera para pescar a un príncipe guapo y un poco lerdo, como se hacía creer a las niñas, sino para alejarla de los que eran así? No se sabe qué pasó esa noche, qué le hizo abandonar a toda prisa el baile. Puede que tuviera miedo de adónde la podía llevar ese vestido, de estar adentrándose por su causa en un mundo que desconocía. En ese mundo estaba la noche, el sexo, toda la locura que hay en el corazón de los seres humanos; era un mundo lleno de peligros del que nunca sabías si podrías volver a salir. Pero escapar de esos peligros era renunciar a vivir. El vestido de Cenicienta era un vestido de llamas.

A menudo has pensado en aquel sacerdote y en que también tú te acercaste al confesionario llevando un vestido así. Era muy joven y te pareció que se acababa de ordenar. Por eso lo elegiste, porque era como si te fueras a confesar con uno de esos príncipes bobalicones que aparecen en los cuentos. Pero ¿qué podía saber uno de esos príncipes de las cosas que te pasaban a ti? La rejilla del confesionario le ocultaba la cara, pero veías en la penumbra el brillo inocente de sus ojos, y fue ese brillo el que te animó a contárselo todo,

ya que sólo los que no entienden este mundo saben perdonar. Pero ya en casa, al pensar en todo aquello, te diste cuenta de que no te habías acercado a él para confesar tus pecados sino para pervertirlo, como había hecho Gonzalo contigo. Porque no había arrepentimiento en tus palabras sino el orgullo de quien por primera vez acepta su vida tal como es, no le importa su oscuridad y su dolor.

Al salir de la iglesia, el sol asomaba entre las nubes cubriendo de oro las fachadas de las casas. Te daba pena aquel curita, pero a la vez no podías dejar de pensar en los futbolistas y en lo bien que te lo habías pasado con ellos. Y pensaste en los hombres y las mujeres de este mundo, y en el error de que pensarán que alguien los podía salvar. No había salvación para nadie. Buscar un lugar donde estar juntos sin hacerse daño era todo a lo que podían aspirar.

No son los demás los que nos condenan, somos nosotros mismos. ¿Qué te he hecho yo?, te preguntó Gonzalo la tarde en que le dijiste que no querías volver a verle. Me has robado la vida, le contestaste porque sabías que después de aquello ya nada volvería a ser igual para ti. Pero ¿importaba que te hubiera robado? ¿Tan satisfecha estabas de lo que eras? Aún más, ¿si él te había robado no podías aprender a robar tú también?

Te gustaba mucho una canción francesa titulada *Le musicien de Saint-Merry*. Hablaba de un músico que recorría las calles haciendo sonar su flauta y al que todas las jóvenes seguían. «Por fin tengo derecho a saludar a seres que no conozco», se decía en esa canción. El músico se llevaba a las muchachas hasta una casa abandonada donde todas desaparecían. ¿Querías tú ser como ellas? ¿Que alguien te llevara lejos, a un lugar distinto de los que habías conocido? ¿Entrar en una casa así sin volver la cabeza ni echar de menos lo que habías abandonado, sin acordarte del día, la vida y la memoria? En todo esto ibas pensando mientras nadabas por la red de canales que se internaba en el jardín. Todo allí vibraba, todo estaba vivo. Los árboles en las orillas, las aves que los poblaban de cantos, las sombras anhelantes de los animales ocultos. El agua misma parecía una sustancia dotada de voluntad y deseos. Nadaste hasta acercarte a la torre. ¿Era un lugar así donde el músico

de la canción había llevado a su cortejo de jóvenes? ¿Por qué pensábamos que las había privado de voluntad? ¿Y si iban con él porque querían saber quién era, porque su música les hacía temblar de deseo? ¿Era malo no querer abandonar el mundo de los durmientes, perseguir a esos que éramos en los sueños?

Te sumergiste en el agua y buceaste hasta la base de la torre. La puerta estaba abierta y al asomarte a su interior viste en el agua el reflejo de una luz que no sabías de dónde venía. Sentiste la tentación de entrar para ver qué era, pero empezaba a faltarte el aire y era demasiado arriesgado adentrarse en un espacio que no conocías. Al emerger a la superficie, la luna brillaba en lo alto del cielo, temblorosa como una lámpara. De allí procedía la luz que acababas de ver bajo el agua. Te preguntaste por la razón de que la puerta estuviera abierta, y si viviría allí alguien dentro. Tal vez un hombre pez, te dijiste sonriendo. Era para él para quien los Berenguer habían construido la mansión. Los canales servían para conducirlo al interior de la casa y ésa era la razón de que Rose lo esperara allí cada noche. Ponía aquella música para complacerlo. Las naranjas y los cuencos de leche también eran para él. Pensaste en el interés que había puesto Rose desde tu llegada en que te bañaras allí, y en cómo disfrutaba cuando lo hacías. Te está ofreciendo a alguien, pensaste con una sonrisa dando alas a tu fantasía. Eres una ofrenda a ese ser que vive escondido en la torre. Todo en aquel lugar te era desconocido.

Al salir, tomaste una de aquellas naranjas y la arrojaste al agua. Hiciste lo mismo con otras dos. Es tu cena, le dijiste a la criatura de tus fantasías. Y te dirigiste en busca del albornoz, que estaba junto a la silla donde solía sentarse Rose. Te estabas marchando cuando una de las naranjas rodó hasta tus pies. Luego lo hizo otra, dejando como la primera un rastro de humedad en el suelo. Aún no te habías vuelto cuando alguien a tu espalda lanzó la tercera naranja, que rodó junto a las otras. Te quedaste paralizada por la sorpresa y casi inmediatamente oíste el ruido de un chapoteo en el agua.

Cuando por fin tuviste fuerzas para volverte, el agua del estanque estaba quieta y no se detectaba signo alguno de la presencia de nadie. Aquellas naranjas eran las que acababas de arrojar al estanque, y el hecho de que el

suelo estuviera salpicado de agua así lo probaba. Pero ¿quién las había arrojado a tus pies? Era como si quisiera decirte que te observaba, que lo había hecho desde que te habías acercado al estanque por primera vez. Trataste de andar, de moverte, pero las piernas no te obedecieron. Permaneciste un buen rato frente a las aguas quietas, tratando inútilmente de poner un poco de orden en tus pensamientos, hasta que poco a poco te fuiste apartando de la orilla del estanque. Allí, sobre el piano, estaba la bella cabeza de terracota de la mujer africana. Te fijaste en su expresión inteligente, serena, como si todo lo supiera de aquella casa y de la red de canales que se extendía por el jardín. Rose tenía la costumbre de volverse con frecuencia hacia ella para mirarla largamente, como si compartieran secretos que a nadie quisieran contar.

Ya en tu cuarto, estuviste un buen rato asomada a la ventana, contemplando el jardín y los escasos tramos de canales que veías desde allí. En medio de la vegetación semejaban restos olvidados de una antigua civilización. Te sentías como esas niñas que se entretienen jugando hasta que anochece y cuando quieren regresar a casa todo les resulta extraño. ¿Qué hacías allí, por qué te escondías del mundo? Tuviste un sueño esa noche. Rose estaba sentada en la sala de lectura, y te arrodillabas a su lado y ponías la cabeza sobre sus piernas. Duerme, duerme, te decía mientras te acariciaba el pelo suavemente, se está mejor dormida. Había un gran silencio a vuestro alrededor y se oía el ruido remoto de un curso de agua. Las naranjas que hay en los cestos, le preguntabas a Rose, ¿para quién son? Pero ella se limitaba a seguir acariciándote el cabello sin contestarte.

Te despertaste pensando en la misteriosa escena de tu sueño y tras desayunar fuiste en busca de Rose. Las gemelas ya la habían levantado, y te esperaba para hacer los ejercicios de la mañana. Al terminar, te pidió que le pusieras en el tocadiscos una adaptación para piano y violín de la *Danza de los espíritus bienaventurados*, de Gluck. La sencilla y emotiva melodía invadió el espacio con su turbadora belleza y Rose te preguntó mientras la escuchabais si conocías la historia del descenso a los infiernos de Orfeo. Le dijiste que sí. Siempre me he preguntado, murmuró pensativa, por el sentido de la extraña exigencia de no volver la cabeza. Volvemos para mirar al que

amamos, ¿no es lo que haríamos todos?

Ibas a contarle lo de las naranjas cuando ella se te adelantó para pedirte que fueras en busca de las gafas. Mientras lo hacías pensaste en que tú también le habrías pedido a Orfeo que no te mirara, pues, de estar muerta, ¿cómo ibas a querer que lo supiera? Y entonces sucedió algo extraordinario. Al cruzar por el cuarto en que te quedabas para velar el sueño de Rose viste sobre la cama tres nuevas naranjas. Alguien se había entretenido colocándolas en fila y a la misma distancia una de otra, como si quisiera seguir jugando al juego de la noche anterior. Pero la idea de que hubiera podido ser Juma su autor enseguida enfrió tu entusiasmo. Rose se había quedado dormida en su sillón, y te quedaste mirando la cabeza de terracota. Qué piensas de todo esto, le preguntaste. Anda, dime que no es Juma quien puso allí las naranjas.

Ya en tu cuarto, pensaste en la puerta abierta de la torre y en el deseo inexplicable que habías sentido de entrar, a pesar de lo arriesgado que era, como si algo poderoso te estuviera llamando desde su interior. A ti, que no tenías nombre.

Durante el resto del día no tuviste un momento de paz. Rose quiso revisar unos viejos papeles, y os pasasteis varias horas abriendo documentos y carpetas. No habías visto a Juma en todo el día y le preguntaste por él. Rose te dijo que llevaba dos días fuera. Un familiar suyo había enfermado y le había dado permiso para visitarlo. El viaje era largo y tardaría al menos una semana en volver. Eso significaba que no podía haber sido él quien había puesto las naranjas en la cama, pero entonces ¿quién lo había hecho?

Cuando regresaste con Rose ya no tenías prisa en preguntarle nada. Estaba jugando contigo, y sabías que no te podías fiar de ella, pero necesitabas saber qué quería. Te sugirió que te bañaras en el estanque y no te negaste a hacerlo. Tras ponerte el traje de baño, te estuviste mirando complacida en el espejo. Las mujeres viven llenas de inseguridades y temores, y piensan que la belleza las salvará. ¡Pero qué equivocadas están! Buscan el amor como si fuera un ciervo herido que deben rescatar de la

oscuridad, pero pronto descubren que ese ciervo sólo quiere regresar a la noche de la que procede.

No tardaste en sumergirte en el agua. Al comienzo con aprensión, pero enseguida olvidada de todo temor, con brazadas poderosas que te apartaban más y más de tus fantasías mientras te adentrabas por los canales. Una bandada de cotorras verdes cruzó por encima de los árboles y una iguana se arqueó en la rama de un árbol al verte pasar. Las algas se mecían en la orilla como el manto de una mujer ahogada. De regreso, volviste a sumergirte junto a la torre para ver si la puerta seguía abierta. Varios peces flotaban suspendidos en su vano como manos exentas en un sueño. Al salir, el viento hacía bailar las llamas de los faroles, y Rose te miraba complacida desde la orilla. Te diste cuenta de que lo sabía todo, lo que había pasado y lo que iba a pasar. Deberías irte de aquí, te dijiste. Los secretos de esta casa no son tus secretos. Pero amaneció un nuevo día y luego otro y otros más y ya fue tarde para escapar porque aquellos secretos se habían vuelto tuyos.

Fue cuando empezaste a llevar un diario. Lo has vuelto a leer estos días, y te preguntas qué pasaría si alguien lo leyera. Le costaría entender muchas cosas. Por ejemplo, que en vez de pedir explicaciones a Rose te quedaras con ella sin hacer nada. Pero estabas sola, eras la criatura más triste de la tierra y por primera vez en mucho tiempo sentiste que alguien te necesitaba, ¿es tan extraño que no te quisieras marchar?

A las niñas, desde muy pequeñas, se les enseñaba a buscar la aprobación de los demás. Todo lo que hacían y eran, desde la forma en que se movían, hasta el vuelo de sus vestidos y sus melenas, era para resultar adorables. Pero ¿qué pasaba cuando esos que te miraban no te gustaban? Todas las chicas tenían que aprender a convivir con miradas así: las miradas de los que las desnudaban por la calle, de los que pensaban obscenidades al verlas, de los que querían llevarlas a lugares de los que no se volvía. ¡Y qué extraño era que a esas edades también necesitaras tales miradas! Descubrir lo que sabían de ti y que tú desconocías. Todo el mundo tiene una vida secreta. Casi todos los secretos tienen que ver con el sexo. Es sorprendente lo que la mayoría de

la gente esconde a lo largo de su vida.

2

La prisionera

Para el nacimiento de un niño el mundo nunca está
preparado.

WISLAWA SZYMBORSKA,
Poemas

Diario de Patricia Ayala

Verano de 1963

14 de septiembre

He vuelto a levantarme dormida. Es la tercera vez que me pasa desde que estoy aquí. Me encontré en la parte de la escalera que entra en la dársena. El agua me llegaba a la cintura y el vuelo de mi camisón flotaba a mi alrededor. No recordaba haberme levantado de la cama ni haber recorrido el espacio que me separaba de ese lugar, como si me hubiera convertido en un autómatas cuyos actos están más allá de sus decisiones.

Lejos, junto a la torre, había algo en el agua, una forma que me pareció humana. Vi la silueta de sus hombros y de su cabeza, pero enseguida desapareció. Lo atribuí a la niebla que se había levantado. Y oí un gemido, un canto misterioso que se repitió tres veces y que no volvió a repetirse. Un sonido como de música, carente de forma, pero que te obligaba a detenerte y te estremecía como una canción. Estaba empapada y regresé a mi cuarto a cambiarme. Llevaba varias noches durmiendo junto a Rose. No se encontraba bien y me había pedido que me alojara en el cuarto que hay junto al aljibe, para velar su sueño. Esta noche la había pasado en el pulmón de acero, pues tenía dificultades para respirar.

No podía dormir y decidí bajar a verla para ver si estaba bien. Rose descansaba en su tubo de cristal y acero, como una viajera en la máquina del tiempo. El silencio era casi absoluto. Sólo se oían los ruidos monótonos y casi imperceptibles del interior del estanque, ya que aquella sala no sólo era un puesto de observación, sino que estaba diseñada para captar los sonidos que se producían dentro del agua. Un ingenioso sistema de túneles y cámaras de resonancia, diseñado por el propio Ramón Berenguer, lo hacía posible.

Porque no era cierto que en las profundidades marinas no hubiera sonidos, estaban pobladas de gemidos, chasquidos y ruidos remotos que nos traían noticias de mundos desconocidos. Los lugares más profundos de océanos y mares, donde nunca brillaba el sol, eran mucho más ruidosos de lo que podíamos imaginar. Las ondas recorrían caminos interminables en el agua, convirtiendo los abismos marinos en cajas de resonancia que transmitían los sonidos a kilómetros de distancia. Rose tenía grabaciones de esos sonidos y a veces me los hacía oír. Ella y su marido los habían grabado en sus expediciones científicas sirviéndose de un sofisticado hidrófono que sumergían en el agua.

Pero Rose dormía ahora plácidamente en su lecho metálico. ¿Qué hacía allí apartada del mundo? Aquella casa no parecía producto de un capricho, la obra de un millonario excéntrico que no sabe cómo gastar su dinero y su tiempo. Todo en ella parecía concebido para guardar algo a espaldas del mundo, donde nadie pudiera descubrir lo que era. Me quedé mirando los peces del acuario. Las anémonas agitaban entre las rocas sus pequeños tentáculos y una raya onduló como el pañuelo al viento de una muchacha. Un cardumen de peces ángeles, azules y rojos, cruzó a la altura de mis ojos, y la tenue luz hizo que parecieran de neón. De pronto, todos se dispersaron y el acuario se despobló. Volví a oír aquel canto, que me pareció el discreto gemido de un hombre en la oscuridad. Se repitió varias veces. No era un simple gemido, había en él una modulación casi humana, como si tratara de decir algo en un lenguaje olvidado. La voz de Rose me llegó por detrás. ¿Es él?, murmuró. Al volverme, vi que estaba despierta. Le pregunté a quién se refería, pero ya había cerrado los ojos y, sedada por los medicamentos, se había vuelto a dormir. Esperé un rato, temiendo que aquel gemido volviera a repetirse, pero no lo hizo. Regresé a la sala de lectura. Todo estaba en paz. Las llamas de los faroles se reflejaban en la superficie de la dársena semejando hogueras encendidas en la profundidad del agua. Se oían los ruidos de la noche. ¿Lo que acababa de vivir sólo era un sueño? No me gustan los sueños. Están llenos de hechos absurdos, de palabras que prometen revelaciones que nunca se cumplen. No me gustan porque no los entiendo. Pero ¿acaso entiendo mi vida, lo que me pasó con Gonzalo, que aquel niño

tuviera que morir?

Me quedé mirando el jardín, sus estanques, sus árboles como hongos oscuros. No, allí no vivía ningún ser desconocido, no había ningún misterio que descubrir. Tampoco en la vida lo había, fingíamos que era así para hacerla soportable. Aquella torre no guardaba ningún secreto, no era más que un edificio en ruinas que el agua había inundado volviéndolo inservible, y los gemidos que había oído eran los gemidos de animales buscándose en la selva. Eso era la naturaleza, una cópula constante, una enorme estación del sexo y sin luz. Árboles enteros llenos de seres que se devoraban entre sí, de cuerpos mutilados, de horror. Una sucesión interminable de cópulas, nacimientos, enfermedades y muertes. Mariposas enormes y pesadas, ribeteadas como esquelas, temblando sin poder abrirse en el barro amarillo, la noche interminable con sus animales hambrientos.

Al regresar a mi cuarto, vi algo en el suelo. Tardé en darme cuenta de lo que era a causa de la oscuridad y mi corazón sufrió un vuelco porque eran cuatro naranjas. Las habían colocado formando una pirámide: tres en su base, y la cuarta sobre el hueco que las otras dejaban. El suelo estaba encharcado y un rastro de humedad llegaba hasta la orilla del estanque. Me volví a un lado y a otro, tratando de sorprender inútilmente a quien las había dejado allí. ¿Quién eres?, pregunté con los ojos fijos en las aguas quietas.

15 de septiembre

Todo el día he estado haciéndome la misma pregunta: ¿quién me lleva las naranjas? Porque está claro que es a mí a quien se las quiere dar. No lo hace de cualquier manera, sino cuidando la forma de la entrega, como hacemos al llevar a alguien un regalo. Ahora sé que los cestos de naranjas que hay en la casa y los cuencos de leche son para ese ser desconocido. Por eso las gemelas no se acercan a los canales, por eso Juma cierra con llave cada noche la puerta de la biblioteca e impide el acceso al jardín.

Es Rose quien ha organizado todo esto. Quien me ha hecho venir hasta aquí y me prepara para algo que no comprendo. A veces me imagino que

esconde en esta casa a un ser misterioso del que se ocupa. Lo tiene escondido desde hace años y busca para complacerle a jóvenes desdichadas a quienes hace viajar desde lugares remotos y por las que nadie va a preguntar cuando desaparezcan. Yo soy una de ellas, porque si yo no regreso a España, ¿quién va a preguntar por mí? No tengo amigos ni familia, y a mi madre hace años que no la veo. Rose me ha hecho venir a esta isla para ofrecermela a un ser misterioso. Un ser que vive en el agua y para quien ha construido este complejo de canales y estanques. Todos en la casa lo conocen menos yo.

En estos disparates he estado pensando mientras me acostaba.

16 de septiembre

Es Rose quien me anima a que me bañe en el estanque. Me habla de los secretos del mar y de cómo muchas de sus criaturas nos son desconocidas. También le gusta que veamos juntas las fotos que mandó hacerme en la piscina. Todo lo tenía preparado. La conversación sobre esos seres marinos que nadie ve, el traje de baño blanco tan bonito, su confesión de que me ha espiado y de que conoce cuánto disfruto nadando, sus lecciones en el acuario acerca de la vida de los peces y su interés en que memorice sus nombres. Es para animarme a que forme parte de este mundo de agua que nos rodea. Lo hace desde el día de mi llegada a la isla. Claro que entonces yo no sabía, como creo saber ahora, que en ese mundo hay alguien esperando, y que es a él a quien me está ofreciendo sin decírmelo.

17 de septiembre

He vuelto a leer lo que escribí ayer, y creo que exagero porque qué va a haber. Un animal, no, desde luego, pues el juego con las naranjas lo desmiente. Podría ser un mono de los que andan por el jardín. Los monos juegan con los niños en los zoológicos, los imitan, les roban los sombreritos, les tiran lo primero que tienen a mano. Pero alinear las naranjas, formar una

pirámide con ellas, no creo que lo sepan hacer. Las gemelas sí podrían haber sido, pero por qué iban a hacer algo así. Y Juma no estaba esos días en la casa. Rose me está probando, aunque no sé por qué lo hace ni qué busca. Sólo piensa en complacerme. El otro día dejó en mi cuarto de arriba un paquete con cosas que me había mandado comprar: esta libreta azul en que escribo, dos libros, un pintalabios, un vestido corto muy lindo y una medalla con el rostro de una muchacha entre las ramas de un árbol. Me quedé esperando a que me dijera por qué me regalaba todo aquello, pero se puso a hablar de las palomas rosadas que antes abundaban en la isla y que estaban desapareciendo. Y me animó a que me bañara en la dársena.

En la libreta azul que me regaló, Rose ha anotado unos versos de William Blake: «Cada día, cada noche, / unos nacen para el dulce encanto / y otros para la noche sin fin». ¿Para qué he nacido yo? No quiero que sea para la oscuridad, para habitar una noche que nunca termina.

20 de septiembre

Juma ha vuelto al atardecer. Ha entrado en la cocina cuando las gemelas, Odalys y yo estábamos cenando. Venía más delgado y se presentó con el torso desnudo, cubierto de tatuajes, y con un collar de huesos y conchas. No habló con nosotras y se limitó a tomar del fogón un poco de comida antes de volver a irse. Las gemelas lo temen, y con razón, pues recuerda a uno de esos cadáveres que gracias a la magia vuelven de la muerte, y que no se adaptan a vivir entre los vivos. Era su madre quien se había muerto. Para los *tsonga* la muerte de un miembro de la familia hace que toda la familia se vuelva impura y deba pasar por ceremonias rituales de limpieza. Durante esas ceremonias se reúnen en una zona especial de la selva para rendir homenaje a los espíritus ancestrales ofreciéndoles alimento y bebidas. Hay que tener cuidado en complacer a esos espíritus pues pueden causarte problemas si no lo haces.

Cuando Odalys y yo nos quedamos solas, le pregunté para qué eran los cestos de naranjas y los cuencos de leche que dejaban junto al agua. Son para los peces, me dijo. Para qué peces, insistí. Los que hay en el estanque. La

señora Rose nos pide que se las demos. Le hablé entonces de las naranjas que aparecían en mi cuarto, y le pregunté si sabía quién las dejaba allí. Yo no sé nada, me contestó. No continué, porque enseguida vi que la conversación la incomodaba. Ya estaba en la puerta para irme cuando volvió a hablar. También la vaca negra produce leche blanca, me dijo.

21 de septiembre

Odalys se expresa a menudo con proverbios que proceden de los pueblos de los alrededores, de los caminos y mercados, del habla de las gentes que frecuenta. Siempre tiene en los labios una frase así, que a todos nos hace sonreír. Una tarde en que Rose estaba hablando de la guerra de España y de las consecuencias dolorosas que habían tenido las barbaridades que se habían cometido, ella dijo: Cuando dos elefantes luchan, es la hierba la que sufre. Otra vez que uno de los negros que venía a hacer labores a la casa acusó a otro de haberle robado su sombrero, le dijo al ladrón: Una cabra no puede llevar la cola de otra cabra. Y una mañana que Rose se enfadó conmigo porque me había enviado al puerto a recoger un paquete y yo me entretuve más de la cuenta hablando con Christophe, Odalys, que sabía cuánto me gustaba aquel hombre, le dijo a Rose guiñándome un ojo: No se envía a una muchacha a recoger miel.

Pero el proverbio de la vaca ¿qué significa? Creo que quiere decir que no me preocupe, que Rose se ocupa de nosotros y que nunca consentirá que nos pase nada malo. Sí, pero ¿por qué la vaca es negra?

29 de septiembre

El cazador no se frota con grasa y se pone a dormir junto al fuego, es otra de las frases de Odalys. Pero ¿qué pasa si lo hace?, ¿si un día ese cazador se cubre el cuerpo de grasa y se pone a dormir a la luz de las llamas? Es lo que acabo de hacer, pues esta noche he vuelto a nadar en el estanque. Llevaba

varios días sin hacerlo, evitando incluso acercarme a la orilla por temor a que la criatura que ya estoy segura de que vive allí dentro pudiera atacarme. Pero el día anterior pasó algo que lo cambió todo. Rose tuvo un ataque de asma y aunque reaccionó bien a los broncodilatadores, decidí quedarme con ella vigilando la evolución de su mal. Le estuve leyendo *Mi abuelo Erasmus*, de Charles Darwin. A Rose le gusta mucho este libro y disfruta con las locuras de este personaje inclasificable. Elucubrador nato, libertario, con un par de hijos ilegítimos, autor de poemas subidos de tono sobre botánica, el abuelo de Darwin teorizó a su manera acerca de la evolución y la selección natural mucho antes que su nieto, lo que a éste nunca le hizo demasiada gracia. Tenía miedo a que su teoría fuera juzgada como un simple eco de los trabajos de su heterodoxo abuelo.

Pero Rose no tardó en cansarse y me pidió que fuera a la sala del piano a ponerle música: quería escuchar los madrigales de Carlo Gesualdo. Acababa de encender el tocadiscos cuando vi rodar por el suelo una de las naranjas. Paralizada por la sorpresa, tardé unos segundos en reaccionar. Cuando logré volverme, las aguas del estanque se agitaban como si algo acabara de sumergirse en ellas. Tuve entonces una de esas reacciones inesperadas que nunca nos explicaremos: tomé decidida la naranja y la arrojé al agua con fuerza. Luego me dirigí lentamente al tocadiscos y terminé de poner el disco, como si le estuviera diciendo a quien me la había tirado que no le tenía miedo. Pero la naranja no tardó en volver a rodar a mis pies, dejando en el suelo un rastro de salpicaduras. La escena se repitió dos veces más. Lanzaba la naranja al agua, me daba la vuelta, y alguien me la devolvía. Hasta que la naranja desapareció.

1 de octubre

Rose no termina de encontrarse bien y llevo unos días durmiendo junto a ella. Ayer volví a tener otro episodio de sonambulismo. Me pasaba a menudo de niña, pero desde entonces no los había vuelto a tener. Me descubrí ante al estanque con una naranja en cada mano. Todo estaba quieto, incluso los

sonidos de la selva parecían haberse detenido, presos de un sortilegio. El cesto que había a mis pies estaba semivacío, y en el agua flotaban las naranjas. No me acordaba de haberlas tirado yo, tampoco de haberme levantado de la cama. ¿Una voluntad ajena me obligaba a actuar así o era yo misma la que me servía del sueño para llevar a cabo acciones que consciente no me habría permitido? Sí, era como el cazador que cubierto de grasa se ponía junto al fuego esperando que su cuerpo brillara en la noche para ofrecerse a las mismas criaturas que mataba. Tiré las dos naranjas que aún tenía en las manos y, sin saber lo que hacía, empecé a descender por la escalera que se hundía en el estanque. Aquella criatura, de existir, no iba a hacerme daño, pues de otra forma cómo explicar que Rose me animara cada tarde a bañarme. Además, ¿por qué iba a importarme que me pasara algo? No era nada, no tenía a nadie, no había ninguna razón para que alguien como yo continuara en el mundo. Me sumergí en el agua y empecé a nadar apartando con cuidado las naranjas que flotaban a mi alrededor como juguetes de niños ahogados. Deseé que esos niños vinieran a mi encuentro, que me llevaran a aquel mundo de sombras que era el suyo. ¿Vivía con ellos el niño que yo había amado?

No sabía si estaba despierta o dormida, si aquello estaba sucediendo de verdad o sólo en un sueño. Nadé y nadé cada vez con más fuerza hasta quedar agotada. Entonces me quedé flotando con la cara dentro del agua. Tenía los ojos abiertos, pero las aguas en la noche eran casi negras y no veía nada. Me iba quedando dormida cuando oí algo que venía de la profundidad. Me recordó los gemidos de noches atrás, algo parecido a un canto, que se repetía con sutiles variaciones. Permanecí un rato escuchándolo, olvidada de todo. Tuve una sensación de desgarramiento, como si algo me quemara los pulmones, y empecé a mover las manos en el agua tratando de asirme a algo invisible. Luego me sobrevino un estado de calma y tranquilidad. Me estoy ahogando, pensé. Casi había perdido la conciencia cuando saqué bruscamente la cabeza y expulsé el agua que acababa de tragar. Había estado a punto de ahogarme, y mientras regresaba a la orilla, me acordé del canto que acababa de oír. Hermana muerte, pensé, ¿quién te llamaba así?

5 de octubre

Lo que me pasó en el estanque tiene que ver con el niño que amaba. Era vecino nuestro. Sus padres me pedían a menudo que me quedara con él, pues trabajaban los dos, con frecuencia por la noche, y no sabían con quién dejarlo. Estaba locamente enamorado de mí. No es verdad que los niños y las niñas no se enamoren. Cuando lo hacen sufren terriblemente, pues no entienden qué tienen y van de un lado a otro como esos corderitos que buscan a sus madres sin encontrarlas. ¡Ay, las madres! ¿Para qué existirán? Ellas son la causa de todas las penas.

Pero pasó algo terrible y mi vida cambió para siempre. No, no voy a contarle ahora. Puede que lo haga algún día, cuando esté cansada de este diario, porque entonces no podré escribir nada más.

6 de octubre

La otra noche estuve a punto de ahogarme. No sé cómo pudo ocurrir, ya que me he pasado media vida en el agua. Los pulmones me ardían como si algo me quemara por dentro, y me descubrí manoteando para salir a la superficie. Había tragado mucha agua y me había olvidado de todo.

Fui yo quien lo provocó, quería morirme de una vez. A veces pasa eso, te cansas de estar en el mundo. ¡Es tan difícil vivir, se reciben tantos golpes! ¿Por qué no tirar la toalla, como hacen los boxeadores? Te levantas un día y al ver tu ropa, la taza del desayuno, la radio junto a la ventana, piensas: ¿para qué seguir con todo esto? Es como el actor que se aburre y que de pronto no encuentra sentido a la obra que interpreta a diario y decide marcharse dejando a los demás plantados. Vi una película en que pasaba eso. Era de un actor mayor, que se ha hecho cargo de su nieto, un niño de seis años, porque su esposa y su hija han muerto en un accidente de coche. Pasa el tiempo, le ofrecen participar en una nueva obra y acepta de mala gana. Pero no logra aprenderse bien el papel y el director lo reprende hasta que hartado abandona los ensayos, y se va del teatro sin quitarse siquiera el traje del personaje que

interpreta. Sólo quiere descansar de una vez, volver a casa con su nieto. Porque eso es una casa, el lugar donde hay un niño o se espera que aparezca uno alguna vez. ¿Para qué harían falta las casas si no?

8 de octubre

Odalys no procede de África sino de Haití, donde siguen creyendo en el vudú, que es una de las religiones más antiguas del mundo. El padre de Odalys se comunicaba con los espíritus. Cuando alguien del pueblo tenía un problema iban a contárselo y él se internaba en el bosque a buscar lo que necesitaba para sus ritos. Una noche un espíritu le *montó* y supo que algo raro había pasado en el barrio. No tardaron en ir a buscarle, pues una niña se había quedado como muerta. El papá de Odalys cogió un bastón, en el que estaba labrada una serpiente, y se fue al bosque. Bañó a la niña con las hierbas que había recogido y le devolvió la conciencia. Había sido una bruja que la quería para ella, pero el papá de Odalys se la quitó.

La gente se entrega al vudú y a las hechiceras para vengarse. Dos niños se crían juntos, uno de ellos envidia al otro, y cuando son mayores, recurre al vudú. Cualquiera puede causarte un mal, y sólo Jesucristo te puede proteger. Odalys de pequeña vivía rodeada de terrores. Tenía un miedo terrible a los muertos. Por ejemplo, veía morir a alguien y por la noche lo sentía merodear alrededor de la casa. Pensaba que la envidiaba porque ella era una niña y tenía una casa y una cama, y él estaba muerto y tenía que vivir debajo de la tierra llena de gusanos. Muchos muertos regresaban al mundo de los vivos para vengarse. Odalys recuerda el caso de un vendedor de radios al que habían asesinado y cómo, en los meses siguientes, fueron apareciendo muertos uno tras otro todos los que lo habían hecho.

Los zombis son muertos que los brujos resucitan con malas artes, y a los que obligan a trabajar por la noche o utilizan para vengarse. Ellos no saben lo que hacen, obedecen como si fueran esclavos. Odalys no cree en ellos, pero ha visto muchas cosas extrañas y piensa que pueden existir. En su pueblo pasan cosas que no suceden en otros lugares. Gente que se transforma en un

animal, muertos que abandonan los cementerios, viejos que hechizan a las muchachas. Pasan sobre todo de noche y lo mejor es hacer como que no te das cuenta. Muertos vivos, criaturas que viven en la oscuridad, que pueblan los sueños, ¿por qué nos gusta escuchar sus historias? No digo que existan, pero ¿no se puede estar dormida y despierta a la vez? Las cosas que hago cuando me levanto sonámbula ¿a qué mundo pertenecen?

La criatura que vive en el agua pertenece a ese mismo mundo. Ahora, cuando tira las naranjas a mi paso, sé que debo quedarme de espaldas y no tratar de volverme antes de tiempo para sorprenderlo. Es como los seres de los que habla Odalys. Te dice una cosa y la contraria. Que le dejes estar a tu lado y que no debes saber quién es.

28 de noviembre

Si lo real es lo común, la vida de los que no duermen, ¿lo que ha pasado esta noche ha sido real? Rose pasó una mala tarde, con problemas para respirar y me acerqué a su cuarto antes de acostarme para ver cómo estaba. Me sorprendió encontrar la cama vacía. Fui a la sala de lectura, pero tampoco estaba allí. Oí el gemido de alguien. Procedía del piso de abajo, y me encontré a Rose pegada al cristal del acuario. Era ella quien estaba gimiendo. Tenía los brazos abiertos y entre ellos había una sombra. Estaba del otro lado del cristal, bajo el agua, pero no me dio tiempo a verla porque la luz era escasa y enseguida desapareció. Rose me miró sin reconocermme. Su cara estaba transfigurada por la dicha. Ah, eres tú, murmuró con una sonrisa. Y tendió las manos para que me acercara. La ayudé a subir la escalera, a llegar a su cuarto, pues apenas se mantenía en pie. Pobre criatura mía, murmuró cuando la acosté. Estaba tan cansada que casi no podía hablar. Quise hacerlo yo, preguntarle por aquella sombra, pero cerró los ojos y enseguida se quedó dormida.

Ya en mi cuarto, lo que había visto en el acuario volvía una y otra vez a mi pensamiento. Era una figura humana y estaba junto a Rose, como si compartieran una intimidad incomprensible. Aquella sombra ¿qué era?

Recordé algo que Rose me dijo unas tardes atrás. Estábamos en el acuario, mirando los peces, cuando volvió la cabeza hacia mí y murmuró pensativa: Me gustaría ser como ellos. Renunciar a la sociedad de los que hablan.

6 de octubre

Escribo porque no sé hablar, para decir lo que no osamos pronunciar con los labios. Me pasaba desde pequeña, tartamudeaba y las otras niñas se reían de mí. A mi madre la sacaba de quicio aquel defecto porque pensaba que lo exageraba sólo para llamar la atención. Mi madre no me quiso nunca, cargaba conmigo como si fuera un fardo que le hubieran obligado a llevar de un lado para otro. Se acostaba en casa con sus amantes y a mí me encerraba en el cuarto de atrás para que no los molestara. He pasado allí noches enteras llorando, sin atreverme a llamarla por el temor a sus enfados. Descubrí que podía meterme dentro de la pared. Todo consistía en concentrarse. Ponías una mano en la pared, empujabas un poco y la mano se hundía en el yeso hasta la muñeca. Luego hacías lo mismo con la otra y detrás iban los brazos y el resto del cuerpo. Allí dentro se estaba bien, no había sonidos, no existías, no pasaba nada. Era como volver a un tiempo anterior al de la vida en la tierra. Es extraña la vida, siempre pidiendo cosas, siempre queriendo más, como la boca insaciable de los calamares gigantes. Nadie los ha visto vivos y sólo se conoce su existencia porque sus cadáveres aparecen en las playas. Pueden medir veinte metros y pesar hasta quinientos kilos. Su boca tiene un pico como el de los loros y se alimentan de todo tipo de criaturas de los abismos. Así es la vida de nuestros pensamientos, escondida, secreta, insaciable. Los cadáveres que deja en las playas de nuestra conciencia es todo lo que sabemos de ella.

30 de noviembre

Este fin de semana he estado con Christophe en el mar. Nos hemos acercado

a las islas Agalega, situadas al nordeste de Taboada. Salimos muy temprano en su barco. Las nubes se levantaban sobre la tierra como montañas ingravidas y la costa muy pronto fue sólo una larga línea verde salpicada de lomas grises. El sol se volvió más brillante y su resplandor cayó sobre el agua, hasta hacerme daño en los ojos. Miraba el agua y la estela de espuma que íbamos dejando atrás. Varias aves volaron a nuestro alrededor. Eran fragatas que giraban en el cielo con sus grandes alas negras. Un poco más allá, vimos una partida de peces voladores navegando sobre la superficie. Una de las fragatas viró al verlos y se lanzó hacia el agua ladeando sus alas para el buceo. Pero los peces eran demasiado grandes e iban demasiado rápido para ella.

El agua estaba traspasada de vetas rojas. Christophe me dijo que era plancton y que era una buena zona para pescar. Varias medusas flotaban en la superficie del mar como burbujas irisadas. Sus filamentos son muy venenosos y te causan heridas si los tocas. Las tortugas verdes se las comen como si fuesen un gran manjar. A Christophe le gustaban la elegancia y la velocidad con que las tortugas se movían en el agua y pasear entre ellas cuando estaban en la playa. Se comía sus blancos huevos para darse fuerza. Me dijo que el corazón de las tortugas seguía latiendo varias horas después de que las hubieran matado.

Casi lloré al escucharle. ¿Era yo como ellas? ¿Estaba muerta aunque mi corazón siguiera latiendo? Pero no, no lo estaba, lo que quedó bien claro cuando Christophe me besó. No era como los chicos que había conocido. Los chicos con los que había estudiado en la universidad eran sólo eso: chicos intentando descubrir quiénes eran y cuál era su lugar en el mundo. Te besaban como si quisieran que les dejaras los apuntes de clase. El beso de Christophe fue tan distinto de lo que estaba acostumbrada que no se parecía en nada a un beso. Y me acordé de aquellas novelas románticas que leía en mi adolescencia, y de la turbación que sus heroínas experimentaban al estar en los brazos del hombre al que amaban. De aquellos besos que desembocaban en algo que no se podían permitir, abrumándolas y dejándolas indefensas. Como si el doloroso anhelo que sentían las hiciera comprender que si se dejaban llevar, todo quedaría arrasado y que las defensas que habían

erigido a lo largo del tiempo saltarían por los aires. Y que aun así no podían hacer nada por evitarlo. El beso de Christophe me hizo sentirme igual. No eran tan tontas esas heroínas, sabían lo que querían. Se estaba bien en los brazos de alguien que, siendo más fuerte que tú, todo lo que le pedías te lo daba.

Un grupo de delfines se puso a seguir el barco y dejamos de besarnos atraídos por su belleza. Buscaban la quilla y nadaban a su lado burlando la afilada proa. Lo hacían sin esfuerzo, arrastrados por el empuje del barco. Sus cuerpos brillaban pálidos en las aguas oscuras. Surgían de las sombras, desaparecían, volvían a surgir, siempre pegados a la proa, que rozaban con sus cuerpos. Uno de ellos era una cría, y seguía los movimientos de su madre, imantada a su cuerpo. Semejaban lámparas, lámparas que nos seguían por debajo del agua. Percibíamos la diferencia entre el sonido del macho y el suspirante sople de la hembra.

Empezó a levantarse el viento y Christophe se puso a largar las velas. El pequeño barco pareció doblar su tamaño y se volvió más ligero y veloz. Hubo un momento en que no sólo se sentía el empuje del viento sino que llegábamos a verlo. Las velas lo hacían visible, como el pañuelo de un mago. No tardamos en avistar la costa. Las islas Agalega son dos islas coralinas separadas por un banco de arena de unos dos kilómetros; cuando la marea está baja se puede atravesar sin problemas. Hace tiempo intentaron construir entre ellas un puente que fue destruido rápidamente por las fuerzas de la naturaleza. Apenas viven allí cuatrocientas personas, que trabajan en las plantaciones de cocoteros y en la pesca. Christophe va cada mes en busca de aceite de coco, que luego vende en Isla Mauricio.

Su paisaje es muy diferente al de nuestra isla. Éstas son prácticamente planas, sólo en la isla que está más al norte hay una pequeña colina, con playas de una arena blanquísima. Abundan los manglares, las cuasarinas, los cocoteros y los arbustos. El pueblo se llama Vingt Cinq, en recuerdo de los veinticinco latigazos que recibían los esclavos rebeldes. Hay otras construcciones hechas por manos de esclavos que datan de la primera mitad del siglo XIX: Les Cachots des Esclaves (Los Calabozos de los Esclavos), Le Cimetière des Noirs (El Cementerio de los Negros) y Le Moulin à l'Huile (El

Molino de Aceite). Esta última es la única posada de las islas. Está junto a la playa, rodeada de palmeras de esbeltas y levísimas hojas que se mueven como bailarinas. Hay que tener cuidado cuando pasas bajo las ramas en la época en que maduran los cocos, pues uno de ellos te puede matar al caer. Tomamos pescado y arroz, acompañados de una salsa típica de la zona hecha con pequeños tomates, ajos, cebollas y otras verduras. Nos atendió una mujer negra. Allí hablan una mezcla peculiar de francés y criollo, en la que cada sílaba se duplica y se sustituyen las primeras consonantes por «G», lo que resulta gracioso de escuchar. Estuvimos paseando entre las palmeras. Vimos varios geos, que son típicos en la zona. Son de color verde, con manchas rojas, y cambian de tonalidad según la intensidad de la luz. Tienen en los dedos almohadillas que les permiten colgarse de las ramas y de otras superficies. Se limpian los ojos con la lengua, pues carecen de párpados.

Varios niños empezaron a seguirnos; tenían los mismos ojos redondos y complacientes de los lagartos. Yo llevaba puesto un vestido muy ligero de algodón, con grandes flores rojas y sus ramitas verdes. El vestido deja desnuda la espalda y se abrocha atrás con una cinta. Los niños me miraban como si de un momento a otro el viento me lo fuera a quitar. Era un lugar precioso y anduvimos hasta la playa. El agua era de color esmeralda; y la arena, la más blanca que había visto nunca. Christophe me animó a bañarme. Me moría de ganas de hacerlo, pero no llevaba traje de baño. Finalmente, le pedí que se volviera un momento, me quité el vestido y corrí hacia el agua. Ya dentro lo llamé para que se metiera conmigo, pero no lo hizo porque, como mucha gente del mar, ni siquiera sabe nadar. No hay donde ocultarse en la superficie del agua, era otro de los dichos de Odalys. Y, en efecto, el agua era tan transparente que no tardé en darme cuenta de que podía verme desnuda. Me alejé nadando hasta las rocas. Bastaba sumergirse junto al arrecife para ver infinidad de peces. El arrecife era de un marrón verdoso salpicado de rosas seductores, azules y rojos vivos. Los corales formaban ramas como astas de ciervo y en sus oquedades y protuberancias había todo tipo de plantas y criaturas. Un banco de peces de colores nadó junto a mí durante un buen rato. Traté de acercarme a ellos y se reunieron formando una bola gigante que al tocarla explotó en miles de colores, como si fueran fuegos

artificiales. Me acordé de los circos cuando llegaban a la ciudad. Los desfiles con elegantes caballos y todo tipo de animales, llenos de trapeceistas, acróbatas y payasos con sus vestidos de fantasía. Los peces nadaban a mi alrededor como aquellos desfiles multicolores.

Christophe me esperaba en la playa y esta vez no le pedí que se diera la vuelta mientras yo salía del agua. Mi vestido estaba en la arena y, al ir en su busca, él me tomó en sus brazos. Los labios de Christophe acariciaron lentamente los míos antes de ejercer una suave presión. Me pegué contra su fuerte cuerpo hasta que encontré una postura perfecta, del todo inesperada, que provocó en mí una oleada de deseo. Se me aflojaron las rodillas, pero me daba igual porque Christophe me sujetaba con fuerza. Una de sus manos me tomó de la barbilla con delicadeza. Cada vez que intentaba dar por terminado el beso Christophe insistía un poco más, instándome a no cerrar los labios. Se servía de mi boca como si fuera una fruta que acabara de tomar de uno de aquellos árboles.

Esa noche la pasamos en el camarote de su barco. Espero no haberme quedado embarazada pues hicimos el amor sin protección alguna. Fue muy dulce conmigo y me pregunté si no estaría enamorándome de él. Yo cerraba los ojos y me parecía estar a su lado bajo el agua, nadando en el bosque de coral. Allí estaban las ondulantes plantas, los leves abanicos vegetales, las gigantescas y delicadas vulvas, los convoyes flotantes de peces multicolores. Era como si nunca antes hubiera visto algo así y él me lo fuera enseñando. La vida impremeditada, tal era el camino que seguían los amantes.

2 de diciembre

Voy a retomar mi relato donde lo dejé hace un par de días, para seguir hablando de aquella excursión. Al amanecer, subimos a cubierta para ver la salida del sol. La luz flotaba sobre la isla como vapor o como un velo suspendido en el aire. Había infinidad de pájaros que se pusieron a piar y a chillar a la vez con un ruido ensordecedor. Vimos llegar a unos pescadores. Venían de pescar atunes y dejaron la pesca sobre la playa. Los atunes

parecían niños negritos dormidos. También nosotros nos fuimos a dormir un rato, pues apenas habíamos pegado ojo durante la noche. Christophe me abrazó por detrás, y me quedé así dormida, como una figura en su molde cálido y silencioso. Cuando nos despertamos ya era mediodía. Teníamos hambre y fuimos al molino en busca de algo que comer. Cruzamos tierras de cultivo y un bosque amarillo que se extendía alrededor de una charca velada por un brillo verdoso. Un viento suave me agitaba el pelo, que llevaba suelto. Me acordé del niño al que había amado, de aquella vez en que me corté la melena y él al verme se echó a llorar porque le daba pena lo que había hecho.

Entramos en el interior del molino. Christophe me llevaba de la mano y cuando nos sentamos me sonrió con picardía, como diciéndome ¡qué cosas hemos hecho! Un aroma a canela flotaba en el aire y nos trajeron tortas calientes de maíz. Deseé que aquel instante no pasara nunca, que todo se detuviera, porque lo que habíamos vivido ¿dónde estaba? Christophe me acarició bajo la mesa. Enseguida su mano estaba bajo el vuelo de mi vestido, lo que me hizo sonreír. Se comportaba como si yo fuera suya. Era como si después de haber estado juntos y haber mezclado nuestros cuerpos, ya no supiéramos distinguir qué partes pertenecían a uno y cuáles al otro. Aquella mano, por ejemplo, ¿por qué me tocaba así si había sido mía?

Junto a la puerta, y en la pared, había un viejo grabado. Representaba algo que me pareció el encuentro de Ulises con las sirenas. Pero Ulises no estaba atado al mástil de su barco, sino detenido en la proa, como si, arrebatado por aquel canto embriagador, se dispusiera saltar al agua, y aquello no me casaba bien con la historia que conocía. Christophe se quedó mirando, y yo le expliqué mis dudas, pero no me hizo demasiado caso, lo que me entristeció un poco.

Llegaron los proveedores de aceite de coco y estuvieron cargando el barco. Mientras lo hacían volví a bañarme en el mar. Al sumergirme vi cómo un pez hembra depositaba sus huevos en una oquedad del arrecife. Formó un rastro en el agua, como una tinta blanca. Pensé en el semen que Christophe había depositado en mi vientre, y en que sería como esa tinta. Había una vida microscópica que sostenía la otra, que formaba el plancton del que miles de bocas se alimentaban. El semen que yo guardaba ¿para qué bocas sería?

Al acercarme de nuevo a la playa vi que un negro estaba mirándome. Estaba desnuda y le hice gestos inútilmente para que se fuera y, por fin, tuve que salir del agua y exponerme a su mirada hasta que pude tomar mi vestido y ponérmelo. Permaneció quieto, mirándome con una misteriosa fijeza. Llevaba una tela color naranja anudada al cuello y colgantes de abalorios. Era muy atractivo y su piel brillaba como ungida con aceite. No me miraba como hacemos los occidentales. Mirar aquí es distinto a preguntar, es consentir, aceptar el mundo como es; es una oración. El Gran Espíritu que rige la vida está en los árboles y en las flores, en el agua de los pozos y en la luz de la luna y del sol, y mirar todo eso ya es una forma de adorarlo.

Ya lejos, me volví un momento para ver si continuaba allí. No se había movido del sitio y su penetrante mirada seguía fija en mi cuerpo y en mi vestido. Sus ojos me recordaron a aquellas palomas del libro de Salomón que, posadas junto a los arroyos, contemplaban absortas las aguas; había en ellos la misma dulce oscuridad. Me pareció que hacíamos mal tratando de llevar los focos de nuestra civilización a mundos así. Terminaríamos por deslumbrarlos con su luz provocando en ellos tal añoranza por las tinieblas que les harían retroceder hacia el abismo de sus deseos ignotos. Y los perderíamos para siempre.

Cuando llegué al puerto, Christophe estaba de morros, pues le había hecho esperar un buen rato. Ya habían cargado las garrafas con el aceite y sólo esperaba mi regreso para partir. Hacía algo de viento y a Christophe le bastó con tender las velas para que el barco empezara a navegar suavemente, como llevado por nuestros pensamientos. Me acerqué a él y le pedí que me volviera a besar. Lo hicimos varias veces, mientras el barco, a merced del viento, nos conducía al país de las cosas que nunca existieron. Luego, tomando el sol en la cubierta, me quedé mirando a mi amante. Se había quitado la camisa y tenía el torso desnudo. Estaba atardeciendo y la luz del sol cubría su piel con un agua de oro. Unos días antes había encontrado un libro de mitología griega en la biblioteca y me pasaba el día leyéndolo, cautivada sobre todo por las historias en que los dioses se mezclaban con los mortales. Y Christophe me pareció uno de esos jóvenes del mundo del mito que dioses y diosas amaban. Pensé en el destino trágico de todos ellos en las

grutas y las orillas de los ríos. En Adonis transformándose en árbol; en Endimión, que se sumió en un sueño perpetuo del que sólo despertaba para recibir a Selene, la diosa de la luna; en Narciso vertiendo su sangre junto al agua que le había devuelto el reflejo de su rostro.

Ya cerca de Taboada nos cruzamos con un bergantín de cuatro mástiles. Era un buque escuela de la armada rusa, y los marineros eran alumnos en prácticas. Muchos de ellos se asomaron a la borda para saludarnos agitando las manos. Pasó tan cerca de nosotros que me pareció un bosque henchido de rumores y aromas. El viento hinchaba y movía sus velas como si fueran copas de árboles blancos.

Luego, estuve contemplando el brillo del sol en la superficie del mar. Nos vamos detrás de lo que brilla, como las urracas. Amamos el brillo del vino en una copa de cristal, el del oro y la plata, el del pelo recién lavado. Una piedra se vuelve preciosa cuando tiene la cualidad de brillar. Nos atrae todo lo que guarda la luz, porque la luz es la vida. Por eso brillan así los ojos de los niños y de los jóvenes. Nos vamos detrás de lo que brilla porque pensamos que donde hay luz hay calor y hay conocimiento. Hay una casa en la que quedarnos. Y, sin embargo, también brillan los colmillos de los animales, las hojas de los cuchillos, las monedas con que se compra a los delatores, y ese brillo significa la muerte.

3 de diciembre

No puedo olvidar el grabado del molino. A aquel muchacho que separado de sus compañeros se disponía a saltar al mar. No, Christophe no es como ese muchacho solitario. Para él sólo existe el sonido del viento en las velas, esas cuerdas que ata y desata una y otra vez a los mástiles, su radio y su querido timón, que ni me deja tocar. Creo que si en medio de una tempestad tuviera que elegir entre salvarme a mí o a sus garrafas de aceite de coco, sería yo la que terminaría lanzada por la borda. Su mundo es el mundo de los mercaderes, de los pescadores y los recolectores, de los que sellan sus oídos con cera, ese mundo de gestos, de tareas precisas y aprendidas, casi

mecánicas, de los que no se andan por las ramas y saben en cada momento qué deben hacer. Lo que no quiere decir que no me guste estar con él. Me gusta mucho. Entre otras cosas por lo bien que me besa.

13 de diciembre

Llevo diez días sin abrir este cuaderno. La verdad es que tampoco me ha pasado nada que merezca la pena contar. Rose ha vuelto a sus rutinas y me paso el día atendiéndola, pues se ha aficionado a mí de tal manera que todo quiere que se lo haga yo. Tengo que hablar con el doctor pues creo que empieza a tener alteraciones cognitivas, que se expresan en una dificultad para encontrar las palabras correctas, en un paso inseguro y en la necesidad constante de orinar. También tiene cambios de estado de ánimo, y tan pronto está abatida y triste como entra en una fase de locuacidad y actividad sin sentido. Tengo miedo de que todo esto pueda ser el inicio de una enfermedad degenerativa, tal vez de una demencia. Ayer, por ejemplo, al despertar de la siesta, me preguntó dónde estaba.

Ha cogido manía a las gemelas y no quiere que la atiendan, lo que me obliga a pasarme todo el día a su lado. El otro día me dijo que las vigilara, que le estaban robando los libros. ¿Los libros?, ¿para qué los querían si no saben leer? Pasa un día o dos confusa y luego vuelve a estar como antes, por lo que probablemente sea un problema vascular. He llamado al doctor para contárselo y me ha dicho que vendrá tan pronto como pueda y que, mientras tanto, le dé algún inhibidor de la colinesterasa, y desde que lo toma está mucho mejor. Su hablar se ha hecho más fluido y ha vuelto a escuchar música y a pedirme que le lea. Pero a las gemelas no quiere verlas ni en pintura y soy yo quien tiene que hacérselo todo, lo que me obliga a dedicarle todas las horas del día. Christophe me llamó para decirme que piensa pasarse de nuevo por Taboada en un par de semanas, y no le he podido asegurar que nos veremos, a pesar de lo mucho que me apetece, pues no sé si Rose estará bien o no y si podré dejarla sola.

Por otra parte, he estado tan absorbida por todo esto que ni siquiera he

tenido tiempo de pensar en lo que ocurrió las noches pasadas en esta casa. En parte, porque nada de aquello ha vuelto a repetirse; y en parte, porque lo que entonces pensé, visto con una cierta distancia, me parece un completo disparate. Porque ¿quién va a haber en el estanque? Aún más, y en el caso de que Rose guardara en él una criatura extraña, un delfín o un calamar gigante, vete a saber qué podría ser, una criatura para la que ella y su marido hubieran levantado todo este complejo de canales y piscinas, ¿cómo iba a ponerse a jugar conmigo?, ¿qué animal haría algo así? No, nada de eso pasó. Las naranjas que rodaron a mis pies, las que aparecieron en mi cama seguro que las pusieron allí las gemelas, que están en la edad de enredar.

Hoy lo he hablado con Odalys en la cocina. Le he preguntado por este lugar, y le he contado las cosas que me han pasado. Me ha dicho que ella no sabe nada, y que no me preocupe, que aquí no corro ningún peligro. Y por qué iba a correrlo, le he preguntado un poco extrañada. No, por nada, me ha dicho. En la isla se cuentan muchas cosas de esta casa y ninguna es verdad. Cuando el león envejece hasta las moscas le atacan.

14 de diciembre

El león es Rose y es verdad que cada día está más débil y se pasa más tiempo dormida. Es un león que envejece y, a causa de ello, todos en la casa hacen un poco lo que quieren. Ayer, hasta el mismo Juma la desautorizó. Rose le dijo que me diera una llave de la puerta que comunica las dos casas, porque no quería que tuviera que depender de nadie, pero cuando fui a pedírsela me dijo tajantemente con sus gestos que esa llave sólo la tenía él y que cuando quisiera algo no tenía más que pedírselo. La verdad es que tampoco he necesitado la dichosa llave, pues me paso el tiempo junto a Rose. Incluso he trasladado parte de mi ropa y mis cosas al cuarto del aljibe, para estar más cerca de ella por si me necesita.

Por las noches, cuando ella duerme, paseo por la sala de las columnas y sigo el curso de los canales interiores hasta la dársena. Todo está en calma, y sólo oigo los sonidos del jardín y de la selva. Nada que ver con aquellos

gemidos. También las naranjas están en su lugar en los cestos, y los cuencos de leche permanecen intactos. A veces arrojo alguna naranja al agua, pero se quedan flotando allí días enteros sin que nadie las toque. Me pregunto si es cierto que rodaron a mis pies, que alguien me las devolvía. Ahora pienso que fue todo un sueño, que eran cosas que me imaginaba cuando me levantaba sonámbula. No he vuelto a tener episodios así. Lo sé porque, antes de acostarme, espolvoreo harina alrededor de la cama para que queden allí mis huellas si me levanto dormida, y por las mañanas el suelo siempre está immaculado.

También las gemelas hacen lo que quieren. He descubierto que por las noches Bardamu las lleva en el coche al puerto, donde se reúnen con los negros que hay allí. Tienen una radio, y oyen música y bailan. Antes de ayer me dijeron que si quería acompañarlas. Les dije que no, pero me quedé con las ganas y cualquier noche de éstas lo voy a hacer. Vivo como una monja, y un poco de distracción me vendrá bien. Rose me ha dado un sobre con dinero, al margen de mi sueldo. Me ha dicho que está muy contenta conmigo, que no quiere que la deje. No entiendo por qué, si apenas hago nada.

14 de diciembre (noche)

Antes de acostarme me ha llamado Christophe. Me ha dicho que se acuerda mucho de mí y que va a hacer todo lo posible para venir a verme este fin de año. Estaba muy cariñoso y hemos tenido una de esas conversaciones subidas de tono que tienen las parejas por teléfono cuando están separadas. Me ha preguntado cómo iba vestida, qué llevaba debajo y cosas así. Luego, en mi cuarto, me estuvo tocando. Qué raro es nuestro cuerpo. Se transforma con las caricias, pide cosas que no se pueden explicar, como si hubiera en él restos de miembros olvidados, miembros que vienen del origen de los tiempos, de esa cadena interminable y lentísima de la evolución. Miembros que despiertan con las caricias, que hablan de un mundo en que tal vez pudimos respirar bajo el agua, hacer galerías bajo la tierra, saltar entre las ramas de los árboles o tejer capullos donde dejar los huevos. Un mundo donde fuimos peces, monos,

bandadas de pájaros, colonias de esponjas.

El cuerpo de los hombres es distinto. Se vuelve más esplendoroso y pleno con las caricias, pero sigue siendo el que era: un gladiador con una espada. El de las mujeres no es así. Al amar se transforma en otra cosa, algo que no sabemos qué quiere, cuyas formas desconocemos. Es como si en el interior de nosotras hubiera otras que corrieran a esconderse al oírnos gemir. Ellos, los hombres, nunca sabrán nada de esas otras. En el mejor de los casos, se sienten satisfechos de darnos placer, pero no saben cómo es ese placer. No saben cómo son esas otras que somos. ¿Las has visto?, nos gustaría preguntarles. Pero es inútil hacerlo porque enseguida se han dormido y ya no contestan.

17 de diciembre

Estoy muy preocupada porque hace unos días que tenía que haberme venido el periodo. No sé cómo he podido ser tan incauta de hacer lo que hicimos sin protección. Es sorprendente que una y otra vez las mujeres cometamos el mismo error. A veces pienso que es porque no terminamos de creernos que podamos quedarnos embarazadas, que de nuestro cuerpo pueda nacer otro ser, y queremos probar si eso es posible. Luego vienen los disgustos, las muchachas engañadas, los llantos por las noches, el temor a lo que vayan a pensar los demás, porque la idea de tener un hijo nos resulta aterradora. Es extraño que sea la ausencia de la sangre lo que lo anuncia, que ése sea el mayor secreto que tenemos. Imagino lo que diría Christophe si se lo fuera a contar. Seguro que se montaba en su barco y no le volvía a ver, aunque fuera tan responsable como yo de lo que pasaba. No, no quiero un niño. Tengo bastante con el mío, el que sigue viviendo en mis sueños. Mi niño perfecto.

19 de diciembre

Rose ha estado mejor estos días. El medicamento que toma le ha sentado muy

bien, y no ha vuelto a tener episodios de desorientación o problemas con el habla. De todas formas está muy cansada y se pasa el día dormitando. He hablado con el doctor y me ha dicho que vendrá a Taboada esta misma semana. Antes de colgar, le he descrito el grabado que vi el otro día en Le Moulin à l'Huile para ver si sabía qué representaba. Me ha contestado lo más obvio, que puede que se trate de la escena en que Ulises se manda atar al mástil de su barco para poder escuchar el canto de las sirenas sin enloquecer. Pero del muchacho que estaba en la proa del barco, dispuesto a saltar al mar, no sabía nada.

Ayer bajé con las gemelas al puerto. Se reúnen allí con un grupo de amigos que bajan a charlar y beber. Beben sobre todo ron. Un ron muy rico y fuerte que destilan en pequeños alambiques por toda la isla. No llegan muchos barcos aquí, pero los pocos que lo hacen han traído las costumbres de Occidente. Por ejemplo, en la ropa que llevan. Tanto ellos como ellas son elegantes y aristocráticos y van por lo general muy aseados. Tienen una radio y les gusta sintonizar música de fuera. También tienen su propia música, que se llama *séga*. Es una danza que llegó a estas latitudes con los esclavos que los colonizadores europeos trajeron consigo. La acompañan con un tambor oblongo y con otros instrumentos de percusión. Las letras en su mayor parte son improvisadas, y están llenas de jadeos y exclamaciones. Las mujeres llevan vestidos y enaguas de colores que acentúan sus movimientos, y suelen bailar en pareja, bajando suavemente hacia el suelo para ponerse de rodillas y mover la parte superior del cuerpo de una forma sugerente y lasciva.

Las gemelas me animaron a que bailara. Uno de los chicos procedía de su pueblo, y fue mi pareja. Se colocó detrás de mí y me apretó contra su cuerpo mientras sus manos no dejaban de moverse por mi cintura y mi vientre de una forma delicada y pícara a la vez. Cerré los ojos y me dejé llevar por ese juego, el más antiguo del mundo. Sentía su cuerpo pegado al mío, mientras escuchaba la extraña canción. No hay secreto en el mundo, decía. Si haces algo bueno o malo tendrás que dar cuenta de ello. Soplaban un poco de viento y las palmeras movían sus plumosas ramas como aves a punto de levantar el vuelo. Al terminar el baile, nos sentamos a una de las mesas y estuvimos hablando, aunque todo lo atrevido que el chico había sido mientras bailaba y

me tenía en sus brazos, desapareció como por ensalmo. Era muy joven, casi un niño, y no había forma de sacarle una palabra. Además, su creole era muy cerrado y apenas lograba entenderlo. Al final, renunció avergonzado a hablar, y se quedó en silencio a mi lado. Mejor así, me dije, chicos guapos que no hablan, que no piden nada, cuya misión es consolar con sus caricias a las muchachas tristes.

20 de diciembre

Me acuerdo de una época muy extraña que viví en San Sebastián, tras mi separación de Gonzalo. Alguna noche iba sola a una de esas discotecas deprimentes de los barrios, dispuesta a divertirme como fuera. Me fijaba en un chico y me las arreglaba para que me sacara a bailar. Luego me dejaba besar y tocar. Lo hice tres o cuatro veces hasta una vez en que a uno de los chicos me lo encontré unos días después en el hospital. Iba con su mujer, que era tan joven como él, y con el hijo que tenían, al que acababan de ingresar. Y me dio tanta vergüenza que me reconociera, que decidí no regresar más a aquellos antros. Ése fue el final de mi vida depravada. Las mujeres no solemos hablar de nuestros deseos. Se nos enseña a ocultarlos, a vivir como si no los tuviéramos o como si estuvieran subordinados a los de los hombres, como pasa en el cuento de *La Bella Durmiente*. Pero me gustaría saber cómo eran los sueños de esa bella dormida.

Pienso en el chico con el que bailé, en cómo se movía contra mí y en lo excitada que me puse. Pienso en lo mucho que me habría gustado perderme con él por la playa. No pudo ser, y terminamos bebiendo sin parar y sin saber qué decirnos. Me da pena pensar en los esfuerzos que hizo para hacerse entender en esa lengua suya que mezcla el francés con el criollo. Es una tragedia que los hombres sólo puedan hablar su propia lengua, o a lo sumo dos o tres. Es cierto que todas las lenguas son hermosas, pero angustia pensar todo lo que nos perdemos por el hecho de que no exista una sola que nos permitiera entendernos en cualquier lugar del mundo y en cualquier circunstancia con los demás. El relato de la Torre de Babel habla de una

maldición, y es ciertamente terrible estar ante otros seres humanos y no poder comprenderlos. Es una maldición semejante a la de que los hombres de unos pueblos fueran invisibles para los otros. Pero ¿no existe también esa maldición?

21 de diciembre

Hoy me he levantado con dolor de cabeza a causa de lo que bebí ayer. Me vino bien salir con las gemelas y divertirme un poco, pues empieza a agobiarme la vida que llevo. Rose vuelve a estar mal. Le pasa algo que no acierto a explicar. Se pasa el día en la cama, o abajo, en el acuario, contemplando los peces. No quiere nada, no me pide nada, no abandona su burbuja. Y yo no sé qué hacer. Me siento a su lado frente al acuario. Es extraña la vida que llevan los peces allí. Se cruzan indiferentes y hermosos, aislados en sus mundos sin deseos, como vainas de plantas desconocidas.

He aprendido a distinguir a varios de ellos. A los *anthia joyas*, que viven junto al coral en grupos de hembras con un solo macho. Cuando éste muere, la hembra dominante cambia de sexo. A los peces payaso, que apenas se mueven de las rosadas anémonas en las que viven en simbiosis; a los peces mariposa, con su lomo rojo y exquisito; a las damiselas de tres manchas y a las bellas damiselas de Arabia. A los peces globo y a los peces escorpión, cuyas picaduras provocan un intensísimo dolor que puede prolongarse por varios días y causar problemas respiratorios y cardíacos. Cuando se sienten amenazados, dirigen contra su enemigo sus espinas dorsales y en un pestañeo pueden inocularle el veneno. Todos aislados, absortos en sus mundos silenciosos, traídos y llevados por corrientes imperceptibles. ¿Soy yo como ellos? No hago nada, me levanto en sueños de la cama, me dejo llevar por lo que me dicen. El otro día, cuando Juma me negó la llave, ni siquiera protesté. Está bien, pensé, pues no me la des. Siempre he sido así. Marga, en el hospital, me reñía porque decía que todos se aprovechaban de mí, que no tenía personalidad. Pero para qué quiero tenerla. Una vida dormida, dejar de ser la que soy, es lo que quiero. No te conviertas en ti misma, es todo lo que

me digo.

Por la noche me despertaron las voces de Rose, que estaba hablando en sueños. Fui para ver si estaba bien. Hablaba del estanque de las compuertas que lo unían a la laguna. Decía que habían hecho mal en abrirlas. Ahora qué iban a hacer con aquella casa, para qué serviría. Me incliné sobre ella para oírla mejor. Puede que no vuelva nunca, repetía. Que no vuelva quién, le pregunté. Pero había entrado en una fase de sueño más profunda y no me contestó.

22 de diciembre

Esta mañana, durante el desayuno, le he preguntado a Odalys por esas compuertas. Me ha dicho que Juma las abre para sanear el agua del estanque, al que un túnel comunica con la laguna Negra, que a su vez se nutre de aguas subterráneas que proceden del mar. He querido tirarle de la lengua, que me dijera a quién se refería Rose cuando hablaba en sus sueños, pero no se ha dejado engañar. Ay, niña, me ha dicho, yo de eso no sé nada.

Luego he estado con las gemelas. Me han acompañado a mi cuarto y, mientras me cambiaba, han estado probándose mis vestidos. Estaban muy graciosas y les he dicho que la próxima vez que bajemos a la playa se los dejaré llevar. Al salir, estaban descargando dos cajas de naranjas, y he aprovechado para preguntarles por los cestos que hay en las orillas de los canales y para qué tiran las naranjas al agua. Son para «el hombre que nada», me han dicho visiblemente nerviosas. No querían seguir hablando, pero antes de que se escaparan he cogido a una de ellas de la mano y la he obligado a quedarse conmigo, lo que enseguida hizo regresar a la otra, pues no pueden estar separadas. Les he pedido que me hablaran de ese ser y me han dicho que vive en el estanque, pero Rose no quiere que nadie lo vea, por eso manda a Juma cerrar la puerta de la biblioteca. Viene de la laguna y todos hablan de él, a pesar de que casi nadie ha logrado verle. Se dice que las aguas de la laguna están malditas por su causa y que si una mujer joven se baña en ellas se vuelve loca. Cuando pescan lo hacen siempre antes de que anochezca,

pues es entonces cuando sale a nadar.

No encontraba a Juma para que me abriera la puerta de la biblioteca y, al volver a la cocina, me he vuelto a encontrar con Odalys y le he contado mi conversación con las gemelas. Me ha dicho que no les haga caso, que a esa edad las jóvenes están llenas de fantasías y se creen todo lo que oyen. Pero había que tener cuidado con las cosas que se oían por ahí. Copiando a los demás todo el tiempo, el mono un día se cortó su propia garganta.

23 de diciembre

Sé que «el hombre que nada» procede de ese mundo de fábulas y leyendas que alimentan la fantasía de muchos pueblos de África, aún bajo el influjo de ideas animistas y mágicas, pero esta mañana, mientras dejaba pasar el tiempo junto a la dársena, he estado pensando en él. Es un hábito que tengo desde la infancia, cuando daba en imaginarme todo tipo de fantasías. Los sueños del despierto, así llamó Freud a este mundo de ensueños en que me refugiaba de mi soledad. Y, en esos ensueños, ayer me dio por pensar qué pasaría si escondida en las aguas del estanque viviera una criatura como esa de la que hablan las gemelas. Su existencia explicaría los episodios de las naranjas, la presencia de los cuencos de leche, los gemidos que oí la otra noche, y el que Juma se niegue a dar a nadie la llave del jardín y el estanque. Explicaría el sentido mismo de esta casa, porque este jardín, los canales que lo recorren y el acuario subterráneo ¿qué otra explicación tendrían sino que aquí se esconde algo que sólo Rose, y tal vez Juma, conocen? Una criatura viva, pues gime y se come las naranjas, y a cuyo cuidado el matrimonio Berenguer habría dedicado parte de su fortuna y los últimos años de sus vidas. Pero ¿qué relación existiría entonces entre Rose y ese oscuro proyecto? Si la casa estaba terminada antes de que ella naciera, ¿en qué momento llegó ella aquí? Aún más, ¿por qué se refiere a Ramón Berenguer como su esposo si no es posible que lo conociera?

24 de diciembre

¿Existen en el mundo lugares que no conocemos, lugares donde alientan deseos que no podemos imaginar? ¿Islas olvidadas, ruinas de templos desaparecidos, grutas en las simas de los glaciares, bosques de algas en los arrecifes donde late una vida de la que no sabemos nada? Aún más, en nuestro propio mundo, ¿no hay lugares semejantes? ¿Los sanatorios donde se encierra a los locos, los establos donde se ata a los seres deformes, las residencias donde viven los ancianos, las camas donde las mujeres se desangran, los cuartos oscuros de las pesadillas de los niños no son lugares así? Todo lo no humano que hay en nosotros y con lo que no sabemos qué hacer es lo que nos espanta y fascina a la vez de esos mundos malditos. La leyenda de «el hombre que nada» surge de lugares así.

24 de diciembre (noche)

Es Nochebuena y Rose ha querido que pongamos en la sala de lectura un árbol de Navidad. A falta del abeto típico, Bardamu nos ha traído una casuarina cuyas plumosas ramas las gemelas y yo hemos adornado con abalorios y pequeñas velas. Mientras lo hacíamos, he vuelto a sacar el tema de ese hombre pez que según ellas vive en la laguna Negra, pero está claro que no les gusta hablar de él, como si temieran que el simple hecho de nombrarlo pudiera hacerlo aparecer. Rose ha mandado a Juma traer *champagne* y ostras, y hemos estado bebiendo y tomando las ostras, que estaban muy frescas aunque su sabor no sea como las que tenemos allá, en el mar Cantábrico. Luego, Rose me ha pedido que leyera en alto la parte del Evangelio de san Lucas que habla del nacimiento de Jesús. En casa de su marido, que eran protestantes, todas las Navidades leían ese pasaje antes de cenar.

Tras la lectura, pusimos música. Las gemelas estaban muy guapas con los vestidos que yo les había prestado y estuvimos bailando. Evitaban acercarse al estanque, de cuyas aguas no apartaban la vista, como dos gacelas con las

orejas levantadas para atisbar el peligro. Juma trajo un cesto con naranjas, y Rose nos pidió que las tiráramos al agua para celebrar la llegada del nuevo año. Mientras lo hacíamos no dejaba de sonreír.

Cuando todos se fueron, me quedé a solas con ella. El cielo estaba lleno de estrellas y reinaba una paz misteriosa. Rose había bebido varias copas de *champagne* y me estuvo contando cosas de aquel París de los años veinte donde toda su generación vivió el sueño de una Europa en paz unida por el arte y la cultura. Fue en esa fiesta inacabable donde ella y su marido se conocieron. Pero también la fiesta que tuvieron que abandonar precipitadamente para refugiarse en Sudamérica cuando la barbarie y la inhumanidad desatadas por el nazismo asolaron la faz del continente. Luego me preguntó por Christophe, si estaba enamorada de él. Le dije que no, que sólo era un buen amigo. Me contestó que mejor así, que las mujeres tenían que aprender a no depender de los hombres si querían ser dueñas de sus propias vidas. Dijo esto con una sonrisa encantadora, como si mi confesión de que lo que estaba viviendo con Christophe sólo era un entretenimiento la hubiera tranquilizado. No entendía por qué se preocupaba hasta ese punto por mí. Se había puesto una blusa rosa que le dejaba un hombro al descubierto, y un collar de perlas que resplandecía junto al árbol de Navidad, como si fuese una prolongación de sus adornos.

Luego me pidió que la llevara a acostar. ¡Qué extraña es la reacción de María!, exclamó cuando ya estaba en la cama. Se refería a aquel pasaje del Evangelio en que se decía que María guardaba todas aquellas cosas en su corazón. ¡Qué extraño, insistió, que ella fuera la única que se llenara de temor al escuchar lo que contaban los pastores!

Regresé a la sala de lectura. Había quedado algo de *champagne* y volví a llenar mi copa. Me quedé mirando las aguas del estanque, los reflejos dorados de las antorchas y, en las orillas, los rosales japoneses con aquellas flores blancas que transmitían un dulce aire de ignorancia. Las naranjas que habíamos arrojado al agua momentos antes habían desaparecido. Y supe que la criatura había vuelto, y que todo aquello, el árbol que Rose nos había mandado poner, las velas encendidas, el que nos hubiera pedido bailar lo estaba haciendo para él. Que su euforia tenía que ver con ese regreso. ¿Me

estaba volviendo loca, veía o imaginaba cosas que no eran reales? Me acerqué a la orilla del estanque, invadida por un sentimiento de oscura y misteriosa felicidad. ¿Y qué si estaba perdiendo la razón, para qué la necesitaba? La razón era un barco que me llevaba con los oídos llenos de cera por las aguas del tiempo, pero para qué querría ir en él si no lo hacía a los sitios que deseaba ir. No, ésa no podía ser mi vida. Pensé en el muchacho del grabado, inmóvil en la proa de barco, y en que quería parecerme a él.

26 de diciembre

Es extraña la vida de la gente. Todas las historias que no sabemos de los demás. Por ejemplo, Abdu, el muchacho negro con el que bailé el otro día en la playa, es descendiente de uno de los náufragos de Tromelin. Es Bardamu el que me ha contado la historia. Tromelin es un islote, casi un banco de arena, situado al norte de la isla Reunión. Allí encalló a finales del siglo XVIII un barco esclavista francés. Del pecio hundido lograron sacar agua y víveres, que se reservaron para sí los marinos supervivientes. No había agua potable y en los meses siguientes sobrevivieron a base de pescado, marisco, tortugas y aves marinas. La tripulación del barco logró construir una balsa en la que se marcharon, abandonando a su suerte a los pobres esclavos. Y aunque les habían prometido volver a por ellos, no lo hicieron. Cuando llegaron a la Isla de Francia dieron aviso al gobernador, pero éste consideró que no merecía la pena arriesgar un barco por salvar a unos seres cuya vida no valoraban más que la de los animales.

Y se quedaron abandonados a su suerte en una isla donde no había nada. Ni agua potable ni alimentos ni madera. Pero se las arreglaron para sobrevivir y con los restos del barco hundido fabricaron herramientas y algunos recipientes para almacenar agua de lluvia; con bloques de coral construyeron muros y precarios edificios que los resguardaban de las frecuentes tempestades y de las mareas altas, que llegaban a cubrir la isla por completo.

Quince años después, un barco que pasó por allí los vio y fue a recogerlos. Del grupo de sesenta esclavos iniciales sólo quedaban trece más

un niño que había nacido en la isla y que había sobrevivido junto a su madre y su abuela. Ya en la Isla de Francia el nuevo gobernador los declaró hombres libres, y cautivado por la belleza del niño, que entonces tenía ocho meses, lo adoptó como hijo suyo y lo llamó Jacques Moise, que es como en francés se llama a Moisés, que significa salvado de las aguas. Bardamu me ha dicho que Abdu es descendiente de ese niño y que por esa razón en el pueblo todos le tienen mucho respeto. Le he preguntado a Bardamu qué hacía en Taboada, malviviendo con pequeños trabajos, si su familia debía de tener dinero, y se ha encogido de hombros como diciendo: de la vida nada sabemos.

27 de diciembre

Estoy feliz porque esta noche me ha venido el periodo, y porque luego, nada más levantarme, he recibido una llamada de Christophe para decirme que ha logrado resolver sus problemas y que vendrá a verme pronto. Me ha dicho que hable con Rose, para pedirle unos días de vacaciones. Su idea es pasar aquí la noche de fin de año y al día siguiente navegar juntos a Isla Mauricio para visitarla. ¿Sabes una cosa?, le he dicho antes de colgar, has estado a punto de ser papá. Se ha quedado sin habla y le he contado lo de mi retraso y cómo finalmente todo había sido una falsa alarma. Los hombres no tienen remedio, van a lo que van. Los incomoda que les hables de estas cosas, pero luego no se preocupan de poner remedio cuando llega la hora. Siempre esperan que seas tú quien lo haga, como si estos asuntos no fueran con ellos.

He pensado en el niño que nació en Tromelin, la isla de arena, y en el hecho de que lograra sobrevivir. Seguro que todos, no sólo su madre y su abuela, lucharon por salvarlo, que hicieron de esa salvación la razón última de sus trabajos en la isla. Como si sólo salvándolo a él se pudieran ellos salvar.

28 de diciembre

Abdu, salvado de las aguas. ¿Por qué escribo su nombre? Abdu es musulmán y, aunque la otra noche no tuviera reparo en beber alcohol, cumple rigurosamente con sus oraciones y con los otros preceptos de su religión. Todos piensan que los musulmanes son más estrictos y dogmáticos que los cristianos, pero eso no es verdad. Los musulmanes creen en la predestinación y están convencidos de que lo que les pasa es siempre lo mejor que les podría suceder. Por eso son más nobles que nosotros y raras veces tienen miedo.

Abdu es el mejor saltador de la isla. En el acantilado hay una roca que sobresale de la pared vertical y los muchachos suben hasta ella para saltar al mar. Nadie iguala a Abdu en esos saltos, tampoco en el tiempo que puede permanecer bajo el agua sin respirar. Se sumerge en busca de esponjas, que luego lleva al puerto para vender. Los piratas llamaban a Taboada la isla de la Plata, porque era en ella donde enterraban sus tesoros.

29 de diciembre

Le he pedido a Rose unos días de vacaciones, y me ha dicho que puedo tomarme todo el tiempo que quiera con tal de que no la abandone. Le he contestado que no la voy a abandonar y se ha echado a reír. Me ha dicho que todas lo hacían, y que no le extrañaba: no era fácil para una joven vivir en un lugar como éste. Luego me ha subido súbitamente el sueldo. Aún más, me ha dado un sobre con dinero, para que en los días que voy a estar fuera no me falte de nada. Me ha dicho que vaya a buenos hoteles, que me compre vestidos bonitos y que me dé todos los caprichos. Pero ten cuidado, ha añadido. Las personas saben perfectamente quién las quiere y cuánto. No te engañes en esto.

He pensado en Julieta, en ese momento de la obra en que está tan enamorada de Romeo que, al no ocurrírsele qué otra cosa puede desear que no sea estar con él, exclama: Sólo deseo lo que tengo. ¿Lo tengo yo? No, Christophe no es como Romeo. Nunca moriría por mí.

30 de diciembre

He tenido un sueño que casi me da sonrojo contar. Christophe y yo estábamos tumbados en la cubierta de su barco, y me abrazaba tiernamente. Luego se separaba de mí para acercarse a la borda. Ven, me decía, y saltaba de cabeza. Yo me tiraba tras él y lo buscaba bajo el agua. Pero el que estaba allí era Abdu. Nadaba presto hasta mí y me tomaba entre sus brazos, suaves como las escamas de los peces. Luego me besaba, y en ese beso me daba el aire que necesitaba para seguir bajo el agua. Había cerrado los ojos para sentir mejor esos besos, cuando Christophe llegaba por detrás y, pegándose a mí, también él me acariciaba. Y en ese instante me despertaba, y aunque cerraba los ojos tratando de recuperar mi sueño, no lo conseguía. Pensaba entonces en Abdu y en Christophe acariciándome en el sueño, y me decía: ¿cómo será estar a la vez con los dos?

31 de diciembre

Me he levantado muy pronto para prepararlo todo para mi viaje, Christophe ha quedado en venir a buscarme antes de comer. Las gemelas me han ayudado con la maleta, y se han reído nerviosas al ver el camisón y la ropa que voy a llevar. ¡Cuántas cosas ignoran los hombres de las mujeres!, he pensado. No saben que todo lo que hacemos por gustarles es por ese no saber pensar qué es el amor para nosotras. Por ese mundo de los presentimientos, los sueños, los éxtasis y las agonías que nos devuelve al bosque donde se pierden los amantes, donde los ogros esperan, donde los ladrones guardan sus tesoros. A esos lugares desconocidos de los que nunca se regresa del todo.

Christophe, ¿es allí adonde me vas a llevar?

8 de enero

Ya estoy de vuelta en casa, y no, Christophe no me ha llevado a ningún lugar

así. Lo he pasado bien estos días, pero el regreso ha sido un poco triste porque creo que al final Christophe se había cansado un poco de mí. Cuando era estudiante me dio por asistir a unas clases de literatura en la universidad. Nos hablaron de un poema babilónico muy antiguo, el poema de Gilgamesh. Enkidu, el compañero de Gilgamesh, es un salvaje que vive en compañía de los animales. Un día se encuentra con una mujer, se acuesta con ella y cuando trata de regresar a su mundo, los animales lo rehúyen. Y Enkidu se desespera porque piensa que la mujer lo ha apartado de ese mundo que era el suyo. Me temo que todos los hombres son un poco así, se apartan de nosotras porque piensan que les robamos su fuerza. Pero ¿para qué quieren esa fuerza si caminan por el mundo con los oídos llenos de cera?

Por la tarde, Bardamu me ha llevado al pequeño aeropuerto de la isla a recoger un paquete para Rose. Al volver, hemos pasado por la iglesia y le he dicho que se detenga. El padre Dubois estaba en la puerta y sin saber por qué me he acercado a él y hemos entrado en la iglesia. Un mono se había colado dentro, y estaba sentado en un banco como esperando a que empezara la misa. El padre ha dado una palmada y ha salido disparado, chillando y haciendo aspavientos como un niño loco. Se parece a mí cuando Christophe me toca, he pensado. Y le he dicho al padre que he estado con un hombre y que hemos dormido juntos. ¿Le quieres?, me ha preguntado. Me he sentido como si me hubieran pillado robando en una tienda y al ir a enseñar lo que había robado ya no lo tuviera conmigo. Y le he contestado al padre que no sabía si le quería.

De regreso, al descender hacia la costa, vimos desde lo alto el puerto y traté de ver si el barco aún continuaba allí. Estaba enfadada con Christophe por la forma en que se había despedido de mí. Pero aquel barco, los cabos y aparejos en la cubierta, la sorpresa de una navaja de afeitarse junto a mi ropa al despertar, los anchos mapas de navegación sobre la mesa, todo aquello lo echaba de menos.

13 de enero

Las naranjas vuelven a desaparecer del estanque. Las arrojamos al agua y al poco tiempo ya no están allí. Sarabi dice que es «el hombre que nada» quien se las lleva. Se escapó a la laguna Negra cuando abrieron las compuertas y ahora ha vuelto al estanque. Las gemelas han oído cómo Rose le echaba la bronca a Juma por su descuido. Sarabi y Niara me recuerdan a los niños. Viven en el mundo sin esperar que las cosas que pasan en él deban ser comprendidas. Sea por lo que sea, la verdad es que Rose vuelve a ser la de antes y hemos regresado a las buenas costumbres. Ejercicios por la mañana, comida y siesta a mediodía, y, por la tarde, nuevos ejercicios, música y lectura. Estos días hemos estado ordenando la biblioteca. Según colocábamos los libros, Rose me hablaba de ellos, pues aunque ahora apenas los mira a causa de la vista, en otro tiempo no hacía otra cosa que leer y escuchar la música que le gustaba. Me ha pedido que le ponga las *Variaciones Goldberg*, la música repetitiva e hipnótica que Johann Sebastian Bach escribiera para aliviar a un noble aquejado de insomnio. Cuando llegué a la isla, era la música que Rose estaba escuchando. Recuerdo que me habló de aquella versión y del pianista que la tocaba. Me citó los versos de un poeta cuyo nombre no recuerdo: «Donde tenemos razón no crecen las flores». La música de Bach es como esas flores inexplicables.

14 de enero

He vuelto a levantarme dormida. Abandoné mi cuarto y descendí por la escalera del estanque hasta que el agua me llegó a la cintura. En las orillas las flores estaban más bellas que nunca, y antes de darme cuenta estaba nadando. No sabía si todo aquello sucedía en un sueño. No tenía miedo, no me importaba lo que pudiera pasarme. ¿Por qué temer que mi vida pudiera acabarse si no me gustaba? Tras nadar alrededor de la torre, regresé lentamente a la orilla. Al acercarme, un pequeño antílope corrió a esconderse. Al contrario que él, yo era el animal que ríe, que llora, que sufre, el animal que no sabe vivir. Reparé en el cesto de las naranjas y arrojé una al agua con fuerza. Mi vida estaba vacía y sin embargo apenas podía soportar su peso.

Había avanzado varios metros cuando la naranja que acababa de tirar rodó con fuerza a mis pies. No me detuve a recogerla, ni me volví para ver quién lo había hecho, pero al llegar a mi cuarto estaba temblando. Tuve un pensamiento perturbador: No es él quien te pide que vayas, eres tú quien lo quiere. Y me vi a mí misma participando en el juego de tirar y recoger las naranjas con oscuro placer.

Llena de miedo, me cambié de ropa y corrí al cuarto de Rose, buscando su protección. Rose estaba dormida, y la estuve mirando. ¡Qué misteriosos son los ancianos! Son como cofres llenos de restos vivos de cuerpos que ya no existen, restos que siguen misteriosamente intactos en el lugar de la muerte. Un pensamiento surgió repentino en mí: Te quiere a ti, quiere que ocupes su lugar. Que vivas por ella la vida de sus deseos.

He tomado una decisión. Hablaré mañana con Rose, y le exigiré que me diga por qué me ha hecho venir a esta casa. Y, en caso de que no quiera contestarme, haré la maleta esa misma tarde y me iré para siempre de aquí.

15 de enero

Han pasado tres días desde la noche en que tomé la decisión de marcharme, y aún sigo aquí. Tampoco he sido capaz de hablarlo con Rose. Lo he intentado varias veces sin éxito. Unas veces porque la propia Rose lo evitaba; pero otras porque yo misma me arrepentía en el último momento. No sé explicar por qué. Puede que tenga miedo a tener que irme antes de saber qué oculta Rose en las aguas de ese estanque, antes de saber qué quiere, porque ahora sé que si me ha hecho viajar a esta isla es por una razón distinta a la de tener que atenderla.

He pensado en la frase que me dijo el otro día acerca de que yo no era la primera en venir a esta casa. Fue cuando le pedí permiso para irme con Christophe. Me dijo que me tomara todos los días que quisiera, pero que por favor le prometiera que iba a volver. Tenía miedo a que la pudiera abandonar. Y enseguida añadió: Antes o después, todas terminan haciéndolo. Está claro que no soy la primera que viene a esta casa. De hecho, y a lo largo de estos

días, he ido recogiendo por la casa pequeñas muestras del paso de otras mujeres por aquí: un pintalabios, horquillas, toallitas para desmaquillarse. Hace un par de días, en la parte de arriba del armario encontré una revista de modas y un libro. El libro es una de esas novelas románticas que leía con pasión cuando tenía quince años de edad, y la revista está fechada el 16 de julio de 1936, dos días antes del comienzo de la guerra civil española. Sobrecoge pensar que los que la compraron entonces no tenían ni idea de que estaba a punto de pasar una tragedia que cambiaría su vida para siempre.

Por la noche me puse a leer la novela. Era una historia romántica muy tonta que, sin embargo, no pude dejar de leer hasta su previsible final. ¿Por qué me gustarán tanto las novelas de amor?, me pregunté. Mi amigo psicoanalista se reía de mí porque decía que me comportaba como si las penas de sus protagonistas fueran mis propias penas. Pero es que el amor no es igual para los hombres que para nosotras. Los hombres siempre están incómodos cuando se enamoran, porque tienen que aceptar su debilidad, que dependen de alguien. La mujer que aman los inquieta, porque los fuerza a abandonar esa posición de amos con la que se sienten tan a gusto. La mujer se sabe sin poder, por eso se pone a la altura de sus deseos y habita gustosa su propia pobreza.

No sé, estas cosas son difíciles de explicar. También los hombres sienten esa pobreza, su problema es que no quieren reconocerla. A las mujeres nos gusta sentirla, incluso gozamos con ella, la aceptamos como una parte inherente a nuestro ser. Por eso pedimos al hombre que nos hable, y así llenarla con sus palabras. Pero el hombre lo que quiere es callar. ¿Qué quieres que te diga?, es lo que nos contestan cuando se lo pedimos. Les gusta sentirse como esos héroes que pueblan sus fantasías de niños y que raras veces hablan: seductores e invencibles. Nosotras buscamos otra cosa. ¿Qué? Es lo que me gustaría saber. Probablemente nada especial, sólo que nos cuiden y quieran.

20 de enero

Sí, ahora lo tengo claro: Christophe se ha cansado de mí. Iba a venir a verme este fin de semana y acaba de llamarme para decir que no podrá hacerlo. En realidad, nunca he interesado de verdad a nadie, salvo a aquel pobre muchacho de la farmacia con el que me porté tan mal. Ahora que lo pienso, puede que la diferencia en estos asuntos del amor no sea tanto la que existe entre hombres y mujeres sino entre amar y ser amado. El que ama siempre estará en inferioridad respecto al amado, pues depende de él. Uno es el amo y el otro quien le sirve. A las mujeres nos dicen desde pequeñas que hemos nacido para servir. A los niños, a los ancianos, a los enfermos, a nuestros novios y esposos. Que nuestra tarea en el mundo es cuidarlos a todos. Somos las abnegadas criadas de la tierra. Las criadas no tienen nada y, sin embargo deben entregar a los demás cuanto son. ¡Qué extraño es esto! Dar lo que no se tiene ¿es la paradoja del amor?

23 de enero

Sigo sin preguntar a Rose qué hago aquí, aunque está más amable y comunicativa que nunca. Ayer estuvimos hablando hasta el anochecer. Lo quería saber todo de mi vida. De dónde era, de mi familia, de las razones que me llevaron a hacerme enfermera. Y yo a todo le fui contestando. Me parecía que si era sincera, también ella lo sería conmigo y acabaría revelándome el sentido de aquella extraña casa, con su jardín, sus estanques y los canales que la recorrían. Las gemelas me contaron que en la isla todos la conocían como La Construcción, sin duda porque tampoco ellos podían explicarse el sentido que tenía. Nadie quería acercarse allí, nadie quería entrar en aquel jardín, pasear por la orilla de los canales, porque decían que aquellas aguas volvían locos a quienes se sumergían en ellas. Y contaban el caso de una muchacha que un día se había colado en el jardín y que al bañarse en las aguas de aquel estanque había perdido la razón para siempre.

Le hablé a Rose de esas historias que corrían por la isla, y ella se echó a reír. La gente de esta isla, me dijo, no ha alcanzado aún la edad de la razón, por eso son encantadores. Había algo terriblemente vulgar en la mente

moderna, añadió, la gente, que toleraba todo tipo de vergonzosos embustes en la vida real, no soportaba la existencia de la fábula.

Y es verdad que las gentes de esta isla son encantadores. Estas noches he bajado al puerto y he estado con Abdu. Incluso nos hemos bañado juntos en el mar. Es muy tímido y cuando está conmigo apenas se atreve a levantar los ojos de la tierra, pero en el mar se transforma en una criatura espléndida. Me sumerjo agarrada de su mano y me hace descender más de lo que nunca habría imaginado. Y cuando salgo en busca de aire, él continúa allí abajo, como si pudiera respirar bajo el agua. Ayer aguanté todo lo que podía, y cuando vi a Abdu acercarse en mi busca, me acordé del sueño en que me daba el aire de su boca. Luego, al salir del agua, me tocó el culo con tal naturalidad que no me atreví a decirle nada. Es algo que hace a menudo, te toca sin que venga a cuento, el brazo, el hombro, el otro día, un pecho. Lo hace sin malicia, como nosotros tocamos a los animales. No nos basta con ver, necesitamos tocar. Tocamos las orejas de los conejos, la testuz de las vacas, el cuello de los caballos, para ver si es real tanta belleza.

26 de enero

Odalys me ha contado hoy una historia africana. Trata de una princesa zulú llamada Lindiwe. Era hija de Mpande, un rey justo que llevó la paz a su pueblo. Su madre había muerto al nacer ella y su padre, el rey Mpande, sólo vivía para complacerla. Pero al cumplir doce años Lindiwe se enamoró de un joven llamado Thulani, que pertenecía a una tribu rival. Sabía que su padre no aprobaría esa unión, por lo que empezó a escaparse a escondidas para ver a su amado. Los zulúes son un pueblo guerrero, y sus poblados suelen estar resguardados por cercas de troncos. La cabaña del rey Mpande contaba con un túnel secreto por el que, en caso de peligro, él y su familia podían huir a la selva. Y era por ese túnel por donde Lindiwe se escapaba para reunirse con Thulani. Pero cuando éste le decía que huyeran juntos, ella no sabía qué hacer. Amaba los besos y las caricias que se daban, pero también amaba a su padre y las costumbres de su pueblo, y sabía que de irse con su amante todo

eso lo perdería. Y estos dos deseos, el de seguir siendo la que había sido hasta entonces, y el de ser esa otra que sólo vivía para buscar los brazos de su amado, luchaban en su corazón. Y eran tan contrarios el uno al otro, que una noche Lindiwe se descubrió a sí misma viéndose dormir. Estaba en dos sitios a la vez: era la que dormía en el lecho y quien, levantada, la estaba mirando. Escondida tras un baúl esperó a que amaneciera, y vio cómo las criadas acudían a levantar entre risas a la que dormía. Y por la ventana, la vio caminar con ellas por el poblado, ajena a lo que había sucedido esa noche. Ahora era libre para buscar la vida que quería, y eso hizo al momento. A la salida de aquel túnel Thulani la estaba esperando y ambos se alejaron en busca de un lugar donde empezar lo que tanto deseaban.

Pero lo que no sabía era que al transformarse en dos, ninguna de esas vidas estaba completa. Y así, si ella, la que se había ido, podía hablar, la que se quedó en el poblado era muda; si ella se convirtió en una mujer, la otra siguió siendo una niña. Si ella enseguida aprendió en compañía de su marido el arte de los negocios y de los cambios, la otra apenas sabía contar y se dejaba engañar por todos, lo que causaba la infelicidad de su padre, que no podía entender cómo su hija, antaño tan lista y capaz, no sólo había perdido el habla de un día para otro, sino que se había transformado en una criatura torpe e inconstante para quien la vida parecía ser una aventura inexplicable. Y así huía de los vendedores ambulantes porque según ella eran ladrones de almas, se negaba a tomar pescado si acaso alguien se había ahogado en el río, y visitaba los cementerios para tener los sueños de los que se habían muerto.

Pero de esto nada sabía Lindiwe, que vivía feliz junto a su esposo, aunque el Espíritu que rige el mundo no hubiera bendecido su unión con el hijo que tanto deseaban los dos. Y así, no sólo se ocupaba del negocio de telas que tenían, sino que negociaba en persona con los pueblos vecinos y por todos los lugares por donde pasaba dejaba la huella de su generosidad y su nobleza. Pero en las noches de luna la melancolía se apoderaba de ella y se preguntaba por su padre y por los familiares y amigos que había dejado en su pueblo, y si acaso estarían bien. Y se preguntaba sobre todo qué estaría haciendo aquella que había visto levantarse de la cama y correr a reunirse con sus amigas, mientras ella se alejaba. Cómo sería la vida que aquella que había dejado

atrás llevaba en el pueblo que había abandonado.

Y así fue pasando el tiempo hasta que se cumplieron cinco años desde su marcha, y como el deseo de visitar su antiguo pueblo seguía vivo en su corazón, un día se decidió a regresar. Lo hizo de noche, y aprovechando aquel túnel pronto estuvo en el interior de la tienda que había sido suya. Allí, en la misma cama en que ella dormía, halló a su doble. Mas mientras la miraba maravillada, le fue entrando una dulce somnolencia que le hizo desear acostarse a su lado. Y allí se quedaron dormidas las dos, como una figura y su reflejo en el agua. La despertaron los primeros rayos de sol, momento en que descubrió que en la cama sólo ella estaba acostada, que era como si, al volver a encontrarse esas dos mitades, se hubieran vuelto a juntar formando esa persona única que era ella.

Todos celebraron en el poblado el cambio milagroso, pues ahora podía hablar y se comportaba como una verdadera princesa. Y el que más se alegró fue su padre, que al verla tan discreta pensó que ya podía morirse tranquilo pues su hija ya estaba preparada para ocupar su lugar en el trono y regir el destino de su pueblo. Lindiwe hizo venir a su esposo y empezó para ella un tiempo de felicidad, aunque no pudiera dejar de preguntarse en secreto por aquella que había sido mientras había estado fuera. Y esto era así porque a sus oídos llegaban cada poco noticias de las cosas que había hecho esa desconocida. Y le contaban que iba con ella por la selva, por ejemplo, y que al menor descuido se había subido a las ramas de un árbol. O que veía a los niños que habían muerto y les llevaba a las madres noticias de lo que hacían en su mundo oculto, o que podía acercarse a los animales sin que éstos se asustaran. También, que era capaz de adivinar lo que iba a suceder. Sentía, por ejemplo, que algo tiraba de sus hombros, y se daba cuenta de que era una mujer la que regresaba a su choza, ya que esa presión procedía de la correa con que llevaba a su hijo atado a la espalda. O una presión a la altura de los ojos le revelaba la franja negra del pelo de los animales con los que se iba a encontrar.

Y también le contaban que a veces se perdía en la selva y tardaba varios días en volver. Lo hacía llena de arañazos y con los vestidos manchados de sangre, pero siempre con una sonrisa en los labios y un brillo en los ojos,

como si les dijera, no sabéis lo que pasa allí dentro. Y a fuerza de escuchar todo aquello, Lindiwe empezó a preguntarse si la vida que había llevado esa desconocida no sería su verdadera vida, y si había hecho bien en cambiarla por esta que ahora tenía.

28 de enero

He vuelto de noche al estanque. Reinaba una profunda oscuridad y he paseado por su orilla contemplando el jardín y las estrellas. Me entretuve contemplando la Cruz del Sur. En este hemisferio el cielo se ve diferente y hay que usar la imaginación para darse cuenta de porqué las constelaciones tienen los nombres que les damos, ya que aquí se ven al revés. El otro día en la iglesia el padre Dubois dijo en su sermón que no había que despreciar el mundo, con sus criaturas y su belleza, pero tampoco olvidarse del cielo. La verdadera vida sólo podía surgir de esas bodas entre el cielo y la tierra.

Se oían los cantos de las cigarras y el croar enloquecedor de ranas y sapos. Las estrellas se reflejaban en las aguas negras del estanque como una escritura de luz. Pensé en el cuento de Odalys, en la joven que se quedaba en el poblado mientras su doble iba en busca de su vida de adulta. ¿Soy yo como esa joven, la que no crece, la que se queda atrás, la que todos olvidan? ¿Una de las vírgenes necias de la parábola evangélica? Se olvidan de que hay una boda, y se van por ahí sin pensarlo en busca de no se sabe de qué. Cuando hayan gastado todo el aceite de sus lámparas, ¿qué harán solas en la oscuridad?

30 de enero

De todas las historias de la religión católica mi preferida es la del encuentro de san Francisco y santa Clara de Asís. Ella era una joven noble que, llevada por la devoción al santo, lo abandonó todo para seguirle, incluso renunció a su preciosa melena. Muy pronto otras muchachas se le unieron y formaron

una comunidad atenta a las enseñanzas del santo. Y cuentan que Clara sólo vivía para imitarlo y añorar su compañía, pero que Francisco, que andaba por ahí predicando su fe, apenas le hacía caso. Hasta que por fin se encontraron en una casa situada en una colina. Nadie supo qué pasó entonces ni de lo que hablaron esa noche, pero todos los que andaban por los alrededores vieron un resplandor y, al acercarse, supieron que lo que ardía era la casa en que Francisco y Clara estaban juntos.

Hay algo que no entiendo en esta historia. ¿Por qué Clara tuvo que cortarse su melena dorada?

3 de febrero

Al pensar en la melena de santa Clara me he acordado de la mía, del día que también yo me la corté. No por sacrificio, sino porque estaba cansada de ella y quería llevar el pelo corto como las chicas francesas que veía en las revistas. Tenía que ir a buscar a mi pequeño amigo a la salida del colegio, y cuando me vio rompió a llorar porque no podía entender por qué me había cortado el pelo. La belleza, ¿por qué no sabemos qué quiere? Si vemos una casa en llamas, ¿tenemos que entrar en ella?

4 de febrero

Yo andaba equivocada y el joven del grabado es Butes. Es uno de los marineros que viajó con los argonautas en busca del vellocino de oro. Al pasar junto a las sirenas, Orfeo comenzó a tocar una canción para oponerse a su canto, pero Butes se quedó en la cubierta del barco con el solo deseo de escucharlo. No se tapó los oídos con cera, no pidió que lo ataran al mástil, como haría Ulises a su regreso de Troya, sino que quiso oír a las sirenas sin temer las consecuencias. Butes es el que salta, el que se zambulle, el único que oye en un mundo de sordos.

Es el doctor quien me ha contado la historia. Le hablé hace tiempo del

grabado que vimos en el molino de las islas Agalega y él llamó a un viejo amigo para preguntarle qué podía ser. Le contestó que lo más probable es que el grabado fuera una escena del viaje de los argonautas, y que el muchacho que estaba en la cubierta del barco, en actitud de ir a saltar, fuera Butes.

Fue ayer cuando el doctor me contó esta historia. Ha venido a Taboada para ver cómo está Rose. Se aloja en el hotel y me ha invitado esta noche a cenar. Me ha dicho que me ponga guapa, que me vendrá bien salir de la casa y tener un poco de vida social. Vida social, me hace gracia que diga eso; como no invitemos a los monos a cenar con nosotros, no creo que vayamos a disfrutar de nada parecido.

5 de febrero

Las gemelas han regresado muy alteradas del puerto para decirnos que un muchacho se había ahogado en el mar. Es uno de los chicos con quienes estuvimos bailando la otra noche. Sus amigos se lanzaron al mar tras él al ver que no salía a la superficie, pero ya era demasiado tarde y no pudieron hacer nada para salvarlo. Cuando bajé al puerto con las gemelas, su cuerpo aún estaba en la playa. Me extrañó que no taparan el cadáver, como hacemos nosotros, que no queremos mirar a los muertos. Su piel negra brillaba como el caparazón de los insectos. Todos estaban consternados, pues era un chico muy joven al que todos querían. Culpaban a sus amigos de lo que había pasado, pues los habían advertido mil veces que no subieran a la roca a saltar y seguían haciéndolo.

Me fijé en Abdu, que estaba a unos metros, sentado en la arena. Se balanceaba suavemente, con la cabeza entre las manos, y se quedó mirándome con una sonrisa encantadora. Ocurren desgracias, parecía decirme con esa sonrisa, no se pueden evitar.

7 de febrero

Me he inventado una nueva clasificación de los seres humanos: los comedores de cera y los que oyen a las sirenas. Abdu oye a las sirenas; Christophe es un comedor de cera, como Juma. Rose, no lo sé. A veces me parece una cosa y a veces otra. Oye el canto de las sirenas, pero también es una comedora de cera. Por ejemplo, cuando anda en esos asuntos con sus abogados, cuando contrata a detectives para que espíen a las chicas a quienes va a contratar, cuando les oculta lo que pasa en la casa, es una comedora de cera. Mi madre sólo comía cera, las gemelas viven con las sirenas. Todas las jóvenes son así, todas quieren subir a las rocas para zambullirse en el mar. Todas quieren relacionarse con lo que no existe. Existen los días de la semana, las mesas y las sillas, existen las ventanas de las casas, los aeropuertos, los barcos, existen los cangrejos y los atunes, existen los cuerpos y el sexo que los hace buscarse. No existe el amor, no existen los niños que aún están por nacer, no existen los muertos. Acercarse a esos seres y cosas que no existen es lo que quieren los que oyen a las sirenas.

Y «el hombre que nada» ¿existe o sólo se lo oye cantar?

8 de febrero

Esta noche al cruzar la sala de lectura he oído ruidos de chapoteos en el estanque, aunque al volverme no había nadie. He tirado dos naranjas y cuando, un tiempo después, he vuelto a pasar seguían en el agua. He mirado la torre. Hacía mucho calor y el vaho de la humedad ascendente de la selva la cubría casi por entero. Sentí un extraño olor, como el almizcle de un animal salvaje. La torre asomaba unos tres metros por encima del agua, lo que quería decir que ascendiendo por su interior tenía que llegarse necesariamente a un espacio donde fuera posible respirar. Pensé en Abdu y en si se atrevería a acompañarme hasta allí. Podía atraerlo a la casa con alguna excusa y luego, cuando Rose se retirara a descansar, pedirle que descendiera conmigo hasta la puerta sumergida. A su lado no tendría miedo.

Abdu no conoce el peligro. Se lanza al agua desde alturas inverosímiles, juega con los escorpiones, y el otro día, cuando su amigo se ahogó, era el

único que estaba tranquilo. Miraba su cadáver tendido en la arena como si fuera el cuerpo exánime de un animal que se hubiera caído al mar. ¿Se habría conmovido si la ahogada hubiera sido yo? No creo que lo hiciera, al fin y al cabo no me conoce de nada. ¿Lo sentiría Christophe? Sí, Christophe sí lo sentiría. Puede que me fuera a visitar al cementerio con flores para mi tumba. Luego se acordaría de mí por las noches, cuando estuviera solo en el camarote de su barco, se acordaría de todo lo que habíamos hecho en esa misma cama, de las cosas que nos decíamos. Dime que no me vas a olvidar, le insistía yo. Y él me contestaba riendo que nunca lo haría. Jugábamos a creernos nuestras propias mentiras, como todos los amantes del mundo.

Recuerdo cuando estaba en el hospital. A veces me tocaba hacer el turno de guardia en la Unidad de Cuidados Intensivos. Paseaba ante aquellas jaulas de cristal donde estaban los enfermos sedados. Les veía inmóviles en sus camas, conectados a máquinas que medían sus constantes vitales y les permitían respirar. Luego venían sus familiares, que les miraban desde el cristal con una expresión de fastidio. Habían tenido que suspender sus planes, abandonar sus trabajos y ocupaciones para visitarlos, aunque no pudieran hacer nada, sólo mirar. La enfermedad, la cercanía de la muerte, los volvía insensibles y crueles. Si dependiera de ellos que no salieran vivos de allí, estaba segura de que muy pocos lo harían. Lo que deseaban es verles muertos, quitárselos de en medio.

Mucha gente me ha dicho: Has visto tantos enfermos que tienes que estar acostumbrada a la muerte. No es cierto. Cómo se puede una acostumbrar a ver niños con cáncer, mujeres que se desangran, ancianos que se mueren sin que nadie vaya a verlos. Cómo te vas acostumbrar, cuando hay que practicar una autopsia, a la imagen de lo que harán con ese cuerpo, cómo te vas a acostumbrar a ese ultraje.

Una vez trajeron a una chica muy joven que había tratado de suicidarse. Su madre era una mujer seca y malhumorada, a la que nada complacía y que siempre estaba protestando. Aquella chica era como esas flores que nacen de los cactus, no podías entender cómo algo tan hermoso podía haber nacido de alguien tan desagradable y tosco. La chica estaba muy delgada, porque apenas comía, y allí, quieta entre las sábanas, recordaba el esqueleto de un

pájaro. Era de los seres más bellos que había visto nunca. Me hizo pensar en un cuento que había leído de niña que trataba de una cervatilla cuyas manchas brillaban en la oscuridad. Era la criatura más hermosa del bosque, hasta que un lobo terminó comiéndosela porque la luz que desprendía no le permitía esconderse. Aquella chica desprendía una luz así, como si su belleza la condenara.

Un día entré a cambiarla y me dijo: ¿Por qué no me matas?

10 de febrero

Esta noche he soñado con las gemelas. Alguien estaba hablando en mi habitación en ese sueño y me levanté para ver quién era. Las voces venían del interior del armario y, al abrir la puerta, veía a las gemelas, que al sentirse descubiertas se escapaban entre risas. Por la mañana, cuando vinieron a despertarme, les conté mi sueño y, al terminar, estuve tentada de preguntarles qué hacían dentro del armario.

12 de febrero

Últimamente me paso el día con las gemelas. Es así desde que amanece, en que vienen a mi cuarto a despertarme. Abren las cortinas, las ventanas, se sientan a mi lado, me acarician el pelo, me hacen cosquillas para que abra los ojos. Algunas veces se meten conmigo en la cama y retozamos juntas un rato, pues no se cansan de jugar. Son como esos niños que todo lo quieren para sí, que no pueden ver un caramelo sin correr hacia él, aunque ya tengan los bolsillos llenos. Como esos niños que van a los bautizos y quieren coger todos los caramelos, todos los cohetes.

Me acuerdo de los héroes de los tebeos, de los lugares tan extraños a los que llegaban. Lugares escondidos donde eran posibles cosas que en el nuestro no podían serlo. Hadas, gnomos y duendes vivían en los setos floridos; una granja destartalada podía ser la morada de una bruja; había ojos acechantes en

los árboles huecos. El Cementerio de Elefantes, La Ciudad de los Monos, El Castillo de la Gata Blanca, La Montaña de Azúcar, eran algunos de los nombres de esos lugares de la irrealidad.

Así es esta habitación por las mañanas. Últimamente las gemelas se empeñan en vestirme, y yo todo se lo consiento. Me levantan de la cama, me piden que alce los brazos para quitarme el camisón. Lavan mi cuerpo con esponjas, peinan mis cabellos, me hacen trenzas. Les encantan mis sujetadores, que los pechos entren en las copas, acertar con el broche de atrás. Yo, que nunca he sabido hacer feliz a nadie, soy un motivo de fiesta constante para ellas. Me pregunto cómo puede pasar algo así si a quien de verdad me parezco es a aquella chica escuálida que me pidió en el hospital que la matara. A veces, cuando terminan de vestirme y se ponen a acariciarme el pelo o a jugar con el vuelo de mi uniforme, me dan ganas de pedirles lo mismo. ¿No se mata a un caballo cuando se rompe una pata, no se ahogan en el río los gatitos que no se pueden cuidar, no se desea la muerte de los que agonizan? No deberíamos mancillar la vida con nuestra tristeza.

13 de febrero

Hoy cumpla veinticinco años y me pregunto qué he hecho en este tiempo. Creo que muy poco. En el hospital todas mis compañeras me apreciaban, pues siempre estaba dispuesta a sustituir las en las guardias y era muy obsesiva en el cumplimiento de mis deberes. Pero no lo hacía por amor a ellas, tampoco a los enfermos ni a mi profesión. Era porque no quería salir de aquel hospital, y creo que si me hubieran dado la posibilidad de quedarme a vivir en él, lo habría hecho con gusto. No quería tener una casa, amigos, ir a comprar a los mercados. No quería tomar decisiones, tener una vida que sólo me perteneciera a mí. La gente sueña con tener una vida suya, pero eso no es posible. Casi todo nos viene dado por los demás. ¿Por qué, si no, no viviríamos en las copas de los árboles, por qué no saldríamos de noche a robar, por qué cuando amamos a alguien no entraríamos a escondidas en su casa para ver lo que hace? No hacemos nada de eso porque tenemos miedo a

que descubran la verdad de nuestros deseos. Sólo los malditos, los malvados, los que buscan su propia condenación, se niegan a renunciar a esa verdad. Pero ¿quién quiere ser como ellos?

Vivía sola y al terminar mi trabajo me iba derecha a mi casa. No salía con mis compañeras, no tenía amigos ni novios, no iba a bailar por las noches. Sólo me gustaba la ropa, comprarla, estrenarla. Me gastaba en ella casi todo mi sueldo. Leí un poema muy bonito que hablaba de una campesina que sólo tenía ojos para el vestido rosa que se había comprado unos días antes de la muerte de su esposo y que, al quedarse viuda, ya no podría estrenar.

También yo encontré un vestido así. Regresaba de noche a casa, tras mi trabajo en el hospital, cuando lo vi en el escaparate de una tienda. Era un vestido de verano, de esos que se sujetan al cuello y que dejan al descubierto la espalda. Pero tenía algo que llamó mi atención. No sé qué pudo ser, tal vez aquella tela que bajo la luz de neón parecía estar viva, como si tuviera sus propios deseos. Si me lo pongo, pensaba, ¿qué tendré que hacer? Al día siguiente libraba por la mañana y puse el despertador muy temprano para correr a la tienda a comprarlo antes de que nadie se me adelantara. Pero estaba tan cansada que amanecí a media mañana. Me duché y vestí a toda prisa, pero al llegar a la tienda ya habían vendido el vestido. Pero eso no es posible, protesté llena de incredulidad, yo lo quería comprar. Me dijeron que no me preocupara, que hablarían con el fabricante para que les enviaran otro igual. Pero llamaba cada poco a la tienda o me pasaba a ver, y el vestido nunca estaba. Incluso llegué a enfadarme con una de las dependientas que me dijo que ellas hacían todo lo que podían. Pero es que yo lo quiero, fue todo lo que fui capaz de decir. Un mes después, me llamaron para decirme que el vestido había llegado. Fui a por él esa misma tarde, y nada más llegar a casa me lo probé frente al espejo. Y comprendí por qué me había obsesionado con él. A los doce años había tenido un vestido igual. No, claro, con aquellas hechuras de mujer, pero la tela tenía las mismas flores rojas sobre las hojas verdes. Era el vestido que había llevado la última vez que había visto a Javier, el niño al que cuidaba. El vestido que me puse el día antes de que se ahogara.

14 de febrero

Sólo los niños saben amar. Sólo ellos son capaces de entregarse por entero a alguien, de olvidarse de todo por estar a su lado. Si su madre ha muerto, siguen llamándola por las noches; si hay un incendio, la buscan entre las llamas; si tarda en llegar por las noches, la esperan desvelados. No importa que ella los trate mal, que su amor sea feroz, lo único que quieren es que no los abandone. Vimos un caso así en el hospital. Era un niño de seis años y lo ingresaron desnutrido y lleno de magulladuras. La policía investigó a la familia. La madre vivía sola con él, se drogaba, bebía y le daba un trato infame. Intervino el Tribunal de Menores, que decidió quitarle la tutela del niño y llevarlo a una familia de acogida. Pero el niño no se quería ir. Tratamos de convencerlo, le decíamos que iba a estar mucho mejor, y todo era inútil: sólo quería volver con su madre, no importaba que la vida a su lado fuera lo más parecido al infierno en la tierra. El día antes de que se lo llevaran se puso a llorar y no había forma de calmarlo. Recuerdo aquel llanto agudo, desesperado, como si hubiera sido atacado en plena noche por un animal. Hablaba de la soledad, del abandono, de ese mundo vacío que se encuentra más allá del amor.

Yo era como ese niño, prefería pasar por lo que fuera antes que mi madre me dejara. Me vestía primorosamente, me llevaba al colegio cada día y en el barrio la tenían por una buena madre. Pero no me quería. Era como esas madrastras de los cuentos que convierten a las hijas en sus rivales, porque temen que se puedan volver con el tiempo más bellas que ellas. Me veía como una carga insoportable, alguien que había venido al mundo a limitar su libertad. Me hacen gracia los que hablan de libertad, se les llena la boca hablando de ella pero cuando observas sus vidas, no entiendes para qué la necesitaban tanto. Y mi madre era profundamente infeliz, estaba demasiado ocupada en su propia desdicha para dedicarme su tiempo. Traía a sus amantes a casa, y para que no les diera la lata, me llevaba a un cuarto que estaba en el otro extremo de la casa, donde debía permanecer en silencio hasta que me viniera a buscar. Aquellos cuartos no se podían cerrar por fuera y para asegurarse de que no los molestara se le ocurrió algo que marcaría fatalmente

mi infancia. Tomaba un hilo de lana y cosía uno de sus extremos a la cortina del cuarto y el otro a mi vestido. El hilo me permitía moverme por el cuarto, pero no llegar hasta la puerta. Me vas a matar a disgustos, un día me verás muerta y será por tu causa, mi madre me decía constantemente cosas así. Y yo di en pensar en que ese hilo tenía que ver con su vida y que si se rompía podría morir. Entonces no me movía, no hacía nada. Permanecía quieta, sentada en el suelo horas enteras, hasta que ella venía a buscarme para liberarme de la terrible responsabilidad de cuidar de su vida.

Los pensamientos de los niños, ¿quién los conoce? Sus corazones son como cajas cerradas, nadie sabe qué hay en su interior. Sólo ellos podrían decírnoslo, mas no saben hacerlo. Viven en el amor, y el amor no tiene palabras. Me acuerdo de uno de los dichos de Odalys: Hasta que los leones tengan sus propios historiadores, las historias de caza siempre glorificarán al cazador. Con los niños pasa lo mismo. Conocemos las cosas que dicen de ellos los adultos, pero no la historia que los niños podrían contarnos si supieran hacerlo.

Con Gonzalo no me fue mucho mejor. Estaba completamente perdida cuando lo conocí, yo era como un témpano de hielo que flotaba a la deriva en un mar no menos helado. Me había transformado en una mujer así para escapar del dolor insoportable que se asociaba a mi culpa, para no tener que sentir ese dolor. Gonzalo deshizo ese hielo y lo que surgió fue una loca. ¿Somos todos así? ¿Guardamos en lo más hondo de nosotros deseos que no deben despertar? No he tenido suerte con los hombres. Los atraigo, pero enseguida se apartan de mí. Creen que les pido cosas que no me pueden dar. Los hombres se asustan cuando pasa esto, pues les gusta sentirse dueños de sus propias vidas. Pero ¿quién es dueño de su vida? Aún más, ¿el amor no es pedir lo que nadie tiene? Sólo aquel chico de la farmacia habría estado dispuesto a hacer lo que fuera por mí, pero entonces fui yo quien lo rechazó. Lo hice porque Gonzalo me había pervertido. Adoraba a las mujeres para torturarlas, para decirles que eran inferiores, y yo no me rebelé porque, al contrario que aquel pobre chico, sabía cómo tratar a esa loca que yo era. No hablo de si esto está bien o mal, hablo de la vida de mis deseos.

Visité con Christophe un matadero al aire libre. Ya habían sacrificado a

los animales más grandes y sólo quedaban las cabras y las gallinas. Las cabras eran preciosas y formaban armoniosos grupos. En un rincón estaban comiendo hierba. Era muy verde y ellas, despreocupadas, estiraban sus cuellos y la tomaban con apetito. La tierra estaba empapada de sangre, y por todos los lados colgaban los despojos de los animales sacrificados, pero las cabras seguían a lo suyo. Comían al lado del matadero y no les importaba. Me pareció que yo era como ellas.

15 de febrero

He vuelto a nadar en el estanque. Fui al aeropuerto con Bardamu en busca de unos paquetes y a mi regreso hallé a Rose sentada frente a la dársena, rodeada de naranjas. Había vaciado el cesto y las naranjas estaban diseminadas por el suelo, como si se hubiera entretenido tirándolas al agua y alguien desde dentro se las hubiera devuelto dejando todo mojado. Tras abrir los paquetes, que contenían revistas y libros científicos, Rose me pidió que volviera a poner la *Danza de los espíritus bienaventurados* de Gluck. Y me dijo que por qué no aprovechaba para bañarme. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo y le gustaba recordar el tiempo en que era ella quien nadaba por los canales. Ponte el traje de baño que me gusta, añadió con una sonrisa. Fui a mi cuarto a cambiarme y antes de meterme en el agua me volví para mirar a Rose. No tenía miedo. Incluso me sumergí junto a la torre para ver si la puerta estaba abierta. Las aguas estaban muy limpias y podía verse perfectamente el fondo del estanque: los prados llenos de algas, los temblorosos bosques de anémonas, los peces ensimismados con sus libreas de colores. Un pulpo salió de unas rocas y pasó muy cerca dejando una estela blanca, como un rastro de leche. Se coló por el vano de la puerta. Pensé en seguirle, en entrar también yo en aquel espacio vedado, no importa que no hubiera aire para respirar. Me vi flotando en el interior de la torre, como las bellas ahogadas de los cuentos. Pensé en mis andanzas por las discotecas. Me entregaba a cualquiera. ¿No ves que soy una ahogada?, exclamaba en el momento de placer.

19 de febrero

He estado tres días con Christophe. Vino a buscarme el jueves y hasta ayer domingo no he regresado con Rose. Volamos en avioneta a Rodrigues, una isla situada al este de Mauricio. Hay allí numerosos aserraderos. La isla estuvo en otro tiempo cubierta de bosques, pero tras la colonización se produjo una gran deforestación y muchas de las especies endémicas desaparecieron. Tienen allí una pequeña cabaña con dibujos de esos animales extinguidos para que los turistas los vean. Un negrito muy simpático nos fue diciendo sus nombres mientras los iba señalando. Todos habían desaparecido y el guía se refería a ellos añadiendo a sus nombres el de aquella isla en que vivieron. Pensar en que ya nunca más se les vería corriendo o volando por playas y bosques me llenó de melancolía. Me pareció que nos miraban con una mirada que venía de muy lejos, de otro universo, una mirada con la que seguían mendigando su ser. Su mundo recordaba el de nuestro propio corazón, también lleno de seres y momentos que no podremos recuperar.

A la salida, Christophe me tomó en sus brazos y nos besamos. Eres Christophe de Rodrigues, le dije, cerrando los ojos para que me siguiera besando. Tenía miedo a abrir los ojos y descubrir que también nosotros figurábamos en la lista de las criaturas extinguidas. No sería tan extraño, ¿acaso aquellos a quienes hemos amado alguna vez no pasan a formar parte de una lista así? Vivieron en nuestro corazón, y no pueden regresar a él por mucho que lo intenten. Son como las criaturas desaparecidas de Rodrigues: nunca volverán a la isla donde fueron felices. Por la noche, mientras hacíamos el amor, volví a pensar en esas criaturas. Eres como el geco diurno de Rodrigues, como la tortuga silla de montar de Rodrigues, como el estornino de Rodrigues, como la cotorra de Newton, le fui diciendo. Christophe me miraba perplejo, como si yo hubiera perdido el juicio. Creo que me tiene un poco de miedo. Todos los hombres tienen miedo a las mujeres. Somos como un jarrón que no saben por dónde coger. Somos complicadas las mujeres, muy complicadas, es cierto, pero tampoco los hombres se esfuerzan mucho en comprendernos. El amor para ellos es como ver una casa por fuera, pero ¿quieren saber quién vive dentro?

20 de febrero

Christophe me ha vuelto a contar esta tarde la historia de los pájaros dodos mientras paseábamos a la orilla del mar. Se va mañana en su barco y al menos en un mes no tiene previsto volver. Me da pena que lo haga, porque me gusta estar con él. Se dice que las huellas de las personas que caminaron juntas nunca se borran, pero no sé si con las nuestras pasará eso. Me he fijado en las que hemos dejado en la playa y no parece que vayan a durar.

Luego hemos visto cómo los chicos se lanzaban al agua desde el acantilado. Seguro que entre ellos hay alguno que se parece a Abdu, pero la distancia era demasiado grande para saberlo. Al saltar, sus siluetas negras recuerdan el vuelo de fragatas y cormoranes cuando se lanzan en picado al agua para pescar.

Hemos ido al hotel a cenar. Nos han puesto una mesa en la terraza, con velas y un mantel de hilo, como si estuviéramos en uno de esos restaurantes románticos que hay en las costas del Adriático. La luna se reflejaba en el mar, redonda y blanca como un plato de leche. Christophe estaba muy guapo. Se había puesto una camisa del mismo color que mi vestido. Éramos como esos hermanos a los que las madres visten igual para decir que son suyos. ¿Era mío Christophe? Me pareció que sí, que en ese momento lo era y que todo lo que le pidiera me lo tenía que dar. Nos dejaron solos un momento y le dije que me besara. Sus labios estaban salados, como si acabara de beber agua de mar. A que me vas a obedecer siempre, le susurré. Se echó a reír. Christophe siempre se reía de mí. Me trataba como si fuera una chica loca.

Se puso a hablar, a contarme cosas de su infancia, de cuando iba al colegio en un pueblecito francés muy cerca de Toulouse. Tenía un compañero que nunca sabía nada y cuando daban las lecciones en alto se limitaba a mover los labios simulando que lo hacía con los demás. Hablaba sin saber lo que decía, como me pasa a mí cuando estoy con él.

Le pregunté a Christophe por «el hombre que nada», si conocía su historia. Me dijo que sí, que todos en la isla la conocían, y que por eso evitaban la laguna al anochecer. Eran pueblos llenos de supersticiones y temores irracionales, que aún no habían llegado a la edad de la razón. ¿He

llegado yo? La razón ¿para qué la queremos? Nuestra vida no cabe en una casa tan pequeña.

Y entonces Christophe me contó la historia del dodo. La conocía porque Henri, aquel médico tan agradable con el que coincidí en Ciudad del Cabo poco antes de llegar a Taboada, me la había contado en el aeropuerto. Pero no se lo dije, porque quería escucharla esta vez de sus labios, aprovechar para hacerle perder con mis besos el hilo de lo que me decía. El dodo, me explicó, era un pariente lejano del solitario de Rodrigues. Ambos estaban relacionados con las palomas, y eran aves que habían dejado de volar para volverse terrestres. El dodo tenía el tamaño de un cisne, una cabeza y un pico grandes, alas cortas que le impedían volar, y patas robustas de cuatro dedos. Era un animal torpe, que no se sabía defender. Como todas las criaturas que se han criado sin amenazas, en Isla Mauricio nunca hubo grandes predadores, el dodo no había tenido necesidad de elaborar respuestas de alarma y fuga, lo que hizo de él un animal extremadamente confiado. Cuando los primeros marineros europeos empezaron a recalar en la isla no tenían reparo en acercarse a ellos e incluso en seguirles y comer de sus manos. Para su desgracia tenían una carne delicada que enseguida hizo las delicias de cuantos desembarcaban en aquellas costas. Empezaron a caer a decenas, pero ni aun entonces los dodos desconfiaban de los colonos, y seguían acercándose a los barcos. Le pregunté a Christophe por qué lo hacían si sabían lo que les iba a pasar y me contestó riéndose que porque eran completamente bobos y aunque hubieran visto capturar y despedazar allí mismo a uno de los suyos, no eran conscientes del peligro que corrían. Por eso terminaron por desaparecer.

No me gustó que dijera eso, porque ¿acaso era yo boba por seguirle a todos los lados y confiar en él?

21 de febrero

Juma ha vuelto a cerrar con llave la puerta de la biblioteca, como en los primeros días de mi estancia. Antes siempre era así, permanecía con Rose

hasta el atardecer, en que regresaba a mi cuarto en la parte delantera de la casa. Juma cerraba la puerta a mi espalda, y no podía volver a entrar en la zona del estanque hasta el día siguiente. Luego esa costumbre se relajó y me quedaba con Rose más tiempo, incluso ésta llegó a pedirle a Juma que me diera una llave para que pudiera entrar y salir a mi antojo, lo que él hizo de mala gana. A Juma nunca le he gustado en exceso, creo que tiene celos de las atenciones que Rose me prodiga. Y es cierto que desde que estuvo enferma cada vez depende más de mí y son muchas las noches que me pide que me quede a su lado, en el cuarto del aljibe.

Hace un par de días vino a verla un abogado y quiso que yo estuviera presente cuando lo recibió. Hablaron de la administración de la hacienda, de las acciones que tiene en distintos bancos europeos y de los beneficios cuantiosos que le dan. Según pude entender, la familia de su marido era inmensamente rica y ella ha administrado ese capital con mesura y habilidad. Acompañé al abogado hasta la puerta, donde me pidió un número de cuenta. Rose le había dicho que me ingresara una importante suma de dinero. Era una cantidad del todo inapropiada, ya que tenía un sueldo generoso que me pagaba con puntualidad. Le pregunté la razón de aquello y me dijo que lo hablara con Rose, él se limitaba a cumplir órdenes.

A mi regreso, Rose se había levantado y estaba detenida frente al estanque. ¿Has visto?, me dijo, aún puedo andar. Se sujetó a mi brazo y me pidió que la llevara al aljibe. Era la sala preferida de su marido. Era él quien había diseñado la cúpula y el bosque de columnas azules. Las columnas se reflejaban en el agua doblando el espacio. Era como estar en un cofre misterioso, en una caja de música, pues los sonidos nos llegaban con una extraña nitidez. Escucha, me dijo. El tocadiscos estaba funcionando y la música lo impregnaba todo de melancolía. Son los muertos que quieren regresar, exclamó con una sonrisa. Rose había extendido las manos y acompañaba los sonidos con sus movimientos. Seguía teniendo unas manos bonitas, pequeñas, de proporciones perfectas. Hay algo en la música que las palabras no pueden expresar, que está más allá de lo humano, murmuró buscando mi asentimiento. Fue como si emitiera pequeños destellos de luz.

Ya en la sala de lectura, me dijo que cogiera la carpeta que había sobre la

mesa. Allí estaban los documentos de sus propiedades, y me pidió que me los llevara y que los fuera hojeando. Quiero que te vayas familiarizando con ellos, yo ya no tengo cabeza para hacerlo. Me sorprendió la forma en que me lo dijo, como si algún día no muy lejano tuviera yo que ocuparme de administrar su fortuna. Le pregunté por qué quería ingresarme aquel dinero en mi cuenta, y me dijo que para demostrarme lo contenta que estaba conmigo. Quiero que te sientas libre para irte cuando quieras. Aunque nada me entristecería más.

Juma me esperaba junto al canal. Llevaba la carpeta bajo el brazo pero esa noche ni siquiera la abrí. Eché de menos a las gemelas, que siempre me acompañan a la hora de acostarme. Les gusta desvestirme y ponerme el camisón. Son muy dulces y aprovechan para acariciarme los hombros y el pecho, lo que les dejo hacer complacida. Algunas noches se sientan en la cama, una a cada lado, y me piden que les enseñe a besar como hacemos en Europa. Tienen los labios muy suaves y el interior de sus bocas siempre está ardiendo. ¿Hacen eso en sus pueblos? ¿Las mujeres jóvenes cuando están solas juegan entre ellas con la oscura ternura de los animales en sus guaridas? No sé qué pensar, pero todo con ellas resulta ingenuo y sencillo, como pasa con los niños cuando los bañas.

Esta noche han debido de bajar al puerto a ver a sus amigos y seguro que regresan tarde. Hacía mucho calor y me levanté para abrir el balcón. Rose aún no se había acostado y se oía la música por el jardín. Desde aquí no veo la dársena ni la torre. Sólo pueden verse los canales y los pequeños estanques que se extienden hacia el oeste por esta zona. La luz de las antorchas se extendía sobre el agua como una nube dorada en la que volaban miles de insectos. Vi algo en el agua. Estaba muy lejos para apreciarlo debidamente, pero me pareció ver unos hombros y una cabeza humana asomando en uno de los canales. Corrí a por unos prismáticos que había cogido del salón y con los que me entretenía observando las aves algunas tardes, pero al regresar la figura había desaparecido. Me fui a la cama, pero me levanté enseguida para volver al balcón. La niebla había empezado a cubrir las orillas del canal y la música seguía sonando. Oí un gemido como el que había oído durante la enfermedad de Rose. El gemido se volvió a repetir, una vez, dos, tres veces.

No se trataba siempre del mismo gemido y parecía proceder de sitios distintos. La última vez era como una chica riéndose, una joven que reía suavemente durante mucho tiempo. Pensé en lo que Rose me había dicho acerca de la música, que no era del todo humana.

Y me acordé del hilo con el que mi madre cosía mi vestido a la cortina del cuarto para que no pudiera abandonar la habitación, y de la angustia que sentía ante la posibilidad de romperlo. Durante mucho tiempo, no podía ver un hilo, una cuerda delgada, sin que la angustia se apoderara de mí. Una vez, durante unas ferias, un amigo de mi madre me regaló un globo de gas. Recuerdo que mi madre ató el hilo que lo sujetaba a mi muñeca para que no lo perdiera. Pocas veces he sentido un terror mayor. Terror a que pudiera escapárseme, y a que aquello pudiera suponer la desgracia para todos.

23 de febrero

Esta tarde he venido un momento a mi cuarto para cambiarme de ropa, y al regresar a la dársena he vuelto a encontrarme cerrada la puerta de la biblioteca. Es Juma quien lo hace, para apartarme de Rose. No tenía gran cosa que hacer y me acerqué a la laguna. Está hundida entre rocas volcánicas y sus orillas están cubiertas de una espesa vegetación. Varias palomas levantaron el vuelo dejando en el aire un resplandor rosado como la carne de un niño. Un poco más allá, la tierra había sido roturada por los nativos y la vegetación no era tan densa. En lo alto de la ladera se veía un pequeño poblado. El sendero me llevó a la orilla de la laguna, donde había un embarcadero. Era una frágil construcción de madera que se internaba en las aguas. Vi árboles de nombres desconocidos, pequeñas plantaciones de maíz, cabañas diseminadas por las tierras negras, cuyos techos, formados con las hojas entrelazadas de las palmeras, parecían cubiertos de pelo. Un caballo pastaba en la orilla, atado por un largo ronzal. Delgado, melancólico, como una criatura a la que sólo la sujeción de la cuerda impidiera volver a las profundidades del lago. El poblado estaba en lo alto de la cuesta. Hacía calor y los insectos zumbaban a mi alrededor como aviesos traficantes de drogas.

Llegué a una zona de cafetales, donde el aire era más fresco. Los arbustos estaban ordenados en hileras, y sus ramas y hojas eran tan abundantes que apenas lograba penetrar entre ellas la luz. Traté de imaginar cómo serían sus frutos cuando enrojecieran y el campo entero pareciera una joya suspendida sobre la ladera en penumbra. Los negros tienen que recogerlos uno a uno, poniendo un cuidado extremo para no dañar sus hojas. En las grandes plantaciones de café, los caporales les descuentan de su sueldo ese daño. Una ardilla salió de entre mis pies, y se detuvo impávida sobre un pequeño promontorio, donde arqueó su lomo y se exhibió orgullosa por unos instantes. Aprovecha, pareció decirme, no me volverás a ver. Luego fueron dos gallinas las que huyeron despavoridas. Lo hicieron con un alboroto que parecía fingido, desproporcionado para la causa que lo provocaba, como si quisieran dar a entender a los paseantes que viven entre crímenes atroces.

Un poco más arriba vi a un niño de unos ocho años, que al verme bajó avergonzado la cabeza. Me detuve a hablar con él. Las gemelas me habían dicho que esa tarde había danzas en el poblado, pero el niño me explicó que las fiestas habían sido el día anterior. Es un niño guapo, de tez oscura y expresión inteligente. Cuando habla, sus ojos emiten un resplandor dulce que parece robado a las aguas del lago. Otros niños salen a nuestro encuentro, y mi amigo corre con ellos y se pierde en la oscuridad de la selva. Pienso en una extraña frase de Rose: La oscuridad es un privilegio de lo que es joven.

La laguna Negra está guardada por dos volcanes. Una leyenda habla de un gigante malvado vencido por los lugareños. Fue cortado en pedazos mientras dormía y su cabeza fue arrojada al lago. De vez en cuando, sobre todo al atardecer, la cabeza emerge a la superficie y sopla enfurecida las aguas, lo que levanta un viento muy fuerte que hace que el lago se encrespe y que sea muy temido por los pescadores. Me detuve a contemplar los volcanes. Según los geólogos habrían surgido del fondo de las aguas, lo que explicaría sus formas redondeadas y perfectas. Delante de ellos surgió luego el Cerro de Oro, pequeño volcán en formación, donde la tradición asegura que los piratas ocultaron sus tesoros. Me acerqué a un grupo de mujeres que estaban recogiendo hierbas y frutos por el campo: pequeñas bayas, tubérculos, flores medicinales. Son muy lindas y llevan túnicas y turbantes de

encendidos colores. Hablan una lengua del todo indescifrable para mí. Debe de ser alguna de las lenguas que se hablaban en la isla antes de la llegada de los colonos. Las lenguas en que los ancianos traspasaban a sus familiares los secretos acerca de su raza y del tiempo, del río y el agua, del viento y la montaña. Las lenguas para nombrar las tareas del campo, los tratos en el mercado, los intercambios, para comunicarse con sus dioses y sus desaparecidos, pero también para hablar de todas las cosas amables del mundo, los movimientos de los cuerpos en el amor, la risa, el canto y el pensamiento. Las lenguas de la infancia, los sueños y los susurros, cuyas palabras pueden más que el tiempo y el dolor. ¿Llegarán un día a hacerse oscuras, indescifrables, como los mismos secretos que guardan?

Al pasar de nuevo junto al embarcadero, un negro se acercó a mí y trató de venderme un machete. Es para cortar cabezas, bromeó. Y me enseñó la hoja inmensa, afilada, en la que parecía leerse: «Las cabezas están hechas para rodar».

25 de febrero

Ese hilo qué era, por qué no puedo dejar de pensar en él. Me impedía salir de la habitación, me obligaba a permanecer aislada por un tiempo que se me hacía interminable. Sin embargo, me gustaba que fuera mi madre quien lo cosiera al bajo de mi vestido y a la cortina del cuarto. Era como si me dijera que le pertenecía, que podía hacer lo que quisiera conmigo. ¿Para qué habría querido salir de allí? Lo único que quería es que no dejara de amarme, que no me abandonara. Era lo que significaba ese hilo: siempre volveré. ¡Qué extraño es el amor! Puede ser oscuro y terrible como debió de serlo el mundo antes de la llegada de los seres humanos. Es nuestra ternura quien lo vuelve bueno.

Cuando venía uno de los amigos de mi madre, era yo misma quien la esperaba en el cuarto con el ovillo en la mano para que lo cosiera a mi falda y a la cortina. Una vez se olvidó de que me había dejado allí atada. Se fue con su amigo y no volvió hasta el día siguiente. Tenía hambre y sed, pero no me

atreví a moverme. Incluso me oriné encima, pues por nada del mundo se me habría ocurrido romper aquel hilo para ir al baño. Cuando mi madre regresó y me vio en aquel estado, me tomó en sus brazos llorando y me pidió perdón. Me dijo que nunca más lo volvería a hacer, que nunca volvería a coser mi vestido a la cortina. ¡Qué tonta era! No se daba cuenta de que era lo que más deseaba.

27 de febrero

Ahora todas las noches Juma cierra la puerta de la biblioteca. Yo subo a mi cuarto y me paso las horas mirando con los prismáticos, tratando de adivinar lo que pasa. Oigo música y veo el resplandor de las antorchas sobre el agua. Grandes zonas de los canales están cubiertas por una planta que crece aquí con gran profusión y que llaman verdura de agua. Y ayer vi agitarse sus hojas como si un pez grande pasara por debajo. ¿Será «el hombre que nada»?; pensé tomándome a broma mis temores. ¿Iba a reunirse con Rose y por eso mandaba cerrar la puerta, para que no la molestáramos?

Estas noches las gemelas no están. Llevo días sin saber de ellas. Son como las palomas rosadas, vienen y van, nunca sabes por dónde andan, cuándo van a volver. Tampoco he vuelto a saber nada de Christophe, que lleva dos semanas sin llamarme. Cuando estuvimos en Isla Mauricio, visitamos juntos un pequeño pueblo llamado Bel Ombre. Se llama así a causa de la inmensa plantación de caña que lo rodea. El terreno es muy ondulado, con laderas escarpadas, lo que complica las labores de cultivo, corte y riego. Esa noche Christophe y yo cenamos en un pequeño barco restaurante, que regenta un español. Lleva veinte años en Isla Mauricio, a la que llegó después de otros tantos de andar por el mundo, sobre todo por África y América del Sur, dedicado al negocio de las maderas preciosas. Nos dio de cenar tortilla de camarones y un pez riquísimo que se pesca en un lago cercano. Tiene un perro que se llama *Burri*. Está amaestrado, y para divertir a los clientes le manda hacer todo tipo de monadas. *Burri* se sienta jadeante sobre las patas de atrás, gruñe haciendo «el oso enfadado», y a la voz de «cuerpo a tierra» se

tumba en el suelo. Ejecuta estas órdenes con triste mansedumbre, y cuando vuelve a su posición, nos mira con una expresión de tristeza, como si quisiera pertenecer al mismo mundo que nosotros y supiera que no es posible.

Todo allí es hermoso. Los perros, las mujeres que cargan a sus recién nacidos sobre la espalda, los camiones repletos de frutas. Vimos a un anciano que dormía sobre la acera y, en una imagen poco frecuente en la isla, a una pareja que se besaba detrás de un árbol. Paseamos por el pueblo y entramos a curiosear en una peluquería. Era una academia, y se cortaba el pelo gratis, como reclamo para que practicara los aprendices. Todo resultaba encantador. Los niños recién pelados, las risas y la vergüenza de las jóvenes aprendizas, cuyas caras se veían multiplicadas en los espejos, como animales temblorosos que vivieran a la orilla del agua. Una de ellas se quedó mirando a Christophe. Oímos una frase: Lo importante es que los ayudantes vestidos de blanco sean amables con las personas asustadas. ¿Qué es todo esto?, le pregunté a Christophe. No tenía dueño la belleza, aparecía en los lugares más imprevistos y se apoderaba de ti.

En el mundo nada está escrito, pensé.

3 de marzo

Ayer, cuando Juma vino a buscarme, Rose le dijo que esperara un poco, que aún teníamos cosas que tratar. Juma se fue discretamente y cuando volvimos a quedarnos solas, Rose me preguntó si me llevaba bien con él. No supe qué decirle pues apenas nos tratábamos. Desde mi llegada, me había visto como una intrusa, como alguien que había llegado para alterar la paz de su mundo. Rehuía mi mirada cuando coincidíamos en algún rincón de la casa, y siempre contestaba con monosílabos a mis preguntas. Se comportaba como si yo anduviera desnuda por la casa y se sobresaltara cada vez que tropezaba conmigo. Creo que no le gusto en exceso, le dije a Rose. Lleva aquí mucho tiempo, me contestó ella con la mirada perdida en un punto lejano. Tiene la historia más triste que conozco. Rose no parecía apenada al decir aquello, sino orgullosa de poder contar algo así. Parecía una mujer que, asomada a un

balcón, estuviera a punto de descolgarse por la fachada y alejarse sin más problemas por la mitad de la calle ante los ojos atónitos de todos. Y me empezó a contar.

Juma llegó a esta casa a través de unas monjas que lo habían recogido cuando era niño. Estuvieron varios años de misioneras en la isla y cuando se tuvieron que ir vinieron a traérmelo. Por entonces ya era un hombre y querían que le diera trabajo. Me contaron su historia. No sabían de dónde venía. Lo encontraron prácticamente muerto en la playa. No tendría más de seis o siete años y había sido golpeado brutalmente y arrojado al mar, probablemente desde un barco, ya que hablaba una lengua desconocida para ellas. Había algo más terrible aún que enseguida descubrieron. Aparte de las torturas a que lo habían sometido, lo habían castrado. Lo habían hecho hacía poco, pues las heridas de sus ingles aún estaban tiernas. En la religión católica son los ángeles los que bajan al mundo y se acercan a las vírgenes para ocuparse de ellas. Aquí era al revés. Aquel niño era el ángel oscuro, y ellas, las hermanas, quienes tenían que ocuparse de él. Pero ¿quién puede saber lo que quieren los ángeles? No es posible que se sientan a gusto en un mundo que no les pertenece. Y así era el niño Juma, que ése fue el nombre que le dieron las hermanas. Significa «nacido en viernes», que fue el día de la semana en que lo encontraron en la playa. Comía inclinándose sobre el plato y tomando los alimentos directamente con la boca, como hacen los animales, y hacía sus necesidades en el primer sitio que encontraba. Nadie parecía haberle enseñado nunca la diferencia que hay entre un niño y los seres salvajes. Y se comportaba como ellos.

A veces desaparecía horas enteras y cuando las hermanas iban a buscarlo, lo hallaban cubierto de tierra y ramas entre las raíces de un árbol. Se iba detrás de los animales a los que parecía estar unido por un vínculo oscuro que procedía de un tiempo anterior al que compartía con ellas. Pero poco a poco lo fueron transformando en un niño. Las mujeres saben hacer eso, y pueden transformar en niños hasta los gatos que entran por el balcón. Y eso hicieron aquellas hermanas con Juma. No les costó mucho porque era muy listo y todo lo quería aprender. Observaron que huía cuando venía algún hombre. No podían explicar por qué. Es posible que les tuviera miedo y los asociara con

el daño que le habían hecho. La memoria suele estar asociada al dolor.

Sólo quería estar con las hermanas y a cualquier sitio que fueran lo tenían al momento a sus pies. Era su mínima, tierna y silenciosa sombra y todo lo suyo le interesaba. Le gustaba verles reír o bailar, se extasiaba ante sus conversaciones y el sonido de sus voces. Y miraba sobre todo sus hábitos blancos, como si acabaran de robárselos a la niebla del lago. Era extraño aquel niño, muy extraño. Apenas dormía por las noches, no se dejaba acariciar ni besar y nunca lo oyeron pronunciar una sola palabra. Pero no podían verle sin pensar en aquello de lo que se le había privado, y enseguida lo quisieron todas. Se parecía a ellas, que también habían tenido que renunciar a la parte más íntima de su ser para estar en aquel convento. Mujeres que no serían amadas, niños que nunca se harían adultos, el mundo estaba lleno de criaturas así de desdichadas.

Juma creció rápidamente. Muy pronto les sacaba la cabeza y adquirió una fuerza tres veces superior a la de ellas. Cosas que las hermanas no podían ni mover del suelo, los troncos de los árboles, las cestas cargadas de verduras y frutas, los barriles de aceite y de vino, él las tomaba con una mano y las cargaba sin esfuerzo sobre los hombros, como objetos nacidos de un sueño. Y al no sentirse amenazadas por su deseo, le dejaban compartir su intimidad. Y así estaba con ellas cuando se vestían y desvestían, cuando se bañaban, cuando se contaban sus cuitas, que ni siquiera le ocultaban su estado cuando les llegaban los ciclos menstruales. Y al decir esto, Rose no pudo dejar de sonreír. Era como una niña que jugara con los escorpiones que guardaba en una caja.

Y poco a poco, continuó, todo lo fueron dejando en sus manos. Las compras, las llaves de la casa, el cuidado del jardín, los arreglos del tejado y de la humilde capilla. Siempre estaba en el convento, raras veces quería salir. Sólo una vez al año les pedía unos días de permiso. No sabían adónde iba y siempre volvía con un tatuaje más, de forma que con el paso del tiempo apenas quedaba en su cuerpo una parte por cubrir. Eran figuras de animales, ciervos, monos, serpientes, aves, leones, elefantes, como si procediera de su mismo mundo y siguiera añorando la vida que había conocido en él.

A veces le preguntaban por su origen, de dónde procedía, quién lo había

torturado, pero él no contestaba. Nunca supieron si era mudo o si había renunciado a hablar. Y es verdad que a veces se comportaba de una manera obstinada y hasta violenta, pero ellas se lo perdonaban todo. ¿Acaso sabían cómo era cuando había sangrado de niño por la nariz, qué había sentido al coger por primera vez los huevos de un nido, qué canciones había escuchado de labios de su madre? Y si no sabían nada de eso, ¿cómo podían comprender el sentido de sus actos y juzgarlo por ellos?

5 de marzo

Ayer estaba muy sensible porque me había venido el periodo y me acordé de ti, mi niño perfecto. Estaba con Rose en la dársena y de pronto no pude contenerme y me eché a llorar. Rose me preguntó qué me pasaba y yo me la quedé mirando sin saber qué decirle. No esperaba nada de los demás, no esperaba siquiera que en presencia del amor de otras personas pudiera abrirse en mí una minúscula rendija de luz. Rose me dijo que una antigua tradición hebrea mantiene que Dios hizo al hombre de tal modo que pudiese contar historias, especialmente sobre el propio Dios, y me puse a contarle la historia de mi culpa, de lo que me pasó contigo.

Yo acababa de cumplir doce años, ¿te acuerdas? Fue ese día cuando entré en tu casa por primera vez. No voy a decir tu nombre porque los nombres están en las esquelas, en los recordatorios, en las lápidas del cementerio. Y tú no tienes nombre, eres un niño que nadie sabe dónde está, que vive escondido en las paredes y que sólo sale cuando todos duermen, como los ratones. Estabas en la cocina y aún llevabas el pijama. Tu madre te había puesto el desayuno y tenías el tazón entre las manos, que eran tan blancas como la leche que ibas a tomar. Me gustó la forma en que me mirabas, la sonrisa que enseguida se dibujó en tus labios y que era como esas flores que flotan en los lagos. Tu madre quería que me ocupara de ti por las tardes, hasta que ella volviera del trabajo. Tenía que irte a buscar a la salida del colegio y darte de comer. Yo sólo tenía doce años, pero estaba acostumbrada a valerme por mí misma y a hacer las labores de la casa, pues mi madre no se ocupaba de nada.

Era el mundo al revés. Una niña que cuidaba a su madre, que iba a su cuarto a despertarla, que lavaba y ordenaba su ropa, que compraba para ella.

También me ocupaba de ti. Pero tú, al verme, corrías como un loco a abrazarme y te ponías a contarme atropelladamente lo que habías hecho en el colegio, y mi madre me echaba de la cocina porque no quería que la viera con el rostro deformado por los excesos que había cometido esa noche. Te voy a sacar los ojos, me decía, si me sigues mirando así. Ella quería sacarme los ojos y tú no te cansabas de mirarlos. Y yo te hablaba de su forma almendrada, de sus pequeñas pestañas, tan parecidas a los juncos que crecen junto al agua; de su interior acuoso, que recordaba a los peces de escamas blancas. Te hablaba de sus dos discos centrales: del iris, que tenía el color de los granos tostados; y de la pupila, que se abría y cerraba según la intensidad de la luz y que era como la boca negra de los pozos. Ahí dentro, te decía, viven nuestros secretos.

Algunas tarde te llevaba al cine, y tú te tapabas los ojos con las manos cuando los protagonistas se besaban. Y recuerdo que yo me preguntaba al verte qué era el amor, y si acaso, aunque eras más pequeño que yo, había algo que no me querías decir y que por esto te daba vergüenza mirar esos besos. Me parecía que sabías cosas que yo ni siquiera imaginaba, que eras como esos perritos sabios de los circos, que saben contar y que siempre adivinan dónde esconden las cosas los espectadores.

Sólo vivía para esperar el momento de irte a buscar al colegio. A veces lo hacía con una hora de antelación, y te esperaba paseando de un lado para otro, pues me horrorizaba la idea de que fueras a salir antes de mi llegada y de que pudieras perderte. Cerca de tu casa habían abierto uno de esos supermercados que tanto proliferaron en esa época y a menudo entrábamos a verlo. Nos gustaba pasear por sus pasillos, viendo los altos estantes llenos de productos. No necesitábamos tocar o coger nada, porque nos parecía que todo era nuestro, pero que nadie debía saberlo; los niños cuando se aman piensan cosas así. ¿Nos amábamos tú y yo? Un niño y una niña, que aún no saben nada del mundo, que todo lo ignoran de sí mismos, de sus propios sexos, ¿son los amantes más puros que existen?

Pero entonces ¿por qué tuvo que pasarte aquello?, ¿por qué tuve que

llevarte a aquella piscina maldita? Si el amor no nos protege de los infortunios, ¿para qué vale? Era verano y te gustaba bañarte. La piscina no estaba lejos de tu casa y, al darte las vacaciones, íbamos allí cada tarde. Una vez te dejé solo un momento, y a mi regreso estabas flotando en el agua boca abajo mientras todos gritaban. Un hombre se tiró en tu busca y logró llevarte a la orilla, yo estaba paralizada por el terror. Habías tragado mucha agua, pero empezaste a toser y todo quedó en un gran susto.

Pero esa noche tu madre te encontró agonizando en la cama. Te llevaron al hospital, donde entraste en coma, y no pudieron hacer nada por salvarte. Yo no sabía entonces que existía algo que se llama el síndrome del ahogamiento secundario, y que estudiaría años después en la carrera. Porque aunque parezca que el niño ha expulsado al toser todo el agua, hay veces que una parte se queda en los pulmones, lo que hace que el oxígeno llegue con dificultad a la sangre. El corazón no se ralentiza de forma significativa durante este proceso, sino que lo hace poco a poco, de modo que el niño puede seguir hablando y andando. El único síntoma observable es un cambio repentino de personalidad. Los niveles de oxígeno se van reduciendo hasta que se hace tarde para todo y el niño puede morir.

En los días siguientes repasé una y otra vez lo que había pasado tratando de hallar una explicación. Y recordé que al volver de la piscina parecías más cansado que de costumbre, aunque pensé que era a causa del calor y del ejercicio que habías hecho. También, que al llegar a tu casa no eras el mismo de siempre. Te entró una tos rara que te ponía muy tenso y no te interesabas por nada. Cuando por fin llegó tu madre, le conté lo que había pasado, pero ella tampoco le dio importancia y decidimos llevarte a la cama. No he podido olvidar tu mirada cuando me despedí de ti. Nunca querías que me fuera cuando llegaba la hora de despedirme y te abrazabas a mí para impedirlo, pero esa tarde no trataste de retenerme, ni siquiera protestaste cuando te dije que me iba. Luego, en el funeral, el sacerdote dijo que el amor no se acababa porque hubiéramos dejado de verte, que tampoco veíamos a Dios y no por eso dejábamos de amarlo. Pero ésa no era mi clase de amor.

Al contar esto volví a echarme a llorar. Rose tomó mis manos con las suyas, para consolarme. ¿Por qué tuvo que pasar esto?, le dije, ni siquiera

podré decirle que lo siento. Era como si me hubiera levantado en plena noche y, al encender la luz, me encontrara en una habitación que no reconocía.

Para el nacimiento de un niño el mundo nunca está preparado, me contestó Rose.

8 de marzo

¿Hay un Dios creador, un Ser Supremo que ha querido el mundo tal como es, que se ha ocupado de crear cosas tan diversas como el ámbar, los caballos o las viñas llenas de racimos? En ese caso, ¿por qué, si se ha molestado en crear tanta belleza, ha querido que también existan el dolor, la enfermedad y la muerte? Ese Dios, se nos dice, quiso que fuéramos libres, dueños de nuestros actos, pero si esto puede hacernos comprender los horrores que provocamos, desde los campos de exterminio hasta el hecho de que millones de niños mueran de hambre cada día, entenderlo en función de esa libertad que Dios nos concedió, ¿cómo entender esos otros horrores que no dependen de nuestras acciones o de nuestra voluntad? El que nazcan niños deformes, que existan la esquizofrenia y el cáncer, los terremotos y los grandes huracanes, la presencia, en suma, de esos males de los que no podemos sentirnos responsables. Y el hecho de que apenas podamos hacer nada para evitarlos.

Aún más, ya que ha decidido que exista la muerte, ¿por qué es tan cruel y no se lleva también con los que mueren los recuerdos que compartimos con ellos? ¿Por qué deja en el mundo la memoria de esa luz que llevaban consigo y con la que luego, en su ausencia, no sabremos qué hacer? Una llama que en la oscuridad no nos permite contemplar lo que amamos ¿para qué la queremos?

13 de marzo

Escribo esto en la tarde del viernes y los hechos de los que voy a hablar

sucedieron en las noches del lunes y el martes. Desde entonces no he vuelto a ver a Rose, que permanece aislada en sus habitaciones, ya que la puerta de la biblioteca está cerrada durante el día. Tampoco sé dónde están las gemelas. Sólo veo a Odalys, que se niega a hablar de esto. Lo he intentado en un par de ocasiones y se limita a decirme que no sabe nada. Ayer mismo la abordé directamente en la cocina para preguntarle por lo que pasaba en aquella casa. Señorita, yo no puedo hablar de esas cosas, me dijo.

Pero voy a retroceder a la noche del lunes, que fue cuando empezó todo. Quiero dejar constancia en este cuaderno de lo que vi, con la esperanza de que si algo me pasa se pueda conocer la verdad. Aunque si eso sucede y alguien lee lo que escribo, ¿me creerá? No lo creo, pues lo que he visto estos días es tan extraordinario que nadie que no sea un loco puede creerlo real.

Las gemelas seguían sin regresar y aburrida caminé hasta el hotel al atardecer. La terraza está orientada hacia el oeste y el sol al ponerse ilumina las nubes y da brillos metálicos al océano. Los colores cambian con rapidez hasta que el sol desaparece por completo. Sucede esto muy rápido, y los colores se tornan grises, negros, se oscurece todo, y enseguida aparece el cielo repleto de las estrellas del sur. Miles y miles de puntos brillantes en el cielo profundo, entre los que destaca la Vía Láctea, como un rastro luminoso que parece marcar el camino que hizo el sol por el día. En lo alto de la ladera se veían las débiles luces del poblado que visité el otro día. Una nube de humo iluminada por las brasas de la leña húmeda envolvía las chozas y el sueño de sus habitantes, que seguían levantando a su alrededor, como desde la noche de los tiempos, una barrera protectora con el humo, el fuego y la voz.

No tardé en regresar a casa. Subí a mi cuarto y, ya en la cama, traté de leer un rato, pero enseguida me aburrí del libro. Abrí las puertas del balcón y apagué la luz para que no atrajera a los insectos. El aire fresco de la noche favorecía la propagación de los sonidos y la oscuridad se pobló de aullidos y gritos. Estaba en el corazón de la selva, donde hasta los animales más inofensivos lanzaban alaridos que parecían provenir del infierno.

De pronto, todo eso cesó. No se oía nada, hasta el leve aire que mecía las ramas se detuvo como si algo inexplicable se lo hubiera ordenado. Me asomé

al balcón para ver qué pasaba, pero allí fuera todo estaba en calma. Y oí música. Eran aquellos madrigales que Rose no se cansaba de pedirme. Me llegaban como si surgieran de la nada. Sus voces me producían siempre una sacudida, al llegarme de manera tan íntima al oído. Un resplandor dorado que venía de las antorchas del jardín se extendía como una niebla entre los árboles quietos. ¿Qué estaba pasando, por qué habían enmudecido los animales? Me fijé en que en uno de los lados del balcón las plantas trepadoras habían formado al entrelazarse algo parecido a una escala, y que podría bajar por allí sin esfuerzo. No lo pensé dos veces y me descolgué por esa improvisada escala hasta el suelo. Caminé entre los arbustos hasta la orilla de uno de los canales, lamentando no haberme puesto una ropa más adecuada para defenderme de las ramas y de los insectos, pues iba prácticamente desnuda. Un poco más allá, vi un grupo de monos que se habían acercado al agua para beber. Parecían gatos de ojos saltones y, al verme, enseguida se perdieron en la espesura, como si los hubiera sorprendido haciendo algo vergonzoso. Todo estaba en silencio. Sólo se oía la música incomparable de Gesualdo, que parecía nacer de aquel mismo mundo de ramas entrelazadas y guaridas ocultas.

Me adentré en un bosquecillo de arbustos cuyas flores blancas semejaban copos suspendidos en el aire, hasta llegar a la dársena. Allí estaba la torre sumergida y, al fondo, la marquesina y la sala donde Rose y yo solíamos pasar las tardes. La luz temblorosa de las antorchas daba al lugar un aire de irrealidad que le hacía parecer el escenario de un teatro. Y entonces vi a aquel ser enorme. Estaba de espaldas, inmóvil frente a Rose, que permanecía sentada en su sillón. Rose seguía la música con la mano, y él se mecía torpemente siguiendo ese compás.

Lamenté no haber llevado conmigo los prismáticos pues estaba muy lejos y apenas podía ver otra cosa que las siluetas de sus cuerpos. Además, la niebla había empezado a levantarse, lo que dificultaba mi visión. Tampoco podía acercarme más, pues las plantas escaseaban a la orilla de la dársena y no habría podido ocultarme. Pero vi cómo Rose se dirigía a aquel ser y le tendía un objeto que éste recogía de sus manos y colocaba en una zona del suelo de la sala, donde parecía haber algo dibujado. Sus movimientos eran

sumamente torpes y le costaba sobremanera coordinarlos. La escena se repitió hasta que no hubo más objetos que transportar. Entonces la criatura, alzando la cabeza hacia lo alto, se puso a gemir. Eran gemidos que me recordaron el canto repetitivo de las ballenas que Rose me había hecho escuchar varias veces. Pero su canto era más variado y rico. Por momentos parecía hacerlo a dos voces, produciendo sonidos que se repetían en patrones regulares originando extrañas melodías. Había algo primordial y cautivador en ese canto, como si guardara la memoria de los sonidos que los seres que nos habían precedido en la cadena de la evolución hubieran emitido antes de nuestra llegada al mundo. Que hablaban de un mundo aún sin los seres humanos.

A Rose le bastó con alzar sus dos manos para que la criatura se callara. Luego dijo algo que no oí y la criatura retrocedió hasta el estanque y descendió por la escalera hasta hundirse en el agua, para surgir de nuevo unos metros más allá. La torpeza que había mostrado en tierra se transformó entonces en agilidad y gracia incomparables. Su cuerpo flexible se movía en el agua con la ligereza con que lo hacen los peces en su mundo sumergido. Me di cuenta de que hacía todo aquello para Rose, como si la estuviera incitando a que se metiera en el agua con él. ¿Lo había hecho en otro tiempo, cuando aún la enfermedad no había afectado a la coordinación de sus brazos y piernas? Una de esas veces desapareció en el agua y lo dejé de ver. Poco a poco la noche volvió a animarse con los mil gritos y cantos de los animales del jardín y de la selva.

Cuando regresé a mi cuarto, estaba temblando. No sabía explicar qué había visto. El cuerpo de aquella criatura era el de un hombre de más de dos metros de altura. Un gigante al que Rose manejaba como si tuviera la mente de un niño. Me conmovió su torpeza fuera del agua, que hiciera todo lo que Rose le pedía sin rechistar, como hacían las madres con las cosas que les pedían sus hijos pequeños. Consentir para complacer a los que amábamos ¿no era la cualidad suprema de lo humano? En tal caso, ¿aquella criatura qué era?

15 de marzo

En el viaje de fin de carrera estuve unos días con mis compañeras en Praga. Visitamos el cementerio judío y la vieja sinagoga. Una leyenda afirmaba que el rabino había creado una criatura de barro, a la que había insuflado vida sirviéndose del poder de ciertas palabras sagradas, al objeto de defender el gueto de Praga de ataques antisemitas y para atender el mantenimiento de la sinagoga. Aquella criatura carecía de alma, pues sólo Dios podía dársela. Era muy fuerte, pero no muy inteligente, y ejecutaba las órdenes que se le daban sin protestar. Para hacerle vivir el rabino escribía en su frente la palabra *emet*, que en hebreo significa «verdad». Y le bastaba con borrar la primera letra y dejar en su frente sólo *met*, «muerte» en hebreo, para que se transformara en una masa de barro inerte. La criatura del estanque me recordó a aquel ser monstruoso hecho de barro, pero pensar que Rose y Ramón Berenguer pudieran haberla creado sirviéndose del limo de la laguna Negra iba más allá de todo lo imaginable. Se trataba sin duda de una criatura que habían encontrado en una de sus expediciones científicas. Una criatura perteneciente a la familia de los grandes simios, a la que circunstancias imprevistas de la evolución había llevado a regresar al agua, como había pasado con los delfines y otros mamíferos marinos. Ya no me cabía duda acerca de que aquel lugar, con su red de canales y balsas, había sido pensado para que pudiera vivir allí escondida, al margen de los peligros a los que le habría expuesto la curiosidad de los hombres. Pero se me escapaba qué tipo de relación podía tener con Rose, ya que lo que había visto esa noche indicaba que había algo entre ellos que no acertaba a definir. Aún más, el trato singularmente afectuoso, lleno de favores, que Rose me había prodigado desde mi llegada me hacía pensar que albergaba planes respecto a mí que se me escapaban. Y recordé el dinero que había ingresado en mi cuenta, y cómo al entregarme la carpeta con sus documentos me había pedido que me fuera familiarizando con ellos, ahora que ella ya casi no tenía fuerzas para hacerlo. Me estaba pidiendo que la ayudara en la administración de la hacienda, pero también algo más indefinible que no me terminaba de decir. ¿Por qué si no me habría animado a bañarme en el estanque sabiendo que la criatura estaba

allí escondida?

Di vueltas en la cama desvelada por estos pensamientos, hasta que logré dormir un poco. Me despertó el canto de los gallos y de las tórtolas. Y por unos momentos me pareció que nada de lo que había vivido esa noche podía ser real, pero el escozor de los arañazos que me había hecho en brazos y piernas al andar semidesnuda por el jardín me decía que me equivocaba. Y volví a pensar en la criatura y en la extraña ceremonia que había contemplado.

Ese día no tuve nada especial que hacer. Me dirigí a la biblioteca pero la puerta estaba cerrada. Bajé al puerto. Habían llegado dos barcos y los chicos ayudaban a cargarlos. Pensé en Christophe y en cuánto me habría gustado que su barco estuviera en el embarcadero y pudiera correr en su busca para contarle lo que me acababa de pasar. El sol se reflejaba en la superficie del mar y tuve que apartar los ojos para que su luz no me dañara. Los pelícanos y las fragatas volaban entre esos reflejos como sombras de aves que vivían en un mundo distinto de éste. Vi a Abdu. Estaba sentado en unas cajas con sus amigos a la espera de que atracara otro barco para ver si necesitaban estibadores. Así se ganaban algunas monedas. Lo saludé alzando la mano. Llevaba el traje de baño bajo el vestido, y me dirigí hasta la playa con la intención de darme un chapuzón. Ya estaba en la orilla cuando vi que Abdu venía hacia mí. Vamos a bañarnos, le dije. Sabía que no entendía lo que le decía, pero al verme quitar el vestido y dirigirme al mar también él se desprendió de su ropa. Vi de reojo que no llevaba calzoncillos. No sentía vergüenza por quedarse desnudo ante mí, pues así era como ellos se bañaban. Nadamos juntos hasta las rocas, donde se sumergió. Me trajo una estrella de mar y, tomándome de la mano, me animó a que descendiera con él. Vimos infinidad de peces de todas las formas, colores y tamaños y me sorprendió el silencio que había, la levedad de los cuerpos, aquel mundo poblado de criaturas tan bellas como ensimismadas. La belleza ¿por qué era tan desdeñosa?

Dejé con cuidado la estrella de mar sobre las rocas. Era de un rojo intenso y brillaba como una mano de sangre. Abdu vino en mi busca y me hizo descender aún más, pero pronto empezó a faltarme aire y tuve que salir en su

busca. Cuando regresé, Abdu seguía abajo entre las rocas. Su cuerpo negro brillaba como el cuerpo elástico de los peces. Vino a mi encuentro y haciéndome gestos me condujo aún más al fondo. El agua allí se llenó de puntos luminosos, como si emitieran una luz azul. Nos detuvimos ante una colonia de esponjas. Tenían forma de saco, con canales y poros por los que filtraban el agua para alimentarse. No se movían nunca. Crecían pegadas a la roca o a la arena y toda su vida transcurría en el mismo lugar. Podían llegar a vivir miles de años. Abdu me abrazó por detrás. Tenía la piel muy suave y sus manos enseguida empezaron a tocarme. Me desprendí de él sonriendo, pero al momento lo tenía de nuevo junto a mí. Su miembro había crecido de tamaño y lo acercaba a mis manos para que lo tocara, como había hecho con la estrella de mar. Entonces se acercaba aún más y por unos instantes nos quedábamos quietos, con los cuerpos pegados, iguales a las esponjas que acabábamos de ver. Esto era lo que sucedía bajo del agua, porque al regresar a la superficie cada uno lo hacía por su lado. Nadie que nos viera entonces podía saber qué pasaba abajo, cuando volvíamos a sumergirnos. Las caricias se hicieron más atrevidas y muy pronto abarcaban toda la extensión de los cuerpos. La piel de Abdu tenía la suavidad de los peces, y cuando se abrazaba a mí sentía su erección contra mi vientre. De pronto le sentí temblar entre mis brazos y vi el rastro blanco de su semen flotando en el agua.

De regreso, Abdu no dejaba de sonreír. Se comportaba como si nada de aquello hubiera sucedido o como si no le diera mayor importancia. Era muy guapo, pero no debía de tener más de quince años y me sentí un poco avergonzada de lo que había pasado. Esto no va a volver a suceder, pensé mientras lo miraba complacida. Me sonrió enseñando sus dientes blancos como el interior nacarado de las conchas, y pensé en aquel rastro lechoso que su semen había dejado en el agua y en lo afortunados que serían los peces que se lo fueran a comer.

Ya en la playa Abdu me levantó el vuelo del vestido para verme el culo, y yo me eché a reír. Luego, por la noche, volví a pensar en lo que habíamos hecho. Había sentido varias veces su miembro erecto contra mi vientre, sin alarma ni culpa, como si perteneciera al mismo mundo de esponjas y anémonas que habíamos dejado atrás. ¿Volveríamos alguna vez a las praderas

sumergidas donde nos habíamos acariciado? No, no volveríamos. Esas praderas sólo se podían visitar una vez. No era verdad que hubiéramos estado juntos. Las personas siempre están solas; incluso cuando se aman lo están. Es como cuando dicen que duermen juntos. Sería cierto si tuvieran el mismo sueño, pero ¿ha sucedido alguna vez? No, en el mundo ha habido millones de parejas amantes y nunca ha pasado eso.

16 de marzo

Por la noche, volví a ver a la criatura. Ya estaba en la cama, cuando percibí el súbito silencio del jardín y, enseguida, el sonido lejano de la música de Rose. La oí desde el balcón, antes de decidirme a descolgarme de nuevo por las ramas. Me asaltó una duda, ¿ponía Rose sola los discos o estaba Juma a su lado para asistirle? En ese caso, ¿aquel ser odioso estaba al tanto de todo lo que allí pasaba? La música volvía a ser los madrigales de Carlo Gesualdo, el desdichado príncipe de Venosa. Seguí la orilla del canal hasta llegar a la dársena. La niebla era algo más densa que la noche anterior y la torre sumergida semejaba un castillo suspendido en un lago. Las llamas de las antorchas brillaban en las columnas de la marquesina como enseñanzas olvidadas tras una fiesta. Avancé aún más, arriesgándome a que me vieran, y allí estaba de nuevo aquel ser. Acababa de salir del estanque, pues su cuerpo aún brillaba por la humedad. Rose estaba sentada en su silla de ruedas, cubierta con el velo. La criatura estaba de espaldas a mí. Una aleta dorsal le recorría el torso, y a la altura de la nuca tenía unas aberturas que recordaban las branquias de los peces. No veía sus manos pues las tenía delante, cruzadas sobre el pecho. Esta vez había llevado conmigo unos prismáticos y pude observarlo con detalle. Su figura era ciertamente la de un hombre de unos dos metros de altura, con aletas en la cabeza y los brazos y la piel con textura de escamas. A ambos lados del cuello las branquias se abrían y cerraban buscando el oxígeno que les faltaba, y se movía con una extrema torpeza, al tener que hacerlo en un medio que no era el suyo. Sus pies recordaban los miembros palmeados con que algunos anfibios se desplazan por el agua. Se

movía siguiendo lentamente la música, por la que estaba subyugado. Jamás había visto nada igual. Parecía pertenecer a una especie que, habiendo tenido tal vez un origen cercano al nuestro, había tomado un camino evolutivo distinto para adaptar su organismo a la vida en el agua. Pero ¿acaso era posible que alguno de sus individuos perviviera centenares o miles años después en lugares olvidados del mundo? Pensé que me estaba volviendo loca por aceptar que una criatura que sólo tenía cabida en las leyendas y las supersticiones más arcaicas pudiera estar ahora delante de mí. Y sin embargo, no me cabía ninguna duda de que lo que veía con mis propios ojos era tan real como aquel extraño lugar y la mujer que me había contratado. Aún más, Rose y aquel horrible ser se comportaban como si estuvieran unidos por un vínculo inexplicable. Y así, cuando Rose levantaba las manos o las juntaba con las palmas abiertas, la criatura hacía lo mismo, ya que gozaba con la imitación de cada uno de los gestos de ella. Luego, Rose tomó de su regazo algo que le tendió. Era una naranja y pude ver cómo la criatura la cogía entre sus garras. Éstas eran enormes y estaban dotadas de unas grandes uñas que debían de servirle para cazar sus presas. Los dedos estaban unidos por amplias membranas. La criatura se llevó la naranja lentamente a la boca, y en vez de morderla se limitó a chuparla. Volvió entonces su cabeza, y pude ver su jeta espantosa. A punto estuve de gritar, pues en ella se mezclaban las facciones humanas con las de los peces. Tenía branquias a ambos lados del cuello, y sus labios gruesos se abrían y cerraban como pasa con los de los peces cuando, fuera del agua, boquean buscando el oxígeno que necesitan.

Luego Rose tomó un libro y se puso a leérselo en alto a la criatura, que permanecía absorta ante ella, fascinada por el sonido de las palabras humanas. Rose tenía una voz limpia y maternal, y la criatura la escuchaba abriendo y cerrando la boca, como preguntándose cómo alguien podía producir en el mundo unos sonidos como aquéllos. En ese instante, un ruido por encima de mi cabeza me hizo volverme bruscamente. Una serpiente se desplazaba por las ramas de un árbol cercano, lo que me hizo retroceder asustada. Mi movimiento alertó a la criatura, que se dirigió con rapidez al estanque para desaparecer en sus aguas, como un animal nocturno sorprendido por la luz del día.

No tardé en llegar bajo mi balcón y escalar por las ramas hasta regresar a mi cuarto. Poco después, oí ruidos de pasos por la escalera, y cómo alguien se detenía ante la puerta y llamaba. Era Juma, que venía a enterarse de si estaba dentro. Le dije que me había acostado y sentí cómo se alejaba.

Traté inútilmente de dormir. Mis pensamientos giraban en mi cabeza como en un tiovivo enloquecido. Era cierto que casi desde mi llegada a la casa sospechaba que Rose me ocultaba cosas, y que me estaba utilizando para algo que no terminaba de entender, pero ¿cómo iba a imaginar que fuera para algo así? No sabía quién era aquel ser, ni por qué a pesar de su aspecto monstruoso se comportaba ante Rose como si estuvieran unidos por un vínculo inexplicable. Tampoco, qué esperaba exactamente de mí. ¿Estaba tan loca como para pensar que cuando ella ya no pudiera hacerlo sería yo quien me quedaría a cargo de aquel ser espantoso?

17 de marzo

Tampoco ayer pude ver a Rose para que me explicara lo que acababa de ver. La puerta de la biblioteca seguía cerrada y en la casa parecían haberse olvidado de mí. Ni siquiera vi a Odalys, que me había dejado el desayuno en la cocina sin añadir una nota para explicarme dónde estaba. Era como si todos hubieran huido de aquel extraño lugar. Yo también debía hacerlo sin tardanza, pero Christophe no contestaba a mis llamadas y Bardamu, que habría podido llevarme en su coche al aeropuerto, tampoco aparecía por ningún lado. No podía quitarme de la cabeza lo que acababa de ver y el temor a lo que pudiera pasarme si continuaba allí una noche más no me dejaba vivir. Traté de tranquilizarme con la idea de que Rose no habría consentido que me pasara nada malo, y el hecho de que me hubiera animado a bañarme en el estanque lo demostraba. Aun así, la sola idea de haber estado en el agua con aquella criatura agazapada en el limo del fondo del estanque me resultaba aterradora. Rose me debía sin duda una explicación y decidí quedarme al menos hasta que pudiera hablar con ella y me la diera.

Mientras tanto, salí a pasear. Hacía tiempo que no visitaba al padre

Dubois y, aunque Bardamu y su coche no estaban para llevarme, decidí ir andando. Necesitaba hablar con alguien de lo que había visto. Aunque la iglesia estaba algo lejos, no era una distancia que no pudiera recorrerse con un poco de paciencia. Había que tomar la dirección del hotel y seguir ascendiendo hasta llegar a una planicie llena de palmeras, desde la que se veía la costa. Las arenas blancas de sus playas contrastaban con el azul profundo del mar. Desde allí todo era más fácil, pues el camino era cuesta abajo. Mientras lo recorría, iba pasando revista a las imágenes de la noche. No podía olvidar a aquella criatura, el cuidado con que se había acercado a Rose para tomar la naranja de sus manos, ni cómo abría y cerraba la boca al hacerlo. No, no era como lo hacían los peces fuera del agua al sentir que les faltaba el oxígeno; aquellos movimientos estaban exentos de angustia y expresaban más bien pasmo, algo que tenía que ver con el éxtasis. Y me acordé de un tiempo en que en el hospital me destinaron a la planta de maternidad y veía cómo las madres abrían la boca cuando daban de mamar a sus hijos. Los labios abultados, los ojos extáticos, expresaban sin duda el momento de la fascinación. Era como si estuvieran arrancando aquellas criaturas de las aguas primordiales de las que se habían nutrido y llevándolas con ellas al mundo de lo humano. La boca abierta de la criatura expresaba ese mismo anhelo de abandonar la oscuridad.

Los pensamientos se sucedían en mi mente sin apenas control por mi parte y me vi de pronto siendo una estudiante que asistía a las clases de anatomía. Se daban en una sala inmensa, con mesas metálicas para hacer la disección de los cadáveres. Las paredes estaban cubiertas de estanterías donde se alineaban frascos en los que flotaban en formol las muestras anatómicas más espeluznantes. Cerebros, fetos con distintos grados de desarrollo, criaturas que presentaban todo tipo de desviaciones, miembros y órganos deformes a causa de tumores y otras enfermedades. Restos de seres perdidos, de criaturas olvidadas en la noche de los tiempos, de tentativas que en su fracaso hacían visibles los más grandes e indescifrables misterios de la vida y la muerte, las figuras más extrañas, las monstruosidades más aterradoras. ¿Era la criatura del estanque una de ellas, el resultado postrero de una rama de la evolución que se había demostrado inviable? Perteneía al

mundo de la noche, del silencio, de la soledad y el dolor, al mundo tenebroso de lo siniestro. La noche donde mi madre me había abandonado, donde Gonzalo me había corrompido, pero también en la que el niño que amaba me seguía esperando. Yo era como esas muchachas que, en los cuentos, no pueden dejar de dirigirse hacia el lugar indecible donde tal vez las espera la destrucción, porque en su tierno corazón conocimiento, muerte y amor son aún la misma cosa.

No tardé en avistar el tejado rojo de la iglesia. Su silueta se recortaba sobre la arena blanca como el pequeño castillo de un cuento. Hacía algo de brisa y las hojas de las palmeras temblaban como penachos de plumas en lo alto de los troncos. ¡Qué distinto era ese mundo leve e irreal de la oscura mansión que acababa de abandonar! La puerta estaba abierta y entré en su interior. Era muy sencillo, pintado de cal, y lo presidía un altar con la imagen de la Virgen. Había otros retablos en las paredes laterales, con figuras de santas y santos. Sus cuerpos eran los cuerpos de todos los seres heridos que pueblan las iglesias católicas. Los cuerpos de santa Brigida, que hablaba con los muertos; el de san Sebastián, lleno de flechas; el de santa Catalina, despezada por la rueda dentada; el de san Lorenzo, en la parrilla ardiente; el de santa Águeda, que lleva los pechos en una bandeja. Cuerpos en que se celebran las bodas misteriosas entre la realidad y el sueño, entre la vida y la muerte, entre lo divino y lo humano, que hablan del extraño camino que hay que seguir para reunirse con Dios.

Me senté en uno de los bancos y estuve contemplando aquellas figuras por las que había sentido tanta devoción. Mi madre me llevó interna a un colegio de monjas, y éstas siempre fueron amables y cariñosas conmigo. Especialmente una de ellas. Se llamaba sor Juana y me tenía un profundo amor. Era muy joven, y me decía que, cuando yo fuera un poco mayor, nos iríamos juntas de misioneras a África. Los dos años que estuve con ella fueron los más felices de mi vida. Todos hablan mal del catolicismo, pero yo fui feliz en aquel colegio. Me acuerdo de los largos paseos por la huerta y la orilla del río en compañía de sor Juana, de las visitas a los barrios más pobres para llevar comida a los necesitados, y de las luminosas ceremonias en la capilla, siempre llena de flores.

Sentí ruidos a mi espalda y al volverme vi que el padre Dubois estaba en la puerta. Me levanté para saludarlo. Sentí la fuerza turbadora de su mano en la mía, y cómo enseguida la retiraba. Había ido allí para hablarle de la horrible criatura que había visto en el estanque, pero algo me hizo cambiar de idea en el último momento y le dije que me quería confesar. El padre entró en la sacristía en busca de una estola y un libro de oraciones y me pidió que lo acompañara. Caminamos bajo las palmeras, hasta un lugar frente al mar donde había tres pequeñas casetas de madera donde había conejos y gallinas. Los conejos eran blancos y tenían los ojos rojos. Permanecían quietos con sus largas orejas erectas, siempre alertas al peligro. Nos sentamos en un tronco que había un poco más allá y el padre se puso en torno al cuello la estola que había cogido de la iglesia antes de salir. Se oía el zumbido de los insectos y el ruido lejano del mar. Me arrodillé a su lado, y él puso la mano sobre mi cabeza. El Señor esté en tu corazón, para que te puedas arrepentir y confesar humildemente tus pecados, me dijo en un perfecto y elegante francés. Era hermosa la confesión, le proporcionaba a la vida el olvido que necesitaba para continuar. Y me puse a hablarle de Abdu. Mientras lo hacía, me di cuenta de que no le estaba contando la verdad. Aquello no tenía que ver con el deseo. Desear era buscar, perseguir algo y tomarlo para ti, como hacían los cazadores con sus presas. Pero en lo que me había pasado con Abdu no había existido premeditación alguna, pasó sin haberlo buscado. Le dije al padre que si todo eso me avergonzaba, sólo era porque había pasado con un niño. No te preocupes, me dijo, aquí todos lo son. Y me dio la absolución: Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, fue diciendo mientras trazaba en el aire con la mano extendida la señal de la cruz.

Nos levantamos y tomamos el camino del pueblo. Me había dicho que iba a visitar a una enferma y decidí acompañarlo un trecho. Le pregunté si había oído hablar de la leyenda de la criatura de la laguna. Me dijo que sí, los indígenas de esa zona creían que algo parecido a un hombre pez vivía en aquellas aguas y que una vez año raptaba a alguna joven que vivía en las aldeas cercanas. Cuando unos días después ésta regresaba con los suyos ya no era la misma muchacha. Dejaba de interesarse por las cosas que gustaban a su edad y sólo vivía para acercarse a la laguna y pasarse las horas sentada a la

orilla contemplando sus aguas. Hasta que un día desaparecía y no la volvían a encontrar. Y yo, de forma inexplicable, seguí callándome lo de la noche.

Se veían ya las primeras casas del pueblo y nos despedimos junto a unas ruinas. Regresé lentamente, reflexionando sobre todo lo que el padre me había dicho. Pensaba en Abdu, en el momento en que había visto su semen flotando en el agua, y en el deseo que había sentido de estirar mi mano para tocarlo. No tardé en volver a avistar la iglesia desde el camino. Estaba atardeciendo y las hojas de la caña brillaban como las hojas de los cuchillos. Pensé en aquella casa llena de llamas en la que Francisco y Clara de Asís se habían encontrado. No, no existía un lugar así en el mundo. Y recordé lo que me gustaba ir con sor Juana a la iglesia y encender las velas que debían adornar los altares. Todos estaban llenos de mujeres. Santas aturdiditas, monjas que se derretían de amor, vírgenes absortas en la lectura de misteriosos libros, cuerpos que, aun llenos de heridas, gemían de gozo, madres que lloraban con sus niños en los brazos. Todas guardaban silencio, ninguna sabía decir qué quería o lo que le pasaba. Eran como las jóvenes de la leyenda respondiendo a la llamada de la laguna. Por qué no seguirles a su templo de luz y de fango, pensé. Lo real pidiendo nuestra ayuda, eso era la belleza.

19 de marzo

Esta mañana, cuando estaba con los chicos en el puerto, Bardamu vino a decirme que Rose quería verme enseguida. Lleva cinco días sin dar señales de vida y ahora me sale con estas prisas, pero a estas alturas nada que venga de ella me puede extrañar. Me he tomado mi tiempo para volver, y me he quedado viendo cómo los chicos se entretienen en la playa jugando al balón. Sólo tengo ojos para Abdu, cuyo cuerpo, brillante por el sudor, se mueve sobre la arena con la elasticidad y la gracia de los peces. Juega muy bien y cuando tiene la pelota en los pies no hay forma de quitársela. Todos gritan su nombre, Abdu, Abdu, mientras corren detrás. Tienen una forma extraña de jugar, como si la pelota tuviera vida propia y dependieran de sus caprichos.

Todo aquí está vivo. Las piedras, los huesos, las cuerdas, los cuchillos, los útiles de que se sirven para comer o hacer sus trabajos están dotados de apetencias que nadie conoce. No existe cosa sin vida propia, sin el poder de desatar algo inexplicable, una transformación. Los objetos no son aquí utillaje, sino interruptores, accesos, médiums. El otro día, Abdu se encontró en la playa con una tortuga y al verla se puso a imitar sus movimientos mientras sus amigos se reían. A veces son tortugas, a veces son bancos de peces, bandadas de fragatas a la espera de capturar el pescado. Todo es susceptible de transformarse, plumas, escamas y crestas pasan de unos cuerpos a otros con la facilidad con que en nuestro mundo nos cambiamos de ropa.

Abdu vino a mi encuentro y se puso a levantarme el vestido hasta que me enfadé con él. Soplaban una brisa muy suave y el sol me hizo cerrar los ojos. Oía los gritos de los chicos en las rocas, recordaban los chillidos de los monos. Tuve una fantasía muy tonta. Me quedaba a vivir en la isla con Abdu. Hacíamos una cabaña junto a la playa, y cada día, mientras lo esperaba aseando la casa como una buena esposa, él salía desnudo a pescar. Cuando regresaba, traía un manojito de peces atados a la cintura. Su hermoso sexo colgaba junto a los peces como si también acabara de encontrarlo allí abajo, en las praderas de algas, y fuera a dármelo con los otros peces.

Christophe me habló de la vida sexual de las islas. Se daba por hecho que las mujeres tenían amantes, pero su obligación era guardarlo en secreto, y para ello colaboraban los vecinos con su silencio, y obligaban a las viudas a mantener relaciones sexuales con extraños para así liberarlas del espíritu de sus maridos muertos. Tenían la creencia de que una niña sería estéril si su madre no le escupía en la espalda el día de su boda, y los besos eran un acto totalmente desconocido para ellos. Y, en mi fantasía, yo le enseñaba a Abdu cómo se besaba.

20 de marzo

He estado con Rose. Fui a verla por la tarde como me había pedido.

Estuvimos leyendo un libro sobre la flora y la fauna del Amazonas, y luego me pidió que la acercara al estanque. Respiraba con dificultad, pero parecía feliz en su extraño reino. Pusimos música y estuvimos un rato escuchándola. No sabía qué pensar de su conducta. Llevábamos una semana sin vernos, y ni siquiera había mencionado la razón. Pronto se resolvió el enigma, pues fue ella la que aludió a esa ausencia para reprochármela. Rose se quejaba de que la hubiera abandonado, y comprendí que había sido Juma quien me había mantenido apartada de ella. Juma quería separarnos porque estaba celoso de mi creciente influencia en la casa. Por eso había monopolizado las llaves.

Rose tomó mi mano y me dijo: Soy muy feliz desde que estás aquí. Por qué entonces, pensé con rabia, no me cuentas la verdad. Iba a decirle que si quería que continuara a su lado debía decirme qué pasaba en aquella casa, quién era la criatura con la que se encontraba cada noche, pero algo inexplicable me impidió hacerlo. No era la primera vez que me pasaba eso. Me había sucedido con Christophe, con el doctor, y el día antes con el padre Dubois, cuando estábamos frente a las jaulas de los conejos y me dijo que era Rose quien se los compraba. Era como si lo que había descubierto me concerniera de una manera tan íntima que necesitara guardarlo sólo para mí, al menos hasta que pudiera explicar qué era. Pero ¿se puede hablar de lo que haces sin saber por qué, de lo que no comprendes? No, no se puede. Y había algo en el éxtasis de aquella criatura junto a Rose, en su boca anhelante mientras le miraba, que pertenecía a ese mismo mundo inexplicable.

Rose quiso que la acostara en el pulmón de acero, y esperé hasta que se quedó dormida. La luz del acuario iluminaba la estancia, dando al espacio una cualidad de mundo sumergido. Regresé a la sala del estanque. Junto a los libros, había un tablero sobre un bastidor cubierto por una sábana y no pude resistir la tentación de retirarla. Era una pizarra como las que hay en las escuelas. Estaba dividida en cuadrículas, hechas con tiza, con un clavo en la parte superior, y en cada una de ellas estaban dibujados distintos objetos de uso cotidiano: martillo, tijeras, libro, tenedor, peine. Se trataba de un juego muy simple. Rose le entregaba un objeto y la criatura lo colocaba en la casilla que le correspondía, por lo que era capaz de asociar los objetos a sus representaciones gráficas. Ni siquiera un simio habría hecho algo así.

Vi a Juma escurriéndose entre las columnas del aljibe y fui decidida tras él. Se refugió en la cocina, donde lo alcancé. Quiero las llaves, le dije. Rose te ha dicho que me las des. Quería salir, pero yo me había puesto en la puerta y no le dejaba pasar. Apenas le llegaba al hombro y de un solo golpe habría podido aplastarme contra la pared, pero aun así le vi agachar la cabeza y retroceder. Las quiero ahora mismo, insistí con determinación, tendiendo la mano para que me las diera. Y Juma tomó las llaves que llevaba colgadas del cinto y me las dio sin protestar.

Me dirigí a mi cuarto. Estaba sorprendida de mi comportamiento. Hacía unas horas había estado a punto de escapar de aquel lugar, y acababa de comportarme como si fuera a quedarme en él para siempre. Era eso lo que había querido dejar claro a Juma, que a partir de ese instante quien mandaba en la casa era yo. Estaba harta de su despotismo y no estaba dispuesta a que me siguiera tratando como trataba a Odalys o a las pobres gemelas. Me detuve ante un espejo. Tenía la cara roja por la excitación, y no pude evitar sonreír con malicia. ¿Y ahora qué harás?, le pregunté a la imagen que me devolvía el espejo. ¿Serás tú quien lleve al estanque los conejitos de ojos rojos?

21 de marzo

Ayer Abdu se ha perdido en el mar. Estuvo con los otros chicos en los acantilados y desapareció tras uno de los saltos. Le han buscado entre las rocas y por las playas cercanas hasta que se ha hecho de noche. Aún tienen esperanza de encontrarlo con vida pues no sería la primera vez que pasa esto. Se lanza al agua y nada durante horas seguidas sin que se pueda saber la razón, para regresar al poblado cuando todos duermen.

Ojalá sea así, y también esta vez lo haga. Bardamu vino a decírmelo por la tarde y bajé con él a la playa para ver cómo lo buscaban. Los chicos lo llamaban a gritos. No parecían tristes. Se comportaban como si estuvieran jugando. Abdu se había escondido y ellos le gritaban entre las rocas. Pero al atardecer se cansaron de buscar y regresaron camino arriba hacia el poblado.

Los riscos que se levantaban entre los bosques semejaban cadáveres envueltos en sudarios, fieras erguidas sobre las patas traseras, monstruos de otros mundos. Y supe que mi amigo nunca regresaría.

22 de marzo

Abdu sigue sin aparecer, y ya todos dan por hecho que se ha ahogado en el mar. Lo más probable es que se haya roto el cuello al saltar, es el riesgo de lanzarse desde tan alto, ya que una mala entrada puede hacer que el saltador se rompa algún hueso, que se le reviente un tímpano o que pierda un ojo al chocar con el agua a esa velocidad. Christophe me ha dicho que la costumbre de saltar desde el acantilado procede de unos años atrás. Los anzuelos de los pescadores se quedaban enganchados entre las rocas y éstos se lanzaban al agua para recuperarlos. Un día los chicos empezaron a retarse a ver quién saltaba desde más alto. Los más valientes lo hacían desde una roca situada a más de treinta y cinco metros de altura, que era la preferida de Abdu. Habían levantado en la cima de la roca un pequeño altar y se encomendaban a la Virgen antes de lanzarse al mar. Abdu siempre era el primero en hacerlo.

Lo han estado buscando entre las rocas y en las costas de los alrededores con las barcas, pero no han dado con él. Mejor así, creo que, de estar muerto, a Abdu no le hubiera gustado que encontráramos su cuerpo. ¿Qué haríamos con él ahora que ya no podrá desafiar a nadie a saltar desde las rocas y a perderse en el mar?

Cuando estábamos en la playa, ha venido el padre Dubois. Y aunque Abdu y su familia son musulmanes, nos ha pedido que rezáramos por ellos. El padre traía puestas el alba y la estola con que ejerce su ministerio y nos hemos arrodillado a su alrededor mientras rezaba. Ha recitado un salmo que me ha hecho llorar: «Jehová es mi Pastor / Nada me faltará / En lugares de pastos delicados / Me hará descansar / Junto a aguas de reposo / Me pastoreará / Confortará mi alma / Aunque ande en valles / De sombra y de muerte / No temeré mal alguno».

¿Será cierto todo eso?, pensé. ¿Encontrará ahora Abdu pastos delicados

donde descansar, los valles de sombra y muerte por los que todos vagamos ya no le darán miedo? Me bastaba con cerrar los ojos para ver a mi amigo nadando bajo el agua, yendo a mi encuentro para tomarme en sus brazos. El amor quiere tocar, explorar el cuerpo del otro, fundirse con él. Abdu me abrazaba, pero enseguida se separaba de mí. Me volvía loca. Te decía que allí, bajo el agua, había otro cuerpo. Un cuerpo que no conocías, que no sabías qué quería. Su pérdida te dejaba inconsolable. Nada te resarcía de todo lo que tenías que abandonar cuando regresabas a la superficie en busca de aire.

Acompañé al padre camino arriba. Iba concentrado y triste. No se había desprendido de la estola que llevaba sobre el alba. Hace un tiempo le había ayudado en la sacristía a vestirse, y me había explicado el simbolismo de las prendas que utilizaba para officiar las ceremonias. La estola simbolizaba las ovejas que el buen pastor llevaba sobre sus hombros. Me fijé en sus pasos cortos, en su abatimiento. Parecía estar cansado de tanta desdicha. Las ovejas que cargaba sobre sus hombros ¿adónde las llevaría? Se iban a pasar toda la noche balando.

Al llegar a la iglesia, me bendijo con los ojos llenos de lágrimas. Quería protegerme, impedir que me ocurriera lo que a Abdu, el saltador. Fui a ver las jaulas de los conejos. El padre los criaba porque Rose se lo pedía, le enviaba una pareja cada mes. Por dos veces yo los había visto en la casa. La primera en la cocina, atados por las patas de atrás sobre el fogón. Acababan de traerlos y Odalys se había hecho cargo de ellos. La segunda, metidos en una jaula en la sala del estanque, junto al cesto de las naranjas y el cuenco de leche. Cuando volví a pasar, la jaula estaba vacía. Pensé en la vestidura blanca que el padre había llevado. Simbolizaba la pureza. Pero la pureza ¿qué era? ¿Criar aquellos conejos blancos? ¿Sabía el padre por qué Rose se los pedía?

Me quedé mirando los conejos. Permanecían inmóviles en la jaula y me miraban con las orejas tiesas. Estuve tentada de abrir las jaulas para que huyeran. Pero ¿por qué iba a hacer algo así? Si todos estábamos condenados, ¿por qué ellos se iban a salvar? ¿Porque su piel era blanca, porque tenían los ojos rojos y cautivaban a los niños y a las jovencitas? No, yo no quería la

pureza. La pureza me apartaba del estanque, de su oscuridad, de su fango. Me apartaba de lo que había perdido. Es difícil haberse acostumbrado a la oscuridad y renunciar a ella. Cuando la noche avanza, hay oscuridad, tanta oscuridad... Y lo que está en otra parte no tarda en aparecer, lo que está lejos vuelve a aflorar, no hay instante que no atraiga hacia sí continuamente el pasado, el de la separación, el de la pérdida. Sólo puedes hacer una cosa, no parar, dirigirte a esa oscuridad, a esa noche, con la esperanza de que eso que estaba perdido, todo lo humano lo está, pudiera regresar a ti.

23 de marzo

No puedo creer lo que he hecho, lo que hice ayer por la noche cuando todos dormían. Estuve con Rose por la tarde y, tras acostarla, fui a ver a Odalys a la cocina. Se puso a contarme una historia de su pueblo, pero apenas le presté atención porque no podía quitarme de la cabeza a Abdu, cuando habíamos bailado juntos el primer día, cuando buceábamos entre los corales, entre las algas que se mecían en las corrientes de agua. Una vez una manta inmensa emergió como un fantasma y yo, asustada, busqué su cuerpo para abrazarme. Abdu se echó a reír y su boca se llenó de burbujas que enseguida ascendieron por el agua como un canto. Pensé en Butes, el marinero que se había lanzado al mar al oír a las sirenas.

Ya estaba en mi cuarto cuando una idea inesperada sacudió todo mi ser. ¿Por qué seguir viviendo, por qué no acabar de una vez? No era nada, no tenía nada. Si la vida es una casa vacía en la que ya no esperas a nadie, ¿para qué la necesitas? Tomé las llaves de la biblioteca y me dirigí a la dársena. La casa estaba en silencio, ni siquiera Juma andaba por los pasillos. Me asomé al cuarto de Rose para ver si estaba dormida y regresé a la dársena. Miré sus aguas inmóviles cubiertas de una leve niebla, como siempre pasaba a esas horas. La luna flotaba sobre las montañas. En sus laderas se veían pequeños fuegos. Eran las fogatas que encendían los campesinos con la creencia de que el fuego fertilizaba la tierra. Me acordé del padre Dubois y de cuando se había vuelto hacia mí para darme su bendición. El hombre no soportaba tanta

realidad, necesitaba encender fogatas, trazar signos en el aire para proteger lo que amaba.

Me quité los zapatos y bajé el primer escalón del estanque. No tenía miedo, sentía una inmensa paz. Me pareció oír el lloro lejano de un niño, que enseguida cesó. Algo se movió en el agua. Pensé en aquella criatura y en que tal vez me estuviera esperando en el fondo del estanque, pero las aguas volvieron a quedarse quietas. Además, ¿qué importaba que estuviera allí, que me llevara con los conejos que mataba? ¿Acaso merecía otra cosa? Seguí descendiendo hasta que el agua llegó a mi cintura. El vuelo de mi vestido se abrió a mi alrededor como la corola de una flor, la flor de los muertos. Cerré los ojos y me sumergí en el agua. El vestido se enredaba en mis piernas al nadar y dificultaba mis movimientos. Al llegar al centro de la dársena, me quedé quieta y me fui hundiendo. Vi a mi niño en la cama, la noche antes de su muerte. Estaba muy quieto, no decía nada, ni siquiera se rebelaba. ¿Por qué deseaba morir si me tenía a mí? Un suave temblor se apoderó de mis miembros. Abrí la boca y aspiré con decisión toda el agua que pude, que entró en mis pulmones quemándolos. El dolor fue tan intenso que me desmayé. Sentí que alguien me tiraba del vestido y me arrastraba bajo el agua. Había una luz dorada que se movía sin rumbo fijo. ¿Qué será?, me pregunté. Fue lo último que vi antes de perder la conciencia.

Un ataque repentino de tos me hizo expulsar el agua que había tragado. Estaba en la orilla de la dársena, junto a la escalera. Me acordé de la luz que había visto, del niño que cuidaba. Me acordé de que me había querido matar porque no soportaba la vida que tenía. Un pez enorme se alejaba lentamente por el agua. Desapareció al llegar a la torre y volvió a surgir más allá. La niebla me impedía verlo bien, pero vi una cabeza y unos hombros humanos asomando por encima del agua. Era el ser que había visto junto a Rose la otra noche. Permaneció un rato inmóvil, mirándome, hasta que se sumergió de nuevo para no volver a aparecer. Era él quien me había salvado, quien me había arrastrado por el vestido hasta la orilla del estanque impidiendo que me ahogara. ¿Quién era, por qué había hecho eso? La vida que me había devuelto ¿para qué la quería?

24 de marzo

Me he vuelto a bañar en la dársena. Lo he hecho delante de Rose para desafiarla, para hacerle ver que lo sabía todo. Me presenté con el traje de baño que me había prestado y me dirigí hacia el agua. No dijo nada, se limitó a sonreír al verme, como si supiera hace tiempo que antes o después iba a hacer algo así. Rose escuchaba en esos momentos una música que no supe identificar. Acompañada por ella, descendí por la escalera hasta que el agua llegó a mi cintura. ¿Esa música la ponía para «el hombre que nada»? ¿La oía éste agazapado en algún lugar del canal? Me adentraba en un mundo que sólo le pertenecía a él, pero ¿por qué temer un ataque si la noche anterior me había salvado? Además, tampoco me importaba morir. Lo había intentado hacía unas horas, y no me arrepentía de ello. Y comprendí que irme o quedarme ya no dependía de mí. No podía irme aunque quisiera. Si aquello era tan real era porque no dependía de mí. Era algo que me estaba pasando. Podía haber elegido entre verlo o no verlo, pero ahora que lo había visto estaba pasando.

Nadé hasta el centro de la dársena. Todo estaba en calma, y salvo los ruidos de la selva no se oía nada más, ya que la música había dejado de sonar. Una bandada de palomas rosadas voló por encima de nosotras. Rose me había dicho que se estaban extinguiendo. Pensé en los dos huevos blancos que ponían en sus nidos, en el macho y la hembra turnándose día y noche para incubarlos, en aquel esfuerzo inaudito para sacar adelante sus crías. Me sumergí hasta la base de la torre. La puerta estaba abierta. Aún era de día, y dentro se percibía una claridad lechosa, a causa de la luz que entraba por las ventanas exteriores. La profundidad era allí de unos cinco metros, y pensé que, si nadaba por el interior de la torre, no tardaría en dar con un espacio donde poder respirar. Pero la falta de aire me hizo regresar a la superficie. En ese momento algo rozó mis pies. El pánico se apoderó de mí, y primero lentamente para no llamar la atención, pero luego nadando cada vez más deprisa, me dirigí a la escalera. No tardé en llegar y en ascender por ella. Estaba temblando, y vi cómo Rose me miraba con una sonrisa. ¿Por qué me dejaba bañarme en el estanque con aquel ser? No pude contenerme y señalando la dársena y los canales que nos rodeaban, le pregunté rabiosa

quién era el ser horrible al que veía cada noche. ¿Pensaba entregarme a él como hacía con los conejos del padre Dubois?

Me miró con una expresión de cansancio, pero en vez de contestarme negó con la cabeza despacio y se pasó los dedos por el pelo. Noté que la furia me invadía y le dije excitada que no podía tratarme como si fuera una de las plantas del jardín. Yo no era una página en blanco y al llevarme allí me había llevado con mi pasado, y en ese pasado ella no existía. Rose permanecía sentada en la mecedora, junto a la mesa del tocadiscos. Estaba bebiendo agua y al acercarme puso el vaso en el suelo detrás de la silla. Me fijé en que sus manos estaban temblando. Pasaron varios minutos de silencio y entonces volvió a hablar. Me dijo que Bardamu me llevaría por la mañana al aeropuerto para volar a Port Louis, donde tenía una habitación reservada en un hotel. Podía descansar allí el tiempo que quisiera, y decidir si quería volver o no. Sólo me pedía una cosa, que no hablara de lo que había visto en la isla. Todo eso era secreto y no debía contárselo a nadie. Y me pidió que la llevara a la cama.

Cuando ya estaba acostada, Rose me tomó de la mano y me dijo que el ser que había visto jamás me haría daño. Y añadió con dulzura: Me pregunto qué será de nosotros cuando ya no quede en el mundo ninguno como él.

Me detuve a la orilla de la dársena. No entendía a Rose, no entendía qué quería de mí. ¿Cómo podía esperar que después de lo que había descubierto me quedara con ella? ¿Para hacer qué? Sin embargo, estaba disgustada por haberle hablado con tanta dureza. Y pensé en aquel extraño ser desplazándose torpemente fuera del agua y en la forma tan dulce en que Rose se había referido a él al decirme que nunca me haría daño. Me sentía como una niña que contesta de mala manera a sus padres y, cuando está sola, se pregunta cómo ha podido comportarse así. Pero no, no me iba a volver atrás. Rose me había engañado y mi decisión de abandonar la isla estaba tomada.

La oscuridad se espesaba en los árboles y las formas se volvían borrosas, pero todavía no era de noche. Pensé en lo que el padre Dubois me había dicho acerca de que se podía seguir amando a los seres que ya no existían. En los momentos más oscuros, me dijo, nuestros seres queridos están más cerca de nosotros, incluso los que han fallecido. ¿Era ésa la razón de que los

recuerdos de Abdu y de mi vecinito ahogado hubieran vuelto a mi vida? Me quedé mirando el estanque, sus aguas oleaginosas y quietas, y pensé en la extraña criatura que vivía en su profundidad. Rose me había hablado de su dulzura pero yo veía en ella oscuridad y depravación. No sabía qué pensar de su relación con aquel ser. Era como si los dos hubieran muerto, y ya nada pudiera hacerles daño.

Sentí que en mi corazón había palabras nuevas y desconocidas y no encontraba la forma de decirlas.

El príncipe maldito

Para un poeta es fácil hablar de guerreros valientes y pícaros astutos sin faltar a la verdad, porque la valentía y la astucia tienen hazañas que les son propias. Mas ¿cómo hablar de los enamorados sin faltar a la verdad? El amor no tiene ninguna hazaña que le sea propia.

W. H. AUDEN,
Un poema no escrito

Viajaste a Port Louis en la avioneta de la prefectura. El hotel que Rose te había reservado estaba junto al mar, y no muy lejos había un bosquecillo de árboles esbeltos cuyo nombre no recuerdas. Sus frutos alargados y rojos caían en medio del alboroto de las gallinas que se los llevaban en los picos como si fueran gusanos. Más allá, había una zona de manglares, y un olor dulzón, que recordaba el jardín del que te alejabas, se extendía por los alrededores.

Trataste de localizar a Christophe sin éxito, ya que andaba de trapicheos por las islas. Te hubiera gustado hablar con él, decirle que aquellas leyendas sobre la criatura de la laguna eran ciertas, y que era Rose quien la escondía en su casa, pero no pudiste hacerlo. Además, no te iba a creer. Seguro que se reía de ti. El hotel no estaba lejos del puerto y en los alrededores se mezclaban allí seres de todas las razas, especialmente chinos e indios. Eran los descendientes de los trabajadores que llegaron a la isla cuando se abolió la esclavitud, y a los que se empleaba en trabajos agrícolas, sobre todo en la recolección de la caña de azúcar.

Te sentabas en los cafés, y aunque algunos europeos se acercaban para hablar contigo, apenas les hacías caso. Te sentías sin fuerzas para tener una nueva aventura, por banal que ésta pudiera ser. No podías quitarte de la cabeza la escena de aquel ser a la orilla del estanque, tu convicción de que lo que Rose andaba buscando era que te ocuparas de aquel lugar cuando ella muriera.

Y tenías tiempo para pensar en ti, en lo desastrosa que había sido tu vida. Estabas furiosa con Rose por haberte engañado. Habías confiado en ella y habías hecho todo lo posible para complacerla. Ése había sido tu primer error, dejar que aquella relación profesional se transformara en otra cosa. Era triste

vivir sin amor. Era triste llegar a tu casa y que nadie te esperara en la puerta, que tu cama estuviera vacía por las noches, no escuchar tu nombre en la oscuridad. Era triste irte a comprar un vestido y que no te dijeran cómo te sentaba al probártelo, comer sola, que nadie te abrazara cuando tenías ganas de llorar. Era triste descubrir cómo poco a poco se quedaban atrás los recuerdos, las palabras, todo lo que fue tuyo y con lo que ahora no sabías qué hacer. Era triste vivir en una casa en la que poco a poco iban desapareciendo las cosas, las cazuelas, los espejos, los libros, hasta que un día ni siquiera quedaba en ella la pena.

Nunca continuaste con el diario. Su última anotación data de marzo de 1964, dos meses antes del fallecimiento de Rose. Lo escondiste en el armario de tu cuarto y te olvidaste por completo de él. Muchos años después, al encontrarlo y volver a leerlo, hubo muchas cosas que te sorprendieron. Hasta el punto de que no sabes bien qué partes te inventabas y qué partes sucedieron de verdad. No crees, por ejemplo, que la historia con Abdu fuera así. Aquel muchacho se mató al saltar del acantilado, pero no recuerdas haber tenido una relación especial con él, aparte de haberos bañado juntos varias veces. También te ha sorprendido lo de los conejos. Es cierto que existieron, y que el padre Dubois los criaba para vendérselos a Rose. Pero no sé de dónde pudiste sacar que eran blancos y que Rose los compraba para alimentar a la criatura del estanque. Y tus aventuras sexuales tampoco fueron así. No hubo futbolistas, ni por supuesto el curita que huyó al escuchar tus pecados. Tampoco existió la pulsera. Gonzalo era un ser abyecto, que estuvo a punto de destruirte, pero las cosas que cuentas de vuestra relación no fueron como las cuentas en tu diario. Ver y soñar se confunden en nuestra memoria. A veces los recuerdos son sólo sueños, las huellas de cosas que quisimos y no pudimos tener. ¿Es eso lo que te pasó a ti?

Te hace gracia que en la isla llamaran a la casa de Rose Hansson La Construcción, pues es justo eso lo que parece, un castillo levantado para proteger al último representante de una oscura estirpe. Un laberinto de agua con su rey de escamas. ¿Cómo hablar de tu vida con ese rey? Por eso dejaste

de escribir el diario, porque sabías que te tomarían por loca si lo leyeran. Ay, los locos, los encierran en los manicomios, se apartan de ellos como en otro tiempo se hacía con los leprosos, pero no son distintos de los demás hombres. Sólo son los viajeros extraviados, los que nunca regresan. Es extraño que nadie se pregunte qué vieron en esos viajes, ni qué los retuvo en las islas a las que llegaron.

El olor de los manglares tiene que ver con el ciclo del azufre. El azufre es un elemento esencial para la vida. Se desplaza a través de la biosfera en dos ciclos. El primero comprende su paso desde el suelo o el agua a plantas y animales, y a través de ellos regresa de nuevo a la tierra. Algunos de sus compuestos son llevados al mar por los ríos. Este azufre se perdería y escaparía del ciclo terrestre si no fuera por un mecanismo que lo devuelve a la tierra y que consiste en convertirlo en sustancias gaseosas. Tales gases penetran en la atmósfera y son llevados a tierra firme generalmente por las lluvias, aunque una parte puede ser absorbida directamente por las plantas.

Son esos gases, sobre todo el sulfhídrico, los que dan a los manglares ese olor que desagrada a la gente, especialmente en los días de calor. Tú te has acostumbrado a él, porque es el mismo olor del jardín de Rose, aunque allí es más suave al mezclarse con el olor de la hierba, las flores y los frutos. Habla de lo oculto, del limo, de todo lo que vive en la oscuridad. Tu rey lo trae en su cuerpo cuando te va a ver. El mercader del azufre lo llamas.

Tuviste que regresar de Port Louis antes de lo previsto porque Rose sufrió una nueva recaída. El doctor quiso trasladarla a un hospital en Antananarivo, pero ella se negó a abandonar la isla y tú te quedaste cuidándola. Rose se estaba muriendo a causa de una neumonía que no respondía a la medicación, pero la fiebre desapareció al poco de tu llegada y muy pronto quiso que la llevaras al estanque. No has olvidado esos momentos. A pesar de su deterioro físico, sus ojos estaban bañados en luz. Te preguntó por tu viaje a Port Louis, y tú le dijiste que no había nada especial que contar. Lo que pasa es que no

puedes separarte de nosotros, te contestó con una voz casi inaudible. Te estremeció ese nosotros que te hermanaba con ella y con la criatura del lago. Te hace gracia pensar ahora en esto, pues el otro día en Port Louis fuiste tú quien empleó ese plural. Te presentaron al nuevo cónsul de Francia y al preguntarte por Taboada, por la vida que hacías en la isla y si no echabas de menos Europa, le contestaste orgullosa que por qué ibas a hacerlo si erais felices allí.

¿De verdad eras feliz? Durante todo ese tiempo tuviste dos vidas: tu vida en la isla y esa otra que tenías en las escapadas a Port Louis, adonde solías volar dos o tres veces al año y tenías tus aventuras, casi siempre con otros europeos como tú. Durante años te seguiste viendo con Christophe en aquellas escapadas, pero un día también se fue y dejaste de saber de él. Te alojabas en Le Gran Bleu, el hotel que Rose te reservó, y no solías demorar mucho el regreso. Te conmovía el entusiasmo con que tu amigo te recibía, las locuras que hacía al verte de nuevo en el estanque. ¿Puede una mujer amar a un animal, una planta, una roca, una fuente? Y si lo hace, ¿qué destino la espera? El amor nos aparta de los demás, está más oculto que nuestro propio corazón. Es lo más escondido de nosotros mismos lo que sale a su encuentro.

Siempre te ha gustado leer y estos años la lectura y los libros han sido tu principal entretenimiento ya que pasabas muchas horas sola. Tu amigo permanecía todo el día en su refugio, y no le veías hasta el anochecer. En la *Eneida*, el libro de Virgilio, hay un pasaje en el que piensas a menudo. La reina Calipso le pide a Eneas que le hable de lo que pasó en Troya, y él, que no encuentra palabras para hacerlo, le contesta: Indecible, reina.

Ésa sería tu respuesta si alguien te preguntara por tu amigo. «*Ibant obscuri sola sub nocte per umbran*», se dice en un momento de la *Eneida*. Y es lo que sois él y tú cada noche: los oscuros, los que vagan solitarios por las sombras y las aguas negras.

«El hombre que nada», así lo conocen en los pueblos de los alrededores. Son muchas las historias que se cuentan de él. Se cuenta, por ejemplo, que en las noches de luna abandona las aguas en busca de muchachas a las que hace

seguirle sólo con el poder de su mirada y que se lleva con él a la laguna. Al regresar, las jóvenes no saben dónde han estado ni qué han hecho. Un tiempo después dan a luz a niños que boquean en la cuna como los peces y que tienen la piel cubierta de suaves escamas. Niños que desde pequeños sólo viven para sumergirse y chapotear en el agua, y que un buen día desaparecen en la laguna y no se les vuelve a ver.

También se habla de un niño que se perdió en el mar y al que todos dieron por ahogado. Años después, en una de las islas cercanas unos pescadores hallaron en sus redes a un muchacho desnudo. Estaba muy asustado y no sabía hablar. Al pasar frente a Taboada, vieron que el muchacho gritaba como si reconociera la isla. Recalaron en una de sus playas, donde no tardó en presentarse una mujer que dijo identificar al hijo que había perdido en el mar gracias a una marca de nacimiento en su hombro. El joven se quedó a vivir con ella. Apenas sabía hacer nada y, aunque aprendió a hablar, sólo era capaz de decir unas cuantas palabras sueltas: agua, arena, comida. Tenía un carácter apacible y siempre andaba a la busca de fuentes y riachuelos donde sumergirse. A las muchachas les gustaba bañarse con él pues en el agua se transformaba en la criatura más grácil y ligera que habían visto y disfrutaban acariciándolo y dejando que las llevara en sus brazos. Su piel era la más suave que habían conocido nunca. Un día se internó en el mar y no volvieron a verle.

Ya sé que te parece extraño que ame a un ser así, te dijo Rose uno de esos días. Y te habló de Craso, un orador romano de quien se cuenta que se encariñó de tal forma de un mudo y humilde pez que tenía en el estanque de su jardín, que lloró amargamente su muerte, por lo que llegó a ser criticado en el Senado, donde se lo acusó de haber perdido el juicio. Si el corazón se encapricha de un pez, añadió Rose con una sonrisa maliciosa, qué razón hay para no escucharlo.

Esos últimos días no dejasteis de hablar de aquello. Rose llevaba allí cerca de cuarenta años, compartiendo su vida con él. Estaba al tanto de cada uno de sus gustos y hábitos y te hablaba de ellos con la delectación con que

lo haría de un joven amante. Le gustaban las naranjas y la leche, y la música provocaba en él un estado de enajenación semejante al que ciertas drogas causan en los seres humanos. Amaba especialmente los madrigales de Carlo Gesualdo, un oscuro músico italiano de cuya extraña vida te hablaría más tarde, y las obras religiosas de Johann Sebastian Bach. ¡Qué extraño era que una música que había sido creada para alabar a Dios hiciera gemir de placer a las criaturas que vivían en el limo! ¿Dios era la oscuridad? ¿Quién podía entender un mundo como éste?

Te contó que no le gustaba que le miraran. Por eso salía por las noches, cuando se sentía protegido por las sombras. Y que le gustaba el sonido de la voz humana. La voz de las mujeres, sobre todo, pues la voz más grave de los hombres provocaba su desconfianza. No hablaba, pero emitía unos sonidos muy armoniosos que recordaban el canto de las ballenas. Se alimentaba de otros peces y de sustancias que tomaba del fondo del estanque. En otro tiempo, le dejaban salir con frecuencia a la laguna. Abrían las compuertas que la comunicaban a los canales y las balsas del jardín y llegaba por sus galerías subterráneas hasta el mar. Una vez regresó con un arpón clavado en el muslo. Aquellas costas eran frecuentadas por pescadores y otros barcos y debieron de confundirlo con un pez. Pudo escapar de milagro, pero sus heridas tardaron mucho tiempo en curarse y llegaron a temer por su vida

Todos sus días eran iguales y todos eran distintos, como pasa cuando vives con un niño pequeño, te siguió contando Rose aquella tarde. El día sólo parecía existir para esperar el momento en que él abandonaba su guarida al anochecer e iba a su encuentro. Le gustaban las cosas muy simples y llevarlas a cabo le proporcionaba un vivísimo placer. Ponía objetos en el suelo y hacía que se los llevara diciéndole sus nombres. Paseaban por los canales o por la orilla del estanque. Ella por el suelo y él siguiéndola por el agua. Le arrojaba naranjas que le devolvía. Llegaban a la sala del aljibe, que estaba comunicada con el acuario, y allí abajo se encontraban cada uno a un lado del cristal. Entonces podía ella demorarse en su contemplación sin incomodarlo. Los cristales del acuario y la luz de la sala estaban concebidos de forma que permitían contemplar el discurrir de los peces sin que éstos se sintieran observados. Nadie le había visto y todo lo que se contaba de él eran

fabulaciones sin ninguna relación con la realidad. Sólo ella le veía, sólo se dejaba ver en aquel lugar. Ramón Berenguer había construido el acuario para observarlo, y se pasaba las horas muertas anotando en sus cuadernos lo que hacía. Describía los cambios corporales, su forma de nadar, sus gustos alimenticios, grababa sus cantos y anotaba los gestos con los que se comunicaba. Aquella paciente labor de observación había dado lugar a una gran cantidad de notas y dibujos que en opinión de Rose no tenían demasiado interés, pues se limitaban a descripciones objetivas de su conducta.

Porque lo importante sucedía en el agua, cuando estabas con él. Temíamos las tormentas, los aires huracanados, las olas que azotaban la costa, temíamos el fuego que devoraba los bosques, las mareas de fango y escombros que tras las inundaciones sepultaban los poblados. Pero ¿qué pasaría si pudiéramos estar en ese bosque asolado por el fuego, en el corazón de una galerna, sin que ni las llamas ni las olas nos hicieran daño? ¿Qué pasaría si los cuchillos pudieran entrar en nosotros sin herirnos, si el fuego no nos quemara, si arrebatados por una galerna de pronto descubriéramos que podíamos respirar bajo el agua como los peces? Pues así era estar en el estanque con aquel ser. No era fácil vivir a su lado. Lo llenaba todo, no dejaba espacio para ti. A veces, te decía Rose, al conmoverte te lastimaba, y a veces te agobiaba cuando te llamaba. Era como si siempre te pidiera cosas que no le podías dar.

Rose te contó todo esto pocos días antes de su muerte. Te pidió entonces que te quedaras con ella hasta que ese momento llegara. Después podrías irte. Había dado a Juma la orden de que abriera las compuertas y dejara libre a aquel ser. La preocupaba lo que pudiera pasarle cuando estuviera libre, pero ¿por qué seguir evitando lo que antes o después tenía que suceder?

Tras decirte aquello, Rose volvió la cabeza hacia la ventana que daba al jardín. Estaba enmarcada por una pintura al fresco con plantas de luminosas hojas y aves de coloridos plumajes, vistosos tucanes de grandes picos que parecían a punto de ponerse a gritar. Los ojillos verdosos de Rose centellearon mientras sonreía. Me da pena dejar este mundo, te dijo. En él están los restos del amor, los seres encadenados a su corazón, los viajeros extraviados, el agua de las marismas blancas, las sábanas en que duermen los

niños. Me da pena despedirme de todo eso.

Esos días volviste a pensar en Gonzalo, en el oscuro poder que tuvo sobre ti. No querías verle a tu regreso a España porque no estabas segura de tener fuerzas para rechazarlo. Te habías convertido en su esclava y hacías todo lo que te pedía, no podías oponerte a él. También aquel ser te tenía bajo su poder, y te hacía acercarte al estanque y pasear por su orilla dormida. Pero no era como Gonzalo. Gonzalo era como las arañas. Tendía a tu alrededor una red y cuando querías darte cuenta, no podías escapar de ella. Era como si te dividiera en dos, el corazón por una parte y el cuerpo por otra, y como si sólo fuera tu cuerpo lo que quisiera.

Nadie entiende el corazón, no queremos tenerlo porque no sabemos qué nos pedirá. Por eso lo dejamos abandonado en cualquier parte, para no tener que cargarlo. Pero hay seres en el mundo que vienen a ti trayéndolo en las manos. Y aquella criatura era uno de ellos. Era como si hubiera encontrado tu corazón en el limo, en el fondo del estanque, y te buscara para devolvértelo.

Una de esas tardes, Rose te pidió un último favor: quería verte nadar en el estanque. Fuiste a cambiarte a tu cuarto y mientras lo hacías, pensaste en el padre Dubois detenido en la puerta de la iglesia con su estola y su alba blanca. Tu traje de baño era del mismo color que la vestidura sagrada que llevaba puesta. Ahora mi dios eres tú, le dijiste a aquella criatura sintiendo en el pecho el ritmo acelerado de tu corazón. Por favor, no me hagas daño

Enseguida estabas en el agua. Te movías lentamente, haciendo el menor ruido posible, temiendo y deseando a la vez que aquel ser te descubriera. Dejaste atrás la dársena para adentrarte por uno de los canales en el jardín. Más allá había otra balsa de agua. Nadabas concentrada en las sensaciones de tu cuerpo, tratando de que el pánico no te dominara. Grandes pájaros se despertaron a tu paso, tropezaron contra las ramas y se echaron a volar. Un nuevo canal te llevó a una segunda balsa que se abría a otros canales y otras balsas, cada vez más pequeñas. Nadaste bajo un puente de madera hasta un

canal más ancho que conducía a la poza donde estaban las compuertas que comunicaban con la laguna. El jardín era allí más denso y sombrío. Viste un grupo de lémures que se quedaron mirándote. Ramón Berenguer los había traído de Madagascar y se habían aclimatado a vivir en el jardín. Tenían la cola anillada y unos grandes ojos aptos para ver en la oscuridad, pues sus hábitos eran básicamente nocturnos. Desde tu cuarto habías oído los gritos tremendos que daban por la noche. Fue Linneo quien a causa de esos gritos los había llamado así en recuerdo de los lémures romanos, que eran los espectros o espíritus de la muerte, las inquietas almas malvadas de los hombres que vagaban por la noche y atormentaban y asustaban a los vivos. Te quedaste mirándolos y no te parecieron tan terribles. Era como si te estuvieran hablando, como si te contaran cosas que debías saber. A aquel mundo escondido ¿por qué lo temíamos? ¿No procedíamos todos de las mismas tinieblas?

No tardó en oscurecer y el jardín se llenó de los ruidos de la noche. No tenías miedo, te sentías misteriosamente arropada por las sombras. Algo empezó a moverse a tu lado. Percibiste la agitación del agua, los movimientos de un cuerpo junto al tuyo. Seguiste nadando tratando de conservar la calma, concentrada en cada una de las brazadas que dabas. Levantabas cada poco la cabeza para ver si avanzabas en la dirección correcta, pendiente sólo de recuperar las viejas sensaciones que experimentabas en tus entrenamientos diarios en España. Había que apoyarse en el agua, colocar manos y pies hasta encontrar la postura que mejor se adaptaba a aquel medio. Sentir el agua, ¡qué verdad había en esa frase! Nadaste hasta alcanzar la escalera y te detuviste a contemplar el estanque. Las aguas estaban quietas, aquel ser había podido atacarte y te había dejado marchar.

Rose estaba dormida en su sillón, y arrojaste una naranja al estanque. Se quedó flotando en el agua sin que nadie fuera a buscarla. Pero cuando te alejaste unos pasos y, de espaldas al estanque, tendiste la mano pidiéndole a aquel ser que te la devolviera, la naranja rodó a tus pies. ¿Y si el solo, el olvidado de todos, fuera él, no tú?

Y empezaste a bañarte en el estanque cada noche. Rose te observaba desde su sillón, cada vez más cansada y enferma. Nadabas alrededor de la torre y continuabas por los canales que se internaban en la casa, pues sólo esa parte estaba iluminada con las antorchas que Juma se encargaba de encender. Más allá, sobre todo en las noches sin luna, sólo había oscuridad y no te atrevías a nadar libremente a causa de las culebras que veías a menudo deslizarse por el agua. Nadabas hasta que sentías a tu amigo junto a ti. Percibías los movimientos de su cuerpo y, en ocasiones, algún pequeño roce, sobre todo en los pies, lo que te estremecía. Nadaba debajo de ti, siguiéndote largos trechos atraído por aquel traje de baño blanco que llevabas puesto, hasta que se alejaba y no volvía a aparecer.

Al regresar a la orilla, solías encontrarte a Rose dormida, pues los periodos de tiempo en que permanecía consciente, dueña de sus facultades, resultaban cada vez más cortos. La llevabas al cuarto y, tras acostarla, regresabas al estanque. Era el momento más esperado, pues entonces la criatura se ponía a cantar. Aquel canto recordaba el canto de las ballenas en las bóvedas inabarcables del mar, pero a la vez percibías en él la sombra de algo humano olvidado que aunque no llegabas a entender sentías oscuramente que te estaba dirigido. Algo que hablaba de una tristeza y una soledad ante las que tu propia tristeza y tu propia soledad apenas parecían las quejas de una niña.

Ya en el silencio de tu cuarto, te preguntabas qué sería estar solo en el mundo como él. Qué pasaría, por ejemplo, si te quedaras dormida y al despertar todos se hubieran ido de la casa y, al bajar al puerto, también lo hallaras vacío y en el poblado todo estuviera en ruinas e invadido por la selva. Qué pasaría si descubrieras de pronto que no habías dormido una sola noche sino muchos años y que en la isla, al despertar de ese sueño, sólo quedabas tú. Cómo sería tu vida a partir de entonces, sin nadie en cuyas palabras y gestos reconocerte. Cómo sería encontrarte con los seres de otras especies y no poder comunicarte con ellos. ¿Vivía tu amigo en un mundo así, desde cuándo? Pero ¿acaso su aflicción era distinta de la tuya? No, no lo era. Tampoco tú tenías a

nadie, tampoco tú podías reconocerte en los demás. No era fácil saber quién estaba más solo de los dos, por eso lo buscabas.

Cuando aquel niño murió, pensaste que te ibas a volver loca. No dormías, no querías comer, te parecía que todos te miraban, que te culpaban a ti de su desgracia. El dolor que sentías te hacía gritar por las noches. Empezaste a castigarte. Te llenabas de piedras los zapatos, te herías en los muslos con una navaja, te ponías la ropa mojada, devolvías la comida que tomabas. Cuando lo descubrieron, te internaron en un hospital. Te daban pastillas que te hacían dormir días enteros, te ataban a la cama para que no te hicieras daño. Tenías sólo doce años y te trataban como si estuvieras poseída por el demonio. En aquel sanatorio todos estaban malditos. Los enfermos hablaban solos, escupían la comida por temor a que estuviera envenenada, decían que los cuerpos que tenían no eran los suyos, oían voces que les pedían las cosas más extrañas: comer jabón, orinarse en las camas, bajar al jardín en medio de las tormentas. Al regresar a casa no reconocías tus cosas, tu propio nombre, todo te parecía extraño. Era como si te hubieran llevado a la casa de otra niña y te pidieran que te comportaras como ella.

No querías a tu madre, no querías a tus compañeras. Cuando te preguntaban en clase contestabas tonterías, y las otras niñas se reían de ti. Una vez te castigaron a no salir al recreo y cuando regresaron las demás estabas tirando por la ventana todo lo que encontrabas. Las monjas le dijeron a tu madre que lo mejor era que dejaras el colegio por un tiempo. Ya no volviste nunca. Te pusieron a cuidar a una anciana que vivía en vuestra misma casa. Te insultaba, te acusaba de hacerlo todo mal. Y empezaste a robarla para vengarte. Te llevabas cosas que luego tirabas a la basura. La anciana tenía un pájaro, un canario amarillo que cantaba sin descanso, un pájaro de oro. Una tarde abriste la ventana y lo soltaste. Aún recuerdas los gritos que daba la anciana al ver la jaula vacía. Te persiguió por el pasillo y se puso a tirarte del pelo. Quería que confesaras que lo habías soltado. Y le dijiste que sí, que lo habías hecho porque todo lo suyo te daba asco. Un pájaro tan lindo, le dijiste, ¿cómo va a vivir en una casa que huele a meados?

Era como si ese pájaro fueras tú.

Te volviste malvada. Mentías sin razón, robabas en las tiendas, te orinabas en la cama para fastidiar a tu madre. No tenías remordimientos, era como si estuvieras muerta por dentro. No pensar, no sentir, era tu única meta. Tu madre te buscó una nueva casa. El anciano que debías cuidar era como un vegetal. No hablaba, no se movía de la cama. Le lavabas y le dabas de comer. Se parecía a ti, erais dos muertos en el reino de los vivos. Tenía una hija que vivía con él. Era maestra y se pasaba gran parte del día fuera. A su regreso lo trataba con una inmensa ternura. Era hermoso ver cómo hablaba con él, cómo le daba de comer y lo aseaba, como si no fuera consciente de su incapacidad y de un momento a otro se fueran a ir juntos de paseo. Nunca se quejaba de nada. Se comportaba como si el mundo fuera así, y aquello no la sorprendiera.

Te contaba cosas de su vida. De su empeño en hacerse maestra, de sus oposiciones, de sus primeros destinos. Había estado en un pueblo de la provincia de León. Los niños se dormían en clase y no se enteraban de lo que les explicaba. Pensó que eran víctimas de una enfermedad endémica en la zona, pero acabó descubriendo que en sus casas tenían la costumbre de darles de desayunar vino caliente, y los pobres llegaban a la escuela borrachos.

También tuvo un amor. Era militar y venía a buscarla con su uniforme limpio. Se acordaba de un viaje que había hecho con él a Venecia al poco de conocerse. El hotel en que se hospedaban estaba junto a la plaza de San Marcos, que el mar había inundado. Dieron un paseo corto por el laberinto de callejas que hay en los alrededores de La Fenice, la ópera de Venecia. No era muy tarde pero las calles estaban desiertas, pues allí todo cerraba muy pronto para que camareros, cocineros y tenderos pudieran coger el último tren que los llevaba de vuelta a sus casas, en Mestre. La imagen de la plaza de San Marcos inundada por el mar le hizo recordar una frase de Graham Greene, que era su novelista preferido: «Todos los cuartos de las mujeres enamoradas están llenos de agua». Nunca estuvieron más enamorados que entonces, y aquella plaza cubierta de agua quedaría para siempre en su memoria como una imagen de ese amor.

Pero el chico la dejó plantada sin previo aviso. Se reía al contar esta

historia, como si le hubiera pasado a otra. Una tarde salió de casa y ya no volvió. Se fue dejándole allí su ropa, sus libros, todo lo que tenía, y ella los conservó varios meses, hasta que un día, harta, lo tiró todo a la basura. Es la ley de mi vida, añadió, ser abandonada. Y se quedó mirando a su padre que también hacía tiempo había dejado de vivir en la casa. Pero tú no pensabas en su soledad, en el fracaso que era su vida. A esa edad se cree que el amor durará para siempre, y todos tus pensamientos se centraban en aquella habitación llena de agua donde los novios se habían amado. ¿Vivirías alguna vez en una habitación así?, te preguntabas.

Aquella buena mujer fue tu salvación. No se parecía a tu madre. Tu madre vivía como si el mundo siempre le debiera cosas y se creyera con derecho a reclamarlas; ella, como si todo lo que recibía, por insignificante que fuera, le pareciera un regalo. Vivía sólo para sus alumnos, y siempre estaba contando cosas de ellos. Los jóvenes, te decía, viven en el mundo del deseo; los adultos, en el mundo real. Y los dos mundos se necesitan. Te animó a seguir estudiando y te trajo los libros que necesitabas para hacerlo. Las tareas en la casa te llevaban poco tiempo y aprovechabas el que te sobraba para estudiar. Le dabas las lecciones al anciano, para lo que le ponías el libro entre las manos, como si lo pudiera leer. Cuando ella regresaba, te explicaba lo que no entendías.

Aprobaste sin problema y, al terminar el bachillerato, decidiste hacerte enfermera. Vivías en un piso con otras chicas y trabajabas para pagar tus gastos. Fuiste camarera, dependienta, trabajaste en una fábrica de cerillas, sin dejar de estudiar. Eras guapa y los chicos te buscaban. A veces salías con alguno, y te dejabas acariciar y besar, pero enseguida te cansabas de ellos. Te molestaba su impaciencia, su egoísmo, sus demandas constantes de atención. Tú, que no tenías deseos, ¿cómo ibas a entender a los que sí los tenían? Seguías sin sentir nada, sin querer ver a nadie, eras como una virgen en su ataúd de cristal.

Para las prácticas de anatomía os llevaban a la sala de disección. Sus estantes estaban llenos de grandes frascos donde flotaban en formol todo tipo de

órganos, de fetos y seres deformes. Los cadáveres que teníais que diseccionar tenían un color marrón oscuro que recordaba el de los excrementos. Algunas chicas se mareaban, porque no podían soportar la visión de los despojos. La cámara de los horrores era una sala rectangular de unos treinta metros cuadrados surcada por un pequeño corredor que daba a una alta ventana, sucia e inalcanzable, permanentemente cerrada. A ambos lados del corredor estaban las tinas de formol, una especie de inmensas bañeras alicatadas cubiertas con planchas metálicas. Y más allá se encontraban las mesas donde se diseccionaban los cadáveres. Un mundo de piernas sueltas, troncos sin cabeza, caras hinchadas que estaban perdiendo sus facciones, con aquel horrible olor, el aroma de la muerte mezclado con años y años de soluciones del formol que se inyectaban a los cuerpos. Era como descender al reino de los muertos.

Pero a ti no te importaba estar allí. Incluso llegabas a sentir una extraña paz al entrar. ¿Quiénes eran aquellos seres, qué historias habían tenido, qué sueños? Tantos afanes ¿para qué? No era sólo la muerte, sino aquel mundo de despojos y miembros macilentos que dejaba a su paso. Un cuerpo muerto era el descrédito de la vida, la humillación del amor. ¿Por qué preocuparte de las cosas que te salían mal si todos íbamos a terminar así? La vida sólo era un tejido de infortunios y nadie debería afligirse por lo que ocurría.

Cuando empezaste a trabajar en el hospital, no dudaste en aceptar los puestos que rehuían las demás. Los quirófanos, la unidad de cuidados intensivos, el servicio de urgencias. Tus compañeras te cambiaban las guardias según sus conveniencias, a las que siempre te plegabas. Ellas tenían sus hijos pequeños, sus amantes, sus citas, y tú no tenías nada. No sabías qué hacer con tu tiempo libre y los días se te hacían interminables. Eran ellas las que tenían planes, quehaceres, deseos que cumplir. ¿Por qué no dejarlas vivir en tu nombre los deseos que tú no tenías? Sólo a una cosa te negaste, a estar en la planta de los niños. Tenías miedo de que la visión de los pequeños en sus blancos lechos despertara en ti el recuerdo de tu vecinito ahogado.

Fue cuando empezaste a sufrir aquellos apagones de conciencia, que estabas haciendo cualquier cosa y de pronto te descubrías en otro lugar sin que pudieras explicar por qué estabas allí ni el sentido de tus actos, como si

otra hubiera tomado posesión de ti y te hubiera obligado a hacer cosas que luego no sabías explicar. Casi todas tenían que ver con el agua. Llenabas recipientes que ibas dejando en los pasillos, las escaleras o en los bancos de la capilla, ante la perplejidad de tus compañeras.

Una tarde te citaron en dirección. Fue allí cuando conociste a Gonzalo, que acaba de incorporarse a la plantilla de cirugía. Acompañaba al director médico, al que no supiste explicar por qué hacías aquello. Gonzalo acudió en tu ayuda. Habían sido meses muy duros en el hospital a causa de una salmonelosis que afectó a decenas de personas, y el trabajo se había multiplicado con el consiguiente estrés. Era esa tensión añadida, unida a la falta de descanso, la que te había hecho actuar así. Mientras decía esto, Gonzalo no dejaba de mirarte. Era como si aquel lugar estuviera ardiendo y él se moviera entre las llamas sin que lo quemaran.

Te dieron una semana de descanso, con la indicación de que descansaras y estuvieras tranquila. Y eso hacías, te levantabas tarde y salías a pasear a la orilla del mar. Uno de esos días, oíste que te llamaban y al volverte viste a Gonzalo. Iba al hospital con prisa y tras preguntarte cómo te encontrabas te propuso quedar esa tarde, le dijiste que sí. Regresaste a casa y estuviste pensando qué ibas a ponerte pues querías estar guapa para complacerlo. Pero los tranquilizantes te jugaron una mala pasada y te quedaste profundamente dormida después de comer. Cuando despertaste ya estaba anocheciendo, y alguien llamaba impaciente a la puerta. No sabías cuánto tiempo había pasado y el sopor de la medicación te impedía pensar con claridad. Abriste la puerta y era Gonzalo. Trataste de decir algo, de disculparte, pero antes de que pudieras hacerlo te había aprisionado contra la pared y te estaba besando. No podías moverte y ni siquiera protestaste cuando abrió tu blusa y te empezó acariciar bajo la ropa. Te sorprendió su increíble fuerza física, pues llegó a levantarte del suelo con una sola mano. Ibas a gritar, a decirle que esperara, pero puso su mano sobre tu boca y no te dejó. A que te gusta, murmuró en tu oído sin dejar de acariciarte y de frotarse contra ti. Terminasteis los dos en el suelo. Era violento y dulce, te hacía daño y te daba placer a la vez. Al terminar, Gonzalo se arregló la ropa y sin decir una sola palabra se fue de tu casa. No sabías qué pensar de su conducta. No habías gritado, no le habías

dicho que te soltara, sin darte cuenta habías respondido a sus caricias. Estabas muerta y él te había hecho vivir.

A día siguiente fuiste a la iglesia a confesarte. Tienes que hablar con él, decirle que no te puede tratar como si fueras un animal, te dijo el sacerdote. Asentiste con la cabeza, pero mientras te daba la absolución, sabías que no lo ibas a hacer. Te había gustado que te tomara así y sólo deseabas que volviera a suceder. No era tanto por el placer que te había dado, sino por algo que había pasado cuando se fue. Te quedaste un rato tumbada en el suelo. No querías moverte, decir nada, porque era como si sintieras la presencia de alguien en la casa, y no querías que se fuera. Era como si al acariciarte y besarte, Gonzalo hubiera despertado a otra que estaba a tu lado y que enseguida había corrido a esconderse. Y quisieras que regresara para saber quién era.

Gonzalo fue en tu busca dos días después. Estabas en la farmacia del hospital recogiendo apósitos y otros materiales cuando alguien entró. No necesitaste volverte para saber que era él. Te abrazó por detrás y te estuvo tocando los pechos y el vientre sin que tú se lo impidieras. Te espero en la lavandería, te dijo al oído. Lo sentiste alejarse, cerrar la puerta. Todo quedó en silencio, sólo se oían los latidos de tu corazón. No estaba en tu pecho ese corazón, era como si Gonzalo hubiera venido a decirte que sabía dónde estaba y que te podía llevar a él. No lo dudaste. Llevaste a tu consulta el material que habías ido a buscar y te dirigiste al almacén. Era una sala inmensa, en el sótano. Al fondo estaba la lavandería, y según te aproximabas oías el zumbido de los motores. La puerta estaba abierta y una luz blanca se extendía por el pasillo. Volvías a la sala de disección, a aquel mundo de órganos y miembros amputados donde habías pasado la vida. Y allí, entre las tinas de formol y las mesas llenas despojos de otros cuerpos, estaba Gonzalo esperándote con tu corazón en las manos.

El corazón humano ¿eran los ogros quienes lo guardaban?

Ésta la historia de cómo Rose Hansson y Ramón Berenguer llegaron a Taboada con la criatura. Aquel extraño ser no procedía de la laguna Negra sino de América del Sur, de una zona situada en la costa norte de Ecuador llamada Esmeraldas. Allí se encuentra el manglar más alto del mundo, con especies que pueden sobrepasar los sesenta metros de altura. Sus habitantes viven de la pesca y son casi todos negros. Sus primeros pobladores fueron náufragos que ganaron la tierra a nado desde un barco de esclavos que encalló junto a la costa. Allí encontraron un clima similar al de África, y se establecieron como cimarrones.

Esmeraldas era un pequeño paraíso. Al atardecer, los manglares se llenaban de garzas, pelícanos y fragatas que bajaban a alimentarse de los peces y los cangrejos azules que vivían en sus aguas. Desde sus costas se observaba el deambular de las ballenas jorobadas. Ramón Berenguer y Rose no se conocían aún. Él estaba ocasionalmente en Quito, la capital de Ecuador, adonde había ido a documentarse para el libro que estaba escribiendo sobre el viaje de Darwin en el *Beagle*. Darwin llegó a las islas Galápagos en 1835 como parte de un largo viaje de exploración científica. Sus trabajos sobre algunas especies como las tortugas y, en especial, los pinzones, aves del archipiélago, fueron clave para desarrollar su teoría de la evolución. Ramón Berenguer acababa de regresar del archipiélago cuando en uno de los periódicos de Quito leyó una noticia que captó su interés. Unos pescadores de Esmeraldas habían capturado en sus redes a una extraña criatura. Un ser que vivía en los manglares y que a pesar de ser el agua su hábitat natural poseía una figura humana.

En esa época se acababan de descubrir unos restos óseos en Inglaterra, en Piltdown, un pueblo de Sussex, que correspondían a un homínido. Un obrero los encontró en una cantera y se los entregó a un arqueólogo aficionado, que los presentó junto a un reputado paleontólogo del Museo Británico en la Sociedad Geológica de Londres. Y enseguida se extendió la noticia de que aquellos restos correspondían al ansiado eslabón perdido. Se creía entonces que el eslabón tenía que haber tenido un gran cerebro, presentar rasgos simiescos y evolucionar posteriormente a una apariencia humana, y aquellos huesos parecían tener esas características.

Todo quedó al final en un gran fraude, ya que los restos pertenecían a un simple gorila, pero en aquel tiempo la comunidad científica vivía obsesionada con la posibilidad de dar con ese fósil clave, algo así como el Santo Grial de la paleontología. Se habían descubierto ya muchos homínidos, pero ninguno era esa conexión definitiva entre el simio y el hombre que conseguiría probar, más allá de toda duda, la teoría de la evolución. Y la noticia del descubrimiento de aquel ser acuático le hizo concebir a Ramón Berenguer algo perfectamente congruente con las inquietudes de aquel tiempo. ¿Y si todos estaban equivocados y ese eslabón perdido había que buscarlo en el agua? ¿No era en las profundidades marinas donde se había originado la vida?

Ramón Berenguer se desplazó a Esmeraldas para ver al hombre anfibio. Cuando llegó, se estaba muriendo. Lo tenían en un charca llena de lodo, sujeto con cuerdas que limitaban sus movimientos. La visión de la criatura superó ampliamente sus expectativas, pues a pesar de las escamas que lo cubrían y de las branquias de su cuello, su cuerpo tenía una inequívoca forma humana. Aquel ser no soportaba que nadie se acercara a él y permanecía sumergido en el lodo hasta la noche. Sólo entonces, y al amparo de las sombras, emergía de las aguas corrompidas y se quedaba absorto mirando a su alrededor. Ramón Berenguer lo estuvo observando varias noches, aunque la oscuridad le impedía verle con detalle y cuando encendía una luz para iluminarlo éste volvía a sumergirse en el lodo. Habló con los indígenas y les ofreció por él una importante cantidad de comida, ropa y herramientas. Y regresó a Quito con una idea: conseguir los medios precisos para llevarse de allí a aquel ser. Habló con su amigo Edward Drinker Cope, un célebre paleontólogo e ictiólogo que se había hecho famoso por sus descubrimientos en tierras americanas de distintos restos de dinosaurios, y decidieron fletar un barco con el que acceder a Esmeraldas desde el mar. En el barco llevarían un gran tanque de agua salada para introducir a la criatura, hecho lo cual se dirigirían a Tampa, en la costa oeste de Florida, a través del canal de Panamá, que por entonces se acaba de abrir.

Rose Hansson era una joven ictióloga que por entonces trabajaba en el acuario de Tampa, y que, atraída por el descubrimiento, se puso a disposición

de Ramón Berenguer. Era a ella a quien se debían los primeros dibujos de la criatura y las primeras notas acerca de su conducta. Rose se pasaba las horas frente al acuario observándola en la oscuridad. Aquel ser poseía unas garras palmeadas que acrecentaban sus habilidades para nadar, a la vez que le permitían capturar pequeños animales, y podía causar severo daño a ejemplares más grandes. Una formación dentada que le recorría la espalda y le llegaba hasta los muslos ensombrecía su aspecto. Esta estructura actuaba como un radiador natural que contribuía a mantener una temperatura corporal constante. Para su defensa contra ataques, estaba provisto de escamas superpuestas que le creaban una especie de escudo flexible en torso, brazos y piernas. Su cabeza tipo yelmo, cruzada por dos líneas de branquias, le permitía deslizarse rápidamente a través del agua. Respecto de sus pies, éstos también poseían bordes palmeados como sus garras, pero además estaban provistos de pequeñas alas dentadas situadas en los talones, que funcionaban como sensores y que lo más probable es que lo habilitaran para mantenerse en equilibrio cuando debía caminar por algún terreno.

No tardaron en comprobar que estaba dotado de una gran inteligencia. Tenía la capacidad de recordar tanto a corto como a largo plazo, y era capaz de determinar patrones, distinguir tamaños, e incluso identificar colores y formas. Sus aptitudes miméticas le permitían copiar el comportamiento de los peces que había en el agua, y acercarse a ellos sin ser visto. No sólo se daba cuenta de cómo conseguir la información de su entorno, sino que se servía de ella y la conservaba en su memoria. Todo aquello tenía que ver con alguna forma indefinible de conciencia.

Una tarde, al regresar de la playa, Rose se acercó a la nave donde lo tenían. Estaba en un viejo y enorme tanque de acero y Rose se detuvo ante uno de los ojos de buey que había en su pared. Acudía allí cada noche, donde esperaba inútilmente en la casi completa oscuridad a que aquel ser apareciera. Esperaba un rato ante una de las ventanas circulares y luego se dirigía lentamente a la puerta de salida, donde volvía a detenerse. Entonces oía a la criatura cantar. Recordaba el canto de las ballenas jorobadas, a las que sin duda había escuchado desde los manglares en que vivía, y que su poderoso instinto de imitación le permitía reproducir sin esfuerzo.

Era un sonido como de música, aunque carecía de forma, y que la obligaba a detenerse, escuchar y estremecerse como con una canción. Y esa noche vio a la criatura asomada a uno de los ojos de buey. Apenas duró un instante, pues ésta enseguida se apartó del cristal para alejarse nadando a su refugio. Y Rose supo que lo que había pasado tenía que ver con la forma en que se había mostrado ante él: con aquel pelo mojado y la piel aún brillante por el agua que acababa de abandonar, y con el traje de baño blanco que llevaba. Rose le comentó a Ramón Berenguer sus sospechas y decidieron que a partir de ese instante siempre visitara la nave así vestida. Y en efecto, a Rose le bastaba con entrar en la nave para que la criatura la siguiera de ventana en ventana por el interior del acuario, aunque ella apenas percibiera en la oscuridad otra cosa que el bulto de su cuerpo tras los ojos de buey.

Rose y Ramón Berenguer pronto descubrieron que estaba dotada como tantos seres que viven en la selva de una visión nocturna que le permitía ver en la oscuridad, y que ésta era la razón de que aquel traje de baño blanco hubiera adquirido ese papel esencial. Significara lo que significara, estaba claro que era un elemento esencial en la atracción irresistible que Rose ejercía sobre él. Porque sólo a su lado quería estar, y bastaba que Ramón Berenguer la acompañara en una de las visitas para que se negara a abandonar su refugio y no la pudieran ver.

Rose grababa sus cantos, que siempre tenían lugar cuando ella hacía ademán de alejarse. Se mezclaban en ellos las voces de distintas criaturas que se deslizaban por el abismo de las disonancias, originando momentos de una intensa emoción. Una tarde en que le hicieron escuchar las grabaciones a Edward Drinker Cope, éste exclamó turbado: Parecen frases, personas que dicen cosas, que no saben explicar qué les pasa.

A esas alturas Rose y Ramón Berenguer se habían enamorado, lo que hizo que su interés por la criatura se acrecentara pues había sido a su sombra como había surgido su amor. Se casaron poco después y se tomaron unos días de descanso. A su regreso todo había cambiado. Edward Drinker Cope había decidido hacer público el descubrimiento y las noticias sobre la criatura aparecieron en las páginas de los periódicos del Estado. El célebre paleontólogo se atribuía un descubrimiento que estaba llamado a cambiar el

discurso de la ciencia de entonces. Edward Drinker Cope era un buen hombre, pero le perdía su afán de notoriedad. De hecho, llevaba años enfrentado con otro célebre paleontólogo en lo que dio en llamarse la guerra de los huesos, en la que ambos competían por ver quién lograba descubrir más restos de nuevos dinosaurios, por lo que quiso aprovechar aquella circunstancia para conseguir que su nombre volviera a las primeras páginas de los periódicos. Las noticias hicieron que fueran muchos los que quisieran acercarse al acuario para ver a la criatura de los manglares, lo que movió a su director a organizar visitas para verle. Aquellas visitas la enloquecían y una noche logró arrancar la cadena que la sujetaba y escapar del acuario buscando el mar, aunque no tardó en terminar presa de nuevo en las redes de sus perseguidores.

Éste fue el panorama que Rose y Ramón Berenguer se encontraron al regresar de su luna de miel. Al ver el estado de la criatura tomaron la resolución de llevársela de allí, y una noche huyeron con ella en un camión dotado de un gran depósito con agua salada. Empezó así un periplo por América del Sur que duraría varios meses. Estuvieron en Venezuela y en Brasil, por cuya costa atlántica descendieron hasta Misiones. Ramón Berenguer poseía una gran fortuna y en ese viaje alquilaban haciendas apartadas, dotadas de piscinas o grandes depósitos, donde se quedaban un tiempo. Al comienzo de su aventura, había sucedido algo que tuvo una influencia decisiva en la decisión que finalmente tomarían. Estaban en el delta del Orinoco, en Venezuela, cuando cansados de aquel peregrinar decidieron terminar con el sufrimiento de la criatura soltándola en el mar. Se alojaban en un hotel cercano, y una noche que Rose paseaba sola por la playa oyó su canto y comprendió que la criatura no se quería separar de ella. Rose regresó al hotel a cambiarse y se internó temblorosa en el agua. Llevaba aquel traje de baño blanco que era su talismán, y no tardó en sentir cómo algo nadaba a su lado siguiéndola. Un gran pez que, lejos de atacarla, se movía a su alrededor como si estuviera jugando con ella. Nadaron juntos un buen rato hasta que regresó a la playa. Y entonces vio entre las sombras la cabeza y los hombros de la criatura asomando en el agua.

Estuvieron un tiempo en aquel hotel, y por las noches Rose se internaba

en el mar en busca de la criatura que invariablemente acudía a su encuentro. Rozaba sus pies o sus brazos, jugaba con ella. A veces la retenía entre sus brazos y ella tiritaba como si estuvieran en invierno y el agua estuviera helada. Luego, en la playa, volvía a oír su canto. Empezó a notar una serie de cambios físicos. La luz le hacía daño y sólo se encontraba a gusto en la oscuridad. Dejó de comer carne y los menores ruidos la sobresaltaban. Y sus deseos sexuales se intensificaron hasta ser como las primeras noches de su luna de miel. Y tanto ella como su marido supieron que todo aquello tenía que ver con sus encuentros con aquel ser, que era como si su proximidad despertara en ella facultades que estaban dormidas. Le bastaba, por ejemplo, sumergirse en el agua, para percibir sonidos que nunca antes había oído y que tenían que ver con la vida desconocida del mar.

Pero los pescadores comenzaron a alarmarse por la presencia en las costas cercanas de un pez desconocido que rompía sus redes para robarles el pescado, y organizaban batidas armados de arpones y escopetas. Ramón y Rose vieron que corría peligro y decidieron llevarse a la criatura de allí. Pero ¿cómo harían para sacarla de nuevo del mar? Fue ella misma la que regresó al camión por su propio pie. Se había herido con unas redes e, incapaz de liberarse de ellas, se metió en el depósito buscando su protección. No se movió ni se quejó cuando Rose le quitó aquellas cuerdas, a pesar de que habían penetrado en su muslo. Mientras lo hacía, Rose no podía evitar mirar su boca, que abría y cerraba como una gran flor pálida que temblara en la oscuridad. Era como un niño deforme que acabara de rescatar de un peligro.

Aquel viaje se prolongaría varios meses. Llegaban a lugares apartados donde dejaban libre a la criatura y, al irse, les bastaba con situar el camión junto a la playa para que ésta, aprovechando la noche, volviera a introducirse en el depósito, pues a esas alturas dependía por completo de ellos. Su azaroso viaje los llevó a Misiones, y allí una noticia de un periódico local decidió su destino. La noticia hablaba de la muerte de un excéntrico millonario de Montevideo que se había hecho construir una casa en una isla al sur de África, junto a Madagascar. Su hija estaba loca y buscó para ella un lugar apartado donde pudiera vivir lejos de la conmisericordia de la sociedad en que vivían. Nadie sabía por qué había elegido aquel lugar, pero una vez terminada

la casa se trasladó allí con su hija enferma. La hija no tardó en morir a causa de unas fiebres, pero el atribulado padre ya no quiso abandonar la isla, donde permaneció hasta su muerte, acaecida varios años después.

El reportaje venía acompañado de una fotografía de la casa, y Ramón Berenguer se prendó de su belleza. Podían comprarla y desplazarse allí con la criatura, donde nadie los molestaría. Al fin y al cabo, el ser que ellos querían proteger ¿no era como la hija loca del excéntrico empresario, alguien que el mundo nunca sabría comprender ni amar? Ramón Berenguer contactó con la familia del empresario y les ofreció una fuerte suma por la casa, que éstos aceptaron sin discutir.

Y así, dueños de las escrituras, Rose Hansson y Ramón Berenguer se embarcaron hacia África, llevando a la criatura en un gran tanque de agua en la cubierta del barco. El viaje fue largo y accidentado, pero cuando por fin llegaron a Taboada y pudieron ver la hacienda que habían comprado respiraron con alivio, pues se ajustaba a la perfección a lo que estaban buscando. Era un lugar de extraña y anómala belleza que parecía haber brotado de la misma deformidad y locura de la selva, en continuidad con los árboles gigantes y los tres volcanes que lo rodeaban.

La hacienda estaba en la orilla de una laguna de agua salada. Tenía una alberca excavada en el suelo que tomaba el agua de esa laguna, y un gran jardín protegido por un cercado de piedra que lo aislaba del exterior. Hicieron arreglos. Ampliaron la alberca principal hasta construir una inmensa dársena, y mejoraron los canales y compuertas que la comunicaban con la laguna. Más tarde, trazaron la red de canales que se internaba en la misma casa, para que la criatura pudiera entrar en ella sin exponerse a sus miradas, pues a pesar de todos los avances que habían conseguido en su trato con ella sus visitas debían transcurrir en la oscuridad.

Ramón Berenguer viajaba a menudo a Europa y a América, para participar en congresos y dar conferencias, pero Rose ya no se movió de la isla. Algo misterioso la ataba a aquel ser, y no hacía otra cosa que esperar el atardecer para dirigirse de nuevo al estanque en su busca. Él venía a su encuentro y permanecían largo tiempo nadando juntos en el agua. Y entonces, hechos remotos de su vida volvían a ella con una intensidad

desconocida. Y regresaba en sus pensamientos a su pueblo natal, entraba en la casa en la que había vivido, o se veía en la montaña espiando a los ciervos. Los jóvenes a quienes había amado se le acercaban y le susurraban obscenidades mientras se reía. Su padre vivía y lo escuchaba decirle cosas que nunca antes le había dicho. Incluso se acercaba para acariciarla y besarla como si fuera su amante.

Pero Ramón Berenguer nunca regresó del último de sus viajes. La avioneta en que viajaba se perdió en el mar, y sólo encontraron unos restos flotando en el agua. Se le dio por desaparecido y Rose heredó su fortuna. Ya no abandonaría Taboada. Su vida a partir de entonces transcurriría por completo en compañía del ser que habían rescatado. Fue ella quien multiplicó los canales con el fin de que él pudiera entrar en la casa sin necesidad de abandonar el agua, ya que en la tierra se mostraba torpe e inseguro, y para que también así pudiera acercársele sin necesidad de exponerse a su mirada. Sólo a la luz de aquellas antorchas se producían sus encuentros nocturnos. Y pronto supo que su inteligencia no tenía parangón en el mundo animal. Llegó a reconocer las letras, como lo demostraban aquellos ejercicios en que él tenía que colocar los objetos sobre sus nombres escritos, y entendía muchas cosas de las que le decía. Su mente científica la llevó a hacer todo tipo de pruebas con aquel ser y a anotar en sus libretas de campo sus observaciones. Pero poco a poco dejó de hacerlo, porque pronto comprendió que nada de aquello reflejaba la verdadera naturaleza de aquel ser, sus increíbles aptitudes, que sólo se revelaban cuando estaban en el agua.

En las noches con luna llena, Rose lo esperaba a la orilla de la dársena con la cabeza cubierta por un pañuelo, ya que entonces era él quien salía del agua para ir a buscarla. Se movía a su alrededor mientras oía su respiración agónica y aquellos extraños sonidos que parecían prefigurar sílabas o frases entrecortadas. Al pasar frente a una de las antorchas, Rose percibía a través del delgado pañuelo el bulto de su cuerpo meciéndose. Cuando regresaba al agua, ella se retiraba el pañuelo de la cabeza y contemplaba el rastro de humedad que ese deambular había dejado en las losas. Los indios llamaban paradisíacas a las mujeres que mojaban con agua el suelo de las casas para refrescarlas. A ese mismo orden de seres pertenecía aquella criatura.

Ésta fue la historia que te contó Rose unos días antes de morir. Lo hizo en primera persona, como si quien la había vivido en el pasado hubiera sido ella misma. Pero a esas alturas tú ya sabías que no era así y que ella no podía ser Rose Hansson, la esposa de Ramón Berenguer. Te había engañado desde el principio, ocultando su verdadera identidad. Y todavía hoy te preguntas si esa anciana, cuyo verdadero nombre, Aurora Müller, no tardarías en saber, no había llegado a perder el juicio y, a fuerza de suplantar a la verdadera Rose, había llegado a considerar como suyas unas experiencias que en ningún caso podían pertenecerle, ya que habían ocurrido antes de que ella naciera.

La estabas acostando cuando la falsa Rose te pidió un último favor: que te quedaras con ella hasta el momento de su muerte. Quería que cumplieras su última voluntad, escrita en una carta que encontrarías en el cajón derecho de la mesa de la biblioteca. Luego le ordenarías a Juma que abriera las compuertas de la laguna, para que la criatura pudiera regresar al mar. Tendría que aprender a vivir por sí misma, como había hecho antes de que ellos la encontraran. Quién sabe, añadió, tal vez en las profundidades del mar hubiera otros de su especie y pudiera reunirse con ellos. Y se extendió en un breve comentario sobre cómo las ballenas, delfines y marsopas podían comunicarse a distancias enormes, pues tenían un sentido del oído muy elaborado, que incluía la habilidad de detectar la procedencia de los sonidos, y no era descartable que aquel ser pudiera comunicarse con otros como él, si es que acaso existían en algún lugar de los océanos.

Odalys había contratado a dos muchachas nuevas, y estaba con ellas en la cocina donde les daba instrucciones acerca de lo que debían hacer en la casa. Se sobresaltaban al menor ruido, sin duda a causa de las historias que se contaban de aquel lugar. Procedían de la parte norte de la isla, del mismo poblado que Abdu. Tenían su misma edad y habían crecido juntos. Te hablaron de la afición de Abdu al agua y de cómo les traía estrellas de mar, conchas y trozos de coral rojo para hacerse collares. Eran casi unas niñas y mientras te contaban eso no dejaban de mirarse y de sonreír. El blanco de sus ojos brillaba en la noche de sus caras como lunas gemelas. Un animal gritó en el jardín y ellas se abrazaron sobresaltadas para al momento echarse a reír. Pertenecían como Abdu al coro de los alegres, de aquellos para los que la

realidad es amiga.

El ser que vive contigo ¿a qué mundo pertenece? Viene de la oscuridad, de la noche, viene de un mundo y de un tiempo anterior a este que conocemos. Un mundo que sin embargo regresa misteriosamente en nuestras pesadillas, en los llantos nocturnos de los niños, en los gemidos de los amantes durante la cópula.

En aquella carta, Aurora Müller, te daba instrucciones sobre lo que debíais hacer tras su muerte. Había que velar su cuerpo hasta el momento del funeral, que se celebraría en la iglesia. El entierro sería en el mismo jardín, en la tumba dedicada a su esposo. Una tumba que estaba vacía, ya que tras el accidente nunca habían encontrado sus restos. Pero ese entierro debía esperar aún unas horas. Por la noche, y cuando ya estuvieras sola, le pedirías a Juma que llevara su cuerpo a la dársena, en cuyas aguas la dejaríais flotando sobre una balsa. Luego os retiraríais hasta el amanecer, en que volveríais a recoger el cuerpo para enterrarlo debidamente.

Al regresar de la iglesia, Juma y tú os despedisteis de cuantos os acompañaban para quedaros solos con el cadáver. Juma lo trasladó en brazos hasta la dársena, y lo puso sobre una balsa con cañas que él mismo había fabricado de noche. Adornaste la balsa con flores y lamparitas de aceite que pusiste alrededor del cuerpo de la falsa Rose. Juma la arrastró hasta el agua, mientras ponías en el tocadiscos *Se la mia morte brami*, el madrigal de Carlo Gesualdo que era su preferido. La balsa se deslizó suavemente hasta el centro de la dársena como arrastrada por aquella música en que se mezclaban el amor, la locura y la muerte. Era una noche con luna, y la túnica blanca de aquella mujer destacaba entre las flores y las llamitas parpadeantes de la balsa como el vestido de una novia. Sabías que cuando Juma y tú la dejarais sola, la criatura saldría de su escondite para ir a verla. ¿Sabría lo que era la muerte?, ¿escucharía ese «nunca más» que traía consigo cuando se acercaba: «nunca volverás a tu hogar, nunca volverás a ser tú, nunca volverás con los que amas?» Pero eso qué importaba ya. Allí habías terminado, y al día siguiente regresarías a por el cadáver, y tras enterrarlo en el jardín, le pedirías a Juma

que abriera las compuertas de la laguna para que la criatura pudiera recuperar la libertad. Luego te irías para siempre. Estabas al final del trayecto, como en un cementerio donde las cosas descansan.

¿Quién era Juma de verdad? ¿Cuánto sabía de aquel lugar, de la vida de la falsa Rose? Siempre se había mantenido frío y distante contigo, receloso de tu presencia en la casa, pero esa noche te sorprendió su inesperada amabilidad, la deferencia con que te trataba, como si ahora que su ama se había muerto por fin te permitiera ocupar su lugar. Siempre te había sorprendido la extraña cualidad de sus movimientos, como si pareciera dudar a cada instante de lo que iba a hacer. Recordaba esa dubitativa gestualidad de los ciegos cuando han de moverse en lugares que nunca terminan de conocer del todo. Esa mínima vacilación de los gestos que, más allá de sus limitaciones, parece hablar de un espacio en el que sólo su ceguera les permite adentrarse, como si en el interior de esa casa hubiera otra escondida en que siempre reinara la oscuridad. Una casa de la que vosotros, los hijos de la luz, no sabíais nada. La casa en la que Aurora y él se encontraban con la criatura del estanque.

Juma te acompañó hasta la puerta de tu dormitorio, y te dijo con gestos que él se quedaría abajo velando. Momentos antes Odalys te había llamado ama Rose, que era como se dirigía siempre a Aurora. Estuviste a punto de decirle que no te llamara así, que tú nunca serías la señora de aquel lugar ni ése era tu nombre, pero Odalys ya se había ido y no tuviste ocasión de corregirla. Ya en tu cuarto, te detuviste ante el espejo. Y ahora, ¿qué harás?, le preguntaste a la imagen que te devolvía. Te sentías como una de esas heroínas de las novelas que leías de joven. Por grandes que hubieran sido sus sufrimientos, siempre encontraban cosas que hacer en las mansiones tenebrosas donde vivían. Tenían el poder de transformar el dolor en belleza. Pensaste en Aurora flotando en las aguas del estanque y en aquel ser nadando alrededor de la balsa esperando que despertara. ¿Sabría qué era la muerte? No, no podía saberlo. Sólo los seres humanos sabían eso, y aquel ser no era un humano. Pero ¿por qué Rose y las mujeres que la habían sucedido le habían dedicado su vida? Tu corazón latía de una manera errática, como un pájaro herido que agita las alas.

Allí estaba el jardín, la dársena que moría a tus pies, los canales que entraban en la casa, y todo lo estuviste mirando como si sólo fueran cosas que te imaginabas.

No amaneciste hasta bien entrada la mañana. La tumba en que debías enterrar a Aurora estaba en el jardín, bajo un inmenso baobab, el árbol de la vida. Una simple lápida con el nombre de Ramón Berenguer señalaba el lugar. Mas la tumba quedaría vacía para siempre ya que el cuerpo de Aurora no estaba en el estanque cuando fuisteis a buscarlo. Juma no se sorprendió al ver la balsa vacía, sabía que eso iba a suceder. Y pensaste en aquella criatura y que era ella quien se lo había llevado. Pero ¿adónde y para qué?

El hecho te hizo desear más que nunca abandonar para siempre aquel extraño lugar. Pero aún te llevarías una nueva sorpresa, ya que a pesar de abrir las compuertas que comunicaban los estanques con la laguna, la criatura no se movió de allí. Cada noche lanzabas varias naranjas al agua y cuando regresabas a la dársena por la mañana, volvías a encontrártelas en el suelo. Una noche sustituiste a Aurora en el ritual que le habías visto realizar cuando la espíaste desde el jardín. Esperaste a que oscureciera y, tras poner la música que le gustaba, te sentaste a esperar. Estabas de espaldas a la dársena y te habías cubierto la cabeza con el mismo velo que Aurora utilizaba. La música del príncipe de Venosa invadió el espacio con sus voces hipnóticas, y no tardaste en sentir que aquel ser se acercaba a la orilla. Lo sentiste salir del agua y arrastrar los pies por la sala. Muy pronto respiraba junto a ti. También sentías su olor, una mezcla de arena mojada, sal y pescado. En ese instante el disco llegó a su final y la música cesó. Lo sentiste retroceder y arrastrarse lentamente hacia el estanque, y al volverte sólo viste el rastro de humedad que había dejado en el suelo. Te alarmó saber lo cerca que había estado de ti. Sin embargo no te había hecho nada. Era como si hubiera aprobado que fueras tú la que ahora estuviera en lugar de Aurora.

Agobiada por estos pensamientos, te dirigiste al puerto para estar un rato con los amigos de Abdu. Allí te esperaba una sorpresa, había llegado una carta a tu nombre. Era de Christophe y te anunciaba en ella su próxima visita

a la isla. La carta llevaba una semana en la cantina y viste con alegría que la fecha de esa visita era justo al día siguiente. La noticia te hizo muy feliz pues, aparte de añorar los besos y las caricias de Christophe, necesitabas a alguien con quien hablar de lo que te estaba pasando. ¿Te creería cuando se lo contaras? Sonreíste al pensar en ello, pues no era probable que lo hiciera. Podrías llevarle contigo a la casa y enseñarle los estanques y la red de canales que se internaban en la casa, podrías hacerle oír las grabaciones que Rose había hecho de sus cantos y chasquidos, hablarle de la criatura y decirle que podíais vivir los tres juntos en la casa, como habían hecho Ramón Berenguer y Rose Hansson con ella. Cuando él se fuera de viaje, lo esperaríais en la casa, como una familia buena y complaciente. Ahora eras muy rica y nunca os faltaría dinero para vivir.

Te reíste de tus propias ocurrencias mientras paseabas por la playa. La noche era apacible y el olor del mar recordaba el de la criatura que había danzado a tu alrededor. Cerraste los ojos y reviviste los instantes en que se había acercado a ti. El sonido de sus pies al arrastrarlos, el de su respiración agónica y tentadora a la vez, como si aquello tuviera que ver con el goce. También, los momentos en que al bañarte la sentías nadar por debajo de ti y algo inexplicable te llevó a desear que todo aquello se repitiera. Te fijaste en la manera en que el viento soplaba en los árboles, un sonido como de voces burlándose. Esa noche no había bajado al puerto ninguno de los chicos que conocías, y te sentaste un rato en una de las barricas para contemplar el mar. Varios monos se acercaron a la playa. Parecían hombres diminutos y deformes. Venían a recoger los restos del pescado que quedaban en el muelle y te miraban amenazantes, como advirtiéndote que no se te ocurriera acercarte. ¡Qué extraño era el mundo! ¡Qué extraño que sus criaturas no pudieran entenderse entre sí, que a pesar de estar juntas siempre estuvieran tan solas!

Los días que siguieron fueron muy dichosos para ti. No te separaste de Christophe. Recorríais en el barco las islas vecinas comprando y vendiendo aceite de coco, ron, azúcar de caña, tallas de madera, manteles y maquetas de

barcos. Christophe siempre estaba pendiente de ti y cada noche que pasabas en sus brazos te alejaba más del recuerdo de la tenebrosa mansión y de lo que habías vivido con Aurora. A menudo le hablabas de ella y de la serenidad con que había afrontado su muerte. También, de tu intención de regresar a Europa tan pronto arreglaras los asuntos que aún te retenían en la isla. Cuando lo haga, no tardarás en olvidarme, le decías a Christophe, que se limitaba a sonreír sin contestarte. Porque estaba claro que te iba a olvidar. ¿Lo olvidarías tú también a él? Puede que tardaras un poco más, pero terminarías haciéndolo porque nunca habías amado a nadie. No sabías qué era el amor, si es que algo así existía y no era una invención, sobre todo de las mujeres.

Y no, tampoco amabas a Christophe. Te gustaba estar con él, dormir a su lado en aquel catre tan estrecho en que apenas cabíais. Te gustaba verle desnudo, ver cómo bastaba una caricia para que su hermoso miembro despertara y enseguida estuviera dentro de ti, privándote de toda razón. La dama y el unicornio, ¿quién podía explicar lo que hacían en el bosque? Es asombrosa la facilidad con que se acoplan los cuerpos. No importan las ropas, el lugar en que se encuentren, basta una caricia, un beso y al momento son uno solo. No querías que se retirara nunca; tenerlo toda la noche dentro de ti era tu deseo. No es verdad que nuestra patria sea la infancia, tampoco la lengua en que oímos las primeras palabras. Nuestra única patria es el cuerpo de los seres que amamos.

Por las noches te bañabas desnuda en el mar. Nadabas en la oscuridad, bajo el cielo repleto de estrellas que brillaban en lo alto como ojillos de gente loca. No sabías por qué lo hacías, qué buscabas y cuando por fin regresabas al barco, estabas temblando. Christophe te secaba con una toalla, te tomaba en sus brazos para quitarte el frío. Era como si hubiera temido que no fueras a volver, que fueras a desaparecer en el mar, y no pudiera ocultar el contento que sentía al recuperarte. Y enseguida te estaba haciendo el amor. Sentías su cuerpo ardiente, sus caricias, cómo buscaba tu sexo con el suyo siempre dispuesto. Era como tener un niño grande al que dabas de comer. Nunca se cansaba y tú tenías que reñirlo dulcemente, pedirle que se estuviera quieto y

te dejara dormir un rato.

Pero aquello no se parecía a lo que luego sentías en el agua. Allí eras tú la que no se cansaba, la que podía pasarse horas enteras sin regresar al barco. Te imaginabas en el estanque, esperando que aquel ser fuera a tu encuentro. Recordabas las últimas veces que te habías bañado con él, el cuidado con que analizabas tus mínimas sensaciones, a la espera de sentir su cuerpo junto al tuyo. El cuerpo de Christophe no era así. No es que no fuera hermoso, que lo era de un modo casi inverosímil. Recordaba a un cachorro de león. Nunca se estaba quieto, a todas horas estaba encima de ti. Te gustaba esa locura que lo llevaba a buscarte sin descanso, pero no te quedarías con él. Con tu amigo del agua todo era distinto. Pertenece a la noche, a la oscuridad, no sabías qué quería, por qué se acercaba a ti, pero cerrabas los ojos y le pedías que no te dejara. ¿Los ojos cerrados a quién pertenecen, ven lugares que hemos olvidado, a los que ya no podremos volver si los abrimos?

Christophe y tú nunca viviríais en lugares así. Aquel barco era la casa de los vivientes, los alegres, los que nunca tienen penas. Vuestros cuerpos se habían vuelto iguales a causa de tantas caricias, como esos cantos que en el cauce de los ríos el agua pule y redondea hasta volverlos idénticos. En esos cantos soñaban las muchachas reales cuando se enamoraban. Pero tú no eras así, pertenecías a la dinastía que Rose Hansson había fundado en la isla. Y era en ese reino proscrito donde te encontrabas con tu amigo. A veces te parecía ver el resplandor de su cuerpo en la oscuridad, como el de esos fuegos fatuos de los cementerios que son las almas de los muertos. Y lo imaginabas siguiéndote bajo el agua, como cuando te bañabas en la dársena. Y lo oías cantar. Era un canto que hablaba de oscuras libaciones y de desconocidas dulzuras, de aquel mundo de gemidos que habían inspirado al príncipe de Venosa su música. Christophe no sabía nada de eso. No sabía que al abrazarte despertaba a una loca, a alguien que sólo quería morir. Al regresar, te hacía gracia verle tan serio, ocupado en tensar y ordenar cabos, en disponer los aparejos y en asegurar las cargas del barco, como si no hubiera una ocupación más importante que aquélla. Y tú pensabas en aquel príncipe

componiendo en su vejez sus cantos extraños, regresando a través de ellos a ese instante en que había sorprendido en el lecho a su mujer y a su amante. Tratando de dar cuenta con su música de lo que había oído. ¡Ah, si Christophe supiera cantar, pensabas, si de pronto y olvidado de las tareas que lo ocupaban en el barco, se asomara a la borda y con los ojos perdidos en la distancia infinita empezara a cantar, si al menos por unos instantes hubiera sido como aquel príncipe herido!

Pero Christophe no era así, y no podías pedirle que te entendiera. Te propuso que te fueras a vivir con él cuando dejaras la casa de Rose. Podríais quedaros en Isla Mauricio, y probar cómo os iba. Y tú le contestaste que lo harías. Estabas harta de tanta soledad. Pero luego, por la noche, cuando volvías al mar te olvidabas de esa promesa y todos tus pensamientos giraban sobre el destino de la criatura, si a tu regreso, tras abrir las compuertas, ya se habría marchado, y rezabas para que no fuera así.

Christophe nunca había visitado la mansión de Rose y aquellas noches le hablaste de su inmenso jardín, de aquel mundo de agua que lo cubría casi en su totalidad, y de cómo los canales entraban hasta las habitaciones de la casa. Ella y su esposo se dedicaban al estudio de los peces, y habían mandado construir todos los canales y un acuario subterráneo para observarlos. Los indígenas les traían ejemplares que ellos conservaban para su estudio en aquel complejo acuático. A la muerte de su esposo, Rose decidió continuar en la casa. Se había acostumbrado a la soledad, lejos del mundo civilizado al que había pertenecido. Vivía dedicada al estudio, administrando la gran fortuna que le había dejado su esposo. Era feliz en su isla, y en ningún momento se le pasó por la cabeza la posibilidad de abandonarla. La tumba de su marido estaba en su propia casa, y lo único que deseaba era acabar allí su vida y descansar a su lado. Todo eso le contabas.

Pero no le hablabas de la criatura del estanque, ni de las noches en que con la luz apagada Aurora la recibía, ni de que ella no era la verdadera esposa de Ramón Berenguer, ni de la misteriosa desaparición de su cadáver, ni de que ahora estabas segura de que lo que quería es que a su muerte ocuparas su

lugar y pasaras a formar parte de aquella dinastía maldita. Hablar era levantar el telón, hacer que lo oculto quedara al descubierto, que otros ojos irrumpieran donde sólo debían estar los tuyos cerrados. ¿Y cómo ibas a hacer eso si no amabas a Christophe? Lo pasabas bien con él, eras feliz en su barco, pero nunca habías dado demasiada importancia a la felicidad. No entendías por qué la gente la buscaba con tanto empeño. La felicidad sólo era uno de los juegos de la ilusión. Era como asistir a una fiesta y creer que no iba a terminar.

Y una tarde te acordaste del príncipe de Venosa, de cómo era con su música con la que Aurora llamaba a la criatura a su lado, y te pusiste a contarle a Christophe su historia. Estabais desnudos en la cama, y él te tenía cogida entre sus brazos. Y mientras se la contabas, supiste que te estabas despidiendo de él, de tus viajes a su lado por las islas, del barco donde habíais hecho el amor, de las manos con que te acariciaba el pecho y jugaban con tus pezones. No, no era a él a quien buscabas. Porque Gesualdo, empezaste a contarle, fue un príncipe italiano al que todos admiraban por su nobleza. Tenía sólo veinte años cuando se casó con una prima suya, que era la joven más bella de la zona, y por un tiempo fueron felices. Pero ella muy pronto empezó a sentirse desatendida porque Gesualdo sólo se interesaba por su música y apenas le hacía caso. Y un día conoció a un joven noble y se hicieron amantes. Su pasión los volvió imprudentes y Gesualdo no tardó en sospechar lo que pasaba. Un día les hizo creer que partía de viaje y, escondido tras unas cortinas de la alcoba, los esperó para sorprenderlos. Pero la pasión con que éstos se entregaron al acto carnal le hizo perder la cabeza y loco de ira los mató con su puñal. Tras despedazar los cuerpos, mandó arrojar los pedazos por la escalera del palacio, donde permanecieron hasta que su olor se volvió insoportable, pues prohibió que nadie los recogiera.

El hecho fue un gran escándalo, y aunque las leyes de la época autorizaban al marido a actuar así en caso de adulterio, las poderosas familias de los amantes deseaban vengarse y Gesualdo tuvo que huir y se recluyó en su castillo. Él mismo taló el bosque que lo rodeaba como si temiera que pudiera venirle de él la muerte. Unos meses después dio muerte a su hija pequeña, por sospechar que no era suya. Mandó colgar su cuna de una

ventana de su palacio y hacer que se balanceara sin descanso mientras abajo un coro cantaba una pieza suya que hablaba de la belleza de la muerte. Gesualdo se casó de nuevo y tuvo otro hijo, pero apenas había cumplido tres años cuando también murió. Convencido de que sus desgracias tenían que ver con los pecados que había cometido empezó a castigarse, para lo que se reunía con jóvenes a los que pedía que lo azotaran completamente desnudos.

Fue entonces cuando compuso su mejor música. Era una música poblada de extrañas disonancias, basada en textos repletos de contrastes, que parecían guardar la memoria de sus crímenes. La memoria de lo que había contemplado detrás de las cortinas, de los cuerpos abrazados de su hermosa mujer y su amante y, sobre todo, de los gemidos que daban enajenados. Su esposa nunca había gemido así en sus brazos. Ninguna mujer lo había hecho. Y descubrió el triste papel que había desempeñado en su vida. Era como si nunca hubiera sido su amante, como si nunca se hubieran acostado juntos como marido y mujer. Y eran esos gemidos los que le habían hecho perder la razón y despedazarlos.

Y mientras le contabas esto, sentiste cómo Christophe te volvía hacia él y te buscaba con su miembro duro, para decirte que ahora era a ti a quien deseaba oír. Y al momento también tú estabas gimiendo en sus brazos, que esos gemidos no te pertenecían sólo a ti, que eran el lenguaje secreto con que todas las mujeres llamaban a sus lechos a los hijos y las hijas de los ogros. Y la música de Gesualdo hablaba de lo que pasaba en esos lechos, y por eso aquella criatura salía del agua al escucharla, aunque Rose se tuviera que conformar con sentirla a su lado, pues todo estaba oscuro y lo único que alcanzaba a percibir era la silueta de su cuerpo en las sombras.

Y te bastó con llegar al puerto y despedirte de Christophe, para que dejaras de pensar en la promesa que os habíais dado de volver a veros. No pensabas en sus besos, ni en aquel cuerpo duro que se abrazaba al tuyo, sino en la cuna de la hija de Gesualdo balanceándose en el aire, en todos los niños que dormían en sus cunas. Todos malditos, todos colgados de las ventanas de las casas, surgiendo de aquella espiral de placer y angustia, de desesperación y necesidad que eran las cúpulas de sus padres.

Y lo primero que hiciste al llegar a Taboada fue dirigirte al estanque.

Todo estaba en silencio y sus aguas estaban extrañamente quietas, por lo que pensaste que la criatura había escapado. Pero arrojaste dos naranjas al agua y, al darte la vuelta, enseguida viste cómo alguien las hacía rodar a tus pies. Y supiste que, a pesar de estar abiertas las compuertas, la criatura seguía allí y te estaba esperando. No tardaste en sentirla nadando por debajo de ti. Llegaste a rozarla con la mano y te sumergiste para ir a su encuentro, pero las aguas eran muy negras y tras buscarla por un lado y otro regresaste a la orilla. Ya te estabas secando cuando la oíste gemir. Su canto hablaba de amantes enlazados, de la siembra dulce de sus miembros en el agua, de una cuna meciéndose en el vacío. Era como si sólo ella supiera lo que era el mundo, como si sólo ella conociera la infinita soledad de sus criaturas, que no había salvación para nadie, y a pesar de todo te dijera que había que recoger esos miembros y seguir meciendo la cuna. Que ahora estabais los dos solos en el mundo para hacerlo.

Y decidiste aplazar tu partida hasta que se decidiera a abandonar La Construcción. Las compuertas que comunicaban la compleja red de canales con la laguna seguían abiertas por orden tuya, pero pasaron los días y la criatura no se marchaba. Y empezaste a repetir el ritual nocturno que le habías visto realizar a Aurora. Te sentabas de espaldas a la dársena y, cubierta con un velo negro, esperabas su llegada. No tardabas en oír sus chapoteos en el agua y el arrastrar de sus pies en las losas. Sentías su respiración forzada, y sus hondos gemidos, que se confundían con las voces extáticas de los madrigales de Gesualdo. Imitando a Rose, habías colocado sobre una mesa unos cuantos objetos, y un poco más allá un tablero dividido en cuadrículas. En ellas estaban dibujados los objetos que habías elegido esa noche, y que la criatura no tardaba en llevar a su lugar, lo que le proporcionaba una visible satisfacción, pues sus gemidos se hacían más lentos y dulces. Luego regresaba a tu lado y la sentías andar torpemente alrededor. Su respiración se volvía entonces más ansiosa y oscura, pero te bastaba con levantar la mano, como habías visto hacer a Aurora, para que cesara su excitación y la sintieras retroceder hasta el estanque, donde se

sumergía para no volver a aparecer.

A veces tardaba días en regresar y entonces eras tú quien iba a buscarla en las aguas del estanque. Lo hacías llena de temor, pues habías visto sus garras, la habías oído gemir y eras consciente de que podía matarte cuando quisiera. Pero algo inexplicable te hacía ir en su busca. Nadabas lentamente y enseguida la sentías aproximarte a ti bajo el agua, y acompañar sus movimientos a los tuyos. Estaba tan cerca que en ocasiones llegabas a rozarla. Sentías su cuerpo frío, su indescriptible suavidad, aquella capa de resbaladizas secreciones que la protegían del agua, pero cualquier movimiento de aproximación por tu parte provocaba su fuga. Apenas alcanzabas a ver algún fragmento de su cuerpo, las branquias de su cuello que se agitaban en el agua, leves como una barba, las escamas que la cubrían, sus manos y sus pies palmeados. Nunca sus ojos, que era lo primero que apartaba de ti. Se perdía en medio de una nube negra que parecía desplazarse al tiempo que se alejaba, como pasaba con la tinta que expelían los calamares en su fuga.

Y ya en tu cuarto echabas de menos los roces furtivos, la extrema delicadeza de sus movimientos, que a pesar de tu miedo nunca te causara el mínimo daño. Y deseabas regresar con ella, volver al estanque para sentirla nadar a tu lado sin tocarte, como la más tímida de las amantes. Pero ¿por qué luego perdías la conciencia, por qué siempre te descubrías en la orilla del estanque sin que supieras cómo habías llegado hasta allí? Sabías que era ella quien te recogía, quien te sacaba del agua y te dejaba en la orilla, pero no lo que había pasado en el tiempo que habías estado en sus brazos. Era algo que hablaba de una pureza que creías perdida, que tenía que ver con el placer. Y empezó una nueva vida para ti. Una vida que se prolongaría tres décadas completas y de la que apenas podrías hablar aunque quisieras. La vida de las ahogadas ¿quién la conoce?

Siempre se habla de la luz, de los cuerpos que brillan a causa del deseo, pero el deseo es un oficio de tinieblas. ¿Te has preguntado por qué los amantes cierran los ojos al besarse? Todos buscan la noche, ninguno quiere que les alcance la luz del alba.

Entendiste entonces el silencio de Aurora, y el que nunca te hubiera hablado de su vida con aquel ser. También, que te ocultara su identidad. Días antes de su muerte, te había dado la combinación de la pequeña caja fuerte que escondía en la biblioteca y lo primero que hiciste, tras tu viaje con Christophe, fue abrirla para ver lo que tan celosamente había guardado en ella. Allí estaba la historia de la casa y de todos los que habían vivido en ella. Una historia cuyo origen se situaba en el primer cuarto del siglo XIX. Fue entonces cuando Ramón Berenguer compró los terrenos y mandó construir el estanque y el cuerpo principal de la casa. Posteriormente el complejo sufriría dos importantes transformaciones, la última de las cuales la llevaría a cabo el arquitecto catalán Lluís Domènech i Montaner en 1870, cuando sólo contaba veinte años de edad. A él se debía la red de canales, su idea de que entraran en la casa, haciendo que los dos mundos, el terrestre y el acuático, se confundieran, la profusa decoración vegetal, la sala del aljibe y la marquesina del jardín. Las obras se prolongaron por espacio de cinco años, y gran parte de los materiales que se emplearon se llevaron expresamente desde Cataluña. Lluís Domènech supervisó personalmente las obras, para lo que viajó varias veces a Taboada. Había fotografías de su estancia en la isla. Era un hombre apuesto y la mujer que estaba a su lado, sólo un poco mayor que él, no era Rose Hansson, sino Mercè Pons, que fue quien ocupó su lugar en la hacienda tras la muerte de aquélla. Fue revisando los documentos, entre los que había abundantes fotografías y cartas, cuando pudiste reconstruir la historia del lugar y de todos sus moradores. Ramón Berenguer había muerto en 1850, con apenas cuarenta años, y desde esa fecha hasta tu llegada a la isla, se fueron sucediendo cuatro mujeres en la casa: la verdadera Rose Hansson, Mercè Pons, Sophia de Melo y Aurora Müller. Esta última era la que habías conocido tú. Era extraño que nunca te hubiera dicho su verdadero nombre, que todos la llamaran Rose, como a la mujer de Ramón Berenguer. ¿A las otras también las habían llamado así? ¿Qué sentido tenía aquello? ¿Varias mujeres que se sucedían en el gobierno de aquel lugar tomando el nombre de la esposa de su fundador? Ninguna de ellas podía ignorar el sentido de La Construcción y sin embargo habían decidido entregar su juventud a la tarea de preservarla de toda injerencia externa. ¿Cuántos años podía tener la

criatura que guardaban en ella? Había pasado más de un siglo desde que Ramón Berenguer y Rose la descubrieron siendo ya adulta, por lo que en ese momento podía tener doscientos o trescientos años de edad. Sin embargo, nada en aquel ser revelaba aún los crueles estragos de la edad. Es más, su naturaleza eternamente jovial, su inagotable energía, hacían pensar en una criatura que procediera de un mundo anterior al tiempo, tal vez de ese mismo paraíso con el que no dejábamos de soñar.

El guardián de huesos

Ya hace seis años que voy por ahí solo haciéndome mi saber. Y ahora soy un maestro, hijo. Puedo amarlo todo. No tengo ya ni que pensar en ello. Veo una calle llena de gente y una luz hermosa entra dentro de mí. Miro a un pájaro en el cielo o me encuentro con un viajero en el camino. Cualquier cosa, hijo, o cualquier persona. ¡Todos desconocidos y todos amados! ¿Te das cuenta de lo que puede significar una ciencia como la mía?

CARSON McCOLLERS,
Un árbol. Una roca. Una nube

Diario de Patricia Ayala

Port Louis, verano de 2005

3 de agosto, Port Louis

Estoy de nuevo en el hospital. Me ingresaron hace unos días a causa de una angina de pecho. Los tejidos no están dañados, pero según parece el corazón no da para más. Ha trabajado demasiado en estos últimos años. Aquí son muy amables conmigo, pero me tratan como si fuera la más vieja de la tierra. ¡Y sólo tengo setenta años! El doctor me dijo ayer que debo permanecer ingresada otras dos semanas, hasta que terminen de hacerme las pruebas. Es alegre y guapo y siempre está bromeando. Me preguntó si vivía con alguien y, cuando le dije que no, quiso saber qué hacía yo sola en Taboada. ¡Hay tantas cosas que hacer en una isla!, le contesté con una sonrisa. Me preguntó qué cosas eran ésas, y yo pensé en mi amigo, y en que estaría preguntándose por qué no le voy a ver. Estudiar la vida de los peces, le contesté regresando de mis pensamientos. ¡Sabemos tan poco de ellos! Dos enfermeras muy jóvenes pasaron por el pasillo y el doctor se las quedó mirando con esa mezcla de avidez y asombro con que los predadores miran a sus presas. Iba a decirle que si sabía que algunos peces podían cambiar de sexo según las circunstancias de su hábitat, pero me pareció que en esos momentos tal posibilidad no le habría parecido demasiado atractiva.

5 de agosto

Mi cuerpo debe de ser el compendio de todos los males que existen, no hacen más que darme medicamentos. Alguno me da sueño y me paso parte del día

dormida. No me quejo, llevo años sin descansar más de dos o tres horas por noche. Además, no tengo nada que hacer y aunque en el hospital hay una buena biblioteca, tampoco me apetece leer. Desde la terraza de mi habitación veo un cuidado jardín. Se llama el jardín de Mon Plaisir, debido al nombre de la mansión que aquí se construyó. Lo circunda una verja blanca de hierro forjado y a la entrada hay un enorme baobab, el árbol sagrado de África. Un paseo bordeado de palmas repletas de lianas lleva hasta el estanque del centro, que está cubierto de nenúfares. A su derecha crece un bosquecillo de bambúes dorados. Y hay palmeras en todos los paseos. Entre ellas, las palmeras grandes de Ceilán, que no son muy frecuentes en la zona. Florecen a los cuarenta años, poco antes de morir.

¿Me queda también a mí una última flor que dejar en el mundo? Por las tardes, sentada en la terraza, contemplo largamente el estanque verde y pienso en lo feliz que sería mi amigo nadando en sus aguas. Puede que incluso se comiera los nenúfares, pues su apetito no tiene límites. La verdad es que no dejo de pensar en él. Nunca he estado tanto tiempo lejos de la isla y sé que andará inquieto esperando mi regreso.

6 de agosto

Me tranquiliza que Nembo se haya quedado al tanto de todo. Fue Juma quien lo trajo a La Construcción y lleva ya cerca de diez años conmigo. Es de su misma etnia, un tsonga. La vida de los tsongas tiene poco que ver con la nuestra, los occidentales. No creen que el mundo haya sido creado para ser comprendido o transformado, sino para hablar con él. Llevan centenares de años repitiendo los mismos gestos, las mismas tareas, los mismos ritos y las mismas canciones. La idea del progreso les es desconocida, pero para ellos todo está vivo. Hablan con los árboles, con las grutas, con los torrentes. Hablan con los animales y escuchan a los muertos. Se comportan como si del mundo sólo conociéramos una pequeña parte. El trato con todo lo que desconocemos, con lo ausente, está reservado a los *massala*. Juma era un *massala*, y fue quien al enfermar me trajo a Nembo para que lo sustituyera.

Los *massala* son los guías de la noche. Ellos son los encargados de comunicarse con las criaturas ocultas y de transmitir sus mensajes a la tribu. Deben ser mudos, o renunciar para siempre al lenguaje, pues todo lo que pertenece a la noche debe permanecer en secreto.

Nembo no habla. No sé si es mudo de nacimiento o si tomó la decisión, como hizo Juma, de renunciar al lenguaje tras uno de los rituales de iniciación a los que tuvo que someterse para transformarse en guía. No es una mala decisión. Las palabras ¿para qué las queremos?

7 de agosto

Es muy poco lo que sé de mis antecesoras, todas fueron sumamente discretas y apenas dejaron huellas de su paso por la casa. Hay algunas fotografías, pasaportes y balances de cuentas bancarias, pero no hay documentos personales como diarios o cartas. Abundan las fotografías junto a la dársena. En una de ellas Sophia de Melo sonríe desde el agua. Lleva un traje de baño blanco muy parecido al mío. También a Mercè Pons y a Aurora Müller se las ve con trajes así. Es el traje de nuestra vida con la criatura del agua.

De Sophia de Melo es de quien logré saber más cosas. Era muy aficionada al deporte, y le gustaba bajar al puerto por las noches y alternar con los jóvenes que se reúnen allí para beber y escuchar música. Le gustaba bañarse en la laguna Negra, ante la mirada de los pescadores. Y por lo que pude deducir, se acostaba con ellos. Christophe solía decir que a las europeas les gustan los negros porque, al considerarlos inferiores a ellas, piensan que a su lado todo se lo pueden permitir. Como si dieran de comer en la oscuridad a animales hermosos. No creo que sea así. A todos nos gusta acercarnos a lo que es diferente a nosotros, tener otra visión de lo que somos. Poder salir de nuestra casa y huir de las presiones y los problemas que nos rodean; ser alguien distinto, sin preocuparnos de cómo nos vamos a arreglar para conseguir un trabajo o pagar las facturas. Queremos ser esa parte de nosotros mismos que nunca hemos sido.

Mercè Pons tocaba el piano, y hay dos fotografías en que se la ve posando

ante al piano que hay en la sala de lectura. Es una mujer muy guapa, morena, con esa belleza culta y sugeridora de los pueblos mediterráneos, la belleza de cuantos aún oyen en la noche los gemidos de las criaturas olvidadas del mundo del mito. En su pasaporte figura como casada y en una de las fotografías está con un niño, pero no he podido saber qué fue de él. Tal vez muriera, como pasó con el niño que cuidé. Tal vez eligiera estar con la criatura del estanque porque le recordara a ese niño que perdió. ¿Un hijo no es para su madre un ser así? Tiene que hacerse cargo de él aunque no sepa quién es ni de dónde viene, y enseguida descubra que cambiará su vida para siempre.

Y Aurora Müller, por fin, es la Rose que yo conocí. También ella fue enfermera, pero se interesó de verdad por los peces y el mundo del mar y, a base de lecturas, y de sus propias observaciones, llegó a saber de ese mundo más que muchos expertos. Viajó, sobre todo, por las islas grabando y estudiando los sonidos que emitían los mamíferos marinos, y muchas de esas grabaciones están en los centros de investigación más importantes de Inglaterra. Conozco la fecha de su llegada a la isla, por el contrato que firmó, y, como es lógico, la de su muerte. Entre ellas pasaron más de treinta años, pero no sé cómo fue su vida antes de su llegada ni lo que hizo el tiempo que estuvo aquí. Supongo que fue contratada con la excusa de atender a Sophia de Melo cuando estaba enferma, que es lo mismo que me ha tocado hacer a mí con ella, pues nos sucedemos unas a otras en la tarea de atendernos cuando somos ancianas. Aunque en realidad es a nuestro amigo del agua a quien debemos cuidar. Su ciclo de vida es muy superior al nuestro y debe de tener actualmente un mínimo de doscientos años. Ahora que estoy enferma me toca a mí encontrar a quien me vaya a suceder en la tarea de sustituirme cuando muera.

Eso podría explicar el misterio de por qué Aurora renunció a su propio nombre y se hizo llamar Rose, como la esposa de Ramón Berenguer. Todas sustituimos a esa extraordinaria mujer en la tarea de ocultar a nuestro amigo al mundo, de preservarle de cuantos querrían servirse de él en su propio beneficio en caso de descubrir su existencia. Terminaría en un circo o exhibido en un acuario. Tomar el nombre de Rose es como invocar su

protección y su fortaleza, como invocar su dulzura. ¿Sophia de Mello y Mercè Pons renunciaron también a sus nombres por esta causa? Pienso que sí, porque la noche misma del fallecimiento de Aurora Müller, Odalys empezó a llamarme «ama Rose», y tampoco yo protesté.

8 de agosto

A veces llamo *Odradek* a mi amigo del estanque. Es a causa de un libro que leí. Estaba en la biblioteca de Rose y tenía una señal en las páginas marcando ese relato. Trata de un hombre que un día descubre en la casa a un misterioso inquilino. Al principio, lo describe como un carrete de hilo en forma de estrella, pero más adelante pasa a tener características humanas y se puede parar sobre dos patas e incluso hablar. Recuerda a esos objetos inútiles que hay en los cajones o en el techo de los armarios, objetos que ya nadie recuerda y que aparecen cuando menos lo esperamos, y a los que ya no sabremos dar utilidad alguna, pues nosotros, tan ocupados en nuestros propios asuntos familiares, ¿para qué los podríamos necesitar? Objetos que, al encontrarlos, nos obligan sin embargo a preguntarnos por qué están allí, si acaso quieren advertirnos de algo y por esa vida secreta que llevan, frente a la nuestra, tan previsible, tan llena de naderías, y si tal vez cuando desaparezcamos seguirán rodando por la casa haciendo lo que hacen ahora.

No es extraño que Mercè Pons pensara al momento en la criatura del estanque, y que escribiera en catalán entre interjecciones, y con tinta verde, en las márgenes de la página: «Odradek és el meu home-peix!». En el mismo libro, unas páginas más adelante, hay otro relato en que alguien recibe como herencia de su padre un extraño animal, que describe como mitad gatito, mitad cordero. No sabe qué hacer con él, y se dedica a atenderlo mientras los niños de vecindario acuden a su piso para verle. A veces salta sobre sus piernas y acercando el hocico a su oído le musita algo que no llega a entender. Y se le plantean entonces las más extraordinarias preguntas, esas que ningún ser humano puede contestar. Por qué hay un solo animal así, por qué es él su poseedor y no otro, si antes ha habido un ser semejante y qué

sucedirá después de su muerte, si se siente solo, por qué no tiene hijos, cómo se llama, etcétera.

Esas últimas líneas también estaban subrayadas con la misma tinta verde y sin duda al leerlas Mercè había pensado en la criatura del estanque. Tampoco ella tenía función alguna que cumplir, tampoco su casa era aquélla ni servía para nada. Como el carrito del padre de familia y la criatura que el joven había recibido como herencia, venía de un mundo y un tiempo anterior al nuestro, un mundo que los seres humanos habían olvidado. Y puede que también ella fuera inmortal, frente a nosotros que teníamos que morir.

10 de agosto

Escribo esas notas en un cuaderno que me ha regalado Ivonne, una de las limpiadoras del hospital. Otra enferma se lo había olvidado en su habitación e Ivonne, al verme siempre con libros, ha pensado que me podía gustar a mí.

Ivonne es de origen francés, pero su piel es de una negrura extraordinaria. Parece un ser de la noche al que la luz de la mañana ha sorprendido antes de regresar a su mundo de sombras. Es muy habladora y siempre que viene a limpiar aprovecha para contarme historias de su vida. Ha tenido tres maridos y de los tres enviudó. El primero era demasiado joven, ella también lo era, y siempre andaba metido en líos. Era muy guapo, y todas las mujeres andaban detrás de él. Siempre estaba riéndose, pero era de esas personas que a cambio de las penas que te quitan, te dan otras más grandes. Entró a trabajar en una licorería y le dio por beber. Tardaba días en volver a casa y ella se pasaba las noches llorando. Un día lo encontraron ahogado en un pozo. Incluso muerto, iban las mujeres a verle. La juez que levantó el cadáver dijo que nunca había visto un ahogado más hermoso.

El segundo se llamaba Soruma. También era negro. Sus tres maridos lo fueron, porque a ella sólo le gustaban los hombres negros, porque «cuando venían a verte era como si trajeran la noche con ellos». No la trataba bien, e incluso en más de una ocasión la pegó, como hacen los reyezuelos de los arrabales. Pero fue al que quiso más. Era misterioso el amor. Hacía que te

fijaras en las cosas más extrañas. Soruma tenía una cicatriz que le cruzaba la cara y ella temblaba al pasar la yema de su dedo por ella. De todos los hombres con los que había estado en la cama fue él quien la hizo gozar más. Pero hubo un derrumbe en una de las galerías de la mina donde trabajaba, y varios obreros quedaron presos en el interior de la tierra. Entre ellos, estaba Soruma. Esa noche, cuando ya estaba acostada, sintió algo y al encender la luz vio que Soruma estaba sentado a su lado, mirándola. Su piel negra resplandecía como la madera recién encerada. Le preguntó qué había pasado en la mina, pero él no le contestó. Le dijo que se acostara con ella, pero cuando tendió la mano para tocarlo vio que tenía la piel helada. Le dijo que fuera a por agua y lo hizo sin rechistar. Luego le pidió otras cosas, que guardara la fruta en un cesto, que doblara la ropa, que barriera la casa. Y en todo la obedecía. No hablaba, no decía nada, pero no apartaba los ojos de ella, como si se sorprendiera de que estuviera allí, compartiendo la casa con él. Y supo que estaba muerto.

A la mañana siguiente cerró la puerta y las ventanas, y dejó la casa a oscuras. Fueron los días más felices de su vida. Soruma sólo vivía para complacerla. Trabajaba para ella, limpiaba las losas del suelo, cocinaba, si le pedía algo lo hacía sin rechistar. Era como si la muerte lo hubiera vuelto manso, lo que nunca había sido. Un día a ella le dio por llorar. Sabía que aquello no podía durar y se preguntaba qué sería de su vida si volvía a estar sola. Y pasó algo extraordinario. Se quedó mirando a su marido y vio que también él estaba llorando, y era como si no se pudiera saber a quién de los dos pertenecían esas lágrimas

Esa misma tarde oyó llamar a su puerta. Al principio no contestó, pero siguieron insistiendo y finalmente tuvo que abrirles. Venían a decirle que su marido era uno de los mineros muertos en el derrumbe. Tuvo que ir a reconocer el cadáver y, al regresar, Soruma ya no estaba en la casa. Pero ella nunca pudo olvidar los días que pasó con él en la oscuridad de su alcoba, la forma en que miraba las cosas, como si hasta una simple cuchara lo sorprendiera. ¿Un muerto que regresa era un *odradek*?

11 de agosto

La historia de Ivonne, las historias del padre de familia y del joven de los relatos que tanto le gustaban a Mercè, mi propia historia, me llevan a preguntarme en cuántas casas del mundo se esconden seres como mi amigo del agua. Cuántos hombres y mujeres dedican sus vidas a la tarea de atenderlos cuando lo más fácil sería huir de allí o acabar sin más con ellos con el cuchillo del carnicero. ¿Tener que ocuparse de uno de esos seres es un don o un castigo?

Me he dado cuenta de que Ivonne me tiene algo de miedo. Vine a verme y enseguida encuentra una excusa para irse. Puede que le hayan hablado de mí, de la extraña vida que llevo. Me mira entornando los ojos, como si fuera un enigma para ella y no le gustaran los enigmas.

13 de agosto

Lo de los conejos blancos tiene una explicación. Aurora Müller se los compraba al padre Dubois, pues le encantaba su carne. Mi amigo *Odradek* también tiene su parte en esta historia. Aurora había descubierto la fascinación que estos conejos ejercían sobre él y la noche antes de mandarlos a la cocina los dejaba en una jaula a la orilla de la dársena. Lo hacía en noches de luna llena, que era cuando su blancura destacaba más. *Odradek* salía del estanque para verlos cuando Aurora ya se había acostado. Lo sabía por el charco de agua que dejaba en las losas, y porque les llevaba presentes, normalmente conchas, erizos y estrellas de mar que encontraba en sus salidas a la laguna Negra y que atesoraba en la torre.

Aurora nunca me habló de ello y fue a su muerte cuando lo descubrí. Una tarde Juma se presentó con una nueva pareja y él mismo fue en busca de la jaula que dejó a la orilla del estanque. Pensé que se los estaba ofreciendo a *Odradek* y, aunque la escena me horrorizó, no me atreví a impedirselo, pues en esos momentos todo era nuevo para mí. Esa noche apenas pude dormir, horrorizada por la idea de que *Odradek* pudiera devorar los conejos, incluso

tomé la decisión de marcharme de allí tan pronto me pusiera en contacto con los abogados y arreglara mis asuntos. Pero al día siguiente no sólo los conejos estaban vivos en su jaula, sino que *Odradek* había dejado a su lado un puñado de conchas.

La llegada de los conejos se repetía cada mes. Juma los ponía junto al estanque, e invariablemente *Odradek* volvía a salir del agua y a levantar frente a la jaula su pequeño altar de conchas. Al día siguiente, Juma se llevaba los conejos al poblado, pues desde el primer momento me negué a comérmelos yo, como hacía Aurora Müller, a quien le encantaba su carne. Luego, y a lo largo de los años, observaría muchas veces la escena. A *Odradek* saliendo del agua y, tras dar varias vueltas alrededor de la jaula, quedarse mirando largo rato a los conejos como si hubiera sido misteriosamente herido y sólo la presencia de aquellas criaturas blancas lo pudiera consolar.

20 de agosto

Pero mi amigo no sólo colecciona conchas, también guarda los huesos. Lo descubrí hace muchos años, cuando ya llevaba un largo tiempo viviendo sola con él. *Odradek* no sale durante el día de su guarida, que está en las cuevas que hay al fondo del jardín. No le gusta la luz y, aprovechando ese retiro, una mañana me decidí a entrar en la torre para ver qué había en ella. No me costó hacerlo, pues buceando por el interior no se tarda en acceder al espacio libre de agua que corresponde a la parte de la torre que asoma sobre la superficie del estanque. Es en esa cámara donde guarda los huesos.

21 de agosto

La atracción que los conejos del padre ejercen sobre *Odradek* tiene que ver con su color. También mi traje de baño es blanco, como lo son los huesos que guarda en la torre, que, lavados por el agua y privados por los peces de sus

restos orgánicos, resplandecen en la oscuridad con un brillo lunar. Son huesos de aves o de otros animales de la selva, pero también los hay humanos. Restos de los ahogados en la laguna o en el mar cuyos cuerpos no fueron recuperados. Seguro que también están allí los huesos de Aurora Müller, cuyo cadáver desapareció en el estanque, y puede que también lo estén los de Sophia de Mello, los de Mercè Pons y los de la verdadera Rose, pues no sé cómo murieron ni si fueron enterradas o no. Puede que pasado un tiempo también estén los míos, que *Odradek* recoja esos huesos porque para él es sagrado el amor que ha encontrado en nosotras.

23 de agosto

Sí, ahora sé que nos sustituimos unas a otras. La verdadera Rose dejó su lugar a Mercè Pons, que a su vez hizo lo propio con Sophia de Melo, y ésta con Aurora Müller, tras la cual me tocó a mí tomar el testigo. Todas dejamos de ser las que éramos, para transformarnos en la única, la elegida, la mantenedora de la construcción, cuya obra debíamos continuar. No se trata de un sacrificio, al fin y al cabo, ¿por qué habríamos querido seguir siendo las que fuimos? ¿Por qué hombres y mujeres se empeñan en perseverar en su ser si por su causa son desdichados?

Hubo otras enfermeras, y entre los documentos que hallé en la caja fuerte descubrí al menos contratos de otras cinco jóvenes que, con toda probabilidad, huyeron de aquí al descubrir que no era precisamente para cuidar a una anciana para lo que se las había llamado. Es extraño sin embargo que ninguna de las que sí perseveramos dejara ni una carta, ni una nota acerca de nuestros sentimientos, de lo que hicimos o pensamos a lo largo del tiempo en este lugar. Pero después de todo qué pueden importar nuestras vidas anteriores, lo que fuimos, con lo que soñamos, al lado de nuestra vida con *Odradek*, de sus visitas en la oscuridad, de sus gemidos, de los huesos que lava y limpia hasta que resplandecen, al lado de lo que pasa en el estanque cuando nos viene a buscar, de esa nube negra que nos envuelve y que borra de nuestro pensamiento la memoria de lo que somos.

24 de agosto

Nunca olvidaré la primera vez que le vi. Fue la noche en que me descolgué por el balcón de mi cuarto y a través de la espesura del jardín logré acercarme lo suficiente a la dársena para ver a Rose esperándolo. *Odradek* no tardó en salir del agua y en acercarse tambaleante a ella para participar en aquel juego que tanto le gustaba de relacionar los objetos con sus dibujos en un panel. Y recuerdo cómo, al terminar de hacerlo, *Odradek* se acercó a Rose por detrás e inclinándose la cabeza a su oído movió los labios y cómo ella asentía como si lo estuviera entendiendo.

Más tarde, y a lo largo de todos estos años, yo misma tendría ocasión de vivir muchas veces una escena semejante. Me situaba de espaldas a la dársena y con las luces apagadas permanecía inmóvil esperando su llegada, mientras sonaba la música de Carlo Gesualdo. Y enseguida lo sentía chapotear, abandonar el estanque y situarse a mi espalda. Sentía el soplido de sus branquias al abrirse y cerrarse buscando el aire que necesitaba, y luego otro ruido más leve y misterioso, que recordaba los sonidos de alguien comiendo. Y cuando se alejaba de mí, el estanque se poblaba de rostros cautivadores, rostros fantasmales que nunca había visto y que me miraban desde el agua rizada.

Siempre que rememoro esos instantes, me descubro cerrando los ojos e imaginándome a la vieja Rose, a Mercè Pons, a Sophia de Melo y a Aurora asistiendo a la misma escena. Todas atentas, todas a la escucha de ese relato inaudible que guarda la verdadera historia de nuestra vida en este lugar.

Esto explica que el diario que escribí al poco de mi llegada a la isla, y que sólo encontraría muchos años después, terminara bruscamente al descubrir la existencia de *Odradek* en la casa. Puede que parezca extraño que lo abandonara cuando más cosas tenía que contar, pero para qué iba a hacerlo si nadie me iba a creer. Además, ¿acaso lo real se puede contar?

No, no se puede. Por otra parte, ¿para qué querría hablar de lo que me pasa? Cuando pienso en mi vida, todo me parece falso. He vivido en un mundo lleno de mentiras y realidades indignas, pero *Odradek* no sabe mentir. Sólo él es inocente, y eso lo hace único. El que ahora esté bajo mi protección

es como tener algo que nadie tiene. Como tener conmigo un unicornio, una cría de dragón.

30 de agosto

La muerte en los hospitales siempre viene acompañada de un gran silencio. Los enfermos desaparecen de las habitaciones, que enseguida vuelven a estar limpias y ordenadas. Nadie los recuerda, nadie pronuncia sus nombres. Médicos y enfermeras se comportan como si nunca hubieran estado allí. Esto se acentúa si es un niño el que muere. Entonces el silencio, el vacío que queda, es mayor. Desaparecen los juguetes, la ropa, no se vuelve a ver a padres o familiares por los pasillos. Todos callan, nadie habla de lo que acaba de pasar. Médicos y enfermeras aceleran inconscientes el paso al pasar por delante de los cuartos vacíos. Nadie quiere escuchar el silencio que hay en ellos.

Odradek es como esos niños que mueren. No como los niños que viven en brazos de sus madres, a los que alimentan y miman, sino como los que ya no pueden cuidar. Los niños que en sus sueños siguen meciendo en las cunas, para los que dejan en las ventanas naranjas y tazones de leche que no probarán, que son la prueba de que la vida no basta. Los niños que ya no son suyos, a los que la muerte ha vuelto incomprensibles, cuyos nombres no se pueden pronunciar.

2 de septiembre

Desde que estoy en el hospital, *Odradek* ocupa todos mis pensamientos. Me pregunto qué estará haciendo, si me echará de menos, si sufrirá porque no voy a verlo. Hace tiempo que no me baño con él, pues la humedad agrava mis dolencias. Estos últimos meses ha sido él quien elegía las noches más oscuras para visitarme. Se mueve con torpeza a mi alrededor y se tumba en el suelo a unos metros de donde estoy. Y gime débilmente, como si ansiara algo que

nunca alcanza a tener. A veces me parece que está cansado de todo, de su soledad, de su vida sin muerte, y que sólo desea quedarse allí tumbado y no volver a levantarse más. Que me está pidiendo, como aquella chica escuálida, que lo mate.

Hace años compré una pistola. Había viajado a Port Louis por unos asuntos legales, y paseando por el puerto un negro se acercó para ofrecermelo lo que vendía. Entre aquellos objetos había una pistola y se la compré sin saber por qué. Aún la conservo en el cajón de la mesa, y a veces la saco y, tras cargarla, me dirijo al estanque y me imagino a mi amigo tumbado a unos metros de mí, su soledad, sus gemidos, y cómo le disparo varias veces hasta acabar con él.

Y pienso en lo que sería una vida lejos de la isla, en que podría volver a Europa y a tantos lugares que amé en otro tiempo. Volver a Florencia, a la misteriosa Praga, pasear por las orillas del Sena. Volver a San Sebastián, la ciudad de mi infancia, visitar esos otros lugares con los que siempre he soñado y que sigo sin conocer. Que podría tener amantes jóvenes y hacerme azotar por ellos desnudos en los cuartos de los hoteles, como hacía el príncipe de Venosa en su palacio. ¡Qué escena tan extraña! ¿Qué hay en el corazón humano para que alguien pueda desear cosas así? Viven anhelos oscuros en ese corazón, deseos que permanecen dormidos y que reclaman al despertar su porción de realidad. Y entonces pienso con ternura en Gesualdo y en lo mucho que debió de amar a la niña que mató. Por eso mandó colgar su cuna del balcón y que fuera mecida mientras un coro entonaba en el patio su canción de belleza y de muerte. Lo hizo para que no despertara, para que pasara del sueño a la muerte sin darse cuenta. ¿Por qué iba a hacer algo como eso si no la hubiera amado? Hay que imaginarse a esa niña feliz en su cuna, como lo son todos los niños cuando sus padres juegan con ellos.

¿Soy yo como esa niña? ¿La vida que llevo en la isla se parece a la suya en el balcón? No, no me iré de aquí, no abandonaré La Construcción. Terminaría siendo como una de esas viejas adineradas que vagan de hotel en hotel en busca de las experiencias que no tuvieron de jóvenes. Pero esas experiencias ¿de qué valen, qué se consigue con ellas más que el hastío? Es mejor vivir con *Odradek*, esperarlo por las noches, sentir cómo sale del agua

y se acuesta a unos metros de ti, oírlo gemir como un niño que se siente solo, que no tiene lo que quiere. Todo esto puede parecer tan extravagante como la escena de Gesualdo haciéndose azotar por muchachos desnudos. Pero ¿quién entiende el corazón humano? Seguir meciendo en el vacío la cuna de un niño ahogado es todo lo que desea el mío.

5 de septiembre

Hay una nueva enfermera. Sus padres son judíos holandeses y viven en Ciudad del Cabo, donde nació. Se llama Giselle Dubois y se ha dirigido a mí en perfecto castellano, lo que me ha hecho feliz, pues hace años que no oía hablar en mi lengua. La aprendió de un novio español. Vivieron juntos por un tiempo en Madrid, pero aquello terminó como el rosario de la aurora. Giselle ha empleado esta expresión tan castellana para referirse a algo que acabó de la peor manera posible, pero lo ha hecho con una sonrisa, como si diera por supuesto que a su edad estas historias siempre acaban igual. Giselle estaba radiante y empezamos a oír ruidos en el pasillo, como si estuvieran cambiando los muebles de sitio. ¡Adelante, adelante todo lo que está fuera!, exclamó riéndose.

Luego, por la tarde, no podía quitármela de la cabeza. Estuve leyendo un libro sobre el judaísmo que encontré en la biblioteca. Según la Cábala, los devotos reciben en viernes un alma nueva, totalmente celestial, más delicada, que permanece con ellos la noche del sábado. No sé en qué día vivo, pero Giselle vino a verme con un alma así.

7 de septiembre

Me despiertan muy temprano para tomarme la temperatura y administrarme los medicamentos. ¿Cuántas pastillas me dan? Prefiero no contarlas para no deprimirme. Ayer me estuve mirando en el espejo y casi no me reconocí. Me acordé de aquellas películas que vi de pequeña en San Sebastián, en el cine

del antiguo casino, donde seres desgraciados se veían obligados a ocultar sus rostros deformes con una máscara. Deberíamos tener la opción de llevar máscaras así a partir de cierta edad, de poder cubrir nuestros rostros de la misma forma que cubrimos nuestro cuerpo, nuestra piel envejecida con la ropa que vestimos.

Sin embargo, no podía dejar de mirar ese rostro. Lo hacía con el cuidado con el que acariciamos un animal herido que en cualquier momento puede volverse contra nosotros. Como si me hubiera vuelto un enigma para mí misma.

8 de septiembre

Giselle no necesita máscaras. ¡Qué hermosa es! No la sientes llegar. Vuelves los ojos y se ha materializado en el aire como hacen los pájaros. Da igual dónde haya estado, qué locuras ha cometido esa noche. Sabe hacer de la oscuridad que reina en el cuarto de Barba Azul un vestido precioso con el que se adorna. Este fin de semana ha conocido a un ingeniero iraní. Está en la isla por un trabajo en el astillero y han quedado a cenar. No se acostó con él, aunque sí llegaron a besarse y acariciarse. He hecho voto de castidad, me ha dicho riéndose. Su nuevo amigo le dijo que en su país existe la creencia de que todos tenemos un ser misterioso que nos acompaña desde el comienzo de la vida. Este ser, al que llaman Daena, va cambiando según son nuestros actos en la tierra, de forma que al final de la vida puede ser un monstruo o un ser bellísimo según nos hayamos portado.

Pienso en el ángel que acompaña a Giselle, y en que debe de ser él quien querrá parecerse a ella. El otro día estaba frente a la ventana y se llevó la mano al pelo para colocárselo, al tiempo que inclinaba levemente la cabeza, y me sorprendí copiando su gesto. ¿Y si fuéramos todos el mismo ser?, me pregunté. *Odradek* también hace eso. Levanto un brazo y él copia mi gesto, giro sobre mis pies y él lo repite. Llegamos a bailar sin tocarnos, pues sólo se deja acariciar cuando nadamos en el estanque.

Una vez me fui de la isla con la intención de no volver nunca. Por las

noches soñaba con mi amigo. Estaba en el agua, y se movía con una calma y una ligereza admirables. No sabía qué hacía allí, qué quería de mí. Pero supe que no podría separarme de él. El agua en que flotaba estaba en mi propio interior.

10 de septiembre

He hablado a Giselle de la isla, de la vida que hago en ella y me ha hecho un sinfín de preguntas. Cómo es la casa donde estoy, si no me aburro yo sola, cuántos años llevo allí, qué me llevó a un lugar tan alejado del mundo, y una a una se las he ido contestado. La he animado a ir a verme cuando salga del hospital y a que lo compruebe por sí misma. Le he dicho que le basta con tomar la avioneta que lleva el correo y los paquetes de la prefectura a la isla, que el piloto es amigo mío y si se lo pido la llevará con gusto. Incluso si quieres, te puedes quedar un tiempo conmigo, he añadido. Voy a necesitar a alguien que me cuide, y tú podrías hacerlo muy bien. Me ha preguntado con una sonrisa si le estaba ofreciendo un trabajo, y le he contestado que sí. ¿Y cuánto me pagarías?, me ha dicho. Le he contestado que lo que ella me pidiera.

Luego por la noche no podía dormir. Pensaba en Giselle, y en cuánto me gustaría que se viniera a la isla conmigo. En lo feliz que sería *Odradek* al verla en el estanque, ahora que yo no puedo nadar con él. Recuerdo cuánto me enfadé con Aurora al descubrir que si me había animado a que me bañara sólo era para que ocupara su lugar en aquellos juegos. ¿Quién pensaba que era yo, le dije indignada, una de esas vírgenes que pueblos remotos entregaban a sus dioses oscuros?

¿Se enfadaría Giselle conmigo al descubrir lo que pretendo? No, seguro que no. Las jóvenes de ahora no son tan pavas como nosotras, y si a Giselle no le gusta *Odradek*, seguro que nos manda al fresco a los dos. Pero eso no pasará. No es posible huir de *Odradek*, si lo conoces. Es como una sombra que te sigue a todas partes. Te envuelve y se queda ahí, hasta que ya no sabes quién eres. Donde quiera que mires lo ves a él. Se mete bajo tu carne, y es

como si quisiera vivir por ti. Al principio quieres liberarte de esa sombra y sólo piensas en escapar. Pero no puedes hacerlo porque enseguida descubres que esa sombra se confunde con tu propio ser.

12 de septiembre

Giselle me ha dicho esta mañana lo mucho que le gusta nadar. Es raro el fin de semana que no viaja a la costa y se pasa las horas en el agua. Y me ha enseñado unas fotografías en que se la ve al lado de otras jóvenes tan hermosas como ella; a esas edades todas lo son. Están en la playa jugando a la pelota. En una de las fotografías, se ve a Giselle con la mirada perdida en el horizonte. Acaba de salir del agua y tiene el pelo y la piel mojados. Y hay algo en su actitud que me ha hecho pensar en mi madre, cuando me llevaba a la piscina con ella. Se pasaba horas enteras nadando, mientras yo la observaba desde fuera. Le gustaba permanecer bajo el agua hasta que ya no podía más. Al salir a la superficie, estiraba todo lo que podía su cuello, y moviendo la cabeza, sobre la que su pelo negrísimo formaba un casco perfecto, me buscaba ansiosa con la mirada. Se está mejor allí abajo, parecía decirme entonces con ese cabeceo purificador.

¡Pobre madre mía, qué desgraciada fuiste! Encontrabas la oscuridad en todo, y la oscuridad acabó contigo, te devoró por completo. Te obligaron a mecer la cuna de una niña que nunca amaste. Hiciste mal en quedarte con ella. Debiste meterla en un cesto y abandonarla en las aguas de un río. Puede que la corriente la hubiera llevado a los brazos de alguien que la quisiera tener, como le pasó a Moisés con la hija del faraón. No fue así y esa niña se ha pasado la vida mendigando amor. Una verdadera lata.

13 de septiembre

Lo que trato de hacer ahora con Giselle es lo que mismo que hicieron mis predecesoras. Eran ya viejas y al sentir que su final se acercaba, pensaron en

alguien que pudiera ocupar su lugar en La Construcción. Me pregunto si buscaban, como hago yo, a una de esas jóvenes que parecen haber sido creadas sólo para el amor. Y he vuelto a pensar en Gesualdo haciéndose azotar. Se dijo que era para purgar sus pecados, pero ¿por qué debían hacerlo jóvenes desnudos? No distinguir la realidad de los sueños, la vida de la muerte, tales son las vanas hazañas del amor. El otro día Giselle me habló de un tatuaje que tiene en el vientre. Y soltándose los botones de su uniforme me mostró sin pudor la figura de una pequeña sirena junto al pubis. De todos los hombres, me dijo, los peores son los enamorados. Sólo quieren hacerte su prisionera.

Luego vino el doctor. Me despertó para auscultarme y preguntarme si me encontraba bien. Me ha dicho que me levante y que salga a pasear al jardín, que no es bueno que me pase todo el día dormida como las muchachas de los cuentos. Todos piensan en salvar a esas muchachas que duermen. Pero ¿y si ellas no desean ser salvadas, si quieren permanecer en la puerilidad del sueño?

Al momento vino Ivonne, que me ha hecho levantar y poner la bata para llevarme al jardín. Me he dejado arrastrar por ella como una delincuente recién arrestada.

14 de septiembre

Esta tarde dejo por fin el hospital. Ya andaba recogiendo mis cosas cuando Giselle vino para decirme que le deben una semana de vacaciones y que, si sigo manteniendo mi invitación, podría pasarse unos días conmigo en la isla a comienzos de mes. Le contesté que nada me gustaría más y me ha preguntado con una sonrisa maliciosa si necesita llevar algo especial. No, nada, le he dicho, mientras pensaba: Un traje de baño blanco es todo lo que necesitas tú.

Y he sentido el deseo de echarme a correr, como cuando uno se echa a correr de pronto por los campos.

FIN

Nota

Esta novela nace de una vieja película de Jack Arnold, titulada en España *La mujer y el monstruo*. La vi siendo niño y es una versión del mito de *La Bella y la Bestia*, que aquí es un ser acuático.

Fue Jacques Lacan quien dijo que el amor es «dar lo que no se tiene», y también se inspiran en su obra las reflexiones sobre la falta, que hombres y mujeres elaboran de forma distinta. La frase: «¿Quieres lo incondicionado? Lo tendrás; pero irreconocible», es de Theodor Adorno; y la que se refiere a ese «no saber pensar» que tiene que ver con «el mundo de los sueños, los presentimientos, los éxtasis y las agonías» es de Henri Michaux.

Los relatos de Franz Kafka «Preocupaciones de un padre de familia», «La construcción», «El animal de la sinagoga» y «Un cruzamiento», están presentes de una manera u otra en cada página de este libro, que también se nutre de las perturbadoras obras de Pascal Quignard *Vida secreta* y *Butes*.

Finalmente, agradezco a Amparo Medina Bocos su revisión del manuscrito; al pintor Carlos León, el conocimiento de la música de Carlo Gesualdo y de su terrible historia; y a Joan Tarrida, la forma tan gentil con que acogió este libro en su bella editorial.

Índice

1. La Construcción
2. La prisionera
3. El príncipe maldito
4. El guardián de huesos

Nota